SANDRA MIRÓ

Un beso al aire



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prólogo

Hoy empiezo un diario nuevo.

1

2

3

4

Aunque estaba un poco cansada, anoche salí de fiesta...

5

6

7

8

Este fin de semana me ha removido un poco por dentro.

9

10

11

Vale... Hoy he hecho algo que está fatal.

12

13

14

15

16

17

18

¡FELIZ AÑO NUEVO!

19

20

21

22

23

24

¡Qué duro es volver a la rutina!

25

26

Para un fin de semana que salgo de fiesta con Keira...

27

28

29

30

31

32

Madre mía... Me da hasta vergüenza pasarme por aquí.

33

34

35

36

37

Me he pasado todo el fin de semana en casa.

38

39

40

41

42

43

Hay una frase que me dijo Azahara hace un par de días...

44

45

46

47

Hoy me encuentro bien. Es un buen día.

48

49

50

51

52

No sé qué estoy haciendo.

53

La he liado.

54

55

56

57

58

59

60

Estoy muy agobiada.

61

62

63

Últimamente parece que todo va bien.

64

65

66

Es domingo y, aunque si por ellos fuese se quedarían ahí...

68

El fin de semana que pasé con Adrián queda tan lejos...

69

70

71

72

73

Hace un par de días que me dieron el alta en el hospital.

74

75

Ojalá hubiese podido hacerle una foto a Adrián...

76

77

78

Hay momentos que me cuesta creer que esta sea mi vida ahora.

79

80

81

¡QUE ME CASOOOOO!

82

83

84

Ya hace cinco días que nació Roma.

85

86

No queda nada para Navidad...

87

El primer día de Reyes con Roma...

88

Todo lo bueno se acaba...

89

¡El verano va muy bien!

90

Son las 3.48 de un sábado por la noche...

91

Este año Roma sí que ha podido vivir...

Hoy no es un buen día.

92

93

¿Soy yo o cada vez va todo más rápido?

Hoy es martes 21 de diciembre de 2027.

94

No quiero decir que sea un mal día...

95

96

Si algo tengo claro es que 2029 no deja de sorprenderme.

97

Echo de menos trabajar.

98

99

100

Epílogo

Si estás leyendo esta carta es porque papá ha pensado...

No sé cuándo leerás esta carta, pero quiero...

Lista de canciones

Listado de personajes

Créditos

UN BESO AL AIRE

Sandra Miró

matchstories

Para quienes no tienen miedo a perder
y saben que amar siempre merece la pena.
Y para Gabriela y Adrián,
por permitirme escribir su historia de amor.

Si me tengo que marchar, será lanzando un beso al aire.
Lo que tenga que pasar pasó y no borra lo anterior.

Vulnerable,
WALLS y DANI FERNÁNDEZ

Prólogo

Sábado 22 de octubre de 2033

Abro ligeramente los ojos; percibo el calor del edredón en mi cuerpo. Por la luz que hay en la habitación, intuyo que ya es de día, por lo que me desperezo sin prisa. Giro levemente la cabeza hacia la mesilla para ver el despertador: las 9.32.

Me doy la vuelta bajo las sábanas, buscándola, pero cuál no será mi sorpresa al darme cuenta de que estoy solo en la cama. Respiro hondo y vuelvo a cerrar los ojos un momento antes de empezar el día. El ruido de algo al caer y el ladrido de mi perro Trasto hacen que me levante de un salto y alce la voz:

—¡Cariño, ¿va todo bien?!

Su respuesta no se hace esperar.

—Sí..., solo se me ha caído el mando de la tele.

Vale, era eso. Me fijo en la cama y veo que está hecha un desastre. Estiro las sábanas como buenamente puedo y coloco la almohada en su sitio. Hoy no toca cambiarlas, eso lo dejo para mañana, domingo.

Paso por el baño para asearme un poco, momento en el que me miro en el espejo. Sí, tengo cara de cansado. Me lavo los dientes y me echo algo de agua fría en la cara.

—Uff...

Está congelada, pero suele funcionar. Me seco y le dedico una mueca al espejo.

—Es lo que hay.

Abandono la habitación aún en pijama. Mi piso no es muy grande, pero es más que suficiente para nosotros dos. Además, vivir aquí me permite estar cerca de mi familia; sin ellos... todo sería mucho más complicado.

Cuando voy a entrar en la cocina, la veo en el salón. Me acerco para darle los buenos días con un beso. Ella me lo agradece desde la comodidad del sofá.

Trasto se cuela entre mis piernas en la cocina. Abro la nevera y preparo el desayuno. Hoy tocan unos cruasanes buenísimos que nos trajo mamá hace un par de días.

Noto una ligera presión en el pie izquierdo. Al mirar, veo que Trasto me ha puesto una patita encima y me mira. Asiento con la cabeza, sé lo que quiere. Me acerco a su cuenco y lo relleno con un vasito de pienso. Él también se merece desayunar. Aprovecho para echarle agua fresca en el cuenco de al lado.

Realmente Trasto no es mío, es de mis padres. Lo adoptaron cuando yo aún vivía en su casa. Desde que me independicé, pasa unos días conmigo y unos días con ellos, depende de cómo nos venga a todos.

Una vez que el perro se pone a comer, sigo con lo que estaba haciendo. Tras un par de minutos, el desayuno está listo.

—¡A desayunar! —grito mientras lo pongo sobre la mesita de la cocina.

—Voooy...

Nada más verla entrar por la puerta, sonrío.

—¿Cómo puedes estar tan guapa incluso por las mañanas? —comento, y ella se ríe.

Nos sentamos el uno al lado del otro y pasamos el rato desayunando y charlando sobre lo que haremos hoy. Parece animada. Yo también.

Al terminar, entre los dos recogemos lo poco que hemos ensuciado y vamos directos a cambiarnos de ropa para empezar el día de verdad. Pero nada más salir de la cocina, algo llama mi atención. Al mirar hacia el salón veo que ella, al rebuscar algo en el mueble, ha sacado unos álbumes de fotos y los ha dejado en la mesa baja. No puedo dejarlos ahí, Trasto podría hacer de las suyas.

Me acerco y cojo los álbumes uno a uno para devolverlos a su sitio. Hasta que un viejo cuaderno de tapa dura y color claro hace que me detenga. Lo conozco bien, hay varios como ese en casa. Lo tomo con cuidado, como si fuese de cristal, y me fijo en la tapa lisa. Tiene una frase escrita a mano con bolígrafo negro.

PREFIERO AMAR DEMASIADO A VIVIR A MEDIAS

Sonrío levemente al leerla y de inmediato me llevo la mano al costado. Moviendo la pierna hacia atrás, me dejo caer en el sofá. Y, tras un instante de duda, abro el cuaderno y empiezo a leer.

Hoy empiezo un diario nuevo.

Siempre que lo hago no puedo evitar preguntarme cuál será el último. Cuál será esa última página que nunca terminaré de escribir. ¿Serás tú? Espero que no.

En realidad, sé que es bastante masoquista por mi parte pensar eso, pero aquí vengo a ser totalmente sincera y a expresar mis pensamientos libremente.

Mi diario, mis reglas.

Ahora que lo leo, ese no es el mejor pensamiento para empezar. Lo retiro, pero no lo voy a tachar. Me niego a que en la primera página ya haya un manchurrón negro.

Estos últimos años de mi vida han sido... una absoluta locura. Como ya saben tus diarios predecesores, mi vida ha dado un giro de

180 grados en muy poco tiempo. Podría decir que he pasado de no tener nada a tenerlo todo.

Ah, bueno, espera. Qué maleducada soy, aún no me he presentado.

Me llamo Gabriela y esta es mi historia.

1

Ocho años antes, diciembre de 2025

Gabriela sale de casa resguardada bajo su abrigo. Hace frío. Como va hacia el trabajo y con tiempo, camina sin demasiada prisa.

Al llegar, abre la puerta y disfruta del calorcito que hace ahí dentro. Como siempre, el jefe ha llegado antes que ella y lo ha puesto todo a punto para poder comenzar el día. Deja sus pertenencias en la sala del personal y, sin tiempo que perder, se coloca en su sitio.

Trabaja en Huellas Veterinarias, una clínica, más concretamente tras la mesa de recepción. Siempre le han encantado los animales, aunque no pudo estudiar la carrera como para dedicarse plenamente a ello. Lo que sí consiguió fue pagarse el curso de auxiliar técnico veterinario. Hace dos años dio con el anuncio de este trabajo y en la entrevista tuvo buen *feeling* con Jacobo, el jefe.

La clínica ya tiene unos años, pero no se la ve antigua. Es luminosa y espaciosa. Detrás del mostrador están las salas de consulta y pruebas, en las que se pasan el día los veterinarios. Frente a su mesa se encuentra la sala de espera, donde tanto animales como personas aguardan a que llegue su turno. Detrás de ellos y enfrente de la recepción está situada la sala de peluquería, con paredes de material transparente.

Gabriela toma asiento. Recoge su pelo color café, se coloca el teléfono de diadema en la oreja y da comienzo a su día de trabajo:

atiende las llamadas, saluda a toda persona y animal que entran por la puerta, da citas y anula otras, ayuda a los veterinarios cuando la necesitan...

—¡Buenos días, reina!

Gabriela le hace un gesto con la mano a su amiga para que le dé un segundo. Al despedirse del cliente con el que hablaba, se pone de pie para saludar a Azahara.

—¡Buenos días!

—¿Ese jersey es nuevo? —se fija la recién llegada. Gabriela hace una mueca divertida.

—¡Qué va, ya me lo has visto más veces!

—Pues te queda espectacular.

—Siempre me dices lo mismo. —Ríe.

—¡Por algo será!

Azahara y Gabriela se conocieron trabajando aquí, en la clínica veterinaria, donde antes de que llegara Gabriela, Azahara ya era, como ella misma dice, «peluquera de animales», no solo de perros, ya que también ha atendido a gatos, conejos, cobayas, hurones...

La puerta de la clínica se abre y entra un señor mayor acompañado de un *shih tzu* de tonos blancos y marrones.

—¡Buenos días, Apolo! —saluda Azahara al perro—. ¿Listo para tu sesión de peluquería?

El hombre saluda a ambas chicas y añade:

—Aquí os dejo al galán.

Le da la correa a Azahara y Apolo se va encantado de la vida con ella. El señor se despide hasta que más tarde vuelva a por él. Gabriela mira a su compañera, divertida. Esta, antes de entrar en su lugar de trabajo, la señala con el dedo.

—¿Comemos juntas?

La recepcionista echa un rápido vistazo a la pantalla del ordenador. Tiene abierto el calendario de citas de ese día. Comprueba el horario de Azahara y la mira.

—Tienes pelu con Limbo, el *husky*, a la una y media. —La peluquera asiente. Sabe que eso le llevará tiempo—. ¿Otro día? —le propone.

—Otro día.

Azahara sonríe y entra en la peluquería lista para mojarse y llenarse de pelos de perro hasta arriba.

Es una mañana tranquila en la clínica. Todas las citas han ido según lo previsto y sin ninguna urgencia inesperada. En un trabajo como este hay días más ajetreados que otros.

Llegan las dos de la tarde y Gabriela da por finalizada su jornada. Saluda a su relevo de la tarde, su compañero Massimo, y se va a casa dando un paseo. Sigue haciendo frío, pero no tanto como esta mañana. Llega a su edificio y va directa al ascensor. Se baja en el sexto piso.

Ya en casa, se acerca al tocadiscos que hay junto al sofá y pone uno de los vinilos de su tío. Con *Anything Goes*, de Tony Bennett y Lady Gaga de fondo, se pone el pijama. Para ella estar en casa significa estar cómoda. Poco después se hace algo de comer y se tira en el sofá para ver algo en la tele y pasar el resto de la tarde ahí.

2

Hoy sí que pueden comer juntas. Gabriela y Azahara salen de la clínica y van directas a uno de los locales que hay por la zona. La peluquera va fumando, por lo que se toman un momento antes de entrar, echarle un ojo a la carta y, minutos después, disfrutar de sus deliciosos platos.

—¿Qué tal están tus albóndigas?

—Fantásticas —murmura Gabriela tapándose la boca.

Azahara asiente con la cabeza viendo cómo come su amiga.

—Mi lasaña vegetal también está muy buena.

Gabriela da un pequeño trago a su vaso de agua antes de volver a hablar.

—No queda mucho para Navidad —comenta mirándola—. ¿Ya tenéis destino este año?

Su amiga niega con la cabeza. Desde hace unos años en su familia es tradición organizar un viaje juntos en las fiestas navideñas. Han estado en Londres, Viena, Portugal, México, Letonia...

—Aún lo están debatiendo —dice—. Las opciones están entre Edimburgo, que es donde quiere ir mi hermana, y Costa Rica, que es donde quiere ir mi padre.

—Lugares muy parecidos, sí.

Ambas se ríen. Edimburgo y Costa Rica no tienen nada que ver entre sí.

—A mí me da igual adónde ir, que se maten entre ellos.

—Bien dicho.

Las chicas alzan sus bebidas y brindan divertidas.

—¿Y tú? —pregunta Azahara—. ¿Algún plan diferente este año?

—Mmm... —Gabriela deja de nuevo el vaso en la mesa—. Estoy entre dar la vuelta al mundo en globo o alquilar una furgoneta y viajar por Inglaterra yo sola. —Azahara mastica y la observa con atención. Gabriela, al darse cuenta de cómo la mira, continúa—: Es broma, pasaré las Navidades como siempre, en casa.

—Puedes venirte con nosotros, te presentaré como mi novia para dejarlos descolocados y así darles algo de que hablar.

Se miran sonriendo.

—No, gracias. ¿Qué pasa con el profesor de pádel?

Azahara casi se atraganta con la lasaña.

—¡¿Steven?! —Abre exageradamente los ojos—. Mejor que no. Está bien para un ratito, pero para nada más.

Se refieren a un chico con el que Gabriela sabe que Azahara ha quedado los últimos meses. Nunca le ha dicho que sea su novio ni nada parecido, pero tiene entendido que lo pasan bien juntos.

—A ti ni te pregunto por temas de amor, ¿no?

Gabriela se mete otro trozo de albóndiga en la boca y asiente masticando. Azahara sabe perfectamente que su amiga no contempla enamorarse ni tener nada con nadie. No puede evitar sentir algo de pena por ella.

—No me mires así, es elección mía —se defiende Gabriela—. Estoy muy a gusto como estoy, viviendo y sintiendo a mi manera. Sin complicaciones.

—Mientras estés contenta así...

—¡Lo estoy!

Las dos amigas terminan de comer y Gabriela acompaña a Azahara de nuevo a la clínica. Aunque su turno ha terminado, a su amiga aún le quedan un par de perros que atender esa tarde.

Ya en la puerta, Gabriela se acerca y la abraza a modo de despedida. Al separarse, Azahara apoya la mano en su hombro.

—Esta noche he quedado con mi grupo para ir a tomar algo, ¿te vienes?

—No, tía, hoy estoy cansada...

Gabriela nota que su amiga mueve el brazo para cogerle la mano y apretársela levemente.

—Sí, claro, tranquila. —Sonríe—. Estamos pensando en salir el viernes, ¿a eso te apuntas?

Gabriela lo medita unos segundos. Aún quedan unos días para el viernes y tiene claro que no le saldrá un mejor plan para ese día.

—De momento te digo que sí.

—¡Genial!

3

La clínica hoy ha estado animada, pero el reloj de la pared marca ya las ocho y media de la tarde.

¡Por fin!

Su compañero Massimo y ella tienen turnos partidos. Cuando uno trabaja de mañana, el otro de tarde. Y hoy le ha tocado a ella quedarse por la tarde. Es el cumpleaños del hijo de Massimo y Gabriela no dudó un solo momento en cambiarle el día.

Apaga el ordenador, recoge sus cosas y, despidiéndose de algunos compañeros, se va a su casa. Nada más llegar lo primero que hace es ir directa a darse una ducha calentita.

Aún en albornoz, baja las escaleras de su dúplex y pone un vinilo en el tocadiscos. Ha elegido a Prince.

Vuelve a su habitación y se cambia de ropa. Utiliza el secador para secarse su pelo moreno y se lo recoge con una pinza. A continuación, se echa algo de maquillaje mientras tararea *Kiss*, que suena de fondo.

Al rato, coge el bolso y sale. Al llegar a casa de Azahara, llama al timbre. La puerta se abre prácticamente al instante.

—Algo en mí me decía que al final no ibas a venir —dice su amiga al verla.

—Vaya, yo también me alegro de verte, Aza —la saluda ella con cierta ironía.

En la casa hay gente. Son los amigos de Azahara, a los cuales ya conoce de otras veces.

—¡Gabriela, vente! —la anima Bimba, levantando un trozo de *pizza*.

Deja el abrigo y el bolso donde puede y se sienta junto a ellos. Todos cenan entre risas y conversaciones cruzadas.

Un rato después, salen de la casa y con buen ánimo van hacia el sitio que ha propuesto uno de los amigos de Azahara. Al llegar, lo ven abarrotado.

—Esto está a reventar —murmura Javián, otro de ellos.

—Pues tendremos que hacernos hueco —afirma Azahara.

Casi sin terminar la frase, coge a Gabriela de la muñeca y comienza a caminar hasta el fondo del local. Una vez que se hacen con las bebidas y con un lugar en el que quedarse, el grupo se aposenta. Tras mirar a su alrededor y ver gente por todos lados, luces de colores que van de un extremo al otro y escuchar la música a un volumen considerablemente alto, Gabriela da un trago a su bebida y decide que es momento de dejarse llevar.

Disfruta de la noche bailando con Azahara, con Javián..., con todos. Tras cantar varias de las canciones a gritos casi no tienen voz cuando Bimba propone hacer un brindis. Sin apenar oír lo que esta dice, todos chocan sus copas para acto seguido darles un trago.

En un momento dado, Gabriela ve que un chico la mira. Entonces sonríe y ve cómo él se hace hueco para acercarse.

—Bailas muy bien —la piropea.

—¡Lo sé! —exclama ella riéndose.

Y, como atraídos por un imán, se ponen a bailar. A medida que pasan los minutos sus cuerpos cada vez están más y más juntos, hasta que ella con una pícara sonrisa se acerca para besarle. Él acepta encantado, apoyando la mano en la cintura de ella.

Un beso rápido lleva a otro. Y luego a otro más.

Gabriela, separándose de él, se da aire con la mano y se mueve el pelo. Con la cantidad de gente que hay ahí dentro el calor cada vez es más intenso. Incluso prueba a pasarse la copa fría por los brazos y el cuello.

—¿Quieres otra copa? —pregunta el chico acercándose de nuevo. Pero Gabriela no está por la labor, tiene demasiado calor.

—Voy a salir a que me dé un poco el aire —dice, volviendo a echarse hacia atrás.

Se acerca para avisar a Azahara y los demás. Ellos no dudan en preguntarle si quiere que salgan con ella, pero Gabriela le quita importancia. Solo será un momento. Vuelve a cruzar el local abriéndose paso entre la gente y sale.

El contraste de temperaturas es inmediato, cosa que agradece. Da unos cuantos pasos para alejarse de los que fuman junto a la puerta y, tras cruzar la calle, llega a un banco. Decide sentarse para poder respirar hondo y que le bajen las pulsaciones, el ambiente allí dentro está muy cargado.

Incluso se permite cerrar los ojos un momento, algo que no dura mucho.

—Perdona, ¿no tendrás un mechero?

Gabriela abre los ojos y, al mirar hacia arriba, encuentra a alguien que hacía mucho que no veía.

4

—¿Keira?

La chica, que tenía toda su atención centrada en sacar un cigarrillo del paquete, la mira y parece tan sorprendida como ella.

—¡¿GABRIELA?!

Se echa sobre ella para abrazarla. Ella también lo hace, pero con menos efusividad. Está claro que Keira lleva encima alguna copa de más que ella.

—¡Tía, cuáánto tiempo!

Cuando Gabriela va a hablar, Keira le hace una seña con la mano. Saca por fin el cigarro que tanto buscaba y se acerca a unos chicos que hay a pocos metros. Ellos le dan fuego y vuelve a toda prisa para sentarse con Gabriela en el banco.

—Qué guapa estás, Keira, te sienta bien el pelo largo.

La piropeada se mueve con gracia para ondear su melena rubia. Da una calada al cigarro y expulsa el humo, haciendo que Gabriela se mueva ligeramente hacia atrás para apartarse de la trayectoria.

—¡Tú sí que estás guapa! —exclama—. Tía, qué ilusión, ¿hace cuánto que no nos veíamos?

—Pues... diría que desde el instituto.

—Madre mía, parece que hace siglos de eso. —Ríe.

—Y tanto...

Keira se pone cómoda y la mira. En el instituto no eran las mejores amigas, pero se llevaban bien. Iban a la misma clase, aunque no estaban en el mismo grupo de amigas.

—Bueno, ¡cuéntame! ¿Qué es de tu vida? —La mira de frente—. ¿Al final te convertiste en la superagente financiera Gabriela Suárez?

—Tampoco hay mucho que contar —admite—. Al acabar el bachillerato me metí a estudiar ADE, pero... lo acabé dejando.

Por cómo la mira, Keira parece sorprendida.

—O sea ¿que al final eso de ser agente financiera quedó en nada?

—Gabriela niega con la cabeza—. ¿Y qué haces ahora?

—Trabajo en una clínica llamada Huellas Veterinarias.

Keira da otra calada al cigarro y murmura:

—Tú trabajando con animales, ese giro de guion sí que no me lo esperaba.

—La vida da muchas vueltas —dice Gabriela con gracia—. ¿Y tú qué?

—Buf... Cuando salí de allí, no lo tenía nada claro —comienza a contarle—. Di muchas vueltas, barajé muchas opciones... y al final me metí en Trabajo Social.

—Te pega.

—¿Tú crees?

Gabriela asiente, lo que hace que Keira sonría.

—Bueno, y por lo demás, ¿qué tal estás? —Keira comienza a avasallarla a preguntas sin dejarla responder ninguna—. ¿Dónde vives? Oye tú tenías una hermana, ¿no?

Gabriela se toma un segundo para pensar qué decirle. Keira siempre le cayó bien, pero no deja de habérsela encontrado una noche de fiesta y con varias copas encima. Se debate sobre qué hacer. ¿Merece la pena contarle algo? Total, al día siguiente no se va a acordar.

Cuando abre la boca para hablar, empieza a sonar un móvil. Rápidamente, Keira saca el suyo y contesta.

—¿Qué quieres? —Gabriela la observa hablar por teléfono—. Estoy fuera fumando... Que nooo, que estoy con una amiga... Adri, eres muy pesado, me he cansado de esperarte y he ido saliendo...

Gabriela no dice nada. La escucha en silencio intuyendo que ese tal Adri con el que habla es su novio, el cual imagina que está dentro.

—¡Espera! ¡¿Eso que suena es *SUPERESTRELLA* de Aitana?! —Parece que recibe una respuesta afirmativa porque acto seguido cuelga y mirando a Gabriela exclama—: ¡Me tengo que ir! —Da una última calada al cigarro y lo tira al suelo. Le da un abrazo y, antes de salir corriendo, la mira—. Me has dicho que trabajas en... ¿Huellas Veterinarias?

—Exacto.

—La semana que viene me paso a verte.

Gabriela asiente riéndose. No se lo dice, pero pone muy en duda que al día siguiente Keira se vaya a acordar siquiera del nombre de la clínica.

Keira sale corriendo y, girándose para mirarla una vez más, exclama:

—¡Me alegra haberte vistooo!

Aunque estaba un poco cansada, anoche salí de fiesta con Azahara y unos amigos suyos. Me vino bien. Siempre que voy con ellos me lo paso fenomenal. ¿Cómo te diría? Con ellxs me siento... protegida. No sé si esa es la palabra adecuada.

Besé a un chico, pero vamos, nada destacable. Lo realmente curioso viene ahora.

¿Sabes con quién me encontré? Con Keira Peña Manzur.

Alucina.

Además de que íbamos al mismo instituto, nos tocó en la misma clase. No éramos amigas como tal, ella tenía su grupo y yo el mío, pero nos caíamos bien. Al menos ella a mí sí. Y, a juzgar por la reacción que tuvo al verme, diría que yo a ella también.

Nos encontramos por casualidad. Hacía calor, había mucha gente dentro... y me agobié, ya me conoces. Salí a que me diese un rato el aire y, de repente, Keira vino a pedirme fuego. Con la cantidad de gente que había por allí y justo vino a mí. Me parece bastante increíble.

Estuvimos un rato hablando y me dijo que al final estudió Trabajo Social. ¿Verdad que le pega? La conversación no duró mucho, su

novio (creo que se refirió a él como Adrián) la llamó y volvió dentro. Prometió pasarse a verme por la clínica, ¿tú la crees? Yo no. No es que no confíe en su palabra, en lo que no confío es en las copas que llevaba encima como para que siquiera se acuerde de algo de lo que le conté.

Me hizo ilusión verla. Fue como volver a otro momento completamente distinto de mi vida. Uno en el que tenía catorce años, vivía con papá, mamá y Ari, y mi única obligación en la vida era sacar buenas notas. ¡Qué tiempos!

Ahora que lo pienso, ¿por qué será que hay gente de la que recordarás sus apellidos de por vida? Es curioso, mira que han pasado años y he tenido más compañerxs de clase en la universidad, en el curso de ATV...

Ahora me ha entrado una duda de esas que nunca lograré resolver: ¿le pasará a alguien lo mismo conmigo? Por mucho que pasen los años, ¿alguien se acordará de mí con nombre y apellidos?

5

El turno de tarde no es su favorito, pero es lo que hay.

Sentada en la recepción, Gabriela juguetea haciéndose rulitos en el pelo con los dedos. Todo el mundo está ocupado, tanto los veterinarios como Azahara, que está concentrada cortándole el pelo a un caniche.

Echa un vistazo a su móvil. Mira las redes sociales, pero tampoco la entretienen.

De pronto la puerta de la clínica se abre y deja el móvil para saludar con una gran sonrisa. Entran una madre y una niña con un cachorro en brazos. Con un rápido vistazo a la pantalla del ordenador, la recepcionista intuye que esa mujer debe de ser Carmen, la cual tiene cita en diez minutos.

Gabriela sale a su encuentro. Al ver el cachorro de pastor alemán no ha podido evitarlo.

—¡Buenas tardes! Carmen, ¿verdad? —La mujer asiente y Gabriela se agacha ligeramente mirando a la niña—. ¿Y vosotros sois...?

—Yo me llamo Sandra y él es Drako.

—Qué nombres tan bonitos.

La madre mira a la niña y añade:

—Drako es el primer perrito que llega a casa, ¿verdad?

Gabriela ve con ternura cómo la niña asiente con una gran sonrisa en el rostro. No puede evitar fijarse en ella, no debe de tener más de diez u once años.

—¡Qué me dices! —exclama.

—¿Quieres cogerlo? —sugiere la pequeña.

A la recepcionista le pilla desprevenida, pero rápidamente acepta el ofrecimiento. No todos los días se puede tener una bolita de pelo como esta entre los brazos. Gabriela lo coge y se sorprende con el peso. Nunca ha tenido perro.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—Hace cuatro días cumplió dos meses.

La niña y ella se miran.

—Qué suerte tenéis, Sandra, los pastores alemanes son excelentes compañeros de vida —le dice con cariño mirando al cachorro—. Son superlistos y leales. En él vas a tener a un hermano y lo bueno para ambos es que vais a crecer juntos.

Los ojos de la pequeña se iluminan. Carmen, la madre, asiente ante las palabras de Gabriela. Tanto en su mirada como en la de la niña se perciben el cariño y el mimo con los que tratarán al perro.

En ese momento la puerta de la clínica se vuelve a abrir y, para sorpresa de Gabriela, la que entra ahora es Keira.

—¡Buenaaas! —saluda acercándose a las tres.

La recién llegada no tarda ni dos segundos en acariciar con cuidado al cachorro en brazos de Gabriela, que la mira sorprendida.

—No me esperabas por aquí, ¿eh? —La mueca de su antigua compañera la incita a seguir hablando—. Sabía que no confiarías en mi memoria, pero aquí estoy. Y menos mal, porque me llego a perder a una bolita de pelo como esta y me muero.

Sus palabras hacen reír a la niña. Gabriela, con cuidado, le devuelve el cachorro a su dueña, que lo coge con mucho cariño.

—¿Tomamos algo cuando acabes?

Gabriela mira a Keira y piensa en su horario antes de responder.

—Aún me quedan algo más de dos horas, no salgo hasta las ocho y media de la tarde.

—Perfecto, me voy a hacer unos recados y a esa hora me tienes aquí.

Aunque está algo cansada, Gabriela acepta. Keira siempre le ha caído bien y seguro que es agradable y entretenido pasar un rato con ella.

Tal y como cuando llegó, Keira le hace una última caricia al perrito y sale de la clínica perdiéndose calle abajo. Gabriela, volviendo a lo suyo, mira a Carmen y se pone en modo trabajo de nuevo.

—Entiendo que, al tener dos meses, no le hemos hecho aún la ficha a Drako, ¿verdad?

—No, no —le confirma—. Es la primera vez que venimos.

—Perfecto, se la hacemos ahora en un momentito.

Gabriela echa un último vistazo a la hija antes de volver al mostrador. La niña únicamente tiene ojos para el cachorro, como es normal. Si de algo es consciente Gabriela es de lo importante y valioso que puede ser que entre un animal en tu vida, y más con esa edad.

6

Keira aparece en la clínica a la hora acordada.

—Una puntualidad sorprendente —bromea Gabriela.

Ambas se ríen y se abrazan. Ambas son conscientes de que Keira no era de las más puntuales en el instituto. Más bien lo contrario.

—Todos mejoramos, ¿sabes?

Entre bromas, las dos antiguas compañeras de clase se van a tomar algo. Gabriela ve que la rubia lleva una bolsa de la compra, parece que era verdad lo de irse a hacer unos recados.

—¿Quieres algo? —le ofrece al verla mirar la bolsa—. Hay lechuga, manzanas, cebollas, pimientos verdes, ajos... También un paquete de galletitas de avena, pero son de mi madre, y como vuelva sin ellas, poco más y me echa de casa. Y aún no sé dónde vives como para llamar a tu puerta de madrugada y que me des asilo político.

Gabriela no puede evitar soltar una carcajada.

Llegan a un bar y Keira sugiere que se sienten fuera, así podrá fumar. Gabriela acepta y, abrochándose bien el abrigo, toman asiento. El camarero les lleva unos refrescos y las chicas se ponen al día.

—Después de verte esta tarde con ese cachorro tan achuchable en brazos, no me extraña que pasases de ser agente financiera para dedicarte a esto. ¡Ojalá yo estuviese rodeada de cachorros todo el día!

—En eso tengo mucha suerte —admite Gabriela—. Pero, ojo, no todos los días son como hoy. Hay días buenos y días... no tan

buenos.

—Me imagino.

Del bolsillo del abrigo Keira saca un paquete de tabaco y se enciende un cigarro.

—No sé si fumas —murmura—. ¿Quieres?

—No, gracias.

Lo vuelve a guardar.

—Me dijiste el otro día que estudiaste Trabajo Social, ¿no? —Keira asiente—. ¿Y estás trabajando en eso?

—Sí, soy trabajadora social de base, estoy en atención primaria.

Por la manera en que la mira, Keira sobreentiende que no sabe a qué se refiere, por lo que, antes de que Gabriela le pregunte, decide darle más información.

—Básicamente, ayudo con primeras entrevistas y acompaño a las familias vulnerables. Aunque lo que más hago son temas de burocracia, que es lo más pesado y aburrido. Pero, de momento, es lo que hay.

—¿Te gusta?

—El papeleo no tanto —ríe—, pero sí, en general me gusta mucho lo que hago. Aunque, como tú decías antes, siempre hay días buenos y días malos.

El camarero les trae un pequeño cuenco con patatas fritas que ambas le agradecen. Gabriela coge una mientras Keira da una calada a su cigarrillo.

—¿Y tú qué? —llama su atención—. ¿Cómo pasaste de ADE a veterinaria?

—En realidad, quería ser veterinaria, pero no pude permitírmelo —le explica—. Hice números y lo que sí que podía hacer era estudiar para ser ATV, Auxiliar Técnico Veterinario, lo que me ayudó encontrar este trabajo.

La otra asiente en silencio. Gabriela puede leer en sus ojos que quiere preguntarle algo, pero no se atreve. Intuye por dónde puede ir.

—Keira, no te cortes, habla.

Ella se ríe. En muchas ocasiones su gesto la delata.

—¿Seguro? —Ante la respuesta afirmativa de Gabriela, continúa—: Estaba pensando en que cuando íbamos juntas a clase, si algo tenía claro de ti es que a tu familia le iba bien económicamente.

—Así es.

Las chicas se miran. Gabriela cruza las piernas bajo la mesa, se mueve el pelo y respira lentamente.

—Mis padres trabajan en la consultora financiera familiar, la que creó mi abuelo mucho antes de que tú y yo naciéramos —comenta, sabiendo que ambas tienen la misma edad—. Desde pequeña me inculcaron que, cuando fuese mayor, formaría parte de ella, que sería la asesora más joven y cualificada de allí, blablabá... Todo sonaba muy idílico. El único problema es que a mí no me gustaba.

—Vaya...

—Sí... Aun así, entré en el doble grado de ADE y Finanzas y Contabilidad, e hice el primer año entero —afirma—. Pero, a medida que pasaba el tiempo, me daba más cuenta de que no era lo mío. Egoístamente no me terminaba de ver haciendo eso para el resto de mi vida. —Riendo añade—: Imagínate estar todo el día con las matemáticas, ¡qué horror!

Keira asiente riendo.

—¿Y qué tal llevaron eso de que no quisieras trabajar en la consultora?

—Muy mal, Keira —admite. Aunque intenta ocultarlo, Keira percibe cierta pena en la mirada de su... ¿amiga?—. Solo aceptaban que fuese asesora financiera, para ellos no había ninguna otra opción.

Cuando les conté que dejaba la carrera, fue una gran decepción y así me lo hicieron saber —le explica—. Digamos que no fue una conversación para nada agradable.

—Joder, tía...

—Ya... Además, se juntó con la época en la que mi hermana empezó a... experimentar con la mala vida, por decirlo de alguna manera, y se pasaba días sin venir a casa.

—Es verdad que tenías... tienes una hermana.

Keira aprieta los labios con fuerza, lamenta haber hablado en pasado. Sabe que ha sido una cagada.

—Tenía... tengo... Bueno. —Gabriela alza los hombros en señal de indiferencia. Es la hermana mayor, Ariadna es dos años menor que ella—. Eso hizo que mis padres, que ya estaban enfadados y defraudados conmigo por lo de los estudios, me culparan de lo de mi hermana Ariadna por no ser un buen referente, un modelo a seguir.

A Keira se le abren los ojos como platos. Si algo no se esperaba era todo esto que le está contando.

—Eso no es justo.

—No lo es, no.

—No es justo que pongan ese peso sobre tus hombros —comenta indignada—, ¿de verdad creen que si hubieses seguido con la carrera, pero siendo infeliz, tu hermana no la hubiera cagado?

—Eso parece —murmura Gabriela con cierta ironía. Keira niega con la cabeza mientras le da otra calada al cigarro.

—¿Y ahora dónde vives? —se interesa expulsando el humo—. Porque imagino que con ellos no.

—No, no. Con ellos imposible —le aclara con rapidez, aunque decide no contarle otras cosas—. A los veinte años me fui a vivir con mi tío.

Keira asiente con cierto alivio. Tras ser consciente de lo que Gabriela le ha contado, le alegra saber que no vive con sus padres. Que pudo salir de ahí. Cuando está a punto de hacer otra pregunta, le suena el móvil.

—¿Otra vez?

Sonríen. El otro día cuando se encontraron por casualidad también fue el móvil lo que las interrumpió.

—Hola, mamá, dime... Claro que he ido a comprar, ¿por quién me tomas?

Gabriela la oye hablar con su madre por teléfono. En el fondo hay una parte de ella que anhela poder descolgar el teléfono y decir eso de «hola, mamá». Pero sabe que no va a ser posible. Cuando se fue de casa, intentó mantener el contacto con sus padres, hasta que se dio cuenta de que solo había intención por su parte, no por la de ellos.

—Que sí..., claro que he comprado ajos, estaban apuntados en la lista que me has dado... Estoy tomando algo con una amiga, ¿te acuerdas de Gabriela Suárez...? No, mamá, una compañera del instituto. —La mencionada la mira cogiendo el vaso de su refresco y llevándoselo a la boca—. ¿Ahora...? Ah, claro... Vale, sí, ya voy... Hasta ahora, mamá, un beso. —Keira ve la cara divertida de Gabriela —. Me tengo que ir, resulta que mi madre está esperándome porque hasta que no le dé los ajos que he comprado no puede hacer el sofrito que necesita para las setas de la cena. —Y poniéndose de pie, añade—. También me ha preguntado si quieres venir a cenar.

Gabriela la imita y, como ya han pagado hace rato, Keira vuelve a coger su bolsa de la compra y empiezan a caminar.

—¿Yo? —La otra asiente—. ¿Pero tu madre se acuerda de mí?

—No, pero siempre dice que todos mis amigos son bienvenidos en casa.

—Dale las gracias de mi parte, pero estoy cansada y prefiero irme a casa.

Keira asiente, saca el móvil del bolsillo y lo desbloquea.

—Toma. —Le tiende el teléfono—. Dame tu número y ahora te hablo por WhatsApp para que me guardes. Así quedamos otro día, ¿te parece?

7

No solo Keira se salió con la suya, su madre también. Hace ya unas semanas que Gabriela y ella se reencontraron. Incluso han quedado un par de veces para tomar algo después del trabajo.

Gabriela va de camino a la dirección que su amiga le ha pasado, la casa de sus padres. Es sábado y la han invitado a comer cocido. Al principio intentó escaquearse, pero luego lo pensó bien y hace demasiado tiempo que no come un cocido casero. Uno de los de verdad.

Llega al bloque de pisos y toca el telefonillo. Su amiga la saluda al otro lado y la abre para que suba al tercer piso. En cuanto sale del ascensor, ahí está Keira con una gran sonrisa. Se abrazan.

—Adelante.

Gabriela entra y rápidamente nota el calor de un hogar. Con sus característicos ruidos, su olorcito a comida haciéndose, sus muebles de hace siglos...

—¡Hola, guapa! —la saluda una mujer con gesto amable—. Tú debes de ser Gabriela, ¿no? —Ella asiente mientras recibe dos besos —. Encantada, cariño, soy Zulema, la madre de Keira.

—Es un placer. —Sonríe con educación—. Tiene una casa muy bonita y acogedora, muchas gracias por invitarme a comer.

—Déjate de formalismos y trátanos de tú, ¡solo faltaba! —Y girándose hacia su hija, añade—: Y tú haz el favor de enseñarle la casa, más te vale tener la habitación recogida.

Gabriela se ríe mientras sigue a su amiga por las distintas estancias del piso. Pasan por la habitación de ella, que sí que está recogida, y cuando le enseña la de su hermano Miguel le dice que deje el abrigo sobre la cama. Luego ambas van a la cocina.

Una vez allí, Gabriela saluda al padre de Keira, que se quita el delantal para poder abrazarla con cariño. Solo con el olor tan increíble que hay allí se le hace la boca agua.

—Soy el padre de este monstruito —bromea, consiguiendo que Keira ponga los ojos en blanco—. Me llamo Carlos, un placer.

—El placer es mío —dice Gabriela, y alzando una bolsita blanca, le dice—. He traído unos pastelitos para el postre.

—¡Le dije a mi hija que no hacía falta que trajeras nada! —exclama Zulema volviendo a la cocina.

Gabriela se ríe, lo sabe. Keira la avisó, pero se negaba a aparecer con las manos vacías. Así no es como la educaron.

Entre las tres mujeres ponen la mesa mientras Carlos termina de preparar la sopa y el cocido. Al rato ya están los cuatro sentados a la mesa. Gabriela sonríe al ver el plato de sopa que tiene delante.

—¡Mmm, qué buena! —la alaba tras llevarse la primera cucharada a la boca. No miente, le parece que está buenísima. El padre se lo agradece.

—¡Qué bien poder tener otra boca a la que alimentar! —exclama la madre.

—¿Tanto echas de menos al pequeñín? —No pierde el tiempo Keira para bromear.

—No digas tonterías, Keira, a tu hermano y a ti os echo de menos siempre que no estáis.

Carlos, mirando a Gabriela, se pasa la servilleta por la boca y le explica la situación, aunque ella ya sabe algo por Keira.

—Nuestro hijo Miguel, que es el pequeño, se fue hace seis meses a vivir a Londres. Quería mejorar el inglés y, como siempre se ha dicho, no hay mejor manera que yéndote a un país en el que solo puedes comunicarte en él.

—Pero si hoy en día en Londres hay más españoles que otra cosa —murmura Keira.

—Allí ha tenido la suerte de echarse un novio —sigue el hombre, haciendo oídos sordos a lo que comenta su hija—, así que no sabemos cuándo volverá, si se quedará allí el año entero, o para siempre...

Gabriela se fija en Zulema, que se lleva una cucharada a la boca. Intuye que esa posibilidad no le gusta demasiado. Ella, al darse cuenta de que la mira, rápidamente se justifica.

—Si mi hijo está feliz allí, yo también lo estoy. Aunque no puedo obviar que lo echo mucho de menos.

—Menos mal que tenéis a Keira —comenta Gabriela—, así al menos no os habéis quedado con el nido vacío del todo.

—Mira, mamá, ¿ves? —se mete Keira señalándola—. Alguien que se da cuenta de lo valioso que es tenerme en casa.

—Eso es porque no vive contigo a diario, cariño —bromea el padre.

Gabriela se ríe. Le gusta la buena relación que ve entre ellos tres.

—Supongo que echar de menos a Miguel es lo que sentimos los padres que verdaderamente queremos a nuestros hijos cuando se van de casa.

—¡MAMÁÁÁ!

Rápidamente, Keira le da un manotazo en el brazo a su madre haciendo que se le caiga la cuchara que tenía en la mano directamente al suelo. Carlos se levanta a recoger el cubierto del suelo y a traerle uno limpio a su mujer.

Gabriela mira a Zulema y le hace un gesto con la cabeza como para darle a entender que no pasa nada. Entiende que Keira haya puesto al tanto a sus padres de la situación. Es normal, de ser al revés ella también lo hubiera hecho.

—Disculpa, Gabriela, no era mi intención —no tarda en decir la mujer—. Mejor dicho, será lo que sienta tu tío el día que decidas dejar de vivir con él.

La invitada nota una punzada en el corazón al pensar en su tío Juanjo. Eso sí que no se lo ha contado a Keira.

—Bueno... —murmura viendo que el padre vuelve a sentarse con ellas—, en realidad mi tío falleció en 2022.

—¡KEIRAAA!

Ahora es Zulema quien le da un manotazo en el brazo a su hija. ¿Cómo no le ha contado algo tan importante?

—¡Mamá, no lo sabía! —Mira a Gabriela—. Gabi, siempre me has dicho que vivías con él.

—En realidad, lo que te he dicho es que vivo en su piso.

Keira y Zulema se llevan las manos a la cabeza. Acaban de cagarla pero bien, y encima dos veces seguidas. Saben que han quedado como unas insensibles con esa pobre chica.

—Gabriela, lo sentimos mucho —trata de disculparse Carlos.

—Tranquilos —dice mirándolos—. No lo sabíais.

Zulema va a decir algo, pero suena el timbre de la puerta. Carlos se levanta a abrir mientras su hija respira aliviada. Salvados por la campana.

8

Al abrir, aparece un chico joven, de pelo moreno y alto. Parece que los mira, aunque Gabriela no lo tiene claro. Sus ojos se esconden tras unas gafas de sol.

—Buenas, que aproveche —murmura en tono bajo.

Ve cómo el padre de su amiga y el recién llegado se saludan con familiaridad. Zulema no tarda en levantarse para ir a saludarlo.

—Hola, cariño, ¿y esa cara?

—Mamá, ¿no está claro? —interviene Keira con guasa—. Este salió anoche y hoy está de resacón.

Gabriela observa la escena sin decir nada. No conoce al chico, que tiene pinta de llevar unas buenas ojeras tras las gafas.

—¿Desde cuándo es malo salir un viernes? —le replica él apoyado en la puerta—. Ni que tú no lo hicieras.

—Yo no he dicho que lo sea, a mí no te me pongas chulito.

Él deja de mirar a Keira y mira a sus padres. Apoya la mano en el hombro de la madre y comenta:

—He visto por el grupo que habíais hecho cocido.

—¡Ya me preguntaba yo quién sería el primero en subir a por un *tupper!* —bromea la mujer metiéndose en la cocina.

—¿Te apetece sentarte a comer con nosotros?

Echa un rápido vistazo a la mesa. Hay una chica morena que no le suena de nada. Tal y como se encuentra, ahora mismo no le apetece tener que socializar con nadie, y menos aún si no la conoce.

—Mejor otro día.

Zulema reaparece en escena con dos *tuppers* de cocido y se los da.

—Toma, uno es para ti, que, tal y como estás, te va a sentar de maravilla —le explica—. El otro dejas que se enfríe un poco y lo metes en la nevera para que se lo coman tus padres.

—Oído cocina. —El chico sonríe.

Los padres de Keira se despiden con cariño y él, antes de desaparecer tras la puerta, mira a las chicas.

—Que aproveche, familia.

—Gracias —responden ambas al unísono.

Zulema cierra la puerta y todos vuelven a la mesa. La mujer aún tiene mal cuerpo por la conversación que estaban teniendo antes de que los interrumpieran y no quiere volver a ella. No es el momento. Por lo que, antes de seguir comiendo, intercambia una mirada con su marido y él, llamando la atención de su hija, dice:

—Señorita —Keira lo mira—, te recuerdo que aún no has hecho la lista de Papá Noel y los Reyes, a mí no me vengas luego con prisas y quejas si no hay nada para ti bajo el árbol.

—¿Miguel ya la ha hecho? —Ve como su padre asiente—. Joder... —Gabriela se ríe con el gesto de Keira—. Bueno, tranquilo, tengo tiempo de sobra.

—Ya me conozco yo eso de «tengo tiempo», ya...

Padre e hija hablan del tema mientras Zulema y la invitada siguen comiendo en silencio. Gabriela parece atenta a la conversación, pero la mujer no. No hace más que preguntarse algo y, aun no teniendo claro si es el mejor momento, como buena madre, no lo puede evitar.

—A todo esto, Gabriela, ¿tú cómo pasas las Navidades, corazón?

Este fin de semana me ha removido un poco por dentro.

Los padres de Keira me invitaron a comer. Aunque dudé de si ir o no, acabé yendo. Y menos mal porque... ¡había cocido!

Hacía taaanto tiempo que no comía uno recién hecho, y encima en casa... El tío Juanjo no es que fuese muy bueno en la cocina, ya lo sabes. Entre las cosas que hacía él y las que hacía yo sobrevivíamos. Aunque..., a quien voy a engañar, pedíamos más comida a domicilio de lo que me gusta admitir.

Claro, intentar comparar eso con degustar un cocido recién hecho en casa y con amor... no se puede. No puedo describir lo que sentí cuando me metí la primera cucharada de sopa en la boca. Sí, me quemé un poco la lengua por ansiosa, pero eso da igual. Degustar ese sabor fue lo más parecido a ver a Dios que he sentido nunca. ¡QUÉ RICO!

¿Y sabes la mejor parte? Que prometieron volver a invitarme y, en caso de que no pudiera ir, me guardarán un tupper*.*

Me hizo gracia que, en un momento dado, apareció un chico. Por la cercanía con la que lo trataban, intuyo que eran familia, digo yo. Fuera lo que fuese, iba escondido tras unas gafas de sol y parecía

estar de resaca. Qué pereza beber tanto que al día siguiente lo único que hagas sea encontrarte mal.

Lo cierto es que los padres de Keira son geniales. Él se llama Carlos y ella Zulema. Durante toda la comida me hicieron sentir como en casa. Como si fuera una más.

Estar con ellos hizo que, inevitablemente, pensase en papá y mamá. No suelo pensar en ellos, he conseguido que no crucen por mi mente muy a menudo. Ahora mismo llevo sin verlos... cuatro años, ¿no? Vamos, desde lo del tío.

Me da rabia, pero aquí vengo a decir la verdad, y lo cierto es que me he acordado de ellos todo el fin de semana. Pero no porque me dé pena nuestra situación ni los eche de menos, ¡ni mucho menos! En aquel entonces me dolió mucho tener que distanciarme de mi familia para poder encontrar paz. Pero... es lo que hay.

Imagino que ha sido el hecho de pasar unas horas con los padres de Keira, viendo el cariño con el que la tratan y los ojos con los que la miran. Que me invitasen a comer sin conocerme dice mucho de ellos; papá y mamá no lo hubieran hecho en la vida.

¿Qué tal estarán? ¿Y Ariadna? ¿Cómo estará mi hermana pequeña?

9

Parece que esta tarde todo se ha puesto en su contra. Además de haberse levantado con la regla y tener mucho dolor de ovarios, Gabriela lleva casi dos horas sin moverse de la recepción de la cantidad de gente que hay hoy en el veterinario, y lo que le queda.

La clínica es un hervidero de gente. Alza la vista y no ve el fin. Tiene cola para atender a las personas que salen de la consulta y esperan a que les cobre, gente a la que ha de dar cita o modificar la que ya tienen, algunos que han ido por primera vez, otros que solo quieren hacerle una consulta...

Por más que intenta estar en mil cosas, hay momentos en los que se le complica. Pero, ante todo, trata de mantener la calma respirando hondo. Si los va atendiendo de uno en uno, la cola irá disminuyendo. Más rápido o más despacio, pero lo hará.

La puerta de la clínica se abre y por el rabillo del ojo ve que es Keira, que ve que está rodeada de gente. No es momento de interrumpirla.

La rubia entra y se pasea con lentitud por la sala para hacer tiempo. Se fija en que, al otro lado, frente a su amiga, hay una pared transparente. Tras ella ve a una chica morena con el pelo recogido en un moño desaliñado, rodeada de pelos de perro que vuelan sin control a su alrededor y se le pegan a la ropa.

Está dándole con un secador a un perro grande. La observa, cualquiera diría que está manteniendo una conversación con el perro mientras él la mira impasible. Desde fuera al menos se lo parece.

Azahara, que se ha dado cuenta de lo animada que está hoy la cosa en la clínica, mira a su amiga. Gabriela parece ahogada en trabajo. Ojalá pudiera salir a ayudar como ha hecho en otras ocasiones, e intentar liberarla de tanta carga, pero ahora no puede.

—Imposible —murmura mirando a la perra que tiene sentada enfrente.

La peluquera está liadísima con el deslanado de Chiqui, una boyero de Berna bien grande.

—Chiqui, tienes un nombre muy pequeño para lo grande que eres.

La perra la mira ladeando ligeramente la cabeza.

Al haber abierto la boca para hablar con ella, Azahara nota que se le mete un mechón de pelo. Trata de quitárselo con los dedos y, al girarse de nuevo para mirar a su amiga, su mirada coincide con la de una chica rubia que hay de pie en la sala de espera.

Ambas se miran unos segundos, hasta que Azahara decide alzar la mano y saludarla con efusividad. Keira, al otro lado, hace lo mismo riéndose. Le hace gracia la situación de esa chica.

—Tranquila, Chiqui, que tu dueña aún no ha llegado. —Vuelve a mirar a la perra—. A ti aún te queda un rato aquí conmigo.

Keira, por su parte, al ver que lo de Gabriela va para largo, decide sentarse en una de las sillas libres a esperar.

10

Al cabo de un rato, en el que ha estado entretenida con el móvil y los animales que pasaban a su lado, Keira ve que por fin Gabriela se queda libre, sin nadie a quien atender.

Se levanta y se acerca a ella, y la pilla dando un trago a su botella de agua.

—Estoy agotada —murmura—. No tengo fuerzas ni para ponerme de pie y saludarte en condiciones.

—No te preocupes, tía. —Keira le resta importancia—. ¿Necesitas algo?

—Lo único que necesito es que sean las ocho y media para poder irme a mi casa y meterme en la cama hasta mañana.

Keira asiente. No le extraña, no ha parado ni un segundo desde que ella llegó. Como ambas decían hace unas semanas, en el trabajo hay días mejores y días peores.

Observa a Gabriela y ve que apunta algo en un pósit amarillo y lo pega al lado de la pantalla del ordenador, donde ya hay otros dos colocados. Keira no quiere entretenerla mucho, por lo que decide ir al grano.

—Vale, Gabriela, he venido porque tenemos que hablar.

La morena mira a su amiga y se lamenta apartándose el pelo de la cara. Intuye qué es eso de lo que quiere hablar.

—Otra vez no...

—Sí, otra vez sí. Mi madre no me deja en paz. Tanto ella como yo necesitamos saber cómo vas a pasar las Navidades. —Viendo el

gesto con el que la mira, Keira pone los brazos en jarras—. Porque me niego a pensar que estarás sola, no voy a permitirlo.

—¿Qué más da? Ni que fuera la primera vez —trata de bromear Gabriela.

La rubia, al otro lado del mostrador de recepción, no se mueve. Está ahí mirándola y esperando una respuesta. Gabriela no sabe qué decir. ¿Debería mentir o decirle la verdad? Con la de cosas que ha tenido que hacer hoy en el trabajo y las mil que tiene aún en la cabeza, ahora mismo lo que menos quiere es tener que lidiar con eso.

—Dependiendo de tu respuesta, mañana puede que tengas a mi madre a primera hora aquí, en la puerta de la clínica —murmura la otra en broma—. Tú verás.

—Keira, estoy con la regla y no puedo más, ¿no podemos hablarlo en otro momento? —sugiere dolorida, en busca de tiempo para pensar—. Si quieres mañana te llamo y lo comentamos.

—Ni me la menciones, que a mí me vendrá para Nochevieja —se lamenta la otra. Y con humor, añade—: Es lo más puntual que hay en mí.

—En mi caso es al revés: es lo más irregular —dice Gabriela, sacando una pastilla del neceser para tomársela y así aliviar el dolor —. Este mes me ha venido, pero a saber cuándo volverá.

Keira asiente con envidia. Para cada persona es un mundo. Hay quienes la tienen todos los meses y de manera muy puntual, como es su caso. Y otras a las que les pasa como a su amiga y les viene cada cierto tiempo.

Dando otro sorbo de agua para tragarse el medicamento, Gabriela se fija en el gesto con el que la mira Keira. Respira hondo y se toma unos segundos para pensarlo. Las fechas importantes en Navidad son Nochebuena, Nochevieja y el día de Reyes. Dos de esos días

requieren regalos y por nada del mundo quiere que la familia de su amiga se vea en la obligación de comprarle nada. Echa un rápido vistazo al calendario que tiene sobre el mostrador: Nochebuena está a la vuelta de la esquina.

De repente sus ojos se detienen en el fondo de pantalla del ordenador, en un paisaje de montañas nevadas. Se le ocurre algo. Alza la vista y busca a alguien al otro lado de la sala de espera.

—Pues... resulta que tanto Nochebuena como el día de Reyes lo pasaré con mi amiga Azahara y su familia, como otros años —miente.

—¿Quién es Azahara?

Ambas miran hacia la peluquera de pelo oscuro que sigue trabajando con el mismo perro de antes. Keira asiente al ver que es la chica a la que saludó hace un rato.

—Genial —vuelve a girarse hacia su amiga—, entonces contamos contigo para Nochevieja.

Gabriela, en un último intento por convencer a Keira, se pone de pie para acercarse a ella.

—A ver, yo os lo agradezco muchísimo, de verdad —empieza a hablar tratando de darle la vuelta a la conversación—. Pero estoy más que acostumbrada a pasar esa noche sola en casa, cenando cualquier cosa, tirada en el sofá con una manta y viendo una película. Dale a tu madre las gracias de mi parte, no quiero acoplarme de esa manera, tía, no quiero molestar...

Keira, quien parece cansada de escuchar a su amiga decir bobadas, le pone el dedo delante de los labios para que se calle, pillándola desprevenida.

—Basta —sentencia—. No voy a permitir que alguien a quien quiero pase sola fechas señaladas, ni ahora ni nunca. Así que deja de decir tonterías porque en mi casa serás recibida como una más.

Las dos amigas se miran y, por fin, Gabriela se da por vencida. Con la jornada que lleva, no le quedan fuerzas para seguir dándole vueltas al tema. Aún tiene días para que se le ocurra alguna otra excusa.

—Y dicho esto, me voy ya. —Keira se acerca para abrazarla—. Si no nos vemos antes, te veo en Nochevieja.

Gabriela asiente viendo cómo Keira abre la puerta de la clínica. Pero, antes de salir, se gira hacia ella y la avisa:

—Y no me vengas con excusas baratas el día 31 a última hora porque ya sé dónde vives y soy capaz de ir a buscarte.

11

—¿Qué, reina? ¿Nos vamos o te apetece quedarte un ratito más?

Gabriela, que mira la pantalla del ordenador muy concentrada, da un respingo en su asiento. Azahara se encuentra a su lado, abrigo en mano y lista para irse. Se sorprende al ver las 20.36 en el reloj de la pantalla. Sin perder tiempo coge un pósit, apunta unos números y lo deja pegado en la mesa.

—Tardo un minuto —la avisa poniéndose de pie.

Mientras Gabriela se encamina hacia la sala del personal, Azahara aprovecha para ir saliendo y encenderse un cigarro. Ríe al ver que de la manga del abrigo le asoma un mechoncito de pelo blanco. Dedicándose a lo que dedica, es más que consciente de que no es la primera vez ni será la última.

—Madre mía, qué frío...

Gabriela sale de la clínica quejándose a la vez que se abrocha el abrigo hasta arriba. Fuera el cielo está oscuro, tanto que parece medianoche.

—Me dirás que, aunque haga frío, no estabas deseando que te diese un poco de aire en la cara.

—No sabes cuáánto lo necesitaba.

Las dos amigas caminan juntas y charlan bajo la luz cálida de las farolas hasta el final de la calle.

—¿Qué tal estás?

—Agotada, pero bien.

—No me extraña, hoy cada vez que te miraba estabas aún más liada —comenta Azahara expulsando el humo hacia el lado opuesto a Gabriela—. No sé cómo lo has hecho tú sola, pero enhorabuena.

—Tú tampoco te quedas atrás, te he visto dándolo todo con Chiqui.

Ríen al recordar a la boyero de Berna, es una clienta habitual de la clínica.

—Oye, ¿recuerdas a una chica rubia con el pelo suelto que había esta tarde en la sala de espera? —La otra asiente—. ¿Es amiga tuya?

—Es mi amiga Keira.

—¡Aaah! —exclama al sonarle el nombre—. ¿La que me dijiste que era una compañera del instituto?

—La misma.

Azahara asiente dando otra calada a su cigarro. Gabriela, que camina a su lado, cae en la cuenta de algo que no le ha contado y de lo que debe avisarla.

—Por cierto, si Keira algún día te pregunta o habla contigo, la Nochebuena y el día de Reyes los he pasado con tu familia como otros años.

Aprovecha para ponerla al día sobre a lo que ha ido su amiga Keira esa tarde a la clínica.

—O sea, que básicamente me estás haciendo cómplice de una mentira sin siquiera darme la oportunidad de pensármelo.

—No seas exagerada, ha sido una mentira piadosa —murmura Gabriela.

Azahara asiente sonriendo. Se lo hubiera contado o no, ella le habría proporcionado la coartada sin ningún problema. Para eso están las amigas.

Llega el final de la calle y Azahara aprovecha para apagar el cigarro y echarlo a una papelera. Acto seguido, mira a Gabriela y la

coge de la mano.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—Gracias, Aza, pero no hace falta. —Sonríe—. Iré tranquilamente dando un paseo.

—¿Segura?

—Sí, tranquila.

Azahara, sin dejar de mirar a su compañera y amiga, le da un abrazo antes de irse.

—Vale, pero mándame un mensaje en cuanto llegues.

—Lo mismo digo.

Gabriela sonríe y mira a su amiga mientras esta baja las escaleras del metro poniéndose los auriculares. Ella, por su parte, mete las manos en los bolsillos del abrigo y se hunde todo lo que puede en la prenda.

Vale... Hoy he hecho algo que está fatal.

Le he mentido a Keira.

Sí, ya sé que mentir es horrible, que no hay que hacerlo, que sienta muy mal cuando te mienten a ti, pero ¿qué querías que hiciera?

El día que fui a comer cocido —¡QUÉ COCIDO!— a casa de sus padres, Zulema me preguntó cómo iba a pasar las Navidades y cometí el error de ser sincera. A veces olvido que el único lugar en el que puedo ser cien por cien sincera es aquí, porque en la vida real has de tener en cuenta si merece la pena o no.

Le conté que desde que el tío Juanjo no está, las paso sola. La mujer puso el grito en el cielo. A ver, sé que suena duro, pero después del primer año como que me he acostumbrado. No me queda otra.

Desde que estoy sola no suelo celebrar Nochebuena y Reyes. Y lo que hago en Nochevieja es comprar cualquier cosa de cena y, lo más importante, helado de pistacho. Es mi sabor favorito. Es una de esas noches en la que merezco tener mi postre preferido esperándome en el congelador. Después de cenar, me tumbo en el sofá con la manta

y veo una de mis comfort movies*, esas películas que he visto trillones de veces y que nunca me cansaré de volver a ver. Conozco la trama, me sé los diálogos prácticamente de memoria..., pero me da igual.*

Son un lugar seguro al que regresar una y otra vez. Las disfruto cada vez. Hay días en los que lo único que me pide el cuerpo es eso. Y se ha de hacer caso a eso que dicen de «el cuerpo es sabio», ¿o no?

De hecho, este año había pensado empezar el año viendo Noche de fin de año*. Empezar el 2026 viendo una peli en la que sale Zac Efron me parece un muy buen plan.*

Pero está claro que para los padres de Keira que pase las Navidades sola no es una opción. Por más que les he dicho que no hace falta, no ha habido manera. Total..., he cedido. Creo que rechazar más de tres veces su oferta no está bien, tampoco quiero quedar como una antipática ni una desagradecida.

En el fondo lo único que hacen es demostrarme que se preocupan por mí más que yo misma.

Iré a cenar y luego, tras las uvas, ya se me ocurrirá algo para irme. No quiero sentirme una completa intrusa en su celebración familiar.

Y te preguntarás en qué he mentido. Le he dicho a Keira que pasaré la Nochebuena con Azahara y su familia.

Eso solo es una mentira piadosa, ¿verdad?

12

Ducha... Secador... Maquillaje... «¿Y ahora qué me pongo?».

Eso es lo que Gabriela se pregunta en su vestidor hace algo más de quince minutos. Por más que se prueba cosas, nada termina de convencerla. De fondo suena *Hot Stuff*, procedente de uno de los vinilos de Donna Summer de su tío.

Desesperada, decide retroceder cuatro pasos y se deja caer sobre la cama quedándose bocarriba mirando el techo. Por su mente pasan todas las excusas posibles, pero sabe que tiene que ir. Lo que ha hecho Keira con ella, invitándola a pasar la noche con su familia para así evitar que esté sola, es un gesto precioso y ella es plenamente consciente.

El sonido de su móvil la saca de sus pensamientos y vuelve a la realidad. Se pone de pie y corre al baño para cogerlo. Sonríe al leer el nombre de Azahara en la pantalla. Coge la videollamada y ahí está ella, con su pelo largo y negro suelto.

—*Hello my friend!*

—*Hellooo* a ti también —la saluda.

—¿Qué tal por Edimburgo?

Sale del baño móvil en mano y baja a la cocina. Abre la nevera, coge un brik de leche y, mientras su amiga le cuenta cómo lo está pasando, da un trago.

—Eh..., Gabriela, ¿cuántas veces te he dicho que no es higiénico beber directamente del brik?

Gabriela sonríe, devuelve el cartón a la nevera y responde caminando de vuelta a su habitación:

—Muchas, tienes razón. Ventajas de vivir sola, supongo —bromea al ver el gesto de Azahara—. Es una manía mía, a ver si me la quito...

Charlan durante un rato acerca de las excursiones que Azahara y su familia han hecho, los sitios que han visitado, las constantes quejas de su padre por el frío que hace... De todo un poco.

—Tú ¿qué? ¿Ya estás *ready* para tu fiestecita de Nochevieja? —Gabriela hace una mueca en la pantalla—. ¿Qué pasa?

—Que no sé qué ponerme —se lamenta—. Por más que miro y me pruebo cosas, nada me convence. Le pregunté a Keira si en su familia son de arreglarse mucho o no, ¿y sabes lo que me dijo? —Azahara la mira—: «Lo normal». ¡¿Qué clase de respuesta es esa?!

Su amiga se alegra de no estar en esa tesitura. Ella se libra de ese tipo de dramas. El plan de su familia es ir a una cena de temática medieval en la que, cuando lleguen, les dejarán la vestimenta.

—Tampoco te preocupes demasiado —sugiere—. Venga, pruébate las opciones que más te gustan, que yo te ayudo a elegir.

Gabriela le hace caso y, de todo lo que tiene, le enseña lo que más le convence. Tras unos minutos, se decantan por un vestido gris básico que vale tanto para ir a algo formal como para algo informal.

—Aza, estoy un poco agobiada —admite.

Su amiga, al ver que Gabriela se pone unos pendientes plateados, no tarda en querer saber por qué.

—Me siento incómoda por lo de hoy, ¿sabes? —Azahara asiente—. O sea, no quiero sonar como una desagradecida. Lo que ha hecho Keira por mí de invitarme a pasar una noche tan especial como esta con ella y los suyos es precioso y le estaré eternamente agradecida, pero...

—Pero... ¿qué?

—No sé, Aza, no los conozco. No quiero cortarles el rollo. ¿Y si no les caigo bien? —Baja la mirada—. ¿Y si no consigo integrarme?

Azahara sabe lo que le pasa a su amiga: le da miedo sentirse fuera de lugar.

—Hace un par de meses, cuando te invité a mi casa a comer por mi cumpleaños, tampoco conocías a mi familia y fue bien, ¿no?

—Sí, pero es diferente.

—¿Diferente en qué?

—Diferente en... —duda—. No lo sé, Aza, pero es diferente.

Hay una parte de Gabriela a la que le da miedo ir, no deja de ser una extraña para ellos y no le gustaría estar toda la noche sintiéndose como tal. Pero hay otra parte a la que le hace mucha ilusión ir porque, desde que no está su tío, será la primera Nochevieja que pasará acompañada, y encima por una familia formada por más de dos integrantes, algo que ella no tiene desde hace mucho.

—Gabriela —llama su atención Azahara—, un gesto como el que ha tenido tu amiga es de valorar, no todo el mundo hace algo así. ¿Por qué no te permites dejar los miedos a un lado y simplemente ir a disfrutar de la noche?

—Sí, debería...

—¡Claro que deberías! —trata de animarla—. Lo que has de tener claro es que hay que estar en los sitios siempre y cuando te sientas cómoda y a gusto. Si ves que no es así, o que estás cansada y necesitas una excusa para irte, solo tienes que enviarme un mensaje y te llamo con la mejor excusa que se me ocurra. —Viendo que la morena se queda callada, añade con guasa—: También te digo que cuanto más tarde sea, más copas llevaré encima y más disparatada puede ser mi excusa, así que ni se te ocurra ponerme en altavoz.

Gabriela sonríe al fin. Sabe que Azahara tiene toda la razón del mundo.

¿Qué es lo peor que puede pasar?

13

Unos vecinos que salían le han dejado la puerta del portal abierta, por lo que solo tiene que subir al tercer piso y llamar al timbre. Zulema, la madre de Keira, le abre la puerta. Por la cara que pone está claro que se alegra de verla.

—¡Ha llegado Gabrielaaa! —exclama, haciéndola pasar.

Lo primero que nota la recién llegada es el barullo y la cantidad de gente que hay por todos lados, todo lo contrario que en su casa. Aún con el abrigo puesto, la mujer no pierde el tiempo y comienza a presentarla.

—Estos son mi hermana Luisa y su marido Youssef. —Gabriela los saluda educadamente con dos besos.

—Y esos que ves por ahí corriendo son nuestros hijos Laila y Naim, de siete años. —Youssef llama la atención de los niños—. ¡Saludad a Gabriela, la amiga de la prima Keira!

La chica ve cómo ambos le dicen hola con la mano para, acto seguido, seguir a lo suyo correteando alrededor de la mesa.

—Y esta es la pequeña Olaya, de diez mesecitos —comenta Luisa.

Gabriela le acaricia la carita con cuidado, pero Zulema no le da tregua. La agarra del brazo y se la lleva a la cocina para seguir presentándole gente.

—Cuidado con Trasto —avisa señalando a un perro de tonos negros y marrones que las sigue de cerca—, es especialista en meterse entre los pies mientras caminas. Este —dice refiriéndose al hombre que corta una barra de pan— es mi cuñado César, el marido

de Salma, mi otra hermana. Tienen un hijo, pero está con mi hijo Miguel por ahí. Luego te los presento.

La chica saluda a la pareja y aprovecha que Carlos, el padre de Keira, también está en la cocina para darle dos besos.

—Por cierto, Salma —dice Zulema—, ¿qué sabes de los niños?

—Se supone que ya vienen de camino.

—Más les vale —interviene Carlos—, esta no es una noche como para llegar tarde.

Gabriela se encamina por el pasillo hacia la habitación de Keira mientras intenta recordar los nombres de los que Zulema le acaba de presentar. Tiene claro que no conseguirá acordarse de todos. Justo cuando va a llamar a la puerta, esta se abre.

—¡GABRIELAAA! —Keira se lanza a sus brazos—. Qué bien que ya estés aquí, no te he oído llegar.

—No me extraña, con todos los que sois aquí. —Ríe.

—Tampoco tantos. —Empieza a contar con los dedos—. Mamá, papá, Miguel, la tía Luisa... Solo somos doce.

—¿Y te parecen pocos?

Keira se echa a reír y, antes de volver al salón con los demás, dejan el abrigo de Gabriela sobre su cama. Las chicas se unen al resto y ayudan a poner la mesa. Servilletas navideñas para todos. Cubiertos encima. Vasos y copas lo más alejados del borde posible, que hay niños pequeños.

—Canapés de salmón en el lado de la mesa en el que se sientan los mayores, o sea hacia donde está la tele —la ayuda Keira—. La ensaladilla rusa del tío Youssef hacia aquí..., cerquita de nosotras, que luego vuela.

Cuando ya está todo sobre la mesa y empiezan a tomar asiento, la puerta principal se abre de par en par. Gabriela ve entrar a dos

chicos jóvenes, uno de pelo rubio y otro moreno. ¿Puede que uno de ellos le suene de algo?

—¡Hombreee, ya era hora! —se queja Zulema.

—¡Eso, ya era hora! —la imita la pequeña Laila.

Naim, el gemelo de Laila, sale corriendo a abrazar a los recién llegados. Todos lo siguen, incluida Gabriela, que se ve arrastrada por la masa.

Keira coge al rubio por banda para presentárselo.

—Este es Miguel, mi hermano pequeño.

—No hay duda, os parecéis muchísimo —dice Gabriela dándole dos besos.

—Pero yo soy el guapo de los dos. —Ríe el chico, ganándose una colleja de su hermana.

Gabriela nota que la agarran del brazo y al girarse no se sorprende al ver que de nuevo es Zulema. Con la otra mano la ve sujetar al chico moreno, que es más alto que ellas y les da la espalda.

—Este es mi sobrino Adrián, el que antes te decía que es hijo de Salma y César.

De pronto cae en la cuenta. Ya sabe de qué le suena el chico moreno. ¿Puede que sea el que venía de resaca el día que la invitaron a comer el riquísimo cocido?

El susodicho, notando la mano de su tía, se gira bruscamente hacia ellas haciendo que la copa de vino que tiene su tío Carlos en la mano vaya directamente al vestido de Gabriela.

—Oh, nooo... —Es todo lo que llega a murmurar Carlos, intentando sujetar la copa sin ningún éxito.

Ella, al notar el frío tocar su cuerpo, da un respingo y nota cómo se le pone toda la piel de gallina. Ve caer el líquido rojizo por su vestido hasta terminar cayendo en sus zapatos y en el suelo.

—¡ADRIÁN!

14

—Madre mía, Keira, qué vergüenza...

—¡¿PERDONA?! ¡Vergüenza él! —exclama ella rebuscando en su armario—. Encima de que llega tarde, viene medio borracho y liándola. Ya puede pedirte perdón en cuanto volvamos al salón.

Gabriela se quita el vestido y lo mira con pena. No por el vestido en sí, ya que lo tiene desde hace años, sino por todo el rato que ha empleado en decidir qué se ponía.

La puerta de la habitación se abre de par en par haciendo que la chica, que está en ropa interior, se asuste.

—Tranquila, cariño, soy yo —la avisa Zulema con calma—. Trae, dame el vestido que con el tinto hay que actuar con rapidez.

Le arrebata la prenda de las manos y tal como ha entrado se va. A la morena no le da tiempo a decir nada. Keira saca la cabeza del armario y le tiende unos vaqueros anchos y una camiseta básica negra.

—Si quieres algo de otro estilo, eres libre de hurgar y elegir lo que tú quieras —sugiere la rubia.

Pero a Gabriela le da igual. Le vale con eso. En cuanto ha llegado, se ha fijado en que nadie va vestido de manera superformal, cosa que agradece. En su familia era todo lo contrario; en ocasiones como esa más te valía ir de punta en blanco.

Keira, sentada en la cama mientras su amiga se cambia de ropa, ve unos papelitos doblados sobre su escritorio y cae en la cuenta de algo.

—Gabriela, ¿te he contado lo de la tradición familiar de los deseos? —Ella niega con la cabeza—. ¡Mierdaaa!

Se pone en pie de un salto, coge un folio y lo empieza a cortar en doce trocitos. Su amiga la mira sin entender nada de lo que hace.

—Vale, te cuento —dice sin mirarla—. En mi familia hay una tradición navideña que hacemos todos los años. Se trata de escribir doce deseos o propósitos para el año nuevo, uno en cada papelito. —Pasando la cabeza por el hueco de la camiseta, Gabriela vuelve a mirarla para enterarse bien de lo que le explica—. Cuando los tenemos todos, cada uno mete los suyos en una taza, un bol, un cuenco..., donde quieras, pero bien doblados para no diferenciar unos de otros. —La rubia la mira y Gabriela asiente—. Entonces, el 21 de diciembre sacas uno de los papelitos al azar y lo quemas, lo tiras..., lo que mejor te venga, pero te deshaces de él.

—¿Sin leerlo?

—Sí, esa es la gracia —afirma—. Desde el 21 hasta el 31 de diciembre repites el mismo procedimiento todos los días. Así, el 1 de enero del nuevo año solo queda uno. Lo coges, lo lees, y no te deshaces de él, sino que te lo guardas. Yo, por ejemplo, suelo meterlo en la funda del móvil para no perderlo.

Keira termina de recortar los trocitos de papel y le hace una seña a su amiga para que se acerque. Luego le da un bolígrafo.

—Pero... ¿esto para qué es?

—Para que el 1 de enero sepas el deseo o propósito del que te tienes que encargar personalmente. Los otros once ya serán cosa del destino..., o de lo que tú quieras.

—¡Qué tradición tan original!

Keira sonríe. A ella le encanta.

—Pues, hala, ponte a escribir.

—¿Ahora? —La rubia asiente—. Pero están todos esperándonos en el salón.

—Tía, hemos estado esperando a esos dos bobos, por cinco minutitos más no va a pasar nada.

La morena asiente. Mira los papeles en blanco y siente la presión del momento. Ella no es de hacer una lista de propósitos de año nuevo. No le gusta. Pero, sintiéndose presionada al notar la mirada de Keira, empieza a escribir lo primero que se le ocurre.

- *Seguir así de bien*
- *Mantener mi trabajo*
- *Cambiar el sofá*
- *Seguir escribiendo en mi diario*
- *Tomar el sol*
- *Mantener la amistad con Keira*
- *Mantener la amistad en Azahara*
- *Tocar el mar*
- *Aprender a tocar el piano*
- *Ir a un concierto*
- *Volver a hacer esta lista dentro de un año*
- *Viajar*

Gabriela relee la lista mentalmente. No le encantan, pero es lo que hay. No tiene tiempo de pensar en nada más y menos con tanta prisa. Bastante que se le han ocurrido los doce deseos así de rápido. Keira a su lado también los lee y se fija en algo.

—Son todos como muy a corto plazo, ¿no?

Gabriela asiente.

—No se me da bien pensar en el futuro, soy más del día a día.

15

Las dos amigas vuelven al salón, donde todos las esperan para empezar de una vez con la cena de Nochevieja. Nada más sentarse, Gabriela se da cuenta de que el tal Adrián está sentado justo en frente de ella.

—Oye, Gabriela, disculpa por lo de antes —se apresura a decir él.

—No te preocupes.

Sonríe y el tema queda zanjado. Tíos, primos, Gabriela... todos cenan juntos de manera distendida y contando todo tipo de anécdotas, lo que hace reír y disfrutar a la invitada. Por cómo hablan los unos de los otros, se da cuenta de lo mucho que se quieren.

Tras recoger la mesa a toda prisa, llegan las doce en punto de la noche. Sentados en el sofá y en el suelo frente a la televisión, se comen las tradicionales doce uvas; bueno..., no todos. Según le han contado a Gabriela, los primos hace ya unos años que decidieron pasarse a los Lacasitos.

—Te prometo que siento que desde que empecé a tomarlos todo me ha ido mucho mejor.

—Pero si el año que empezaste a hacerlo fue cuando después rompiste con tu ex —mete baza Miguel.

—¡Por eso mismo!

Todos ríen y Gabriela decide unirse a ellos. Uvas, Lacasitos..., ¡qué más da! Empieza el nuevo año y lo celebran entre abrazos y besos. Gabriela, también partícipe, observa a la familia y le parece un momento muy entrañable.

A continuación, siguen con la tradición de los deseos, esa que hace tan solo un rato le ha contado Keira. Mientras se ponen de acuerdo entre todos, Adrián aprovecha para acercarse a la ventana y fumarse un cigarro.

—Papá se encarga del fuego —avisa Luisa a los gemelos—. ¿Os acordáis del año pasado?

Los niños se miran entre sí y asienten. Youssef se acerca a Gabriela.

—El año pasado Laila se acercó demasiado y se quemó la mano. —La pone en contexto.

—Ostras, pobrecita.

—No fue nada grave. —El hombre le quita importancia—. Fue más el susto que otra cosa. Eso sí, seguro que les sirvió para aprender la lección, ya verás como este año ni se acercan.

—Pues ya sabéis, solo lo hace papá. Nadie más lo toca —interviene Luisa.

Youssef los ayuda a quemar uno de los dos deseos que les quedan. Antes, en la habitación de su amiga, Gabriela tiró diez de los papelitos al azar a la basura, así que, una más de ellos, se suma a la quema del último deseo.

Termina su turno y se echa a un lado para leer el papel que le ha quedado. Una sonrisa aparece en su rostro y se guarda el papel en el bolsillo, momento en el que Adrián vuelve con todos y es el último en quemar el suyo.

Zulema pone un canal de televisión en el que hay música y todos comienzan a disfrutar de la noche. Gabriela nota que le vibra el móvil en el bolsillo y lo saca. En la pantalla iluminada ve un mensaje de su amiga.

Azahara
¡Feliz añooo! El 2026 va a ser increíble,

ya lo verás. Va a ser nuestro año.

¡Feliz año a ti también! Seguro que sí,
hay que ir a por el 2026 con ganas.
Espero que estéis dándolo todo por allí.

Azahara
Síííí, eso te lo aseguro. ¿Tú qué tal estás?
¿Estás cómoda o voy pensando una excusa?

Gabriela separa la vista del móvil y mira a su alrededor. Todos disfrutan y ríen.

De momento todo bien, no te preocupes.
¡Disfruta!

Azahara
¡Qué bieeeeen! Cualquier cosa, me avisas.
¡Disfruta!

Keira, viendo a su amiga a un lado con el móvil, no lo duda y va a por ella. La coge del brazo y se la lleva sin darle tiempo ni a guardarse el teléfono, que medio tira sobre la mesa. Gabriela, Keira y los gemelos saltan y cantan al ritmo de *Golden* de HUNTR/X. Siempre con cuidado de no pisar a Trasto, que juega junto a ellos.

Los mayores van a la cocina a por algo de beber y Miguel aprovecha para buscar el silencio de su habitación y así poder hablar con su novio por teléfono.

Adrián es el único que se ha quedado en el salón. Con las manos apoyadas en el respaldo de una de las sillas, observa la escena y pone los ojos en blanco. Está harto de esa canción, se la sabe de memoria. Sus primos pequeños, Laila y Naim, llevan meses obsesionados con la película de *Las guerreras K-pop* y no hay manera de hablar de otra cosa con ellos.

Se fija en las chicas. En su prima Keira y en Gabriela, a la que ha presentado como su amiga. Vaya mierda de primera impresión ha debido darle tirándole una copa de vino encima. Menos mal que la chica parece que no se lo ha tomado mal. Incluso parece maja, como todas las que su prima les presenta. Solo es una más.

Decide aprovechar el momento e ir al baño; con un poco de suerte cuando vuelva la canción habrá terminado. Empieza a caminar, pero algo llama su atención. Se agacha y coge un papel del suelo. Al desdoblarlo y leerlo, se da cuenta de que es un deseo o propósito de alguien. Sin ganas de buscar al dueño o dueña, se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón.

16

Sobre la una y cuarto de la mañana, Adrián, que lleva un rato con el móvil, levanta la vista y va en busca de su primo Miguel. Gabriela, sentada en uno de los sofás con el perro dormido a su lado, se fija en ellos. Adrián le dice algo a su primo y este asiente con una gran sonrisa. Entonces, Miguel va en busca de su hermana, que baila junto a su padre, Zulema y la tía Luisa. Hace un rato que Youssef y Luisa por fin han conseguido dormir al bebé.

Keira asiente con ganas ante lo que sea que le está diciendo su hermano. Adrián, viendo la reacción de su prima, decide acercarse a la morena. No ha vuelto a hablar con ella desde el accidente con el vino.

—Oye, Gabriela, nos vamos de fiesta con unos colegas, ¿te apuntas?

La chica lo mira y sin pensárselo responde:

—No.

—Venga ya. ¿Cómo no te vas a apuntar?

—Fácil, porque estoy cansada.

—No... Cómo vas a estar ya cansada ¡si la noche no ha hecho más que empezar! —exclama él sorprendido—. Venga, Gabi, si solo has pegado cuatro saltos con mis primos... Al menos invéntate una excusa mejor.

Ella mira al chico, que sonríe de pie delante de ella. ¿De qué va?

—Me llamo Gabriela, no Gabi.

Keira, que no se da cuenta de nada, habla con sus padres para explicarles que se van. Ante la respuesta de la chica, Adrián se agacha para estar a su altura, extiende el brazo con guasa hacia ella para estrecharle la mano y con una radiante sonrisa le dice:

—Encantado. Yo soy Adrián, aunque puedes llamarme Adri.

—Prefiero Adrián —dice negándose a darle la mano.

El chico vuelve a echarse hacia atrás riéndose. «Menuda borde», piensa. Gabriela no sonríe. A ella este tipo de chicos que van de sobrados y con actitud de chulitos no le hacen ni pizca de gracia.

—De acuerdo, su majestad —bromea Adrián y se pone de pie. Ambos se miran en silencio esperando que el otro diga algo.

—No me apetece empezar el año con resaca y teniendo que esconderme detrás de unas gafas de sol —dice ella, ahora sí, con una sonrisa—. ¿Te vale o busco una excusa mejor?

Al ver que su tío Youssef va a pasar junto a ellos, él bromea buscando su complicidad.

—¿Quién no ha tenido una mala resaca alguna vez?

Youssef se limita a mirarlos un instante y a sonreír. La chica se cruza de brazos y responde:

—Yo.

—Así te va —se burla Adrián, ganándose una dura mirada de Gabriela.

Keira y Miguel, sin saber qué tipo de conversación están teniendo su primo y Gabriela, se acercan a ellos.

—¿Te ha dicho el plan? —pregunta Keira, sentándose junto a ella en el sofá.

—Sí, pero yo mejor me voy a casa.

La rubia mira a los chicos sorprendida. Busca respuestas en los ojos de Adrián, pero él simplemente mueve la cabeza y se va, seguido de Miguel.

—Tía, ¿cómo no te vas a venir?

—Porque no me apetece.

—Pero si vamos a una buena fiesta —continúa Keira intentándolo —, te lo prometo.

—No lo dudo, Keira, pero no.

La rubia no la entiende, en su casa parece estar pasándoselo bien.

—Gabi, ¿estás segura?

—Que síííí.

—¿Te encuentras bien?

Escuchar eso la hace sonreír. Y, tras buscar en su mente la forma más sincera de contestar, dentro de sus opciones, responde:

—Sí, sí, tranquila. Muchas gracias por invitarme esta noche, me ha encantado pasarla contigo y tu familia. Pero ya estoy cansada y me duele un poco la cabeza.

—Vale, no te preocupes —asiente Keira sin parar de pensar—. Pero como vamos en coche y conduzco yo, que soy la que no ha bebido, te llevamos a casa.

Gabriela no le dice que no. A esas horas y con el frío que hace le vendrá bien. Le gusta pasear, pero no cuando se arriesga a pillar una pulmonía.

Ambas se ponen en pie y mientras Gabriela se despide de la familia de Keira, esta va a buscar los abrigos.

—Bueno, ¿qué? ¿Tu amiguita la simpática se viene o no? —farfulla Adrián, interceptándola en el pasillo.

—Dice que le duele la cabeza.

—Excusa barata —se burla él.

—Tío, que no se encuentra bien —insiste Keira.

—Pobrecilla... —murmura Miguel, mirando a Gabriela, que se despide de sus tíos.

Adrián, por su parte, no dice nada. Si no quiere venir, que no venga. Simplemente cambia de tema, pasa de seguir hablando de ella.

—Perfecto, ya he avisado a mis colegas de que vamos.

—Genial, dejamos a Gabriela en su casa y vamos para allá.

Nada más decir esto, Keira siente la mirada de los dos chicos sobre ella, sobre todo la del mayor.

—¿Estás de coña?

—No.

—¿No puede pedir un coche como todo el mundo? —gruñe Adrián.

—Tío, no seas imbécil —interviene Miguel—. No nos cuesta nada.

—Os recuerdo que vamos en mi coche —responde mirando a sus primos.

—Te recuerdo yo a ti que el coche no es tuyo, sino de tus padres —señala Keira—. Y que la que conduce esta noche soy yo, así que a callar; o al final vas a ser tú el que tenga que pedir un coche.

Molesto, pero sin ganas de seguir con la conversación, Adrián asiente y se va al salón. Quiere beber algo antes de irse.

—No le hagas ni caso, hermanita. —Miguel intenta destensar el ambiente.

—Ah, no, tranquilo —dice ella con buen humor—. Ya sé cómo es, en cinco minutos se le ha pasado.

Llega a su habitación para, ahora sí, coger los abrigos y mirarse en el espejo antes de irse de fiesta con los chicos.

Salen de casa, abandonan el bloque de pisos y van directos al coche de los padres de Adrián. Hace mucho frío. Keira conduce con Adrián de copiloto.

—Te das cuenta de lo egoísta que eres, ¿no? —se queja Keira arrancando el coche.

—De toda la vida el que va de copiloto se encarga de la música.

En cuanto han entrado en el vehículo, Adrián ha cogido el cable para enganchar su móvil y poner su Spotify.

—Tío, tienes más morro que espalda —farfulla Keira molesta—. Si vas de copi, tú eliges. Pero si conduces, también.

—Como te he dicho antes, primita, el coche es mío.

Miguel y Gabriela, sentados en la parte trasera, observan la discusión. Es como ver a dos niños pequeños pelearse por el mismo juguete. Gabriela mira al chico rubio que tiene al lado y él le hace un gesto como dando a entender que no se preocupe.

—El día que tengas novia ¿vas a ser igual? —bromea Miguel dándole un golpecito a su primo en el hombro.

—¡Pobre de ella! —exclama dramáticamente su hermana.

Los pocos minutos que dura el trayecto hasta casa de Gabriela los pasan cantando las canciones que suenan, como *Me has invitado a bailar*, de Dani Fernández, que es la última que escucha la morena al bajar del coche.

Se despide de los primos y camina hacia su edificio. Su amiga le ha dejado claro que no se moverán de ahí hasta que se aseguren de que entra en el portal sana y salva.

—¿Se puede saber qué le pasa a tu nueva novia? —murmura Adrián mirando a la chica a través de la ventanilla.

—No es mi novia, imbécil.

Esa información lo sorprende tanto que se gira para mirar a su prima.

—¿Ah, no?

—No, tío. Solo son amigas del instituto —comenta Miguel.

Adrián sonríe y vuelve a mirar a la chica tan antipática, y tan mona, que se aleja. Keira, que no es tonta y conoce a su primo a la perfección, le advierte:

—Pero tú a Gabriela ni acercarte, ¿me has entendido?

El chico hace oídos sordos a lo que le acaba de decir. Gabriela no es su tipo, pero para hacer rabiar a su prima, sin perder tiempo baja la ventanilla del coche.

—¡EH, GABIII!

Ella se gira y Adrián aprovecha el momento para sacar el brazo y lanzarle un beso.

17

Como es tradición, la familia entera come el primer día del año juntos. Por muy poco que hayas dormido, que estés de resaca, que no te apetezca..., ahí tienes que estar para degustar las sobras de la noche anterior. Todos lo saben, incluidos los tres primos que salieron anoche y hoy no pueden con sus almas.

Luisa y Youssef ya hace rato que se bajaron con los niños a casa. Los gemelos han dormido tan poco que estaban realmente insoportables.

Carlos, el padre de Keira y Miguel, y Salma, la madre de Adrián, limpian los manteles en el salón para echarlos a lavar. Tras llevar un par de platos sucios a la cocina, Miguel y Keira se van a la habitación de él. Necesitan dormir un rato. Adrián, por su parte, ayuda con rapidez a su padre a tirar los restos de la fiesta de anoche a la basura para poder irse a casa a echarse la siesta cuanto antes.

—Pues esto ya está —murmura apretando la basura hacia el fondo de la bolsa.

Zulema lo mira mientras reparte la comida que ha sobrado en *tuppers* para todos.

—Ya que estamos, sacamos las bolsas y ahora las bajas —comenta César.

—¿Por qué yo?

César, que hace un nudo a la bolsa, mira a su hijo como solo un padre puede hacerlo.

—Porque lo digo yo, que soy tu padre, ¿te parece poco?

Para sorpresa de todos, Adrián se queda callado. Ya tiene que estar cansado. Padre e hijo colocan las tres bolsas de basura junto a la puerta para no olvidárselas cuando bajen a su piso.

Adrián vuelve a la cocina y ve que su tía cierra los *tuppers* con los que estaba liada. Esta, al verlo, abre los ojos. Parece que se le acaba de ocurrir algo.

—Mira, Adrián, ya que bajas, me vas a hacer un favorcito.

—A ver, tía, sorpréndeme.

—Según me comentó mi hija, su amiga Gabriela, la chica que estuvo aquí anoche —el chico asiente sabiendo a quién se refiere. Como para no acordarse de la borde de la noche anterior—, vive a menos de diez minutos de aquí, así que para asegurarnos de que la muchacha come hoy, te vas a acercar en un momentito y así le llevas estos *tuppers* que acabo de preparar. —A Adrián no le sale otra cosa que reírse. Piensa que su tía está de broma... ¿no? Al ver que no dice nada, Zulema llama su atención—. Adrián, ¿me has escuchado?

—Claro que te he escuchado, tía, y mi respuesta es no.

—Que no ¿qué? —pregunta en ese momento Salma entrando en la cocina.

—Que una cosa es bajar la basura y otra muy distinta es que tenga que coger la moto —se queja.

—Pero bueno...

—Que no, tía. Que no.

Zulema, molesta por la negativa, pone al día a su hermana de lo que estaba hablando con su hijo.

—Pues me parece muy buena idea —asiente Salma—. Y si el tema es que no quieres coger la moto, puedes ir dando un paseo, a ver si así te despejas un poquito.

Adrián las mira incrédulo.

—Estáis de coña, ¿no? —Ellas niegan con la cabeza—. Si el problema es que la chica esa no tenga comida en la nevera, que baje a hacer la compra, o incluso que la haga por internet.

—Ay, no seas desagradable —murmura su tía.

—Adrián, no te cuesta nada.

—Claro que me cuesta, mamá —farfulla él cruzándose de brazos —. ¿Acaso soy el único aquí con el carné de conducir?

—Mira, como bien hubiera dicho tu abuela —sigue Zulema—: si eres mayorcito para salir anoche de fiesta, también eres mayorcito para hacer lo que tus mayores digan.

—Es lo mínimo después de la que liaste anoche con el vino y su vestido. Hijo, por favor.

Al escuchar la conversación desde el salón, Youssef y Carlos entran en la cocina para ver qué es lo que está pasando, cuando Adrián, molesto, insiste:

—Pero ¿no veis que es año nuevo, que anoche estuve de fiesta y que estoy cansado y lo único que quiero es dormir?

—Todo eso podrás hacerlo una vez hayas cumplido con tu cometido —afirma su padre.

Adrián los mira a todos sin entender nada. ¿Es que no pueden ponerse en su lugar?

—Joder, me tenéis harto —farfulla, ganándose un manotazo de su madre en el brazo—. ¡¿Es que no veis que estoy de resaca?!

—Peores cosas habrás hecho tú de resaca —bromea su tío Carlos.

—Él y todos —añade su padre provocando la risa de los demás.

Pero a Adrián no le hace ni pizca de gracia que todos a su alrededor se rían, y menos aún que se estén riendo de él.

—Si tanta gracia os hace —replica de mala gana—, ¿por qué no vais vosotros y así os dais un paseíto? O mejor, ¿por qué no vais los cuatro en plan parejitas?

Los adultos se miran entre sí aún riendo. Tras unos segundos de silencio, Youssef es el que habla.

—Porque para eso os tenemos a vosotros, que sois nuestros hijos.

Nada más oír eso, Adrián se gira hacia sus tíos.

—Hablando de hijos, vosotros tenéis dos maravillosos —dice tratando de convencerlos—. Y no solo eso, sino que Keira es amiga de la protagonista del momento. ¿Por qué no van ellos?

—Porque están durmiendo la siesta.

Adrián suelta una gran risotada negando con la cabeza.

—¡Hombre, pero por eso no os preocupéis! Ya voy yo a despertarlos, no tardo nada.

Pero cuando intenta salir de la cocina, se da de bruces con su padre. Ambos se miran y Adrián sabe que no va a ser la solución.

—Con la cantidad de tiempo que estás perdiendo, ya podías estar llegando a casa de Gabriela —comenta su tío Carlos.

Adrián suelta aire exageradamente. ¿Tan complicado es entenderle?

18

Es 1 de enero. En la calle hace frío. Gabriela ha hecho macarrones a la boloñesa con mucho queso para comer. Nada más terminar, se ha dejado caer en el sofá donde, pocos minutos después, se ha quedado dormida. Ni siquiera ha necesitado poner algo en la tele, ha caído al momento. Al final anoche, con la tontería, no consiguió dormirse hasta pasadas las tres de la mañana.

El estridente sonido del telefonillo la despierta de golpe. Sin perder el tiempo, se pone en pie de un salto y corre para descolgarlo. Al hacerlo y ver a la persona que ha llamado, se toma un momento para frotarse los ojos antes de dar al botón de abrir.

En el ascensor, Adrián se mira en el espejo y se recoloca las gafas de sol.

Tras comprobar el aspecto que tiene en el espejo junto a la puerta de entrada, Gabriela abre y lo espera con los brazos cruzados. No hace más que preguntarse «¿Y este qué quiere ahora?».

Las puertas grises del ascensor se abren. Adrián sale. Va despeinado, Gabriela supone que de haberse quitado el casco que lleva en la mano, y también tiene sus ya famosas gafas de sol puestas. También se fija en la bolsa de plástico que cuelga de su mano derecha.

—Una noche dura, ¿eh? —bromea ella. Adrián entiende la referencia a sus gafas, pero no se ríe.

—¿Qué pasa? —dice llegando hasta ella—. ¿Dejas entrar a todo el que llama a tu puerta sin siquiera preguntar quién es?

—Para eso está la pantallita.

Él se acerca a escasos centímetros y asoma ligeramente la cabeza. Ve el telefonillo, es de los modernos, con pantalla para ver quién está abajo.

—Ah, perdona, que este es un edificio de gente sofisticada.

A ella le pica el comentario. La primera persona en la que ha pensado es en su tío Juanjo, nunca permitiría que nadie se riera de él. Gabriela lo mira planteándose si entrar en su juego o no.

Adrián, viendo que ella no se mueve, vuelve a alejarse y se coloca delante de ella.

—Bueno..., ¿qué haces aquí? —pregunta Gabriela, aún de brazos cruzados.

—He venido a traerte esto.

Gabriela coge la bolsa que le tiende. La abre ligeramente: hay un montón de *tuppers*.

—¿Y esto?

—Lo que ves, *tuppers* con comida que sobró anoche.

Gabriela lo mira y ve su gesto, parece que no le hace mucha gracia estar ahí.

—Me refería que a qué viene esto.

—A que mi tía estaba preocupada por si no habías comido y se ha empeñado en que te trajera esto ahora mismo —le explica—. ¿Qué pasa, que no tienes comida en la nevera o qué?

—Que maja tu tía, dale las gracias de mi parte —responde ella, haciendo oídos sordos al sarcasmo, y añade—: Fíjate que no tenías cara de... esto.

—¿De qué? —Adrián, cambiando el peso de pierna, la mira con gesto serio.

—De chico de los recados.

—No me gusta deber favores, soy más de que me los deban.

—Eso te pega más.

Gabriela aprovecha el momento para moverse y dejar a un lado la bolsa. Adrián, escondido tras las gafas oscuras, la observa. Se fija en ella. Tiene el pelo revuelto. Va vestida con un pijama de perritos con gorros de Navidad, uno de esos de pantalón y camisa a juego.

—Habrás podido descansar —señala su vestimenta—, ¿no, princesita?

Gabriela se muerde la lengua: «¿Cómo que princesita?». No le gusta el tono de Adrián. Tiene claro que es el típico chico al que nunca se hubiera acercado, pero, claro, al ser el primo de su amiga... no puede hacer nada.

—Más que tú seguro —responde—. De hecho, me has despertado de la siesta, principito.

Aunque un atisbo de envidia le recorre el cuerpo porque eso es justo lo que él desearía estar haciendo, Adrián se ríe de manera sarcástica. No esperaba ese intento de chulería por parte de ella.

—Bueno, ¿qué? —Se apoya en el marco de la puerta con una sonrisa—. Después de haber venido hasta aquí, ¿no me vas a invitar a pasar como buena anfitriona?

—No. —Su seguridad le pica, cuando ella afirma—: No te he invitado a venir.

—¿Ni siquiera me ofreces un vaso de agua?

La morena se toma un momento para mirar hacia el interior de su piso y hacer como que piensa. Como que de verdad baraja la posibilidad de dejarlo entrar. Pero, volviéndose hacia él, responde:

—Fíjate, resulta que no tengo. —Mueve las manos al hablar—. Tengo la nevera vacía, no hay agua corriente... Vamos, soy todo un partidazo.

Él se ríe, pero, tras unos segundos, se da cuenta de que parece que lo ha dicho en serio. No lo va a dejar entrar ni tampoco le dará

un vaso de agua. Adrián se la queda mirando preguntándose «¿De qué va esta tía?».

—Además, me pillas sin dinero suelto para poder darte algo de propina por el servicio.

Ese comentario hace que Adrián vuelva en sí y, por fin, se mueva. Gabriela hace todo lo posible por contener la risa. No va con ella decir esas cosas, pero le apetecía que ese chico probase su propia medicina.

—Mucho edificio pijo, pero luego...

Adrián se mete de nuevo en el ascensor, lo que hace que Gabriela no escuche cómo termina esa frase, algo que agradece. Cierra la puerta de casa y coloca la bolsa sobre la encimera.

Él, aún molesto por el corte que le acaba de dar la amiguita de su prima, sale del portal poniéndose el casco. Lo único que quiere es llegar a casa y olvidarse de ella. Llega a su moto y, una vez se sube a ella, algo lo hace mirar hacia arriba, al edificio del que acaba de salir.

Gabriela, asomada a la terraza, lo ve salir del portal y ponerse el casco. De pronto ve que él mira para arriba y le viene algo a la cabeza. Rápidamente se acerca la mano a la boca e, imitando lo que él mismo le hizo a ella hace tan solo unas horas, le lanza un beso.

¡FELIZ AÑO NUEVO!

Estamos a 3 de enero y aún no te he contado qué tal fue la Nochevieja con Keira y su familia.

¡Lo pasé mejor de lo que esperaba! No te voy a negar que al entrar en su casa me agobié un poco. Es un piso no demasiado grande con muchas personas dentro. Pero, tras respirar hondo y dejar pasar unos minutos, me acostumbré.

En la cena todo estaba riquísimo y, en vez de uvas, tomé Lacasitos. Qué curioso, ¿verdad?

Ahora te cuento los GRANDES MOMENTOS de la noche.

Keira me explicó una tradición de doce deseos y/o propósitos para el año nuevo. Parece ser que su familia lo hace todos los años. Participé, está claro. Debía guardarme el papelito con el deseo hasta la siguiente Nochevieja, pero, sorpresa, lo perdí. Mira que no soy de perder las cosas, pero pasó. Eso sí, recuerdo que ponía «Tomar el sol».

Vale, como propósito suena... básico, ¡lo sé! Pero fue un momento de presión en el que no se me ocurrían opciones más ingeniosas.

Reconozco que fui supersimple. Si el año que viene lo hago, prometo pensarlo mejor.

La familia me hizo sentir que era una más de ellos. Incluso los gemelos Laila y Naim, con los que bailé varias canciones. Son todos majísimos, en serio. Miguel, el hermano de Keira, es supersimpático. Me lanzaba cada mirada de complicidad que hacía que casi no pudiera contener la risa.

Todo lo contrario que Adrián. ¡ABSOLUTAMENTE TODO! Es primo de Keira y mayor que ella. Uf..., qué tío más insoportable. El típico chulito engreído que cree que por su cara bonita lo consigue todo. ¿Me explico?

Lo peor viene ahora: me tiró una copa encima. O sea, que he empezado el año oliendo a vino tinto y sin ver a Zac Efron. Mi gozo en un pozo.

Pero esto no acaba aquí. ¿A que no sabes quién apareció al día siguiente en mi casa?

Nos situamos: 1 de enero después de comer. Como la noche anterior trasnoché más de lo habitual en mí, estaba en el sofá echándome una siesta maravillosa. Y cuando más a gusto estaba, va y suena el timbre.

Sí, era él. Adrián.

Venía enviado por Zulema para traerme unos tuppers *con comida que sobró en Nochevieja. Qué encanto de mujer.*

No puedo decir lo mismo de su sobrino. Él, para sorpresa de nadie, iba con las mismas gafas de sol que el primer día que lo vi. Estaba de resaca, obvio. Y por su actitud tengo claro que venía obligado. ¿No va y se mete con los que vivimos en mi edificio diciendo lo sofisticados que somos por tener telefonillos con pantalla? Pero, vamos a ver, ¡ni que él viviese en las cavernas!

Pero eso no fue suficiente. Por haber venido hasta mi casa, se creía con el derecho a que le invitase a pasar. O sea, después de bañarme en vino, vacilarme y aparecer y tratarme con esta actitud, ¿te crees que le iba a dar ni siquiera un vaso de agua?

Ni de broma.

Se fue refunfuñando, diría que no le sentó demasiado bien. Pero ¿sabes qué? Me da igual.

19

El 2026 ha empezado de forma tranquila para Gabriela, disfrutando de sus días de vacaciones hasta que el lunes le toque volver a trabajar.

Se pone el primer pantalón vaquero que ve, una camiseta y una sudadera. Coge la bolsa blanca que lleva preparada desde ayer junto a la puerta y sale de casa. Ha quedado en acompañar a Keira al aeropuerto para despedir a su hermano.

Sale de su edificio justo en el momento en que llega un coche. Al parar junto a ella, se sorprende al ver que Adrián va al volante. Ambos se miran sin decir nada.

—¡Holaaa! —La voz de su amiga llama su atención.

Se fija en los asientos traseros y ahí ve a Keira y a su hermano Miguel. No le hace gracia tener que sentarse tan cerca del primo, pero no le queda otra. Cierra la puerta al entrar.

—Toma, te he traído la ropa que me dejaste en Nochevieja. —Le pasa Gabriela la bolsa tras saludarlos.

La recién llegada nota que Adrián la mira, pero le da igual. A ella tampoco le cae bien. Si se ha sentido aludido por lo de la ropa, mejor, porque fue culpa suya que Keira tuviera que dejársela.

—Mmm..., huele a limpio —murmura Miguel.

—Solo faltaba que se la devolviese sucia —bromea el conductor del vehículo haciendo reír a sus primos, pero no a la morena que va sentada a su lado.

—Muchas gracias, no tenías por qué.

Pero ella asiente:

—Sí tenía por qué.

Los cuatro inician el camino hacia el Aeropuerto Adolfo Suárez - Barajas. Aunque Keira no quiera, a su hermano le toca volver a Londres, a la que ahora es su vida. Por eso mismo se ha sentado atrás con él, para poder aprovechar hasta el último momento juntos.

—Dile a Marcus que a ver cuándo te acompaña en uno de tus viajes a Madrid —le comenta Keira—. Estoy deseando conocerlo.

—Eso, que aún tenemos que darle el visto bueno —bromea Adrián.

—Mira, primo, de las pocas veces que estamos de acuerdo.

—Tampoco te acostumbres.

A Gabriela, de tanto oír hablar del chico, le pica la curiosidad y se gira para preguntar.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos Marcus y tú?

—Llevo seis meses en Londres, y cuatro de ellos con Marcus.

—¿Y qué haces allí?

—Me fui para perfeccionar el inglés —le cuenta el hermano—. También me apetecía cambiar de aires, probar algo nuevo...

Adrián echa un ojo a sus primos por el retrovisor.

—¡Y no se le ocurrió nada mejor que irse a Londres! —dice Keira interrumpiéndolo.

—Podría haber sido peor —mete baza Adrián—, imagínate que le da por irse a Australia.

—No es mala idea —le sigue la broma el primo pequeño.

—¡Adri, no te metas!

El chico se echa a reír consiguiendo que Gabriela lo mire, pero no dura más de dos segundos. Se centra nuevamente en Miguel.

—En Londres soy camarero —sigue contándole él—. No es el trabajo de mi vida, pero de momento está bien.

—¿Y tienes en mente volver aquí?

—Por supuesto, ya me he dado cuenta de que puedo vivir y defenderme solo hablando en inglés y la experiencia está más que vivida. A mí lo que realmente me ata ahora es Marcus.

—Nada, primo —sugiere Adrián—, ponnos al habla con el londinense, que entre tu hermana y yo lo convencemos para que se venga aquí contigo.

—Sí, sobre todo tú —farfulla Keira, dándole unas palmaditas en el hombro.

—¿Lo has hablado con él? —Gabriela reconduce la conversación.

—Le vas a hacer un tercer grado ¿o qué?

La morena respira hondo tratando de hacer oídos sordos a lo que sale de la boca de Adrián. Le repatea que intente ir de gracioso cuando no lo es.

—Se lo he dejado caer —comenta Miguel—, pero creo que aún no está preparado para tener esa conversación. Pero, bueno..., no tengo prisa.

Keira lo mira con el ceño fruncido, parece que ella sí la tiene. Se lleva muy bien con su hermano, son los mejores amigos. Estar separada de él estos meses no ha sido fácil, tampoco para él. Son personas muy familiares.

—Ahora, cuéntanos tú, Gabriela —sugiere Miguel—, porque, que yo sepa, los demás están solteros y más solos que la una.

—Eh, eso dilo por tu hermana, no por mí —señala Adrián con chulería.

—Qué pesado eres, macho —vuelve a quejarse Keira para, acto seguido, mirar a su amiga—. Eso, que de temas del corazón tú y yo no hemos hablado todavía.

Adrián se fija en Gabriela y ve que se toca el pelo, como si lo estuviera enrollando alrededor de un dedo.

—Siento deciros que no hay nada interesante que pueda contaros.

—Venga ya, no me lo creo —trata de sonsacarle Keira—. ¿Hace cuánto de tu última relación?

—Cuando hablas de relación, te refieres a novio, ¿verdad? —La chica asiente—. Madre mía... Ya ni me acuerdo.

Adrián suelta una ligera risa. Aunque no se lleven del todo bien, la chica es mona y no se cree que haga tanto tiempo que ni se acuerde. Ella lo mira de mala manera sin entender qué le hace tanta gracia.

Esa respuesta ha sorprendido a Keira, y aún más cuando Gabriela termina diciendo:

—Pero vamos, que tampoco estoy interesada en tener una relación.

—Bien dicho, soltera se está muy bien.

—Coincido —murmura el primo.

Cuando llegan al aeropuerto, ayudan a Miguel a llevar las maletas y esperan a verlo cruzar el control de seguridad. Gabriela y Adrián esperan a unos metros de distancia mientras los hermanos se funden en un último y sentido abrazo.

Adrián de brazos cruzados y Gabriela con las manos metidas en el bolsillo de la sudadera no se hablan. Esperan el uno al lado del otro, pero con una distancia prudencial entre ellos. De hecho, Gabriela cree haber oído algún comentario para intentar volver a hacerse el gracioso, pero ha pasado de él. Cosa que ha conseguido que Adrián la mire confuso.

Una Keira con lágrimas en los ojos vuelve al coche acompañada de los otros dos. Despedirse de su hermano no es fácil, se vaya a Londres o a pasar un fin de semana fuera. Lo echa mucho de menos.

Miguel, por su parte, también se ha ido con lágrimas en los ojos, pero dedicándoles una gran sonrisa a sus acompañantes mientras cruzaba la seguridad del aeropuerto.

Ahora sí, Gabriela puede sentarse atrás con Keira. Le da cariño para que se le pase el sofocón de la despedida. Mientras Adrián conduce, empieza a llover.

—Hemos quedado en que os dejo a las dos en su casa —refiriéndose a Gabriela—, ¿verdad?

—Sí —dice esta.

—Genial, porque he quedado.

Fijándose en la cantidad de agua que cae del cielo, Keira piensa en su primo y le propone algo para horror de Gabriela.

—Conducir con esta lluvia es un poco peligroso, primo: ¿quieres quedarte con nosotras un rato hasta que pase un poco la tormenta?

20

—Tía, ¿puedo preguntarte algo? —dice Keira, una vez a solas, mientras se quita el abrigo y lo cuelga en el armario, Gabriela señala que sí con la cabeza—. Es que antes me he quedado dándole vueltas a una cosa que has dicho —comenta al tiempo que cuelga también su abrigo—. En el coche, cuando hemos hablado del tema de tener pareja, has dicho que no estabas interesada.

—Eso he dicho, sí.

Se mueve con familiaridad por su piso, seguida de cerca por su amiga.

—Pero, en plan... que no estás interesada ahora mismo, ¿no? ¿O que no estarás interesada nunca?

—No tengo claro si hay una respuesta clara para eso.

Y abriendo la nevera, mira a Keira y le pregunta:

—¿Qué te apetece beber? Tengo zumo de naranja, Pepsi y Fanta de naranja.

—Fanta está bien.

A Keira le viene a la cabeza un comentario que le hizo su amiga en Nochevieja, cuando estaban con el tema de los papelitos.

—¿Dices eso por lo que me dijiste el otro día de que no se te daba bien pensar en el futuro?

Mientras coloca un par de vasos sobre la encimera, Gabriela abre una lata de Fanta de naranja y la vierte en uno de ellos.

—Puede ser.

—A ver, que sé que solo tenemos veinticinco años, pero, hombre, yo espero a los cuarenta o así tener ya una pareja estable y asentada —comenta paseando lentamente por la cocina—. Vamos, no sé, al menos así lo veo yo.

La anfitriona le da su vaso de refresco y se pone uno con agua para ella. Le da un buen trago.

—Supongo que cada una lo ve a su manera —responde con cautela—. Para mí tampoco es que sea algo primordial. Prefiero priorizarme y dedicarme tiempo a mí misma antes que al hecho de si tengo o no una persona a mi lado.

—Ahora que lo dices ninguno de tus doce deseos estaba relacionado con el amor.

Keira piensa en sus deseos y al menos un par de ellos sí tenían que ver con encontrar a su persona perfecta.

—Ahí tienes la respuesta. El amor no es mi prioridad.

Piensa en el papelito que no quemó. ¿Dónde estará? No tiene ni idea, ni siquiera se había vuelto a acordar de él desde aquella noche. Recuerda habérselo guardado en el bolsillo del pantalón que llevaba, pero era de Keira y está segura de haberlos revisado todos antes de meterlo en la lavadora.

—¡Venga, que te enseño la casa!

Gabriela quería cambiar de tema y lo consigue. Durante unos minutos le enseña el piso a su amiga, que lo mira todo alucinada. Está claro que le gusta lo que ve.

—Joder, ojalá tuviese un piso así para mí sola —comenta bajando las escaleras detrás de ella—. Aunque mejor no, que seguro que son demasiadas responsabilidades.

—Todo es acostumbrarte.

—Si es que como con tus padres no se vive en ningún lado.

En cuanto sale la frase, baja el último escalón y se tapa la boca sin poder creer que lo haya dicho en alto. Gabriela, al ver su gesto, sabe que su amiga está sufriendo un momento de «tierra, trágame» e intenta restarle importancia.

—En tu caso tienes toda la razón. —Y cuando ve que va a disculparse, sigue—: Oye, sé que el plan era salir a tomar algo, pero viendo cómo diluvia ahí fuera, ¿qué te parece si hacemos unas palomitas y vemos una peli?

Al cabo de quince minutos las dos amigas están en el sofá con un bol de palomitas entre medias y decidiendo qué ver. Finalmente eligen *Frankenstein*, la nueva versión de Guillermo del Toro.

A Gabriela le gusta mucho, no puede despegar los ojos de ella. Keira, en cambio, antes de la mitad se ha quedado dormida. La película llega a su fin y la chica se despereza abriendo los ojos. Gabriela se pone de pie y lleva el cuenco vacío al fregadero.

—Nooo... Tía, perdón. No era mi intención quedarme dormida.

—Keira, no te preocupes.

—Es que anoche dormí fatal —se excusa—. Entre que sabía que mi hermano se iba hoy y que tuve una pesadilla horrible, no ha habido manera de poder descansar. —Gabriela enjuaga el bol con agua escuchando a su amiga—. Resulta que en la pesadilla estaba en un parque, pero de pronto se hacía de noche. Iba caminando tranquilamente hacia casa hasta que aparecía un monstruo gigante y empezaba a perseguirme.

—Vamos, que te has pasado toda la noche corriendo.

—Básicamente.

Gabriela se seca las manos.

—Pero el monstruo que te perseguía era rollo el demogorgon de *Stranger Things* o más del estilo del Frankenstein de la peli que acabamos de ver.

—Ya te digo yo que si mi monstruo hubiera tenido algo que ver con Jacob Elordi, no habría corrido tan rápido.

Las dos amigas se echan a reír. De vuelta en el salón, Gabriela se deja caer en el sofá junto a su amiga.

—A mí lo que me pasa es que hay noches que siempre sueño lo mismo.

—¿Tienes un sueño recurrente? —pregunta sorprendida Keira—. Cuéntame, quiero todos los detalles.

—Tampoco hay mucho que contar —dice echándose el pelo hacia atrás—. Estoy paseando por la playa y de repente veo un perro que viene corriendo hacia mí y detrás un chico que lo sigue.

Su amiga se mueve para acomodarse en el sofá.

—¿Y cómo es él?

—No lo sé —admite con una mueca—. Está lejos y es como que nunca llego a verlo de forma nítida, todo está ligeramente borroso.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes ese sueño?

La chica suelta aire por la boca y se toma un minuto para pensarlo. No sabe hace cuánto exactamente, pero hay una cosa que tiene clara.

—No lo sé, pero tengo claro que empezó cuando mi tío aún estaba vivo, o sea, que desde antes de 2022 seguro.

—Quizá es la manera en la que el destino te está diciendo cómo conocerás al amor de tu vida —sugiere Keira—. Te está haciendo un pequeño *spoiler*.

Gabriela no puede evitar que se le escape la risa. No cree que tenga nada que ver con eso, ni siquiera vive cerca de una playa.

—Siempre que le contaba a mi tío que había tenido ese sueño me decía lo mismo: ten cuidado porque a veces los sueños se hacen realidad.

21

Es lunes y a Gabriela le ha tocado volver a la rutina. Hoy tiene turno de tarde en la clínica. Lo positivo: no es un día de los más ajetreados.

La morena ve que Azahara sale de su zona de trabajo y se acerca a ella. Sonríe.

—¿Cómo está mi recepcionista favorita?

—Bastante tranquila, cosa que agradezco. —La peluquera acerca un pequeño taburete y se sienta junto a ella—. Tú ya has terminado por hoy, ¿no?

—Se supone que sí, pero tú lo sabes mejor que yo —bromea.

Gabriela abre la carpeta con el horario de esa semana en la pantalla del ordenador y ambas le echan un vistazo. Hoy lunes, a las ocho menos cuarto de la tarde, Azahara no tiene más perros a los que acicalar.

Las chicas aprovechan el poco ajetreo que hay para hablar con tranquilidad. Antes, cuando Azahara ha comenzado el turno, no les ha dado tiempo casi ni a saludarse. Gabriela le cuenta cómo han ido sus Navidades. Menos Nochevieja, todo lo demás ha sido de lo más tranquilo.

Azahara, en cambio, no ha parado, ella y su familia se han pasado todo el día de arriba abajo en Edimburgo. Visitaron muchos castillos y ruinas, les llovió tanto que su padre se puso malo al volver, por su madre estuvieron en lugares destacados de la serie *Outlander*...

Incluso pudo acariciar a una de las famosas vacas peludas de la zona.

—Déjame adivinar —dice Gabriela—: tu experiencia favorita de todo el viaje ha sido tocar a la vaca.

—Cómo me conoces. —Sonríe—. Se ha convertido en mi animal favorito y, si hubieras venido como te propuse, también sería el tuyo.

La recepcionista hace una mueca. Sabe que su amiga la invitaba de verdad, como los años anteriores, pero ella nunca acababa de estar segura de querer unirse a su plan familiar.

—Aunque ver la cara de mi hermana cada vez que mi padre se quejaba del frío también ha sido un punto fuerte del viaje.

Gabriela atiende a una pareja que sale de consulta con un pequeño gatito gris metido en un trasportín mientras su amiga saca el móvil. Una vez que termina con ellos, disfruta viendo las fotos que Azahara le enseña, hasta que el sonido de la puerta al abrirse provoca que ambas miren hacia allá.

—¿Qué...? —susurra Gabriela.

Keira entra en la clínica seguida por su primo Adrián. Él mira con curiosidad a su alrededor.

—¡Hola, Gabriela! —la saluda la rubia con una gran sonrisa.

Colándose en la zona de recepción, le da un abrazo. Las chicas se separan y Keira vuelve junto a su primo.

—Hola..., chicos —los saluda, aún sorprendida.

—Con que aquí es donde trabajas... —murmura Adrián.

—Sí, ¿pasa algo? —Lo mira. No se fía de él, algo que le hace estar pendiente por si tiene que defenderse de algún mal comentario.

—No —dice—, solo que, conociéndote..., no te pega demasiado.

—Si de verdad me conocieses, sabrías que me encantan los animales —farfulla Gabriela—. De hecho, es mucho más fácil lidiar con ellos que con ciertas personas.

Azahara y Keira se miran sorprendidas. ¿Qué les pasa a esos dos?
—¿Qué, Gabriela?, ¿no nos vas a presentar?

22

—Ay, sí, Aza... Perdona.

Gabriela se pone de pie y le presenta a su amiga y excompañera del instituto, aunque ya se habían visto de lejos hace unas semanas en la clínica, y a su nada simpático primo.

—O sea, que contigo es con quien pasó Nochebuena y Reyes, ¿no? —le pregunta Keira.

Azahara va a responder cuando su amiga le aprieta el muslo por debajo del mostrador. Entonces traga saliva: había olvidado por completo la mentira de la que la hizo cómplice.

—Sí, claro, Gabriela ya es una más en mi familia —miente con su mejor sonrisa.

—En la nuestra también. —Sonríe también Keira, quien mira a su primo buscando complicidad, pero lo único que encuentra es indiferencia.

Cansada del tipo de actitud que adopta a veces Adrián, le arrebata de golpe la bolsa que lleva en la mano. Las chicas se dan cuenta.

—En realidad, Gabi...

Oír eso hace que Adrián mire a Gabriela. A él le dejó claro que le gustaba que se refirieran a ella con el nombre completo, no con un diminutivo. Ella nota su mirada, pero se niega a prestarle atención. Sigue mirando y escuchando a Keira.

—Hemos venido a traerte tu vestido de Nochevieja. Según mi madre, ha hecho todo lo que ha podido con él.

Gabriela le lanza una dura mirada a Adrián. Fue culpa suya. Se da cuenta de que aparta la vista, incluso se atrevería a decir que parece avergonzado. Normal: que lo primero que hagas al conocer a una persona sea tirarle una copa encima no da la mejor de las impresiones.

Coge la bolsa y, sacando el vestido, alucina al extenderlo.

—¿Es el vestido al que le cayó una copa de vino tinto encima? —pregunta Azahara, mirándolo sorprendida. Keira asiente.

—¡Tu madre es increíble! —Gabriela mueve el vestido para verlo por ambos lados—. Ha conseguido quitar la mancha entera. Está incluso más limpio que cuando me lo puse.

Todos admiran y halagan el gran trabajo que ha hecho Zulema. Realmente no daban un duro por que quedase mínimamente ponible. La conversación se corta cuando un anciano se acerca a pagar la vacuna que le acaban de poner a su perro, su fiel compañero. Keira y Adrián se echan a un lado para no molestar.

Él mira el móvil y Keira, al ver la pantalla, comprueba que solo quedan veinte minutos para que termine el turno de Gabriela. Una vez que el señor ha pagado, Keira se acerca seguida de su primo y sugiere:

—Chicas, ¿os apetece que vayamos a tomar algo ahora, cuando salgáis?

—No podemos —salta Gabriela al instante—, ya tenemos plan con la hermana de Azahara.

La recién nombrada la mira cuando menos sorprendida. Es la primera noticia que tiene de ese plan. Gabriela la mira buscando que le siga la corriente ante la mentira que acaba de soltar.

Adrián, al que también pilla de sorpresa la propuesta de su prima, frunce el ceño. Su intención es irse a casa, al día siguiente madruga

para ir a trabajar. Aunque, por un momento, no le ha parecido del todo mal la idea de ir a tomar algo con esas dos chicas.

Realmente, a Azahara no le ha sonado mal el plan, incluso le apetecía ir a tomar algo. Pero, al entender la intención de su amiga, añade:

—Sí, claro, vamos a cenar en casa de mi hermana. —Mira a la rubia—. ¡Qué pena!

—Ajá... —murmura Adrián.

—No os preocupéis, disfrutad de esa cena —las anima Keira—. ¡Será por días en los que quedar!

Gabriela mira a Keira. Se siente mal. No le gusta haberle mentido de esa manera. Estaría encantada de irse ahora a tomar algo con ella, pero no con su primo. No le apetece tener nada que ver con él.

—De todas formas, deberíamos quedar otro día todos —afirma Keira.

—¡Claro! Cuenta con ello.

Azahara es la única que se expresa verbalmente. Gabriela y Adrián asienten levemente con la cabeza sin decir una sola palabra.

—Genial, hago un grupo y lo hablamos por ahí.

Las chicas se despiden de los primos y estos se marchan. Gabriela confía en que Keira se olvide de eso último que ha dicho. Que se distraiga con otra cosa y no se acuerde de hacer el mencionado grupo.

—Con que ese es el famoso Adrián, el primo de tu amiga —murmura Azahara cuando vuelven a quedarse solas—. El que es tan chulo, creído, maleducado...

—Ese mismo —afirma Gabriela—. Me dirás que no tengo razón.

—Estoy segura de que la tienes, pero me he percatado de otra cosa. —Gabriela la mira expectante—. Reina, a ese chico le gustas.

23

Al día siguiente, Gabriela se levanta sin prisa. Lo primero que ha hecho ha sido mirar el móvil y sonreír. Parece que Keira no se ha acordado de hacer el grupo.

Después de ducharse, se pone a recoger la ropa que tiene ya seca en el tendedero al ritmo del vinilo que ha puesto en el tocadiscos. En concreto, la canción *Physical*, de Olivia Newton John.

Disfruta de la música hasta que le suena el móvil. Parece que le ha llegado un mensaje. Lo coge y, sin desbloquearlo, ve que es de un número que no tiene guardado:

Hola, ¿sabes quién soy?

Deja el móvil donde estaba y se lamenta. Vuelve a lo que hacía, pero ya no puede ni disfrutar de la música. Su cabeza está en otra parte. Se niega a desbloquear el móvil. Se niega a creer que Keira haya hecho finalmente el grupo con su primo y él tenga su número de teléfono. No quiere. ¿Acaso no le quedó claro el otro día que no son personas compatibles?

Sin querer tocar el móvil, coge la ropa recién doblada, la sube a su habitación y la coloca en el vestidor. Después hace algo de comer y se cambia de ropa para a las tres en punto estar en su puesto de trabajo.

A media tarde, aburrida y sin tener nada que hacer, coge el móvil. Se debate entre si por fin entrar o no en WhatsApp. ¿Quiere que ese

grupo se haga realidad o prefiere seguir ignorándolo?

Hace rato que Azahara ha llegado a la clínica. Ella no le ha dicho nada al respecto, algo que no le extraña. Keira no tiene su número, así que le toca a ella añadirla al maldito grupo.

Muy a su pesar, desbloquea el móvil y entra en la aplicación. Cuál es su sorpresa cuando al abrirse no ve nada de ningún grupo. Qué raro. Lo que ve es que quien le ha escrito el mensaje esta mañana es un número que no tiene guardado en la agenda del móvil. Abre el chat y vuelve al leer el mensaje. Por más que lo piensa, no cae. La única persona que le viene a la mente es la última que querría que le escribiese. No quiere que Adrián se ponga en contacto con ella.

Decide salir de dudas.

Hola, ¿quién eres?

La puerta de la clínica se abre y un chico con cara de circunstancias entra con un perro color canela en brazos. Ella deja el móvil a un lado y sale a ayudarlo. Parece que le sangra la patita.

—Estábamos jugando en el parque y se ha cortado con algo, no sé con qué.

—Vale, ¿el perro es tuyo? —no tarda en preguntar Gabriela.

—Sí, claro, se llama Balto.

—Perfecto, ven conmigo.

El chico, el perro y ella desaparecen tras una puerta blanca. Ahí dentro una veterinaria atiende al animal y Gabriela la ayuda en todo lo que necesita. Otro compañero está pendiente para cubrirla en caso de que necesiten algo en recepción. Deben limpiarle la herida, observar que no haya nada incrustado, darle cuatro puntos, una crema y vendarle la patita. El perro se porta sorprendentemente bien.

El chico, al que han mandado a la sala de espera en cuanto han empezado a atender al perro, se pone en pie de un salto cuando sale Gabriela a por él. Entra en la sala y la veterinaria lo tranquiliza: no es nada grave, se quedará en una herida de guerra sin importancia. Gabriela sonríe al verlo notablemente más tranquilo.

Una vez que terminan con la urgencia, Gabriela y él vuelven a recepción. Como es la primera vez que acuden a ese centro, le abre ficha a Balto. Le da su siguiente cita, ya que tendrán que comprobar cómo progresa la herida, y le cobra lo pertinente por lo que han hecho. Minutos después el chico se despide.

Gabriela ve que el perrito sale cojeando mientras el chico lo mira.

—Muy bien, Balto, poco a poco —lo oye decir—. Ahora cuando lleguemos a casa te abro una lata, ya verás qué rica.

Sonríe mientras los ve alejarse por la calle. Hasta que el momento se rompe con el sonido del móvil. Nada más leer el mensaje que le acaba de llegar se queda blanca.

24

Azahara, que acaba de terminar de bañar a un perro, sale de su zona de trabajo. Necesita un café. Pero sus planes cambian cuando, al fijarse en Gabriela, la ve pálida. Tiene muy mala cara. Sin tiempo que perder, corre hasta ella.

—¿Tan mal ha ido lo de ese perrito? —se interesa, pensando en el animal que acaba de ver salir cojeando hace un momento.

—No... —Es todo lo que consigue balbucear.

Tanto Gabriela como Azahara sienten que les va el corazón a mil. A una por el inesperado mensaje y a la otra porque no sabe qué le pasa a su amiga. Azahara se agacha junto a ella, que está sentada, y le coge las manos para que la mire a los ojos.

—Vale, Gabi, ¿entonces? —Intenta entender qué es lo que pasa—. ¿Te encuentras mal? ¿Necesitas algo? ¿Te traigo agua fresquita, o mejor algo con azúcar? —Todo lo que hace Gabriela es mover levemente la cabeza hacia los lados—. ¿Cómo puedo ayudarte? —continúa, y poniéndose de pie, acaba por afirmar—. Vale, nos vamos al hospital.

—No...

—Pero, Gabriela...

—No, Aza...

Gabriela suelta su mano, coge el móvil y se lo da. Azahara mira la pantalla iluminada y lee el mensaje. Entonces, mira a su amiga igual de sorprendida.

—Ostras... Pues sí que es fuerte —murmura dejando el teléfono sobre la mesa—. ¿Hace cuánto que no sabes nada de... ella?

—Hace... más de dos años...

—Vale, lo primero que vamos a hacer es respirar hondo.

Junto a su compañera, Gabriela sale de la clínica y se apoya en el pequeño murito que hay en el escaparate.

Azahara se enciende un cigarro mientras se mueve lentamente a su alrededor. Comprende que su amiga necesita un momento para respirar e intentar aclararse la mente. Se lo da. Tras estos dos años trabajando juntas y, sobre todo, por ser amigas, la conoce lo suficiente como para saber que en momentos de agobio su cuerpo se paraliza.

Mientras se mueve, no pierde de vista a Gabriela. Espera que algo de aire fresco le venga bien. Un par de minutos después apaga el cigarro y lo tira a una papelera que hay a pocos metros. Al volver hacia Gabriela, ya ve que tiene mejor cara. Hace frío. Deciden entrar.

Las chicas se colocan de nuevo tras el mostrador de recepción y Azahara se sienta junto a Gabriela en el taburete. Se miran.

—Vale —habla la peluquera—, refréscame la memoria y cuéntame en qué punto estamos con tu hermana.

Ella asiente. El mensaje de Ariadna la ha dejado totalmente descolocada. Hace mucho que no sabe nada de ella.

—Hace más de dos años que la vi por última vez —murmura Gabriela—. La última vez que supe de ella también fue así, fue ella quien me escribió.

—Pero he visto que no tienes su número guardado en el móvil.

—Este no, debe de haber cambiado de teléfono...

—Y aquella vez, hace más de dos años, ¿qué tal con ella?

Gabriela piensa en esa época. Ella trabajaba en una papelería y terminaba el curso de ATV. Ariadna apareció prácticamente de la

nada.

—Solo quería dinero —admite finalmente—. Vino a verme y comimos juntas. Me contó que lo había dejado con su novio, que lo estaba pasando fatal, que necesitaba dinero para encauzar su vida, que no conseguía que nada le fuese bien...

—Entiendo que le dejaste dinero, ¿no?

Gabriela asiente. Aún le escuece recordarlo.

—Sí, y en cuanto lo tuvo, se fue —dice con gesto serio—. Se largó sin decirme nada más. Recuerdo que le mandé mensajes y solo me contestó un par de veces para contarme que estaba en ello. Y luego ya... nada. Hasta hoy.

Las chicas se miran. Ninguna de las dos sabe muy bien qué decir. Azahara conoce a la hermana de su amiga por lo que le ha contado, por eso no le sorprende lo que le relata.

Respirando hondo, Gabriela desbloquea el móvil para volver a leer el mensaje.

> **Ariadna**
> Soy Ari, ¡tu hermana! ¿Qué tal estás, Gabi?
> ¿Sigues viviendo en casa del tío?

Lo lee una y otra vez, sin saber aún qué responder. No consigue percibir la intención de su hermana solo con ese mensaje. Azahara también lo relee.

—¿Vas a contestar?

—No lo sé.

—Quizá esta vez sea diferente —le sugiere—. Quizá solo quiere saber de ti, qué tal estás, cómo vas con...

—Imposible —la interrumpe Gabriela, tajante—. Mi hermana es egoísta. Lo era de pequeña y seguro que lo sigue siendo.

Se acerca hasta ellas una mujer con un trasportín. Viene a recoger a su conejo, lo dejó hace un par de horas para unas pruebas

médicas. Gabriela la atiende y se levanta para avisar a los veterinarios. Un chico no tarda en salir a buscar a la señora.

—Me pregunto qué querrá.

Azahara, al reconocer a la chica que entra por la puerta de la clínica, se pone de pie. Es la dueña de Piti, el perro al que ha bañado y cortado el pelo hasta hace unos minutos.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —le responde.

La peluquera habla y atiende a la dueña de Piti mientras Gabriela no hace más que darle vueltas a la inesperada reaparición de su hermana. Tras un buen rato de comeduras de cabeza decide responder. Necesita respuestas.

Por aquí todo bien, con mucho trabajo.
¿Tú qué tal estás? ¿Cómo va todo?
Y sí, sigo en casa del tío.

Lo que queda de día intenta olvidarse del móvil. Necesita dejarlo de lado y no entrar en un bucle infinito. Hasta que no suene para avisarla de una notificación, no quiere volver a mirarlo. Se niega.

Al llegar a casa, se pone cómoda, hace algo de cena y ve la tele un rato. Sobre las once y media de la noche se le empiezan a cerrar los ojos, por lo que decide irse a la cama. Ya bajo el calor del edredón, apaga la luz y cierra los ojos. Pero el sonido del móvil le hace abrirlos: «Keira te añadió a un grupo».

¡Qué duro es volver a la rutina!

La verdad es que me quejo de vicio porque, salvo un par de urgencias, el trabajo ha estado bastante tranquilito. Por las noches llego tan cansada a la cama que ni me he acordado de pasarme por aquí. Pero vamos, tampoco hay mucho que actualizar.

Desde que volvimos a la clínica atiendo muchas llamadas para pedir cita para traer cachorros a consulta o a vacunar. ¡Cómo se nota la Navidad! Espero que todas las personas que hayan regalado animales estas fiestas lo hayan hecho con conciencia. Que parece que aún hay mucha gente que no se da cuenta de que no es lo mismo regalar un peluche de Peppa Pig que un animal. No tienen absolutamente nada que ver.

No saben el trabajazo que es criar, cuidar y educar a un cachorro. Así pasa que luego lo tienen y a los cuatro días ese ser vivo no se convierte en más que una molestia para ellos.

Odio a esa gente. Ojalá usasen más el cerebro y no hiciesen las cosas por el impulso y el capricho del momento.

Cambiando de tema. Esta semana vinieron Keira y Adrián a la clínica. No me hizo gracia verle la cara, PERO me trajeron el vestido.

¡Está como nuevo! Increíble, Zulema es mágica.

Azahara también estaba esa tarde. ¿No va la tía y, tras pasar solo unos minutos con él, me dice que yo a ese chico le gusto? JAJAJA.

Está claro que Aza tiene el radar roto en mil pedazos. No puede estar más lejos de la realidad.

¡AH! Hace días vi la película FRANKENSTEIN*. Fíjate que a mí la fiebre por Jacob Elordi me daba igual. Incluso no llegaba a entenderla. Pero ahora... podría decir que estoy entrando en ella. ¿He necesitado verlo caracterizado de monstruo para que llamase mi atención? Posiblemente.*

Ayer me salió el tráiler de Cumbres Borrascosas *en Instagram, su nueva peli con Margot Robbie, y reconozco que me cautivó.*

Por cierto... Ariadna ha vuelto. Me ha escrito por WhatsApp. ¿Qué querrá?

No me apetece pensar en eso ahora. Te mantendré informado.

25

Como era de esperar, Keira creó el grupo y no tardó en ponerse a organizar algo. Tanto Gabriela como Adrián están en el grupo un poco en contra de su voluntad, pero no quieren hacerle el feo a la chica.

La creadora del grupo lo consigue y las chicas deciden quedar ese viernes para salir de fiesta. Adrián se desmarca diciendo que ya tiene planes con sus amigos, lo cual es verdad.

Keira y Gabriela llegan juntas al lugar en el que han quedado. Al entrar ven que está abarrotado. A Gabriela, estar rodeada de tanta gente no es precisamente algo que le guste demasiado, pero toma aire y sigue caminando. Solo quiere pasárselo bien.

Van pasando entre la gente hasta encontrarse con Azahara y unos amigos suyos, que han decidido unirse. Mientras Keira se presenta, Gabriela los saluda con familiaridad. Ya los conoce.

El grupo de amigos pide unas copas y disfrutan de la noche bailando y cantando las canciones que suenan. Cada cierto tiempo, Azahara y Keira, como ambas son fumadoras, salen preparadas con sus paquetes de tabaco a la calle. Gabriela decide quedarse disfrutando con los amigos de Azahara.

Se lo pasa bien bailando con Javián. Es un chico grande, el típico de gimnasio. Pero todo lo que tiene de grandote, lo tiene de gay, algo que encanta a Gabriela. Con él no hay problema. Siempre que salen acaban bailando juntos, se entienden muy bien, sus cuerpos se mueven al compás. En uno de los giros mientras baila, ella ve a

pocos metros a un grupo de chicos charlando. Pasa unos segundos observándolos al ritmo de *Swing*, de Danny Ocean... hasta que da con él. Con Adrián.

Él también la mira, la ha visto llegar hace un par de horas junto a su prima. Pero para cuando le sonríe, ella ya ha dejado de mirarlo, se ha dado media vuelta y sigue bailando con el cruasán de gimnasio con el que ya lleva un buen rato. La ve sacudir el pelo con gracia, tal y como dice la canción.

A los pocos minutos, vuelven las chicas. Keira agarra a Gabriela por la cintura para bailar con ella.

—¿Has visto quién está ahí?

La rubia mira hacia donde Gabriela señala y, para su sorpresa, ve a su primo.

—¡Qué fuerte!

—¿Le has dicho que veníamos aquí? —le pregunta su amiga, confusa.

—Qué va —niega sin dejar de moverse—. ¡Será cosa del destino!

Keira se echa a reír y tira de Azahara para que también baile con ellas. Gabriela sonríe, tiene su gracia. La vida y sus casualidades.

Tras varias canciones, Gabriela necesita tomarse un descanso. Se acerca a la barra para pedir un vaso de agua y consigue sentarse en un taburete libre. La camarera le pone lo que ha pedido y ella se lo agradece. Está sedienta. Coge el vaso y da un buen trago mientras un par de chicos se apoyan en la barra junto a ella. Los oye pedir unas copas y, para su desgracia, reconoce una de las voces. Gira el taburete con sutileza para darles la espalda. Pero no funciona.

—¿Qué, princesita, ya estás cansada?

Ella aprieta los labios maldiciendo. Gira de nuevo el taburete y se encuentra con Adrián, que la mira con una radiante sonrisa. El amigo también la observa.

—Sí, sobre todo de oír tonterías.

Los dos chicos se ríen.

—¡Uy, qué carácter! —exclama Adrián, creciéndose con la risa de su colega.

—Y vosotros ¿qué tal? ¿Os funciona la táctica de estar allí quietos como cocodrilos buscando a vuestra futura presa?

La camarera les lleva a los chicos las copas que han pedido hace un momento.

—Te veo muy pendiente de nosotros para ser alguien que solo está aquí descansando, ¿no?

A Gabriela le hierve la sangre. Pero la vibración del móvil hace que pase de responderle. Con un poco de suerte, mientras mira el teléfono, esos dos cogen sus copas y se van por donde han venido.

Ariadna
¿Y te sigue sobrando una habitación?

Lee el mensaje un par de veces. Sabía que su hermana no la escribiría solo para saber qué tal está, como sugería Azahara. Tenía que haber una intención detrás. Se debate sobre qué responderle. Si le dice que sí, es probable que se meta en su piso. Pero si le dice que no, ¿dónde acabará?

—Hola, ¿qué tal?

Una voz hace que deje de mirar el móvil. Al alzar la vista, hay un chico pelirrojo que no conoce de nada junto a ella. Lo mira, pero tiene la mente en otro lado, en otra cosa completamente diferente.

—Te he visto antes bailando, parece que te lo estabas pasando genial.

—Sí.

—Soy Julio, ¿y tú?

—Gabriela. —Medio sonríe.

El pelirrojo se acerca y le planta dos besos sin que ella se lo espere. Al otro lado, Adrián observa toda la escena. Su colega lo ha dejado solo.

—Veo que no tienes bebida —señala Julio—. Te invito a algo, ¿qué quieres?

—No, gracias, estoy bien.

—Cómo vas a estar aquí de fiesta sin una bebida, anda ya —insiste.

En la mente de Gabriela solo da vueltas el tema de su hermana. Mira al chico que tiene a su lado, es mono, pero no quiere nada con él. Quiere estar sola. Aunque tampoco quiere ser borde, por lo que responde con una sonrisa.

—Julio, estoy bien con mi vaso de agua.

A la cuarta vez que le oye insistir, Adrián no puede más y salta.

—¿Qué pasa, no la has oído o qué?

Sorprendida, se da la vuelta: Adrián está detrás de ella. Daba por hecho que ya se habría ido.

—No, Adrián —Gabriela lo mira con dureza—, lo que no he oído es que te haya pedido que hables por mí.

El tercero en discordia se aleja, no quiere líos. Adrián la mira sorprendido mientras ella le deja claro su malestar.

—Solo intentaba ayudarte.

Gabriela se levanta y guarda el móvil en el bolso.

—¿Tengo pinta de ser una princesita en apuros? —farfulla, mirándolo directamente a los ojos—. No, ¿verdad?

Adrián traga saliva. No esperaba esa reacción.

—Gabi, relájate...

—Te he dicho que me llamo Gabriela —recalca señalándole con el dedo—. Y que te quede claro que sé defenderme yo solita. Por lo que, si necesito ayuda, ya la pediré. Pero la pediré yo.

Dicho esto, coge su vaso de agua y se aleja, dejando a Adrián con la palabra en la boca.

26

Llega el lunes y con él comienza una nueva semana. Todos madrugan y van a trabajar. Gabriela esta semana tiene turno de mañana, lo que le deja las tardes libres.

La mañana en la clínica ha ido rodada, sin problemas. Cuando se encontró a media mañana con Azahara, comentaron la fiesta del viernes. Lo pasaron bien. Gabriela la pone al día de la discusión que tuvo con Adrián y su amiga se lo toma a risa diciéndole que no le dé mayor importancia.

A mediodía, Gabriela recoge sus cosas y se va a casa dando un paseo. Inevitablemente, en ese rato le vienen dos personas a la cabeza.

Una de ellas es Adrián. Cuando piensa ahora en frío en la situación que vivió con él, se da cuenta de que quizá se pasó. Por una parte, entiende que se metiera a intentar librarla del tío que se le acercó, ya era la tercera o cuarta vez que le insistía con lo de la copa. Aunque también le da rabia que se sintiera con la potestad de meterse y hablar por ella. Comprende que a su prima pueda querer ahuyentarle los moscones, pero ella no es nada suyo. Ni siquiera son amigos.

No ha vuelto a saber de él desde entonces.

La otra persona que se le viene a la cabeza es...

—¿Ariadna?

Ya cerca del portal de su edificio, tiene que parpadear un par de veces. No da crédito a lo que ven sus ojos. Ahí está su hermana,

sentada en el suelo con una mochila roja junto a ella.

—¡Hermanitaaa! —exclama levantándose y corriendo hacia ella.

Ariadna la abraza con fuerza. Gabriela también a ella, pero con menos intensidad. Ahora mismo no entiende nada.

—¿Qué haces aquí?

—¿Es que no puedo hacerle una visita a mi hermana mayor?

—Sí, claro que puedes...

Gabriela mira a su hermana cuando una ráfaga de frío viento le mueve el pelo.

—¿Quieres subir?

Ariadna no tiene ni que responder, simplemente sale corriendo para coger la mochila y seguirla hasta el sexto piso. Al entrar, ambas notan cómo el calorcito de la calefacción entra en sus cuerpos. Gabriela se quita el abrigo y lo cuelga en el armario.

—Madre mía, es como viajar al pasado —comenta Ariadna nada más entrar—. Está todo prácticamente igual.

—El tío Juanjo tenía muy buen gusto.

—Si tú lo dices... —murmura dejando su abrigo sobre la mesa de comedor.

Mientras Ariadna inspecciona la planta baja, Gabriela coge el abrigo de su hermana y lo coloca en el respaldo de una de las sillas. Después la acompaña escaleras arriba. Gabriela le enseña la habitación grande, que era la de su tío y ahora es la suya. A continuación, le enseña la de al lado, que está libre: era la habitación de Gabriela cuando se mudó a vivir con él.

Ariadna deja la mochila sobre la cama, lo que llama la atención de su hermana. Al girarse se percata de cómo la mira.

—¿Qué pasa? Dijiste que estaba libre, ¿no?

Gabriela hace una mueca. Necesita hablar con Ariadna. Quiere respuestas. No puede meterse en su casa, así, como si nada, sin dar

explicaciones.

En la cocina, la anfitriona sirve un par de refrescos y ambas se sientan a la mesa del comedor. La pequeña acerca su silla a la de Gabriela y la coge de la mano.

—Me alegro tanto de verte, hermanita...

—Yo también —sonríe—, pero tenemos que hablar.

—¡Claro! Hablamos de todo lo que quieras.

Toma un trago de su bebida mientras Gabriela la mira y piensa por dónde empezar la conversación.

—Lo primero que quiero saber es qué tal estás, pero de verdad.

—Mejor que nunca, hermanita —responde Ariadna y, moviéndose con gracia, añade—: ¿No me ves?

Claro que la ve. Gabriela la ha analizado físicamente en cuanto la ha visto abajo. Parece que tiene buen aspecto. Va con un vaquero oscuro, una sudadera y unas zapatillas que se nota que tienen años. También lleva el pelo recogido en una coleta.

—Físicamente te veo bien, Ariadna, pero...

—No me llames así, que suenas a mamá, mejor Ari.

—Vale. Por fuera parece que todo está bien, pero... ¿y por dentro?

—También. —Las hermanas se miran a los ojos—. Gabi, necesitaba parar.

Desde que Gabriela ha empezado la conversación ha decidido tener la mente abierta. No quiere dejarse llevar por cosas del pasado. Tal y como decía Azahara, quizá esta ocasión es diferente.

—O sea, que estás limpia...

Ariadna asiente con una sonrisa y los ojos vidriosos. Ella decide creerla, algo en su interior se lo dice.

En la adolescencia, Ariadna empezó a tontear con las drogas hasta que, por culpa del grupo con el que se juntó, cayó de lleno. Todos

en su casa sabían que era un gran problema y más aún cuando empezó a desaparecer durante días y a robar dinero a sus padres.

Para ellos una de las principales culpables de la poca fuerza de voluntad de su hija pequeña siempre era su hija mayor. Que Gabriela se saliese del camino que ellos tenían establecido para ella y decidiera desobedecerlos para llevar su vida como ella quisiera fue un malísimo ejemplo para su hermana, y así se lo hicieron saber en más de una ocasión.

—¿Sabes algo de mamá y papá? —continúa Gabriela—. ¿Has hablado con ellos?

—Sí, he pasado el fin de semana con ellos. —Oír eso hace que Gabriela alce las cejas, sorprendida—. El viernes a mediodía pase a verlos y comimos juntos —le explica—. Al terminar me animaron a que me quedara todo el finde en casa.

—¿Y qué tal?

—Muy bien, por allí todo sigue igual. Cada dos por tres se ponen a hablar de trabajo, pero ya sabes que es algo normal en ellos.

Gabriela la escucha con atención mientras le relata todo lo que ha hecho con sus padres el fin de semana. Parece que se lo han pasado bien, algo que no le sorprende. Su hermana siempre ha sido el ojito derecho de los dos. Para ellos, nunca hacía nada mal, no como ella.

—Me alegro mucho, Ari —dice tras escucharla—. Entonces, ¿por qué te has presentado en mi casa?

—Guau, tu casa... —murmura con cierto retintín—. Qué raro es oírte decir eso. Para mí creo que siempre seguirá siendo la casa del tío Juanjo.

Gabriela decide morderse la lengua. Le molesta que mencione a su tío. Durante su enfermedad casi no iba a verlo, mientras que ella se pasaba las tardes con él, acompañándolo a donde hiciera falta hasta que finalmente se fue a vivir con él.

Recuerda a la perfección el día que el abogado les leyó el testamento del tío Juanjo. Nunca olvidará el enfado de sus padres y de su hermana al enterarse de que le dejaba todo a ella. Tanto el piso como los ahorros. Sus padres se pusieron hechos una furia, sobre todo su madre, hermana de Juanjo. Ariadna también se enfadó mucho, no entendía que, teniendo dos sobrinas, no fuese justo con ambas. Ni lo entendió en su momento ni parece que lo vaya a entender ahora.

Dejando a un lado ese tema, Ariadna acerca más la silla para buscar el contacto con su hermana.

—Estoy aquí porque algo en mí me pide un cambio, hermanita. Necesito encauzar mi vida y para eso lo primero es salir de donde estaba. —Al ver que Gabriela no dice nada, continúa—: Y con papá y mamá no me puedo quedar.

—¿Por qué?

—Porque vivir con ellos es un agobio, ya los conoces. Que si reglas por aquí, que si obligaciones por allá... Qué pesados. —Y buscando aún más la compasión de su hermana, añade—: Y porque no quieren.

Esas cuatro últimas palabras la descolocan por completo.

—¿Cómo que no quieren?

—Pues que no quieren, Gabi. —Le vuelven a brillar los ojos—. Me han dicho que ya soy mayorcita para buscarme la vida.

Eso consigue encogerle el corazón. Le sorprende mucho oír eso de sus padres, sobre todo teniendo en cuenta que están hablando de Ariadna, su hija favorita. Aunque al recordar cómo se comportaron con ella en el pasado, se lo puede creer.

—¿Y cuál es el plan? —Su hermana pequeña suspira—. ¿Qué tienes en mente?

—No lo sé... —dice con un hilo de voz—. Primero, quiero descansar, que estoy hecha polvo. Y luego supongo que ponerme a buscar trabajo.

Gabriela asiente y tomando aire se levanta de la silla. Su hermana la imita.

—De acuerdo, pero no te voy a acompañar a casa de mamá y papá a recoger tus cosas —afirma con seguridad—. Yo por allí no pienso volver.

—No te preocupes, Gabi, ya lo he traído todo. —Ella se sorprende. No esperaba que todas sus cosas cupieran en una mochila de ese tamaño—. ¿Eso significa que puedo quedarme?

Al ver que su hermana mayor asiente se tira nuevamente a sus brazos. Ariadna la abraza y le da las gracias. Gabriela responde al abrazo, aunque por su mente solo pasa una cosa: «Si no se queda conmigo, se queda en la calle. Y no puedo dejar a mi hermana en la calle».

Para un fin de semana que salgo de fiesta con Keira, Azahara y sus amigos, y tenemos que coincidir allí con Adrián. ¡Mira que hay sitios! Pasé de él y me lo pasé muy bien.

Como siempre sucede, llegó un momento en que necesité parar y sentarme un rato a descansar. Vamos, lo típico en mí para cualquiera que de verdad me conozca. No como él, que tuvo que venir junto un amiguito suyo a vacilarme y, minutos más tarde, ponerse en plan gallito protector con un chico que intentaba invitarme a una copa.

¿Tú te crees? Le dejé bien claro que no necesito que nadie hable por mí. Es algo que me da muchísima rabia. Hay gente con más o menos personalidad, pero si no te piden ayuda o no te hacen un gesto cómplice, ¿qué necesidad tienes de meterte?

Qué pereza de tío.

Pero lo fuerte no es eso...

Al final Ariadna ha vuelto y de verdad. El lunes me la encontré delante de casa. Cogió y se presentó aquí.

Como ante todo soy educada, la invité a subir. Estuvimos hablando y me contó que ha venido a verme porque quiere dar un giro a su

vida y necesita mi ayuda. Según me contó, ha dejado la mala vida a un lado y quiere reconducirlo todo para centrarse.

Ya era hora.

Me sorprendió que me dijera que nuestros padres no querían ayudarla. Ariadna siempre ha sido el ojito derecho de los dos. Qué raro.

Hay una parte de mí que quiere creerla, pero otra me dice que no. Ya me la jugó hace un par de años cuando vino a pedirme dinero y volvió a desaparecer. Pero en esta ocasión parece... ¿diferente?

Total..., que he dejado que se quede en mi casa. O como ella se empeña en decir, «el piso del tío». Me molesta muchísimo que diga eso y no termine de aceptar que me lo dejase a mí en herencia.

No sé, esto de Ariadna me tiene un poco hecha un lío. También puede ser que hoy esté un poco más cansada... Creo que me voy a poner la capucha de la sudadera y a ver cualquier cosa en Netflix.

He escrito a Keira y Azahara. Me vendrá bien desahogarme.

27

Azahara y Gabriela salen juntas de la clínica veterinaria y se dirigen al restaurante en el que han quedado con Keira. Anoche, en cuanto recibieron los mensajes de Gabriela, se pusieron manos a la obra para organizarse y poder verse al día siguiente.

Keira, al verlas llegar, se despide de Miguel, con quien hablaba por teléfono.

—Era mi hermano —dice sentándose tras saludar a las chicas.

—¿Y qué tal está? —se interesa rápidamente Gabriela.

—Bien, aunque hoy le he notado la voz un poco apagada.

Azahara las observa. Aunque ha oído hablar de ese chico, no lo conoce.

—Bueno —reconduce la conversación—, ¿y tú qué tal estás?

Mientras les traen la comida, Gabriela les pone al día de lo relacionado con su hermana Ariadna, sobre todo a Keira, que no tenía ni idea. Les cuenta cómo apareció ayer en su casa, las cosas de las que hablaron, lo que le contó de sus padres...

—Bueno, eso suena bien, ¿no? —dice Azahara mirando a las dos chicas—. Todos merecemos una segunda oportunidad.

Keira mira a Azahara mientras come.

—Tengo que confiar en ella, no puedo pasarme toda la vida desconfiando.

—Pues yo qué quieres que te diga, después de lo que nos has contado no me fío ni un poquito —entra Keira en la conversación—. ¿De verdad crees que está limpia? ¿De verdad confías en ella?

Azahara mira a la chica rubia. Entiende que tienen puntos de vista distintos.

—Pero..., a ver, Gabriela —trata Azahara de poner orden en su cabeza—. ¿Tú cómo lo llevas? ¿Cómo estás con todo esto?

La morena se toma un momento para pensarlo. Ha pasado de vivir sola a vivir de nuevo con su hermana, alguien a quien hacía mucho que no veía, muy rápido. No deja de ser una situación nueva y extraña.

—Yo estoy... bien —murmura, mostrándose dubitativa—. O sea, un poco rara, pero imagino que tiene que ser así. Chicas, no es una situación normal, y encima ha pasado de la noche a la mañana.

Sus amigas asienten; con todo lo que le ha pasado con su familia, comprenden que no ha de ser nada fácil para ella.

—¿Qué tipo de relación tenéis?

—Hombre, no es ni remotamente parecida a la que tenéis Miguel y tú. Ya me gustaría. —Sonríe—. De pequeñas nos llevábamos genial, éramos las mejores amigas. En la adolescencia se fue distanciando de mí, hasta que me mudé con mi tío y perdimos totalmente el contacto.

—¿Y dices que la última vez que os visteis te sacó dinero y desapareció? —Gabriela asiente—. Joder, pues blanco y en botella. Te la va a intentar colar de nuevo.

En cuanto termina la frase, Keira recibe una patada por debajo de la mesa. El golpe viene de Azahara.

—¡¿Cómo puedes ser tan bruta?! —se queja, abrazándose la pierna.

—¿Bruta yo? ¡Bruta tú! —exclama molesta—. ¿Te das cuenta de lo que le estás diciendo? Si todos fuésemos por la vida con esos prejuicios y esa negatividad, no confiaríamos los unos en los otros y estaríamos hundidos en la miseria.

Mientras, la protagonista continúa comiendo con tranquilidad. Escuchar a sus amigas es como oír sus propios pensamientos. Una parte de ella cree a Ariadna, la otra no. Una parte de ella se fía, la otra no... Y así con todo desde el día anterior.

Azahara, dejando a un lado a la rubia, vuelve a mirarla.

—¿Tú te crees lo que te ha contado?

—Creo que sí.

—¿Qué lo hace diferente a la última vez?

—No lo sé... Hay algo en su mirada. No sé explicarlo.

Aunque anoche Ariadna y ella hablaron, no fue demasiado rato. Su hermana se fue pronto a dormir, decía que estaba cansada. Esta mañana, cuando Gabriela se ha levantado para irse a trabajar, aún no había salido de la habitación. Ella tampoco le ha dicho nada, entiende que necesita descansar largo y tendido.

—¿Y qué piensa hacer? —pregunta Keira.

Azahara aprovecha el momento para seguir comiendo.

—Según me dijo, descansar y poner su vida en orden. Una vez hecho esto, empezará a buscar trabajo.

—Vamos, que no tiene oficio ni beneficio —aclara su amiga—. No pensará estar ahí gorroneando de por vida, ¿no?

Azahara, que se mantiene en silencio, pone los ojos en blanco. Está claro que Keira no es la persona con mayor tacto del mundo.

—Venga..., tampoco hay que ser tan dura, que aquí todas cometemos errores —comenta con calma—. Quizá Ariadna verdaderamente se ha dado cuenta de que quiere algo más de la vida. ¿Quién nos dice que no es el momento justo para que la chica empiece a hacer las cosas mejor?

—El momento... Sí, claro. Aquí la abogada del diablo —bromea Keira, señalando a Azahara—. ¿Y si manipula a nuestra amiga sin que se dé cuenta?

—A ver, Keira, que no soy tan tonta —dice entonces Gabriela—. Ya me vaciló una vez, más le vale no hacerlo de nuevo.

Las chicas se toman un momento para comer y pensar en lo que les acaba de contar Gabriela. Entienden que se sienta entre la espada y la pared.

—En cuanto a lo de buscar trabajo... —Gabriela resopla—. Ojalá encuentre algo rápido, pero, conociéndola, no las tengo todas conmigo.

Keira se percata de que Gabriela tiene aspecto de estar agotada, como de no haber dormido bien. No debe de ser fácil lidiar con todo esto así de golpe.

—He pensado en preguntar a Jacobo si...

—No —la corta Azahara—. Mejor le pregunto yo. Tú quédate al margen.

Azahara sabe que si Gabriela habla con Jacobo y le pide trabajo para su hermana, el hombre se verá más presionado a encontrarle algo que si le comenta ella que una amiga está buscando.

Keira, por su parte, piensa en su familia. Sus tías tienen una cafetería que abrieron hace años, mientras que sus tíos y su padre son propietarios de una constructora.

—Yo hablaré esta tarde con mi familia para ver si tienen sitio en alguno de sus negocios.

—Chicas, no hace falta que hagáis esto, de verdad —dice la morena, apurada—. De momento no puedo poner la mano en el fuego por Ari, por lo que no quiero involucrar a más gente.

—Anda ya, Gabriela, déjate de tonterías. —Azahara mueve las manos al hablar—. Sabes que siempre puedes contar con nosotras para lo que necesites.

—¡Para algo en lo que podemos ayudar!

Gabriela, como agradecimiento, las invita a comer. Es lo menos que puede hacer.

28

Su hermana no lleva ni cuarenta y ocho horas en su casa y ya siente que está jugando con su paciencia. Cuando llega de trabajar, le toca recoger, poner lavadoras, encargarse de la comida y de la cena... Ariadna lo deja todo por el medio sin importarle si molesta, si entorpece...

Mientras tiende la ropa que acaba de sacar de la lavadora, Gabriela se fija en su hermana. Le desespera llegar a casa y encontrársela tirada en el sofá sin hacer nada más que ver la televisión. Le molesta que la vea sacar la ropa de la lavadora y ni siquiera se digne a levantarse para ayudarla. Pero no le dice nada. Es su hermana pequeña y está en pleno proceso de dejar las drogas y reconstruir su vida. No quiere agobiarla y que salga huyendo.

Termina con la ropa y, con todo ya recogido, se sienta en el sofá. Ariadna tiene puesta una serie que no le interesa demasiado, por lo que coge el móvil. Entra en WhatsApp y en el grupo que acaba de formar con sus dos amigas para estar al día de todo lo referente a su hermana. Grupo en el que, para su tranquilidad, no está Adrián.

Chicas, ¿hacemos algo este finde?

Keira
Te supo a poco el finde pasado, jajaja.

Les llega un audio de Azahara.

Azahara
Perdón, chicas, estoy liada con un perro, pero si es mañana viernes, vale. El sábado no, que es el cumple de mi padre. Por cierto, Gabriela, ¿va todo bien?

Ella sonríe al oír el mensaje.

Sí, es solo que necesito salir de casa.
Aún no me acostumbro a lo desordenada que es mi hermana.

Keira
No se hable más, mañana ya tenemos plan.

29

Llega el viernes y con él el plan que hicieron el día anterior las chicas. Gabriela está encantada de salir un rato a despejar la mente. Cuando le ha dicho a Ariadna que salía, le ha sorprendido su respuesta. No tenía claro si iba a intentar unirse a ellas o si ya tenía algo por su lado, pero no. Le ha dicho que espera que se lo pase bien y se ha quedado en casa viendo una película. Tiene claro que con la Ariadna de hace unos años eso hubiera sido totalmente imposible.

Llega caminando al local en el que les ha citado Keira y justo cuando va a abrir la puerta para entrar, alguien se le adelanta. Al mirarlo, él también la mira. Ambos se sorprenden.

—¡Anda, hola! —la saluda Adrián—. Yo que pensaba que llegaba el último.

—Hola, Adrián —responde tratando de disimular su decepción.

No esperaba verlo allí. De hecho, decidió proponer el plan en el grupo en el que él no está por eso mismo. Esperaba que fuese una noche solo de chicas.

Él sonríe, aunque el gesto que le ha visto hacer a ella no era precisamente de que se alegrara de verlo. La última vez que coincidieron fue cuando, un poco más, y ella lo manda a la mierda.

Abre la puerta del local y se echa a un lado diciendo:

—Las damas primero.

—Vaya, veo que he pasado de princesita a dama.

Su gesto a él le hace sonreír, y finalmente pregunta:

—¿Pasas o no?

Ella entra y le da las gracias. Ante todo, es educada. Una vez dentro, buscan a su prima y a Azahara, pero no dan con ellas. Lo que sí ven es a gente bailando a un lado de la sala y al otro lado, mesas y otras personas tomando algo.

—Creo que so...

Él le hace un gesto para avisarla de que no la oye bien, por lo que Gabriela levanta la voz.

—¡Creo que somos los primeros en llegar!

Él se acerca para poder decirle:

—¿Buscamos una mesa libre?

Gabriela asiente echándose hacia atrás. En pocos segundos dan con la mesa libre más alejada de los altavoces, ya que el volumen alto de la música es un poco agobiante. Un camarero se acerca y piden algo de beber.

Hay cierta tensión entre ellos. Mientras que Gabriela mira a su alrededor intentando hacer tiempo, Adrián piensa en cómo entablar una conversación.

—Oye, Gabriela...

Ella no duda en girarse hacia él para clavarle la mirada desde el otro lado de la mesa y no dejarlo continuar hablando.

—Vamos a ver, Adrián, te voy a dejar las cosas claras antes de que llegue tu prima, porque no sé tú, pero con ella yo no pierdo el tiempo hablando de ti y de nuestro encontronazo del otro día. —Él asiente sin decir una sola palabra—. Hoy no tengo el cuerpo para movidas —sigue la chica—. No me apetece tener que estar aguantando tus vaciles ni tus tonterías. Te lo digo totalmente en serio, paso. Por lo que creo que hoy, cuanto menos te dirijas a mí, mejor.

Parece que ella ha terminado, así que Adrián pregunta:

—¿Puedo hablar?

Ella lo mira con el ceño fruncido. Lo conoce poco, pero lo justo como para advertirlo de algo.

—Si es para hacer una de tus bromas absurdas, mejor no.

—Puede que te sorprenda, pero lo único que quería era pedirte disculpas —dice, y el gesto de Gabriela se relaja—. Tienes razón, el otro día, cuando el chico te invitó a una copa y me metí, fue un error. No hay duda de que tienes el suficiente carácter como para quitarte a un baboso de encima tú solita.

Eso sí que ha pillado a Gabriela fuera de juego. Podía esperarse cualquier cosa de él menos aquello.

—En realidad, me vino bien —murmura, descolocándolo ahora a él.

—Entonces, ¿en qué quedamos?

—Quedamos en que yo también tengo que pedirte disculpas por mis formas del otro día, podría haberme expresado de manera... diferente; no me pillaste en un buen momento.

—Disculpas aceptadas —dice él con gracia.

Adrián levanta ligeramente su copa animándola a ella a hacer lo mismo con la suya. Cuando lo consigue, las chocan. Ambos dan un trago.

—¿De verdad piensas que soy un chulito?

—¡De manual! Pero eso solo le funciona a Mario Casas en *Tres metros sobre el cielo* —dice echándose a reír—. Imagino que los tíos creéis que a las chicas les gusta, pero no. Al menos a mí no, solo me produce rechazo.

Adrián se queda unos segundos pensando en lo que ha dicho. No le gusta oír que le produce rechazo a nadie, ni siquiera a la amiga de su prima. Como tampoco llevarse mal con ella. Desde que su prima

le confirmó que Gabriela no era su nueva pareja, algo le ha pasado. Esa chica cada vez le produce más curiosidad.

Entonces se le ocurre algo. Bajo la atenta mirada de ella, Adrián extiende el brazo por encima de la mesa que los separa.

—¿Y si empezamos de cero?

Aunque no termina de fiarse del todo, Gabriela cede. Levanta su brazo y le estrecha la mano. Sonríe al oírle decir:

—Encantado, soy Adrián, y esta noche prometo no tirarte una copa encima.

—Encantada, yo me llamo Gabriela y —ella le sigue la broma con gracia—, aunque esta noche quería un plan solo de chicas, de momento dejo que te quedes.

Sus manos se separan y Adrián, llevándose la suya al pecho, se hace el ofendido.

—O sea, que plan de chicas... Me molesta, pero lo entiendo. —Y dejando la broma de lado, añade—: Ahora en serio, ¿prefieres que me vaya y os deje a las tres solas?

—Puedes quedarte, siempre y cuando dejes tu parte de chulo engreído a un lado.

—De acuerdo, pero antes tengo que preguntarte algo que me come por dentro. —Gabriela, dando un trago a su bebida, lo mira intrigada—. Entonces..., ¿no te has alegrado de verme?

Si no fuese por el volumen al que está la música, la carcajada de Gabriela se escucharía desde el otro lado del local.

—¿Quieres que sea sincera?

—Por favor.

—No.

—¿Ni un poquito?

—No.

—Tranquila, no pasa nada —murmura él con ironía—. Ya te alegrarás.

30

Azahara entra junto a Keira en el local y cuál no será su sorpresa al ver a Adrián y a Gabriela sentados juntos y riéndose. Se ha perdido algún capítulo entre ellos del que su amiga tendrá que ponerla al día el otro momento.

—¡Hola, chicas!

Gabriela, seguida de Adrián, se pone de pie para saludarlas.

—Disculpad el retraso, el metro estaba hasta arriba —habla Keira por las dos.

Las recién llegadas piden unas copas para unirse a los otros dos en la mesa, y, a continuación, ponerse al día de todo.

Adrián las mira curioso mientras hablan de una tal Ariadna, quien resulta ser la hermana de Gabriela. Es la primera vez que oye hablar de ella. A medida que las va escuchando, entiende que el puesto de camarera por el que preguntaba su prima el otro día es para esa chica. Llegó de trabajar y vio que su madre y Keira hablaban. Las escuchó hablar por encima, pero no se metió, solo fue a saludarlas y se fue directo a la ducha. Para cuando salió, su prima ya se había ido.

La noche transcurre tranquila. Hay momentos en que las chicas se animan a ir a bailar, pero no duran mucho. No consiguen convencer a Adrián para que vaya a bailar con ellas y les da pena dejarle solo.

A lo largo de las horas van saliendo a la calle a fumar, ya que menos Gabriela el resto fuma. Llega un punto en que la no fumadora se cansa de salir a acompañarlos. Fuera hace frío y no tiene

necesidad de estar ahí. Por eso, cuando las chicas se levantan para salir a fumar, Adrián decide quedarse. No quiere dejarla sola.

—¿No sales?

—Qué va, hace frío.

Asiente sorprendida. Lo normal es que se hubiera ido con ellas, como las otras veces. Un teléfono pita, es el del chico. Adrián lo mira.

—¿Hoy no tenías plan con tus amigos?

—Qué va, hoy no tenía en mente salir —miente—. Pero mi prima me dijo que estabas agobiada y que necesitabas despejarte, así que me uní.

—¿En serio?

—¿Qué pasa? ¿Te sorprende? —Sonríe—. Puede que sea un chulo como tú dices, pero uno con corazón.

Gabriela se echa a reír. Parece que le ha marcado lo que le dijo antes. Lo raro es que haya sido la primera en hacérselo saber.

—Vaya marrón lo de tu hermana, ¿no?

—La verdad es que sí. Pero es lo que hay. No puedo hacer otra cosa, es mi hermana.

—Supongo.

—¿Tú no tienes hermanos? —Él niega con la cabeza—. Ahora tiene mucho más sentido que seas como eres.

—¿Por qué lo dices? —le pregunta, extrañado.

—Siempre se ha dicho que los hijos únicos son unos mimados y unos egoístas que están acostumbrados a salirse con la suya... ¿Te ves reflejado?

A él le hace gracia. Lo que ha dicho no son más que estereotipos de los hijos únicos. Que habrá quienes sean así, pero él tiene claro que no.

—Para nada. De todo lo que has dicho, nada me define —se defiende con guasa—. A mi modo de ver, soy maduro, independiente, responsable...

—O sea, que no tienes nada malo.

—Hombre, supongo que algo malo tendré, pero hay que buscar mucho para encontrarlo.

Vuelven las chicas secándose la cara, parece que fuera ha empezado a chispear. Los cuatro siguen charlando. En un momento dado Adrián aprovecha para ir al baño. No se aguanta más. Al volver a la mesa se percata de que Gabriela está de pie abrazando a su prima. Parece que se está despidiendo.

—¿Te vas?

Gabriela se gira y ve a Adrián con el móvil pegado a la oreja.

—Sí.

—Destino o casualidad, pero yo también —responde—. Me acaban de llamar mis colegas y me han liado para que me vaya con ellos un rato.

Gabriela alza los hombros: como él quiera. El chico se despide de las otras dos y, poniéndose el abrigo, sigue a la morena hasta salir del local. Caminan juntos por la calle.

—Yo voy a mi casa, ¿y tú?

—Yo no —bromea justo cuando oyen un trueno—. Pero me pilla de paso, así que te acompaño.

31

Gabriela y Adrián hablan, comentan, se ríen... Está claro que su relación ha mejorado, no tiene nada que ver con la de hace una semana.

La noche es fría y aún más cuando, a menos de una calle para llegar a casa de Gabriela, se pone a llover. Ella, sin dudarlo lo agarra del brazo y echa a correr para llegar cuanto antes. Él la sigue sin discutir, hace demasiado frío como para, encima, calarse.

En cuanto llegan, se refugian bajo el tejadillo del portal. Resguardados, miran la lluvia caer con fuerza. Ella busca las llaves en su bolso y abre la puerta. Antes de entrar, lo mira un instante y duda, hasta que suelta:

—¿Quieres subir hasta que deje de llover?

Él, echando un nuevo vistazo al diluvio que está cayendo, dice:

—No te voy a decir que no.

Se adentran en el portal y suben a la sexta planta en el ascensor. No es muy grande, lo justo para que solo los separen unos pocos centímetros.

Gabriela abre la puerta con cuidado y sigilo, ha de tener en cuenta que ya no vive sola. Asoma la cabeza, todo está a oscuras, se alegra de que Ariadna ya se haya ido a dormir. Entra, enciende la luz y se quita el abrigo. Él mira el piso desde la puerta. Es de los modernos, de concepto abierto.

—¿Vas a entrar o te tengo que invitar a pasar como a los vampiros?

—Sí, claro.

La chica cuelga su abrigo en el armario mientras que él lo apoya en el respaldo de una de las sillas que hay alrededor de la mesa de comedor. Como está mojado por la lluvia, cree que es mejor dejarlo ahí.

—¿Quieres beber algo? —le pregunta abriendo la nevera.

Él la mira y la ve beber leche directamente del cartón.

—Eso no se hace.

Gabriela, al escucharlo, lo mira y, dejando el cartón en su sitio, pregunta:

—¿Qué no se hace?

—Beber directamente del brik de leche —afirma—. Para eso están los vasos.

No puede evitar sonreír, su gran manía. Empezó a hacerlo de pequeña y, aunque a su padre le repateaba, ahora lo hace prácticamente sin darse cuenta.

—Si mi madre te viera hacer eso, te echaría una bronca...

Pero ella, obviando el comentario, le pregunta:

—Venga, ¿qué quieres beber?

—Con un vaso de agua fresca me vale.

—Sssh... Baja la voz. —Señala con la mano hacia arriba.

Él asiente poniendo cara de circunstancias, había olvidado que no están solos. Mientras ella saca los vasos, él pasea despacio. Se fija en una estantería llena de vinilos y de películas en DVD. Al fondo de la estancia ve un piano digital y un tocadiscos. Se pregunta si Gabriela sabrá tocar.

Ella no puede evitar fijarse en él. Lo ve caminar sin prisa por su salón observándolo todo con los brazos detrás, como un niño al que le dicen que no puede tocar nada. No es el primer chico que entra

en su casa desde que no está su tío, pero sí el primero que se toma el tiempo de mirar a su alrededor y parece fijarse en los detalles.

—Toma, Adri.

Él se gira para mirarla.

—¿Ya soy Adri? —murmura sorprendido y bajando la voz.

Ella sonríe y menea la cabeza. Da un trago a su vaso de agua y, poniéndose medio de puntillas, se sienta sobre la mesa de madera del comedor. Él se acerca para coger su vaso de agua.

—¿Todo eso es tuyo? —se interesa, señalando la estantería.

—No, era de mi tío, como casi todo lo que hay en este piso —le explica con tranquilidad—. Si algo le gustaba eran la música y las películas. Le encantaban.

—¿Y el piano?

Ella mira el instrumento con nostalgia, su tío se pasaba horas tocándolo.

—También era suyo, tocaba de maravilla.

Adrián la escucha con atención. El brillo de los ojos de esa chica le indica que quería mucho a ese tío suyo.

—¿Tú no?

—No, yo no sé tocar el piano —dice dejando el vaso sobre la mesa —. No tengo manos de pianista.

Adrián, que solo está a unos pocos pasos de ella, se acerca y, dejando el vaso junto al suyo, le muestra las palmas de las manos para que apoye las suyas encima. Ella lo hace.

—¿Cómo se supone que son las manos de una pianista? —murmura él, alzando la vista para mirarla a los ojos.

—Lo normal es que tengan dedos finos y largos. —También lo mira a los ojos—. Además de tener buena coordinación, pero yo de eso...

Con sonrisa pícara, Adrián baja de nuevo los ojos a las manos de ella. Las acaricia con la yema de las pulgares. Son muy suaves. El

silencio del apartamento los envuelve, solo lo rompe el sonido de la lluvia en el exterior.

—¿De verdad te han llamado tus colegas? —le pregunta tras unos segundos.

Él, acordándose de una pregunta que le hizo ella hace ya varias horas, murmura:

—¿Quieres que sea sincero? —Ambos se miran y ella asiente—. No.

Gabriela baja la cabeza y cierra los ojos. Lleva rato pensándolo, pero no terminaba de leer del todo a Adrián. El chico, que aún acaricia sus manos, está demasiado cerca. Tanto que puede oler su perfume. Le gusta ese olor. Alza la cabeza y, por cómo la mira él, intuye lo que está pensando. Desea besarla como ella desea besarlo a él. Gabriela decide hablar.

—Si esto que estamos ambos pensando pasa, ha de ser teniéndolo tanto tú como yo muy claro.

—Yo lo tengo clarísimo.

—Adrián, lo digo muy en serio —afirma—. Lo podemos pasar bien, pero hasta ahí. Ya sabes que no quiero una relación.

Él está deseando acercarse más a ella por lo que, abandonando sus suaves manos, apoya los brazos en la mesa, a ambos lados de Gabriela. Eso le permite restar unos centímetros más a la distancia que los separa.

—Ajá...

—Y, por supuesto, no le digas nada a tu prima —murmura al ver que él se acerca—. Solo me faltaba que se pusiera pesada con que somos novios y tonterías de esas. Ni de broma.

—A Keira ni una palabra...

Gabriela le mira los labios, él se los muerde. Está claro que está deseando besarla.

—Nos acostamos y lo disfrutamos sin comprometernos a nada.

—Gabi, no va a significar nada —murmura él—. Te prometo que, en cuanto salga por esa puerta, olvidaré todo lo que pase aquí dentro.

Ella lo mira cautelosa. Tiene ganas de ir a más, lo está deseando. Pero por su mente pasan todo tipo de pensamientos. ¿Será buena idea acostarse con el primo de su amiga?

Él la observa impaciente, hasta que ya no puede más.

—¿Quieres que te firme algo para que me creas o puedo besarte ya?

Gabriela decide dar el paso y se inclina para besarlo. Sus labios se encuentran. Sus lenguas juegan sin prisa, aprendiendo el ritmo del otro. Adrián apoya una de sus manos en la cintura de ella, Gabriela coloca sus brazos sobre los hombros de él.

Cuando nota que Gabriela se va a separar, pasa sus manos por debajo de los muslos de ella, aún sentada sobre la mesa, y la atrae hacia él de un tirón, pegando sus cuerpos.

—No seas brusco... —murmura ella dejando de besarlo.

—Perdón...

Ella vuelve a besarlo, esta vez con más seguridad. Sus manos rodean la cabeza de él y sus dedos se pierden en su pelo. Adrián percibe las ganas y la intención de ella, pero cuando él también va a perderse en su pelo, ella lo aparta sutilmente apoyando las manos en su pecho. Se baja de la mesa y, ofreciéndole su mano, susurra:

—Vamos.

Sin dudarlo, Adrián coge su mano y la sigue por las escaleras. En el piso de arriba ve dos puertas, una de ellas cerrada. Entiende que ahí estará durmiendo la hermana. Gabriela le hace entrar en su habitación y cierra la puerta sin hacer ruido.

Tanto para él como para ella, en este momento el mundo entero se reduce a ese cuarto. Ella lo conduce hasta la cama y lo empuja suavemente para que se siente en el borde. Gabriela se sienta a horcajadas sobre él. No hacen falta palabras.

Ahora es él quien le besa el cuello rodeando su espalda con los brazos, pasando las manos por debajo de su jersey. Ella sonríe, le gusta lo que siente. Poco a poco, la ropa va quedando a un lado. Cuando por fin se dejan caer juntos sobre la cama, se buscan y se encuentran. Él le pregunta:

—¿Estás segura?

Gabriela asiente dedicándole una sonrisa que consigue acelerarle el corazón.

—Sí.

Al escucharla, Adrián sonríe y, con un rápido movimiento, posa delicadamente su cuerpo sobre el de ella y la besa.

Los besos suben de intensidad. Las manos recorren sus cuerpos mientras con urgencia se deshacen de la ropa y, una vez desnudos y antes de dar el siguiente paso, Gabriela lo mira y susurra:

—Esto solo lo sabremos tú y yo.

32

Gabriela se despereza lentamente bajo las sábanas bostezando mientras abre los ojos. El recuerdo de lo ocurrido la noche anterior irrumpe en su mente sin pedir permiso. Con una mezcla de sentimientos que va desde la incertidumbre hasta el miedo, se da media vuelta. Cuando se da cuenta de que está sola en la cama, se tapa la cara con las manos.

—Joder...

Intentando dejar de darle vueltas al tema, sale de la cama y va al baño a asearse. Como cada día, mientras se lava los dientes, se mira en el espejo, pero en esta ocasión preguntándose «¿En qué estaba pensando?».

Se fija en su pelo alborotado y en la pequeña rojez que tiene en el cuello. ¿Eso es un chupetón? Se acerca para verlo bien.

—No me jodas, Adrián...

Para intentar taparlo, se echa el pelo hacia delante. Termina con el cepillo de dientes, se enjuaga la boca y, antes de salir del cuarto de baño, apoya el cuerpo en el marco de la puerta. Echa un ojo a la habitación, no hay ni rastro de él.

En su mente se repiten las imágenes de anoche. Riendo con él y dándose la oportunidad de empezar de cero. Corriendo juntos bajo la lluvia. Adrián acariciándole las manos con suavidad. Ella sentándose encima de él en su habitación, sus miradas cuando hacían el amor...

Lo que ocurrió era algo que no tenía en mente, ni siquiera era algo que se hubiera planteado. Y menos aún con él. No con Adrián. A ella ese tipo de chicos no le gustan. Esos que van de seguros, que parece que flotan y están por encima del bien y el mal siempre le han provocado repulsión. Nunca le han gustado los chulitos ni para pasar una sola noche con ellos.

«¿Por qué lo hice? ¿Por qué no lo paré?». Aún no sabe cómo, pero Adrián lo consiguió. Es consciente de que ella llevó la iniciativa en más de una ocasión, el deseo del momento le pudo, pero se excusó en que, ya de perdidos, al río. ¿Qué hay de malo en dejarse querer un rato?

Necesita moverse. Se acerca a la ropa que hay en el suelo para recogerla, con la intención de bajarla y dejarla junto a la lavadora. Aunque su intento de dejar de darle vueltas al tema no funciona. No puede parar.

No puede permitirse complicarse la vida ni poner en riesgo su amistad con Keira. Anoche Adrián le prometió que, en cuanto saliese por la puerta, olvidaría lo que había pasado entre ellos. Más le vale que así sea y no le cuente nada a su prima. No quiere miraditas extrañas ni tener que dar explicaciones absurdas e incómodas.

Todo ese caos mental le provoca un ligero pinchazo en el pecho que por un momento le hace parar en seco. No considera que haya hecho algo malo, cada uno tiene derecho a hacer lo que quiera con su vida. Pero si algo tiene claro desde que su tío se fue es que cuanta menos gente entre en su vida, mejor. Más fácil será todo después.

—Se acabó.

Coge la ropa y sale de la habitación. Necesita distraerse haciendo cualquier cosa, sabe que como se quede ahí no dejará de darle

vueltas, y se niega. Lo que pasó, pasó, pero como con otros tantos chicos a los que ha conocido saliendo de fiesta con Azahara.

Para colmo, en la planta baja se encuentra con Ariadna tirada en el sofá.

—¡Buenos días, Bella Durmiente!

—Buenos días —responde sin mirarla.

Gabriela deja la ropa junto a la lavadora y se va directamente a la cocina. Su cuerpo necesita un café.

—Con que anoche no dormiste sola, ¿eh?

Pero ella ni siquiera se gira para mirarla. Saca una cápsula y la mete en la cafetera. No le apetece hablar de eso, y menos aún con su hermana. Solo espera que Ariadna entienda su silencio y la deje en paz. Pero al oírla abandonar el sofá, le queda claro que no tiene esa suerte.

—Hermanita, no me dijiste que tenías novio —comenta caminando hasta llegar a la mesa de comedor—. O novia, aquí no juzgamos.

Gabriela saca un vaso del armario de la cocina. Le ha quedado claro que, aunque anoche fueron todo lo sigilosos que pudieron, no fue suficiente.

—No tengo novio —se gira para aclarárselo.

Ariadna está sentada sobre la mesa, tal y como ella hizo anoche. Adrián vuelve a su mente. Justo ahí fue su primer beso, ese que empezó ella. Ese que ambos deseaban tanto.

—Ariadna, la mesa, por favor.

Aunque no quiere, la chica se baja. Gabriela sigue con su café.

—Qué calladito te lo tenías... —La oye reír—. ¿Quién era el afortunado?

—No quiero hablar de eso.

—Gabi —camina hacia ella—, no puedes pretender hacer algo así y que no me sorprenda.

Gabriela mira cómo sale el café de la máquina y cae en el vaso. Parece que va a cámara lenta. Por el rabillo del ojo ve que su hermana se coloca a su lado y consigue lo que quería.

—¿Qué es lo que te sorprende exactamente?

Ariadna sonríe al captar la atención de Gabriela.

—Hombre, Gabi, antes no eras de acostarte con el primer tío que conocías una noche de fiesta.

—Para tu información, no lo conocí anoche —responde de manera tensa—, pero si así fuera, ¿pasaría algo?

—¡Qué va! —exclama alzando las manos—. Está claro que no soy quién para juzgar a nadie.

La cafetera termina y Gabriela aparta su vaso. Se acerca a la nevera bajo la atenta mirada de su hermana y echa algo de leche. Para terminar, saca una cucharilla y añade algo de azúcar. Café en mano se mueve hasta la mesa de comedor.

—¿No vas a desayunar nada? —pregunta siguiéndola.

—No tengo hambre.

—¿Tan mal fue anoche?

La chica se echa a reír, mientras que a Gabriela no le hace ni pizca de gracia. Le da rabia que su hermana no entienda que, cuando alguien no quiere hablar de algo, lo mejor es parar.

Mientras piensa en lo de anoche, le da un trago al café. Precisamente mal no es que haya ido. Adrián y ella se lo pasaron muy bien.

—Entonces, ¿era amigo tuyo o qué? —continúa preguntando Ariadna, al tiempo que se sienta en la silla que hay frente a Gabriela.

—Ari —farfulla—, ¿piensas parar en algún momento?

—Joder, hermanita —se queja la otra—, solo quiero saber quién era la persona que ha salido a hurtadillas del piso del tío a las cinco de la mañana.

Deseando zanjar el tema, Gabriela responde:
—Solo era mi amigo Adrián, que me acompañó a casa. Punto.

Madre mía... Me da hasta vergüenza pasarme por aquí.

Confirmo que tener a alguien viviendo conmigo me pone nerviosa. Y más cuando es alguien desordenado. A ver, que esto no es nada nuevo, Ariadna ya lo era cuando de pequeñas vivíamos en casa de mamá y papá, pero ahora es distinto. Ha pasado el tiempo, hemos cambiado y su dejadez me irrita. Me gusta que las cosas estén en su sitio. ¿Tan difícil es?

Al final quedé con las chicas. Aunque hablar con ellas fue como oír la mezcla de sentimientos que tengo en la cabeza. Fue como estar con ese angelito y ese demonio que salen, pequeñitos, a cada lado de la cabeza en algunos dibujos animados. Mientras uno intenta que hagas las cosas bien, el otro quiere que te portes mal.

Pues eso, que volví a casa igual de rayada. Pero me he propuesto confiar en Ariadna. De momento no me ha dado motivos para lo contrario. De hecho, llegó el fin de semana y, cuando le dije que saldría a tomar algo con las chicas, decidió quedarse en casa. Guau.

Ay, la noche de chicas...

Se suponía que había quedado SOLO con Keira y Azahara. Cuál no fue mi sorpresa al encontrarme allí con Adrián.

Me cortó todo el rollo. Quería una noche de amigas, hablar de cualquier cosa y reírme. En mi mente no entraba ningún ser masculino en la ecuación. Pero ahí estaba.

Llegamos los primeros y, al principio, estuvimos charlando. Y él propuso que empezáramos de cero. Aunque de primeras no me fie, acepté. No sirve de nada que nos llevemos mal y así me quito una tensión de encima.

Llegaron las chicas, la noche avanzó y todo iba genial. TOTAL, que cuando dije que me iba a casa, él se ofreció a acompañarme. Al llegar al portal empezó a diluviar y claro, ¿cómo iba a dejarlo tirado en mitad de la calle? Me daba como... pena. Así que le dije que subiera.

Una cosa llevó a la otra... y nos acostamos. Sí, me he acostado con Adrián. ¿Te lo puedes creer? YO TAMPOCO.

Si hasta me ha hecho un chupetón. ¡Ni que tuviéramos quince años!

A mí ese chico no me atraía. A mí ese chico no me atrae. Tiene un carácter que me produce rechazo. Es el típico al que solo le interesa llamar la atención e intentar ser gracioso. Vamos, que no es mi tipo.

Por eso no entiendo por qué pasó lo que pasó. También te tengo que decir que lo pasé muy bien y que casi no pegamos ojo en toda la noche. Una cosa no quita la otra. Aunque menos mal que cuando me desperté ya no estaba.

No volverá a pasar. Una y no más. Ha sido un error, culpa de la lluvia. Si no se hubiese puesto a llover, no habría pasado nada.

Acostarme con el primo de mi amiga ¿es romper algún tipo de código de amistad? Espero que no. Además, si lo hacemos bien, Keira no tiene por qué enterarse.

Joder... ¿Qué he hecho?

33

El lunes llega junto a la rutina diaria. Gabriela pasa por un local para comprar algo de comer y va directa a la clínica. Ha quedado con Azahara para comer. Las chicas se saludan en la sala de empleados con la que cuentan en el trabajo. La morena deja la comida sobre la mesa mientras se quita el abrigo y lo cuelga en una percha.

—¿Pokes?

Gabriela se gira y mira confusa los dos boles de arroz, verduras y proteína que ha traído.

—¿Qué tienen de malo? El tuyo es el vegano, con todo lo que pides siempre.

—Nada, nada, tranquila.

Ve a Azahara sonreír. No entiende a qué ha venido la duda. Se sienta frente a ella en la mesa, abren los envases y, cuando Azahara va a llevarse el primer bocado a la boca, Gabriela le dice:

—Aza, tengo que contarte algo.

—Lo sabía.

—¿Cómo que lo sabías? ¿Qué sabes?

«Mierda». Gabriela cree que Adrián se ha ido de la lengua. Pero ¿tanto como para que le haya llegado a su compañera de trabajo? No da crédito.

—Cuando ayer me dijiste que hoy me invitabas a comer, me olió un poco raro, pero en cuanto te he visto aparecer con pokes, he tenido claro que querías contarme algo —dice moviendo el tenedor

de plástico en el aire—. No sé si lo haces a posta o no, pero siempre que algo te preocupa me invitas a un poke.

Gabriela respira tranquila. Menos mal, parece que Adrián no se ha ido de la lengua. Al menos no como para que lo sepa Azahara. Más le vale mantener la boca cerrada y cumplir lo que prometieron.

—Bueno... ¿Y ese chupetón que tienes en el cuello?

Instintivamente, Gabriela se echa el pelo hacia delante. Con los días, ha ido vigilando que la marca se difuminara poco a poco, tanto que esperaba que ya nadie se diese cuenta. Pero parece ser que Azahara tiene rayos equis en los ojos.

—Es eso de lo que quieres hablar, ¿no?

Azahara empieza a comer esperando a que su amiga la ponga al día. Pero Gabriela se queda cortada, le acaban de entrar dudas. Quedó con Adrián en que no dijera nada a nadie. Pero ¿ella?

—Claro, bueno, a ver..., también de mi hermana, que ya sabes que es el desorden personificado.

—Sí, sí..., pero eso después —afirma Azahara—. Primero háblame de eso que tienes ahí con pelos y señales.

Gabriela se lleva comida a la boca para ganar tiempo. En el momento en el que se lo cuente a Azahara dejará de ser un secreto entre Adrián y ella. Entonces se da cuenta de que no puede pensar en ellos dos como un conjunto, son dos individuos que se acostaron y ya está. Se acostó con él como se ha acostado con otros chicos y también se lo ha contado a su amiga. ¿Qué hay de diferente?

—Azahara, lo que te voy a contar no se lo puedes decir a nadie.

—¿A quién quieres que se lo diga? —bromea la mencionada—. ¿Al *chow* al que voy a bañar en un rato?

Gabriela confía en ella, es la persona en la que más ha confiado desde que su tío Juanjo falleció. Lo sabe absolutamente todo de ella.

—Vale... —Y señalándose la marca que tiene en el cuello, afirma —: Esto me lo hizo Adrián.

—¡¿ADRIÁN?! —exclama sorprendida.

—Sí.

—¿Pero hablamos de Adrián el primo de Keira?

—¿A qué otro Adrián me voy a estar refiriendo, Azahara? —pregunta retóricamente—. ¡Claro que me refiero a su primo!

La chica se lleva la mano a la boca. Podía esperar que su amiga le contase que pasó la noche con algún chico, pero no con ese en concreto.

—Esto sí que no me lo esperaba —murmura para, acto seguido, recobrar la compostura—. Aunque no sé de qué me sorprendo, si cuando Keira y yo llegamos, estabais de risitas los dos solos. Me sorprendió veros tan a gusto, lo que no me imaginaba es que de repente estuvieras taaaan a gusto con él.

—¡Y no lo estaba! —se queja Gabriela.

Las dos amigas aprovechan para seguir comiendo, no hay tiempo que perder. Ambas tienen que volver al trabajo a las tres en punto.

—Claro... —dice Azahara—. Si es que en cuanto vi que Adrián dijo que también tenía que irse justo cuando tú te despedías de nosotras, tenía que haberme olido algo. Estoy perdiendo facultades, aunque ya te dije el otro día que tú a ese chico le gustabas —bromea—. ¿Cómo no me dijiste algo antes de irte? Reina, una seña, una palabra en clave, un wasap...

—Aza, yo me despedí para irme a mi casa sola, en serio —se excusa Gabriela—. Pero, ya en la calle, Adrián dijo que me acompañaba a casa, que le pillaba de camino. —Azahara la escucha en silencio. Ella también tiene algo que contarle—. Hacía frío y empezó a llover. Me dio pena y le sugerí que subiese hasta que parase un poco...

—Claro, y una cosa llevó a la otra, ¿no?

—Sí, o sea..., no. —Gabriela está hecha un lío—. ¡Fue culpa de la lluvia!

Esa última frase consigue que Azahara se eche a reír. Hay muchas excusas que inventarse, pero justo esa...

—Por todos es sabido que la lluvia la sangre altera —bromea, aún entre risas.

—¿La frase no es la primavera la sangre altera?

—Gabi, solo intentaba apoyar tu excusa de mierda.

—Lo sé.

—Bueno, ¿y qué? ¿Todo bien?

—Muy... muy bien, Aza.

Ambas se ríen. La morena mira a su amiga y confía en haber hecho bien contándoselo. Espera que, si vuelven a quedar, aunque sea solo con Keira, no se le escape nada. Sería un desastre.

Azahara decide contarle lo suyo.

—Venga, alegra esa cara, que yo también tengo algo que contarte. —Golpea ligeramente la mesa con los dedos tratando de hacer un redoble de tambor—. ¡Nos hemos comido a los primos!

Su amiga la mira sin entender lo que ha dicho.

—¿Perdona?

—Que cuando Adrián y tú os fuisteis..., yo me di unos besos con Keira.

—Pero... ¿qué dices?

—Lo que oyes, reina.

A Gabriela prácticamente se le cae la mandíbula. Lo que pasó entre Adrián y ella la pilló por sorpresa, pero eso no se queda para nada atrás.

—Esto sí que no me lo esperaba... —murmura alucinando.

—Yo tampoco —afirma Azahara—. Sí es cierto que las veces que he coincidido con ella, me he sentido muy cómoda. Pero esa noche no sé qué pasó —le cuenta recordándolo—. Salió para acompañarme al Uber y, como estaba lloviendo a mares, nos refugiamos bajo un tejadillo. Una cosa llevó a la otra y... nos besamos.

—También fue culpa de la lluvia. —Ríen las dos—. Pero, Aza, tú eres heterosexual, ¿no?

Ella alza los hombros.

—Lo era hasta el viernes por la noche. —Sonríe—. De todas formas, mi padre siempre me ha dicho que no sabes si te gusta algo hasta que lo pruebas, ¿no? Pues eso hice.

—¿Y te ha gustado?

—Mucho... —Y con gesto pícaro añade—: Tanto como a ti Adrián.

Entre risas y cuchicheos siguen un largo rato confesándose.

34

Adrián sacude la cabeza con energía, necesita centrarse en esa llamada de teléfono. Ha empezado la semana y se pasa el día de obra en obra. Como encargado júnior en la empresa familiar, quiere hacer las cosas bien. No quiere que su padre y sus tíos se arrepientan de la oportunidad que le dieron dejándole entrar hace tres años. Quiere estar a la altura.

—Por supuesto. En cuanto tengamos el material, yo me encargo personalmente de llamarle e informarle de todo... Hasta luego, y gracias por su tiempo.

Se monta en el coche al mismo tiempo que se despide del cliente con el que lleva media hora hablando para convencerlo de que, aunque parte del material se haya retrasado unos días, llegarán a la fecha de entrega acordada.

Coloca el móvil en el soporte del coche y lo conecta para poner música en Spotify. Utiliza el botón aleatorio y empieza a sonar *Toda la Noche*, de Álvaro de Luna. Se pone el cinturón canturreando hasta que llega a eso de «tú estabas dormida». Le hace pensar en alguien.

Aunque le cuesta reconocerlo, no se ha podido sacar a Gabriela de la cabeza. Tampoco ha podido hablarlo con nadie, le prometió que no lo haría. Incluso que olvidaría lo ocurrido entre ellos. Solo han pasado cuatro días, pero ha recordado la noche del viernes más veces de las que es capaz de contar.

«¿Por qué? Ni que fuera la primera chica con la que me acuesto».

Recuerda despertarse en casa de ella alrededor de las cinco de la mañana. Salió de la cama para ir al baño. Al volver se quedó mirándola. Gabriela dormía de lado, girada hacia él. Tenía el pelo alborotado, el flequillo descolocado y la boca ligeramente abierta. Verla así le provocó cierta ternura. De hecho, pensó en volver a meterse en la cama, pero, recordando lo que ella le había dicho antes de que pasara nada entre ellos, decidió no hacerlo.

Tras moverse de puntillas por la habitación y recoger su ropa, bajó las escaleras sigilosamente. Ya en el salón, terminó de vestirse y, tras echar un último vistazo al piso, se fue, evitando así el momento incómodo de despertarse a su lado por la mañana.

Decidió volver a casa caminando. Hacía frío, pero le vendría bien para despejarse un poco. Hizo todo lo posible por que al cerrar la puerta del piso desapareciese todo lo sucedido entre ellos de su mente, y no volver a pensar en ello. Pero ha sido imposible.

Como ha hecho ya varias veces en estos cuatro días, Adrián abre la aplicación de Instagram y busca el perfil de Gabriela. Lo tiene privado, solo puede ver su foto de perfil y leer la biografía. Pero esta vez hace algo que las otras veces no se ha atrevido a hacer.

35

Termina de hablar y de agendar una cita para una clienta por teléfono, y aprovecha para escaparse e ir corriendo al baño.

Azahara, desde su puesto de trabajo, ríe al verla. Si algo es su amiga, es cumplidora. No le gusta tener que ausentarse nada más que cuando los veterinarios la necesitan dentro para ayudar con cualquier cosa.

Gabriela se lava las manos y, al secárselas con un trozo de papel, nota la vibración del móvil en el bolsillo. Tira el papel a la basura, saca el teléfono y ve que es una notificación de Instagram.

Adrián.

Estos días ha pensado en él, pero se ha negado a buscarlo para intentar saber más cosas, le vale con la información que tiene. Total, no quiere nada más con él. Pero esta vez entra en su perfil y ve que lo tiene público.

Camina despacio hacia la recepción mientras echa un ojo a las fotos: de fiesta con amigos, subido en su moto, selfis con las gafas de sol puestas, imágenes en las que sale con su familia... Se detiene en una en la que sale con sus primos pequeños. En ella tiene a Naim en brazos y a Laila subida en los hombros. Parece de una cabalgata de Reyes...

—¿Qué miras tan concentrada?

Gabriela, que entretanto ya se ha sentado en su puesto, pega un bote y, al ver que es Keira quien ha hablado, rápidamente deja el

móvil bocabajo sobre el mostrador. Solo le faltaba que la pillase viendo fotos de su primo.

—Nada..., recordándole a un cliente que mañana tiene cita. —Sale con la primera mentira que se le ocurre. Ellos no avisan a los clientes de sus citas, pero su amiga no lo sabe.

Keira echa un rápido vistazo a la zona de lavado y ve a Azahara trabajando. Gabriela se da cuenta de lo que mira.

—Y tú ¿qué haces por aquí?

—Pasaba cerca y he pensado: ¡voy a acercarme a ver a mi amiga!

Acto seguido, la rubia le cuenta cómo ha ido su jornada en el trabajo. No ha parado de aquí para allá en todo el día. Aunque admite que está agotada, prefiere ese tipo de días a los que le toca pasarse las horas con papeleo y temas burocráticos. Gabriela se da cuenta de que su amiga se mueve por el espacio buscando de vez en cuando poder echar un vistazo hacia la zona donde trabaja Azahara.

—Keira —dice Gabriela, una vez que ha terminado—, sabes que no necesitas una excusa tonta para pasarte por aquí, ¿no?

Su amiga ve el gesto que le hace con la cabeza y lo entiende a la perfección.

—¡¡Te lo ha contado!! —exclama apoyándose en la mesa—. Me ha robado la exclusiva.

—Aún te falta mucho para conocer a Azahara: algo así no iba a poder callárselo mucho tiempo. —Ríe y se dispone a escuchar con atención el relato de Keira, que le cuenta lo que pasó aquella noche tal y como se lo contó el día anterior Azahara. Lo bueno es que ambas versiones coinciden.

—No sabes cómo fue ese beso... —recuerda Keira—. No tenía claro si a ella le gustaba o no, así que decidí arriesgar. ¡Y menos

mal! Después de ese beso, hubo alguno más hasta que llegó su Uber y, como Cenicienta, Azahara desapareció en su carroza.

—¿Sentiste mariposas? —bromea la morena.

—No, hombre, no exageres, tía. —Ríe—. Pero sí un pequeño hormigueo, aunque pudo ser por las copas que llevaba encima.

Las chicas se ríen. Azahara, desde el otro lado de la cristalera, hace rato que las observa con disimulo. Le encantaría estar ahí fuera con ellas, pero tiene que terminar con ese perro. Aunque le alegra verlas sonreír, la tranquiliza.

—Me alegro mucho por vosotras. Lo único que espero es que, si algo sale mal —le señala Gabriela—, seáis lo bastante adultas como para poder seguir llevándoos bien y no ponerme a mí en medio de un problema.

—Ay, Gabriela, para —se queja—. Entre nosotras no hay nada, al menos de momento. —Keira vuelve a mirar hacia atrás; Azahara la está mirando y le dedica una bonita sonrisa—. Pero si lo llega a haber en el futuro, tranquila, que saldrá bien.

—Eso espero.

—Bueno, ¿y tú qué? —Gabriela la mira sin saber qué decir—. Que ya me contó mi primo que te acompañó a casa.

—Ah, sí...

—¿Y qué tal? —se interesa haciendo que por un momento a Gabriela se le acelere el corazón—. ¿Se comportó? Porque yo de este no me fío ni un pelo, que lo conozco.

Gabriela se toma un momento para tratar de dar con la palabra correcta. No quiere decir nada que pueda levantar sospechas y lleve a su amiga a pensar nada más allá.

—Se portó como un caballero.

—Ah, ¿sí? —Se rasca la cabeza, sorprendida—. ¿De esos que te sujetan la puerta para que pases o...?

—Podría decirse que sí —la interrumpe para evitar que le dé más vueltas.

—Me sorprende que digas eso, Gabi —admite dudosa—. Nunca hubiera esperado oír esa palabra unida al nombre de mi primo Adrián. No sé qué mosca le habría picado, porque ya te digo yo que es todo lo contrario a un caballero.

La morena decide quedarse callada. No tiene muy claro cómo salir de ahí, pero Keira se responde sola.

—Quizá tenía fiebre o se encontraba mal y por eso se fue tan pronto —sugiere—. Mira..., fuera lo que fuese, me alegro, porque con él en medio seguramente no hubiera pasado nada entre Azahara y yo.

A los pocos minutos le suena el móvil. Al ver que es su hermano, y como tanto su amiga como Azahara tienen para rato, decide marcharse. Se despide de Gabriela y le dice adiós con la mano a la peluquera, que responde igual. Sale por la puerta saludando a Miguel.

Gabriela, que ya ha olvidado lo que estaba haciendo antes de que llegase su amiga, coge el móvil y, al desbloquearlo, lo primero que ve es la imagen de Adrián con sus primos pequeños. Sonríe, vuelve al perfil del chico, y no solo lo sigue, sino que además acepta su solicitud.

36

Llega el viernes y con él lo que está deseando hacer Gabriela: descansar. Esta semana la ha dejado agotada. Abre la puerta de casa cerca de las nueve de la noche. Al entrar oye música, parece que viene de la planta de arriba. Intuye que de la habitación de su hermana. Sube las escaleras y, al llegar al último escalón, una de las puertas se abre.

—¿Ya estás aquí?

Ariadna parece sorprendida al verla.

—Claro. He salido de trabajar y, como cada día, he venido directa a casa.

Camina fijándose en que su hermana lleva puesto un vestido suyo, uno de color negro. Los zapatos también son suyos y lleva el pelo recogido en una coleta alta. Ariadna, al percibir su analítica mirada, bromea:

—¿Qué, hermanita, voy guapa o no?

—Muy guapa —afirma sin dejar de mirarla—. ¿Adónde vas?

—He quedado para cenar con unos amigos —responde cerrando la puerta de su habitación.

Aunque le cuesta, tiene que aceptarlo. Su hermana tiene que rehacer su vida y volver poco a poco a la normalidad. Sabe que no debe juzgarla, cada persona tiene sus tiempos.

—Justo ahora te iba a llamar, Gabi. —Se acerca a ella—. Lo primero, para preguntarte si me dejabas este vestido.

—Y los zapatos —señala la mayor—. Y, por lo que veo, me lo ibas a preguntar ya con todo puesto.

—Es que sabía que, si veías lo bien que me quedaba, no me dirías que no. —Gabriela hace una mueca—. También te iba a llamar por si me podías hacer un Bizum con algo de dinero para esta noche... Con lo que tengo no me da ni para llegar al sitio.

Se recuerda a sí misma que no debe juzgarla, pero no puede evitar preguntarse si lo que le está contando es verdad o no. Se toma un momento para pensárselo, algo que a Ariadna se le hace eterno. Necesita una respuesta cuanto antes.

—Tranquila, que en cuanto me ponga a trabajar, te lo devuelvo —sigue hablando al percibir su silencio.

—Vale, ahora te paso algo de dinero —termina por responder Gabriela—. Y la próxima vez que quieras ponerte algo mío, pregúntamelo primero.

—¡Gracias, hermanita! —exclama justo antes de abrazarla.

Gabriela la rodea unos segundos con sus brazos, hasta que Ariadna se despide de ella y sale corriendo escaleras abajo.

—¡Me voy, que llego tardeee!

—¡Pásatelo bien! Cualquier cosa, no dudes en llamarme —exclama asomándose por la escalera—. Cuando vuelvas, recuerda cerrar la puerta con llave.

Pero lo siguiente que escucha es un portazo. Suspira y entra en su habitación sacándose el móvil del bolsillo para pasarle algo de dinero a su hermana. Al terminar le envía un mensaje para avisarla de que ya está hecho, tira el móvil sobre la cama y, autoconvenciéndose de que tiene que confiar en ella, se mete en la ducha.

Al salir del baño, se cambia de ropa para ponerse algo cómodo y resguardarse bajo la capucha de una de sus sudaderas. Antes de salir, coge el móvil de nuevo para ver si Ariadna le ha contestado.

Pero en la pantalla no se encuentra el mensaje que estaba esperando.

> **Adrián**
> Hola, Gabriela, soy Adrián. 😊

Nada más ver el mensaje, bloquea el móvil.

—No, ahora tú no.

Va a la cocina, se prepara unos fideos de esos a los que solo tiene que añadir agua caliente para que terminen de hacerse. Está tan cansada que no le apetece ni cocinar. Los echa en un plato y se lo lleva el sofá. Ahí, tras un rato dudando, pone una serie nueva de Netflix titulada *Él y ella*.

Tras ver un par de capítulos, se va a la cama. No puede con su alma. De madrugada oye ruido y, al ver que son las cuatro y veinte de la mañana, da por hecho que es Ariadna.

37

Sobre las diez y media de la mañana abre los ojos y se estira. Parece haber descansado más que suficiente. Tras asearse baja para prepararse algo que desayunar.

Cuando ya tiene un café y unas tostadas con mermelada delante de ella, desbloquea el móvil. No puede evitar releer el mensaje de Adrián un par de veces mientras da vueltas a la cucharilla. Tiene claro que si lo que Adrián esperaba anoche era que respondiese a su mensaje y saliese de casa corriendo, lo llevaba claro.

De pronto unas risas en la planta de arriba llaman su atención. Al principio solo escucha a su hermana, pero al momento oye a alguien más.

—Venga ya...

La puerta de la habitación de su hermana se abre y, apretando la mandíbula, deja el café a un lado y se cruza de brazos. La chica baja entre risas seguida de un chico rubio sin camiseta. Gabriela se fija en que la lleva en la mano.

—¡Buenos días, Gabi! —exclama Ariadna con alegría.

—Buenos días —murmura.

El chico la saluda con la mano. Gabriela tan solo hace una mueca al ver que ambos se acercan a ella.

—¿Esta es la compañera de piso de la que me hablabas?

Sin dar crédito a lo que acaba de escuchar, ve a Ariadna asentir con la cabeza. El chico la sigue hasta la cocina y, dándose cuenta de

cómo lo mira Gabriela, decide ponerse la camiseta. Ariadna, ajena a todo esto, se mueve con soltura.

—Para tu información, soy Gabriela, su hermana mayor, y este piso es mío —afirma poniéndose de pie.

—Compañera de piso, hermana..., ¡qué más da! —bromea Ari sin mirarla.

Pero él sí que la mira. Entiende a la perfección lo que su lenguaje corporal quiere transmitirle y comprende que se tiene que ir.

—Bueno, Ari... Yo me voy ya —murmura.

—No, ¡espera! —exclama, dándose la vuelta—. ¿No has dicho que te quedabas a desayunar?

—En realidad, no tengo mucha hambre.

Entonces ella se da cuenta de cómo los mira su hermana mayor y entiende el cambio de opinión del chico: con la mirada lo está literalmente echando. Él se acerca para darle un rápido beso en los labios e irse, pero ella lo sigue hasta la puerta.

—Espérame y nos vamos a desayunar juntos —propone.

Pero él no parece estar por la labor. Abre la puerta y sale sin mirar atrás. Por la facilidad con que abre la puerta, Gabriela se da cuenta de que anoche su hermana no cerró con llave como le había pedido.

Ariadna cierra la puerta y se gira bruscamente hacia su hermana.

—Estarás contenta —farfulla mirándola.

—¿De no tener a un desconocido en mi casa? La verdad es que sí.

Gabriela vuelve a la cocina a sentarse ante su desayuno; su hermana la sigue, muy enfadada. No entiende por qué ha tenido que hacer eso. Se hace un café y, molesta, se sienta frente a ella.

—¿Te parece normal echarlo así?

Gabriela, que estaba esperando a que expresara su enfado, desayuna con tranquilidad. Mastica el bocado sin prisa y luego responde.

—¿Te parece a ti normal meter a un completo desconocido en mi casa?

A Ari le pica mucho que use ese término, por lo que no duda en replicar.

—O sea, que tú lo haces el otro día y no pasa nada, pero lo hago yo hoy y poco más y parece que he cometido un delito.

—No, perdona —se apresura Gabriela a corregirla—: el que vino aquí el otro día era amigo mío. Tú, en cambio, ni siquiera sabes cómo se llama ese chico que acaba de salir por la puerta.

—Claro que lo sé, se llama... Antonio —miente soltando el primer nombre que se le ocurre.

Ver cómo su hermana asiente y sigue desayunando como si nada la pone de los nervios. Le da mucha rabia que se sienta con esa superioridad.

—¿Sabes? —suelta de malas formas—, no creo que el tío Juanjo estuviese orgulloso de ti.

Nada más oír eso, Gabriela nota que le hierve la sangre y se le acelera el corazón, por lo que intenta mantener la calma. Se había propuesto no alterarse ni montar un numerito, pero está claro que Ariadna sabe cómo ir a donde más duele.

—¡¿Perdona?! —exclama enfadada.

—Lo que has oído, hermanita.

—No tienes derecho a hablar del tío de esa forma —farfulla Gabriela poniéndose de pie. Necesita moverse, caminar. Su hermana pequeña la observa.

—¿Y tú sí? ¿Por qué? ¿Porque te dejó esto a ti?

—Porque estuve con él hasta el final, no como tú —le echa en cara, enfadada—. ¿Te parece poco?

—Estar con alguien no solo es estar a su lado físicamente, es más que eso.

Gabriela suelta una carcajada irónica.

—¿Vas precisamente tú a darme lecciones, Ariadna? —pregunta—. ¿Cuándo fue la última vez que viniste a ver al tío Juanjo? ¿Cuántas veces le escribiste para preguntarle qué tal estaba y no para pedirle dinero? —La otra se queda callada, al parecer consciente de que no tenía que haber ido por ahí—. No entiendes que me dejara a mí el piso —sigue diciendo Gabriela sin dejar de moverse—. Pues mira, si te molesta, no lo siento, porque si alguien estuvo con él en todo momento fui yo. Así que, si tan enfadada estás, nadie te obliga a seguir aquí.

Ariadna observa a su hermana moverse por el espacio. En sus fuertes pisadas queda claro la magnitud de su enfado. Aunque si fuese por ella le diría muchas cosas, decide tomarse un momento para pensar. Finalmente, decide terminar con la conversación.

—Vale, hermanita, lo siento.

La mayor frena en seco y da media vuelta parar mirarla. No esperaba un cambio de actitud tan repentino. Menos aun sabiendo cómo es Ariadna.

—Tienes razón, ha sido un error traer a Alfr... Antonio hoy aquí.

—Me alegra que te des cuenta.

Ariadna coge su café y, levantándose, mira a su hermana.

—Me voy a mi habitación, estoy cansada.

—De acuerdo.

Gabriela la mira hasta que la pierde de vista escaleras arriba. Aún tiene el corazón acelerado por cómo le han hecho sentir sus palabras. Aunque quizá es lo mejor, que se den espacio la una a la otra. Si hubieran seguido con la discusión, no habrían acabado en buen puerto.

Respirando hondo, vuelve a sentarse para continuar desayunando. Coge el móvil y ve que se ha dejado el chat con Adrián abierto. Tras

lo vivido hace un momento, siente cierta tentación de escribirle y así dejar de compartir techo con Ariadna durante un rato. Pero no. Es fin de semana y quiere descansar y estar en casa. No piensa ir a ningún lado. Y mucho menos por Adrián.

Me he pasado todo el fin de semana en casa. No he salido ni a tirar la basura, he enviado a Ariadna.

El viernes me levanté algo cansada, pero me di una ducha y tiré adelante con el día. Cuando me levanté el sábado, percibí que mi cuerpo me estaba pidiendo que parara. Y así lo hice. Decidí que iba a ser uno de esos fines de semana para descansar y recargar fuerzas sin hacer prácticamente nada.

Pero nada, parece que no hay manera.

Intento tomarme con filosofía y buen humor el hecho de que Ariadna esté en mi casa. Pongo todo de mi parte, incluso diría que estoy acrecentando mi paciencia a base de ver cómo deja las cosas donde no tienen que estar. Pero lo que me ha hecho hoy ya es el colmo.

Mira que ayer, cuando comentó que se iba de fiesta, se me cruzaron mil pensamientos por la cabeza. Pero no le dije nada. El día en que la dejé quedarse decidí que debía confiar en ella. Lo que no quiere decir que sea fácil.

Ayer salió, lo que me parece bien. ¿Preferiría que buscase trabajo antes que salir de fiesta? Sí, pero vamos poco a poco.

El problema ha venido cuando hoy me he levantado con un extraño en casa. Me parece genial que salga a divertirse, pero que traiga a gente que no conozco... Por ahí sí que no paso. No digo que el chico tuviera nada de malo, no lo sé, pero es mi casa. Y me gusta decidir quién entra y sale de ella.

Ariadna no lo ha entendido. ¡Qué raro! Se ha enfadado, me ha echado cosas en cara... Le ha faltado ponerse a patalear. Pero me da igual cómo se ponga, le he dicho que no quiero que traiga a sus ligues. No a mi casa.

Después de reprocharme que yo sí puedo hacerlo y ella no, incluso al rato me ha amenazado con que a partir de ahora, cuando quiera pasar la noche con un ligue, no vendrá a dormir. No le puedo decir nada al respecto, es su vida. Que haga lo que ella quiera, pero no en mi casa.

Por cierto, hablando del rey de Roma: el viernes me escribió Adrián. NO le contesté.

¿Es que no pueden dejarme simplemente tranquila?

P. D.: Parece ser que Azahara y Keira están liadas. Espero que les vaya bien, porque no quiero estar metida en medio de nada. Las dos son amigas mías.

38

Por suerte para Adrián, no tarda demasiado en encontrar aparcamiento. Aunque es lunes, ha conseguido dejarse un hueco libre durante la mañana para acompañar a su madre al banco.

Tras mucho correr, ha conseguido escaparse del trabajo antes de lo previsto. Antes de bajarse del coche, se sacude el pelo. Viene de una obra y no quiere ir sucio. Cierra el coche y camina un par de calles a buen ritmo, para tener tiempo y pasarse por un sitio que tiene en mente antes de ir al encuentro con su madre.

Pocos minutos después, abre la puerta de la clínica. Gabriela tiene gente a la que atender, por lo que está rodeada y no lo ve. Adrián entra y se queda esperando a un lado. Observa con curiosidad lo que hay a su alrededor. Gracias a su perro Trasto, conoce varias clínicas veterinarias: está claro que hace honor a su nombre.

Se fija en que Azahara está trabajando. Ella también lo ve y no duda en saludarlo con la mano. Él hace lo mismo. Al momento, Gabriela se levanta y desaparece por una puerta blanca. Las personas a las que estaba atendiendo se van, y él aprovecha para acercarse y apoyarse en el mostrador de recepción. No tiene mucho tiempo, ha quedado con su madre en poco rato.

Tras resolver una duda en cuanto a los horarios de las citas del día siguiente, Gabriela vuelve a su puesto de trabajo. Cruza la puerta que separa la zona de consultas de lo demás y, al alzar la vista...

—¿Adrián?

Él sonríe nada más verla.

—Ese soy yo.

Confusa, y bajo la atenta mirada del chico, camina hacia su puesto de trabajo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, centrando la mirada en la pantalla del ordenador.

—Nada, que me he escapado del trabajo un rato para acompañar a mi madre al banco por temas de la cafetería y tal —explica de manera distendida—, y justo me pillabas de paso, así que he pensado en pasarme a saludar.

—Ya, te pillaba de paso... —murmura ella.

Adrián sonríe al darse cuenta de que es la misma excusa que utilizó la noche que se acostaron. Podría haber pensado algo mejor, pero no ha tenido tiempo. Echa un ojo a su reloj de muñeca.

—¿Tú qué tal estás, Gabriela?

—Liada —consigue decir, dedicándole una veloz mirada—. ¿No lo ves?

No entiende qué hace allí y tampoco quiere saberlo, ¿o sí? No quiere mirarlo, no quiere ni ver esa media sonrisa tan suya. Adrián, para captar su atención, se apoya aún más en el mostrador para estar a su altura.

—¿Recibiste el mensaje que te envié?

Adrián no va a parar, está claro, así que decide hacerle caso.

Hace rato que Azahara ha terminado con un perrito pequeño al que irán a recoger de un momento a otro. Desde que ha visto a Adrián entrar en la clínica, no le ha quitado el ojo de encima. De hecho, se ha sentado en el suelo junto al perrito, al que no deja de acariciar, para poder presenciar la escena.

—Era un mensaje bastante simple —sigue diciendo él—. Decía: «Hola, Gabriela, soy Adrián», y llevaba un emoji de carita sonriente al final.

—No sé de qué me hablas —miente, y para intentar ahuyentarlo, añade—: Adrián tengo mucho trabajo, así que, si no me vas a hablar de algo relacionado con animales, no tengo tiempo para ti.

El chico se incorpora y se muerde el labio, intentando pensar en algo que decir. Mira a su alrededor y da con la solución.

—Quiero una cita de peluquería para mi perro.

—¿Tú tienes perro?

Adrián sonríe, por fin ha conseguido que ella lo mire.

—Sí, mis padres lo adoptaron hace dos años cuando aún era un cachorro —le cuenta, animado por haber conseguido su atención—. Es un mestizo de dos colores llamado Trasto.

Entonces cae en la cuenta: es el perro que había en Nochevieja en casa de los padres de Keira. Adrián se fija en que Gabriela hace una mueca al oír el nombre. Parece que le ha gustado. Ella, volviendo en sí, pregunta:

—De acuerdo, para esta semana tengo hueco el jueves a las seis de la tarde o el viernes a eso de las doce y media de la mañana. ¿Te viene bien o prefieres la semana que viene?

Él intenta recordar de memoria su agenda de esos dos días. Sabe que tiene varias cosas, pero intuye que el viernes podría estar ligeramente más liberado. Y más sabiendo que ella tiene turno de mañana.

—El viernes estaría bien —afirma—, aunque confiaba en poder invitarte a cenar antes, no sé si mañana o pasado... Por eso te escribí.

El gesto que aparece en el rostro de Gabriela lo dice todo. La ha pillado totalmente desprevenida.

—Si quieres que lleve a Trasto para que siga habiendo animales de por medio —sugiere él con guasa—, no tengo problema.

—Adrián, para —responde ella bajando la voz—. Dijimos que íbamos a olvidar lo que pasó entre nosotros. ¿O es que no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, pero ¿qué tiene de malo que quiera invitarte a cenar?

Gabriela no quiere seguir con la conversación, no cree que sea el lugar ni el momento. Lo único que quiere es que se vaya y seguir concentrada en su trabajo.

—Vale. Mira, si quieres te paso el *ticket* de lo que me costó el Glovo que pedí la otra noche y me lo pagas...

—Gabi, en serio...

—Entonces, quieres la cita del viernes, ¿no?

—La de Trasto sí, claro.

Al ver la hora que es, y aunque se ha dado cuenta de que a ella casi se le ha escapado una sonrisa en más de una ocasión, se da por vencido. Ya lo volverá a intentar el viernes.

—Bueno, me voy ya —dice abrochándose el abrigo.

Ella lo mira y él le guiña un ojo, consiguiendo que ponga los ojos en blanco, cosa que a Adrián le hace gracia.

—Que tengas un buen día.

—Tú también, Gabriela.

Adrián sale de la clínica dándole vueltas a dos cosas: cómo convencerla para que vaya a cenar con él, y cómo le dirá a su madre que Trasto va a cambiar de peluquería.

Al mirar atrás, pilla a Gabriela observándolo y no pierde la oportunidad: alza el brazo y, desde el otro lado del cristal, lanza un beso al aire.

39

—¿Qué ha sido eso exactamente?

Gabriela se sobresalta al ver a Azahara entrar en la sala de personal. No ha escuchado la conversación entre ellos, pero con verla de lejos y fijarse en lo que el cuerpo de él transmitía ha tenido más que suficiente.

Sin querer darle más vueltas de las que ya le ha dado, Gabi responde:

—Me ha invitado a cenar y le he dicho que no.

La cara de Azahara es un poema. Tiene claro que no va a dejar el tema ahí como pretende su amiga.

—¿Y se puede saber por qué? —pregunta, sentándose junto a ella.

—Porque no quiero —sentencia—. Por cierto, el viernes le cortas el pelo a su perro.

Haciendo caso omiso a esta información, Aza contesta:

—Esa no es una razón que me valga.

Gabriela se pone de pie intentando no seguir con la conversación. Recoge sus cosas mientras Azahara le dice algo que ni oye. Tiene la mente en otra cosa, o más bien en otra persona. Sale de la clínica seguida de cerca por Azahara, que no tiene más servicios de peluquería.

—Aza, ahora mismo no necesito algo así —se queja una vez en la calle.

—No, reina, si es por ti, ni ahora ni nunca —le replica, mirándola de reojo.

—No quiero decir que sí, entrar en su jueguecito, que se nos vaya de las manos y empezar algo que...

Gabriela se calla. Un compañero veterinario pasa junto a ellas y les dice adiós. Ellas se despiden de él con un «hasta mañana». Cuando está lo bastante lejos, Azahara la mira y alza las cejas.

—No quiero empezar algo que se vuelva... serio.

—Gabriela, ¿puedes dejar de ir siempre un pasito por delante? —sugiere—. Adrián solo te ha invitado a cenar, no te ha pedido que te cases con él.

—Es que ese es justo el problema, tía. —La morena camina tan acelerada que a Azahara le cuesta seguirle el ritmo—. Que no es solo una cena. Estas cosas son más que eso, es dedicarle tiempo a otra persona, es algo más íntimo, es...

—¿Te refieres a que decir que sí e ir a cenar con él es abrir la puerta a que lo que sea que hay entre vosotros pueda llegar a avanzar? —Harta de correr detrás de ella, la engancha del brazo para que se detenga en la acera un momento—. Vamos a ver, Gabriela, basta ya de adelantar acontecimientos —le dice—. Y deja de caminar tan rápido, que no estamos en las olimpiadas del desamor.

Ella sonríe ligeramente, tiene razón. Hasta ella misma siente que le falta el aire de lo rápido que iba. Ni se había dado cuenta.

—¿A ti te gusta Adrián?

—No —responde con toda la convicción que puede.

—¿Y entonces por qué te acostaste con él?

—Porque me apeteció. —Al ver la mirada de su amiga, puntualiza —: No lo sé, Aza, ¡ni siquiera es mi tipo!

La otra suelta una ligera risa y, abriendo el bolso, responde:

—Explícame cuál es tu tipo, porque desde que te conozco, tu tipo no es ninguno.

La frase es tan sutil y certera que provoca que Gabriela baje la mirada.

—No quiero complicaciones.

—Gabriela...

—No me hacen falta complicaciones, y mucho menos ahora.

Azahara saca un cigarrillo y lo enciende.

—Es una cena —recalca—. No es una promesa de nada. Es sentarte con él a una mesa un par de horas para comer y hablar. Nada más.

—Ojalá fuese tan simple... —Niega con la cabeza.

—¿Y por qué no va a ser tan simple?

—Porque no, Aza... Algo me dice que no.

—Gabi, no creo que tener miedo a intentarlo sea una buena excusa. —Siguen caminando mientras Azahara expulsa el humo al lado contrario en el que está su amiga—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

La pregunta se queda en el aire. En la mente de Gabriela aparecen futuros que no quiere imaginar: despedidas inevitables, corazones rotos... Un dolor que puede evitar simplemente manteniendo las distancias. Azahara la mira y cree poder leerle la mente.

—Que alguien salga perdiendo, Aza —dice, casi susurrando—. Quiero prevenir eso.

La amiga la observa unos segundos, entiende lo que ninguna de las dos quiere siquiera pronunciar.

—Gabi, no puedes pasarte la vida evitando el daño —responde con calma—. Prevenir ¿qué? ¿Que te guste Adrián? ¿Que él te quiera

o que tú le quieras? Y sé que decir esto es hablar en términos muy grandes, pero contigo tengo claro que hay que hablar las cosas así.

—Es más fácil así —responde tragando saliva.

—¿Para quién?

—Para todos.

—¿Para todos o para ti?

Se hace el silencio entre ellas.

—Azahara, me conoces lo suficiente como para saber que no quiero este tipo de situaciones incontrolables en mi vida —comenta Gabriela con sinceridad—. Porque sí, puede empezar por una cena, pero luego vienen los planes, las expectativas... Y cuando entras ahí, ya es mucho más complicado salir.

—Gabi, no puedes decidir por los demás.

—Aza...

—Si él quiere sentarse contigo a cenar o quiere conocerte, déjalo que decida si le merece la pena o no.

A Gabriela le duele oír eso porque sabe que Azahara tiene razón.

—Reina, permíteme decir que estás reaccionando como si Adrián te hubiera pedido que le prometas el resto de tu vida —bromea—. Si la cena va mal, te vas a casa y ya está. Y si va bien, ¡eso que os lleváis los dos!

Aunque Gabriela niega con la cabeza, Azahara se da cuenta de que su gesto ya no le transmite la testarudez de hace unos minutos.

—No me entiendes.

—Tienes razón, Gabriela. Puede que no sea capaz de entenderte al cien por cien —dice con firmeza—. Pero lo que sí entiendo es que, desde que tu tío falleció, no has dejado que nadie se acerque demasiado a ti. Excepto a mí, que soy toda una privilegiada y te lo agradezco, amiga. —Consigue hacerla sonreír—. Y no te juzgo, solo te animo a que por una vez hagas las cosas de manera diferente.

Que te permitas reír, sentir, dejarte llevar... sin estar preocupada por el futuro. ¡Eso ya llegará!

—Aza, sabes que, independientemente de que acepte y la cena vaya bien o mal, saldrá mal.

La amiga sonríe con suavidad: conoce a Gabriela y empatiza con ella.

—Te estás adelantando al final de algo que no ha empezado —murmura—. ¿Y si te animas a ver la película por el mero hecho de disfrutarla?

Azahara da una calada al cigarro mirando a Gabriela. Está seria, pensativa. Tan solo espera que lo que le está diciendo le sirva de algo y se atreva a bajar un poco la guardia—. ¿No crees que es mejor amar demasiado que vivir a medias?

La frase la deja sin defensa y consigue que se le humedezcan los ojos. Azahara se da cuenta y se acerca a ella para abrazarla. Las dos amigas se miran.

—Piénsatelo —añade Azahara—, no estás obligada a nada. Como tampoco lo estás a huir siempre.

40

Gabriela está hecha un lío. Una parte de ella quiere rechazar la invitación de Adrián, no quiere cenar con él. Hace tan solo unos días no quería tener nada que ver con él, ¿por qué iba a querer ahora? Además de que, aunque no sabe cuál es su tipo, tiene claro que él no lo es. Por otra parte, las palabras de Azahara han calado en ella y la animan a decirle que sí. Solo es una cena. Todo el mundo queda para cenar: amigos, parejas, familia, hermanos, compañeros de piso... ¿Qué hay de malo en que ellos lo hagan?

Nada más llegar a casa se ha preparado algo rápido para comer y, en cuanto ha terminado y recogido todo junto a su hermana, se ha ido a la habitación. No quiere hablar con ella. Ni con ella ni con nadie. Ahora mismo solo quiere la seguridad y el silencio de su habitación.

Al subir se ha ido directa a la ducha. Necesitaba tomarse un rato bajo el agua caliente para intentar relajar la mente. Pero... ha seguido pensando en Adrián. No ha dejado de pensar en él desde que lo ha visto salir de la clínica. «¿Por qué?», se pregunta.

Tras secarse el cuerpo y ligeramente el pelo, se pone el pijama. No tiene la menor intención de volver a salir hoy de casa. Se mete en la cama y se esconde bajo el edredón. Tiene la mente cansada de darle vueltas a lo mismo y sabe que dormir es algo que suele ayudarla. Necesita echarse una siesta.

Cierra los ojos y, cuando al fin se está quedando dormida, suena el móvil. Sobresaltada, lo coge y ve a su amiga Keira en la pantalla.

No se ha dado cuenta de que era una videollamada.

—¡Hola, Gabrielaaa!

—Hola, Keira —murmura, apoyando el móvil en la cama.

—Uy... Tienes mala cara y estás metida en la cama. Tía, ¿te encuentras bien?

—Sí —dice frotándose los ojos—, estaba echándome la siesta.

Keira se da cuenta de que no ha llamado en un buen momento, pero quiere darle una información cuanto antes. Todo sea por ayudar.

—Vale, te cuento una cosa y te dejo que sigas durmiendo.

—Claro, dime.

Gabriela parpadea un par de veces para tratar de poner toda su atención a lo que sea que le tiene que decir su amiga.

—Me acaba de llamar mi tía Salma y me ha dicho que, finalmente, pueden meter a tu hermana como camarera en la cafetería.

—¿En serio? —murmura sorprendida.

Keira no había vuelto a sacar el tema y ella, por supuesto, no quería preguntar y que se sintiera presionada o algo por el estilo. Entonces, recuerda que esa mañana, Adrián comentó que iba a acompañar a su madre al banco por algo relacionado con la cafetería. ¿Habrá tenido él algo que ver con la decisión? Gabriela se lamenta en silencio.

—Bueno, entonces te paso el contacto de mis tías para que habléis con ellas y que tu hermana empiece a trabajar cuanto antes, ¿vale?

—Sí, Keira. Oye, muchísimas gracias por hacer esto por Ariadna. Ahora escribo a tus tías para agradecérselo.

—Que quede claro que lo he hecho por ti, mi amiga eres tú —le aclara—. ¡Venga, dulces sueños, amiga!

Se despiden y el cuarto de Gabriela vuelve a quedarse en completo silencio. Cierra los ojos, es consciente de que tiene que hablar con Adrián. Debe agradecérselo. Y si antes no lo tenía claro, ahora lo tiene cristalino: aceptará esa cena.

41

Baja las escaleras para, como es costumbre, encontrarse con Ariadna en el sofá. Esta la mira de arriba abajo.

—¡¿Dónde vas tan guapaaa?! —No tarda en piropearla.

—Solo son unos vaqueros y una blusa —responde Gabriela quitándole importancia—. Voy a cenar con un amigo.

—¿Entre semana y teniendo que madrugar mañana? ¡Guau!

Mientras su hermana se echa a reír, Gabriela se limita a sonreír. Aunque el día anterior escribió a las tías de Keira para agradecerles la oportunidad laboral para su hermana, a ella aún no ha podido contárselo.

—Oye, Ari —dice guardando un bálsamo labial en el bolso—, ¿recuerdas que me comentaste que ibas a buscar trabajo?

—Ajá.

—Pues resulta que la familia de mi amiga Keira tiene una cafetería y han accedido a contratarte como camarera —le explica con calma cruzando por delante de la televisión—. Me han dicho que será algo de media jornada, lo que no te sé decir es si de mañanas o de tardes. ¿Te parece que te pase los contactos y así hablas con ellas y os ponéis de acuerdo?

—No —responde Ariadna, y vuelve a mirar la televisión—. Dije que lo buscaría yo cuando sienta que estoy preparada para rehacer mi vida.

—¿Y qué mejor para volver un poco a la normalidad que algo como esto? —le sugiere cerrando el bolso—. Así te vas creando una

nueva rutina, unas obligaciones, unas...

—Esto es de coña...

Gabriela se para en seco.

—¿A qué ha venido eso?

—Te dije que ya lo buscaría yo cuando me vea capaz —se queja poniéndose de pie—. Además, ¿qué sabrás tú de lo que me viene bien a mí o no?

—Solo sé que estar aquí sin hacer nada no te está beneficiando. Si tus días se reducen a esperar y dejar que pase el tiempo, el sofá te acabará comiendo. Necesitas poner algo de tu parte.

Ariadna camina molesta a la cocina para sacar una lata de refresco de la nevera.

—Gabriela, no estás respetando mis tiempos —dice de manera egoísta.

—Los respeto, pero también te conozco y sé que necesitas ser más proactiva, tener más iniciativa para que empiece a haber verdaderos cambios en tu vida.

—¡Que tú siempre vayas un paso por delante no quiere decir que los demás también tengamos que hacerlo! —exclama.

Oírla decir eso le hace recordar la conversación que tuvo el día anterior con Azahara. Es consciente de que siempre intenta adelantarse a los acontecimientos, pero es únicamente para evitar problemas e imprevistos. Además, la conoce mejor que nadie y sabe que lo de tener fuerza de voluntad nunca ha sido lo suyo.

—Vaya, Ari, siento no haber respetado tus tiempos por intentar ayudarte a buscar trabajo; tranquila, que les diré que no puedes —farfulla agitando las manos—. ¡Parece que contigo nunca hago nada bien!

Va al armario de la entrada y saca su abrigo. Irse a cenar ahora con Adrián no es lo que más le apetece en el mundo, y después de

esto aún menos.

Al ver el gesto serio de su hermana, Ariadna se da cuenta de que no ha reaccionado de la mejor manera, por lo que se acerca a ella.

—No te pedí que me ayudaras —no duda en recalcarle—, pero, vale, hermanita, te lo agradezco.

Gabriela la mira, es una disculpa, aunque podría haberse expresado mejor. Ahora mismo no tiene ganas de seguir con la conversación.

—Mañana, cuando venga de trabajar, lo hablamos y, si te parece bien, te paso el contacto de Luisa y Salma.

—¿Y si no estoy preparada?

—Es tan simple como que pruebes, y si ves que no, lo dejes —le sugiere—. Pero ten por seguro que tendrás que poner de tu parte.

—Vale, lo pensaré.

Dicho esto, las hermanas zanjan el tema. Al menos hasta el día siguiente.

—Me voy, cualquier cosa ya sabes.

—¡Disfruta de tu cena!

Gabriela asiente y, cogiendo aire profundamente, sale de casa.

42

El mensaje que recibió el día anterior de Gabriela lo pilló completamente desprevenido. Cuando se fue de la clínica, le quedó claro que iba a tener que luchar un poco más para conseguir convencerla de cenar juntos, pero esta chica no para de sorprenderlo, y cuando menos se lo esperaba, le dijo que sí.

Es el primero en llegar al restaurante. De camino a la mesa que les han asignado aprovecha para mirarse en los espejos de las paredes. Normalmente, le da igual, pero hoy no está convencido de cómo le ha quedado el pelo. No se maneja muy bien con la cera, la gomina y todo ese tipo de productos.

Toma asiento y se pasa las manos por encima del pantalón. ¿Está nervioso? No es la primera vez que queda con una chica para cenar, pero sí la primera vez que queda con Gabriela. Ella lo desconcierta, lo pone nervioso. Algo en ella ha conseguido llamar su atención, incluso recuerda la primera vez que la vio, aunque fuera en Nochevieja cuando algo cambió, justo cuando decidió que la llevarían a su casa.

Gabriela va de camino al restaurante. Pasear y algo de aire fresco en la cara la ayudan a que se le pase el mal cuerpo que le ha dejado el intercambio de opiniones con su hermana justo antes de salir de casa. Cruza un paso de cebra y ahí está, a pocos metros del restaurante en el que la ha citado Adrián.

Nada más entrar, lo ve saludándola desde una de las mesas que hay al fondo. Sonríe y, dispuesta a pasárselo bien como le sugirió

Azahara, camina hacia allí. Él, en cambio, respira hondo al verla aparecer.

Al llegar, se pone de pie para saludarla con dos besos. Aunque ya se conocen más íntimamente, no quiere que se sienta incómoda. Gabriela no puede evitar pensar en el momento en el que Zulema intentó presentarlos y, cuando él fue a hacer este mismo gesto, le tiró la copa por encima.

—¿Qué tal estás?

—Con algo de frío, pero bien —dice dejando el abrigo en el respaldo de la silla y tomando asiento frente a él.

—Aquí dentro entrarás en calor.

Gabriela mira a su alrededor.

—Bueno, cuéntame. ¿Este es el sitio al que traes a todos tus ligues para intentar conquistarlas o qué?

—¡Qué va!

Ambos sonríen. Echan un ojo a la carta entre miraditas furtivas y, tras pedirle al camarero lo que van a tomar, Adrián la mira. Al darse cuenta, ella también lo mira.

—El otro día te mentí.

—Ah, ¿sí? Mal empezamos.

—Sí, te prometí que en cuanto saliese de tu casa, olvidaría lo que había pasado entre nosotros —le explica con una media sonrisa—. Pero no he podido cumplirlo.

No puede evitar sentirse algo abrumada. No esperaba que la cena empezase así, de manera tan directa. La verdad es que ella tampoco lo ha olvidado, pero ya verá si se lo dice. Tiene que tragar saliva para seguir con la conversación.

—¿Le has contado algo a tu prima? —Él niega con la cabeza—. Entonces, has cumplido media promesa.

—Eso es bueno, ¿no?

—Podríamos decir que sí, principito.

Sonríe, y le hace sonreír.

Mientras esperan la comida, Gabriela decide cambiar de tema y hablar de cosas sin importancia. Se cuentan cómo les ha ido el día en sus respectivos trabajos, y se escuchan con atención.

—O sea, ¿que esto de invitarme a cenar es para intentar arreglar la nefasta primera impresión que me diste en Nochevieja? —Ríe Gabriela, moviendo el tenedor aún con un trozo de lechuga pinchado.

Adrián no puede evitar reírse.

—Sí, aunque en realidad la primera vez que nos vimos no fue esa noche —le aclara—. Fue un sábado que subí a casa de mis tíos a por...

—Cocido —lo interrumpe ella—. Sí, me acuerdo. Apareciste allí al más puro estilo chico misterioso escondido tras sus gafas de sol.

Él asiente divertido, tocándose el pelo para asegurarse de que está en su sitio.

—Recuerdo que, cuando te vi allí sentada, pensé que eras la nueva novia de mi prima —admite.

—¿En serio? —balbucea ella, tras haberse llevado un trozo de carne a la boca y tapársela con la mano—. Pues ya ves que no.

—Eso lo tengo muy claro. —Él le dedica una media sonrisa.

—¿Sabes que tu prima y mi amiga Azahara se liaron el otro día cuando tú y yo... —se aclara la garganta— nos fuimos?

—¡Qué dices! —Adrián se queda boquiabierto.

Ella asiente, dejándolo totalmente sorprendido. Su prima no le ha contado nada. Gabriela y él se ríen durante un rato hablando del tema.

—Y tú ¿cómo sabías que ayer tenía turno de mañana? —pregunta curiosa—. ¿Te lo dijo Keira?

—No lo sé, imagino que fue suerte, casualidad..., o quizá el destino.

Ambos se miran a los ojos, Gabriela es la primera en apartar la mirada.

Terminan de cenar y el camarero les trae los postres. Para ella un tiramisú y para él un *brownie* con helado de chocolate blanco.

—¿Compartimos? —propone él.

Ella acepta y se lleva una cucharada de tiramisú a la boca. Adrián aprovecha para seguir preguntando.

—¿Y qué tal va todo con tu hermana? ¿Ya estás menos agobiada?

El suspiro de Gabriela no le da buena impresión.

—He discutido con ella justo antes de venir —admite—. Por cierto, Adrián, quería darte las gracias por conseguir que tu madre y tu tía le den trabajo a Ariadna.

—¿Por qué estás tan segura de que ha sido cosa mía?

—Me lo imagino. —Sonríe.

—No me las des, ha sido todo cosa de ellas —miente.

Terminan de cenar y a la hora de pagar, aunque él intenta por todos los medios que no sea así, es ella quien lo hace.

43

Como hace frío en la calle, Adrián se ofrece a acercarla a su casa en el coche. Ella acepta. Antes le venía bien caminar, pero ahora ya ha bajado mucho la temperatura. Y, aunque no se atreve a admitirlo, le apetece pasar unos minutos más con él.

De camino al coche, charlan de manera distendida. Adrián enciende un cigarro mientras ella se asegura de que lleva el móvil en el bolso. Al cerrarlo las manos de ambos se rozan y él, con un rápido movimiento, guarda la suya en el bolsillo del abrigo. No quiere ni por asomo que se sienta presionada.

Como el viento sopla en su dirección, Gabriela cambia al lado izquierdo de Adrián para esquivar el humo. Él, al darse cuenta, se disculpa.

Tras unos minutos llegan al coche, se montan y, mientras ella se pone el cinturón, Adrián le tiende su móvil desbloqueado y enchufado al coche.

—Toma, pon las canciones que quieras.

Ella duda si cogerlo. Recuerda a la perfección la noche que la llevaron a casa y Keira se quejó porque Adrián siempre imponía la música que había que escuchar. Finalmente, lo acepta y, buscando en Spotify, elige *Todo cambia*, de Dani Fernández. Adrián la mira sorprendido.

—Te gusta este artista, ¿no? —dice ella.

—Sí —afirma contento—. Es mi cantante favorito. En octubre Miguel y yo iremos a su concierto en Madrid.

—¡Qué guay!

Gabriela disfruta viéndole cantar mientras conduce por las calles, ahora desiertas.

—Oye, Gabi, ¿qué te ha parecido la cena? —murmura al parar el coche en un semáforo en rojo.

—¿Quieres que te sea sincera? —Ella lo mira y él asiente—. La comida no era lo mejor del mundo.

—Tienes razón, lo siento —se lamenta, llevándose una mano a la cabeza—. Esto me pasa por fiarme de las recomendaciones de mis colegas.

—¿No habías estado nunca?

Ella le echa una rápida mirada al pelo y él no tarda en mirarse en el retrovisor para recolocárselo.

—No. Como no sabía dónde llevarte, les pregunté; está claro que ha sido una mala decisión. —El semáforo se pone en verde, Adrián aprieta de nuevo el acelerador y sonríe antes de preguntar—: ¿Eso quiere decir que lo mejor de la noche ha sido la compañía?

—Sí, pero que no se te suba a la cabeza.

Adrián mueve el brazo de manera exagerada en señal de victoria.

—Genial, entonces la próxima vez tú eliges el sitio y yo pago —sugiere.

Aunque Gabriela no se atreve a responder, disfruta del tiempo que está pasando junto a él. Adrián, sin saberlo, ha conseguido que su día mejore al mil por mil.

Unas calles después están frente al edificio de Gabriela. Adrián para el coche y se gira para mirarla. Ella le devuelve el móvil.

—Me alegro de que hayas venido —murmura él.

—Yo también —afirma—. Lo he pasado muy bien.

Adrián siente la tentación de preguntarle si se lo ha pasado lo bastante bien como para repetir, pero cree que es mejor quedarse

callado, ya que antes no le ha respondido. No quiere presionarla.

Al comenzar la noche tenía claro cómo saludarla, pero ahora no sabe cómo despedirse. Es ella la que se acerca en la intimidad del coche, le pone la mano en la nuca y le da dos sutiles besos cerca de la comisura de los labios. Su intención es dejarlo con la miel en los labios.

Al separarse, Adrián la mira embobado y ella, antes de salir del coche, lo señala.

—Te queda mejor el pelo... como lo llevas siempre.

—¿Despeinado? —pregunta, confuso.

—Te pega más —dice ella bromeando.

La observa bajar del coche, caminar hacia el portal e introducir la llave en la cerradura. Al hacerlo, Gabriela se gira hacia él y le hace un gesto que conoce bien. Algo muy suyo. Le lanza un beso. Él no duda en hacer el gesto de atraparlo y guardárselo. No piensa dejar que se le escape.

Hay una frase que me dijo Azahara hace un par de días que no consigo sacarme de la cabeza:

PREFIERO AMAR DEMASIADO QUE VIVIR A MEDIAS.

Ella me conoce mejor que nadie en el mundo y sabía lo que hacía al decirme eso. Y más teniendo en cuenta que lo hizo mientras intentaba convencerme para que fuera a cenar con Adrián.

Él vino a pedírmelo, pero le di largas. Ya sabes que este chico y yo no congeniamos. Sí..., nuestra relación empezó de cero e incluso nos acostamos, pero ya. Hasta ahí.

Hace mucho tiempo que me impuse no dejar entrar a más gente en mi vida, y ya he hecho una excepción reconectando con Keira. No es justo para ellxs.

Entre la charla que me dio Azahara y que Keira me dijo que sus tías le darían trabajo a Ariadna, al final tuve que decirle que sí. Mi instinto me dice que él ha tenido mucho que ver con que le hayan dado trabajo a mi hermana.

Cenamos juntos el martes. He de decir que me sorprendió que se encargara él de todo. No tuve que ser yo la que buscase el restaurante ni llamase para reservar.

La cena fue bien, aunque la comida en sí..., bueno. Como dijo Adrián «lo mejor de la noche fue la compañía».

Iba a su encuentro con ciertas reticencias. ¿Qué hacíamos él y yo cenando juntos? Pero tras un rato, me alegré de haber ido. Al verlo tan repeinado, incluso llegué a plantearme que se había arreglado para cenar conmigo, jajaja.

Reconozco que, cuando deja su faceta de chulo a un lado, es simpático. Me gusta que sea de esas personas a las que les gusta hablar, pero también sabe escuchar, ya que no me interrumpió ni una sola vez.

Al final conseguí pagar e invitarle yo a cenar para agradecerle lo de Ariadna. ¡Qué menos!

En un momento dado, comentó que la próxima vez yo buscaba el sitio y él me invitaba. ¿Tan seguro está de que habrá otra ocasión?

Luego insistió en llevarme a casa en coche. ¿Y sabes qué? Me gustó.

Me gustó que respetase mi espacio.

Me gustó que no se lanzara a besarme.

Me gustó que no diese por hecho que cenar juntos y llevarme después a casa iba a acabar en algo más.

Me gustó que se comportase con educación.

Incluso me gustó que dejase en el aire una posible segunda... cena.

¿De verdad me estoy planteando volver a quedar con Adrián?

44

Adrián pasa por su casa a recoger a Trasto y llevarlo directo a Huellas Veterinarias. Ha de estar en la peluquería a las doce y media, por lo que ha tenido que hacer algún que otro cambio en el trabajo para conseguir ese rato libre.

Nada más entrar en la clínica, mira hacia la recepción. Cuál es su sorpresa al ver allí sentado a un chico. «¿Dónde está Gabriela?», se pregunta.

—¡Buenos días! —lo saluda el recepcionista con una amplia sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Trasto tiene cita en la peluquería —responde confuso.

Según la información que le dio su primo Miguel, esa semana Gabriela tenía turno de mañana. Azahara lo ve desde su puesto de trabajo y no duda en salir a buscarlo.

—¡Massimo, me los llevo! —avisa a su compañero.

Él asiente mientras que Adrián sonríe al verla. Le hace una seña para que la siga y, una vez en la zona de peluquería, cierra la puerta.

—Con que este es Trasto... —murmura, observando al perrillo de tonos marrones y negros.

—El mismo —dice Adrián dejando al perro en el suelo.

Trasto no tarda en moverse olisqueándolo todo. Ahí dentro huele a más animales de los que podrá llegar a conocer nunca.

—¿Tiene experiencia en la peluquería?

—Sí, mi madre suele llevarlo una vez al mes más o menos —le explica—. Me ha dicho que suele pedir que lo bañen y le recorten

esos pelos locos que le salen por todos lados.

Al ser un mestizo, tiene una combinación extraña en el pelaje.

—Perfecto —dice Azahara—. ¿Y sabes si se suele portar bien, si es quisquilloso con algo...?

Adrián se toma un momento para pensarlo mientras observa la sala en la que se han metido. Hay una zona donde se lava a los perros, distintos productos para animales, secadores, tijeras...

—Que yo sepa en la peluquería no suele liarla.

—¿En casa sí?

—No lo sabes tú bien. —Suspira con gracia—. En cuanto dejas algo fuera de sitio y a su alcance, ya puedes ir olvidándote.

Azahara y él se ríen. Los animales son como las personas, cada uno tiene su propia personalidad. Ella no puede evitar fijarse en que él mira de vez en cuando hacia la recepción, como si buscara a alguien.

—¿Y a qué se debe este cambio? —le pregunta, llamando su atención—. ¿Ha pasado algo con su anterior peluquería?

—No, ¡qué va! Es solo que... —intenta que se le ocurra algo rápidamente— a veces en la vida está bien cambiar y probar nuevas opciones.

Azahara sabe perfectamente por qué cogió la cita: era la única forma de pasar unos minutos más con Gabriela el otro día. Además, por cómo le cuenta las cosas, está claro que la que suele encargarse de ese tema es otra persona. Apostaría a que es la primera vez que lo lleva él a cortarle el pelo.

—Oye, Azahara... —Ella lo mira con curiosidad—. ¿Sabes dónde está Gabriela?

No puede evitar que se le escape la risa, estaba esperando que le preguntara por ella.

—Tenía turno de mañana —le confirma—, pero cuando se ha levantado, no se encontraba muy bien, así que no ha venido a trabajar.

Eso le confunde. Hace tan solo dos días que cenaron juntos y ella parecía estar perfectamente.

—¿Qué le pasa?

—Tranquilo, que no es nada grave —dice ella con calma, sin darle importancia—. Lo que pasa es que el sistema inmunológico de mi amiga... no es el mejor del mundo. Pero, vamos, con que descanse un poco estará bien, no te preocupes.

—Vaya..., espero que se mejore pronto.

Azahara ve la preocupación en su rostro. ¿Debería decirle algo más? Según Gabriela, quedaron en no contarle a nadie lo que pasó entre ellos. Pero, tras la cena de hace dos días, ¿seguirá vigente?

—Por cierto —comenta ahora él con una sonrisilla en la cara—, Gabriela me contó lo tuyo con Keira.

Azahara se queda boquiabierta.

—¡Qué sinvergüenza! —exclama bromeando—. Cómo se le ocurre ir aireando por ahí lo que hacemos o dejamos de hacer.

—Que conste que, tengáis lo que tengáis, me alegro por vosotras.

—Pues mira, ya que sacas el tema, te diré que hemos quedado esta noche para cenar. —Y le aparece una sonrisilla en el rostro cuando añade—: Como Gabi y tú hace un par de días, ¿no?

La cara de Adrián es un poema. Para nada esperaba que Azahara lo supiese ni mucho menos que fuese a sacar el tema. Solo ha mencionado lo de su prima por cambiar de tema, como distracción.

—Sí, bueno... —Traga saliva—. El martes cenamos juntos y diría que lo pasamos bien. ¿Qué te ha contado ella?

Azahara sonríe. Después de la charla para convencerla, creyó que no había servido de nada al despedirse de ella. No era la primera vez

que tenían una conversación como aquella. Cuál no sería su sorpresa al recibir un mensaje de Gabriela diciéndole que aceptaría la cena. Le alegró muchísimo.

Desde que Adrián ha llegado, lo mira en busca de algo. Ha de tener algo diferente para conseguir que su amiga le haya dejado meter la punta del pie en su vida.

—Por lo que me ha dicho, disfrutó de la cena y se lo pasó sorprendentemente bien contigo, ¡principito!

Adrián no puede evitar que se le escape una sonrisa, y se le sonrojen ligeramente las mejillas. Le alegra mucho oír eso, incluso ese ridículo apodo. Gabriela le dijo que se lo había pasado bien, pero que su amiga se lo confirme son aún mejores noticias.

—Me hace muy feliz que Gabriela se permita quedar contigo y, sobre todo, que exteriorice que lo disfrutó —sigue diciendo Azahara —. Pero te digo una cosa, Adrián. —Él la mira sin pestañear—. No sé qué es lo que has hecho exactamente para que te dé una oportunidad, pero más te vale aprovecharla, porque como me entere de que juegas con ella o la haces sufrir de alguna manera, estás acabado.

Él sonríe, no necesita que se lo jure para creérselo.

—Ni se me ocurriría.

45

En el sofá, donde lleva tumbada desde que terminó de comer, Gabriela se ha quedado dormida viendo una serie en Netflix. Hoy no tiene fuerzas para mucho más.

Cuando esta mañana sonó el despertador, se levantó y se mareó. Fue algo ligero, por lo que, como ya ha aprendido de otras ocasiones, se sentó de nuevo en la cama. Al momento sintió una fatiga desproporcionada, como si hubiera acabado en ese mismo momento de correr una maratón. Se quedó ahí sentada un rato intentando respirar hondo y que el cuerpo se le asentara, como otras veces.

—Vaya... Hoy es uno de esos días —murmuró tras darse un rato y ver que la cosa no mejoraba.

Cogió el móvil para llamar a su jefe y explicarle lo que pasaba. Jacobo, que ya conoce sus circunstancias, le dijo que no se preocupase, que Massimo la cubriría. También escribió a Azahara: tenía claro que cuando llegase a trabajar y no la viese allí, la llamaría asustada. Hecho esto, volvió a meterse en la cama y, tras unos minutos, consiguió quedarse dormida de nuevo.

Se ha tomado el día con calma, sin hacer grandes esfuerzos. Ariadna, al verla en casa, le ha preguntado qué le pasaba y ella le ha contado que no se encontraba muy bien, que seguramente estaría incubando algo. Su hermana la ha ayudado a hacer la comida y, mientras ella ha subido a dormir la siesta porque esta noche había

planeado salir, Gabriela ha preferido no volver a encerrarse en su habitación y quedarse en el sofá.

Sobre las nueve de la noche, Ariadna baja por la escalera. Por cómo va vestida no hay duda de que se va de fiesta. Tras volver a pedirle por favor que le preste algo de dinero, se pone el abrigo para irse.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, no te preocupes —responde al ver cierta duda en su rostro.

—Vale, seguramente no venga a dormir —le explica Ariadna—, pero si te encuentras mal o necesitas algo, llámame.

Gabriela asiente con gesto amable. Su hermana se despide moviendo la mano y cierra la puerta. Ella respira hondo y decide levantarse por fin del sofá. Va al baño y, tras ponerse una sudadera y esconderse bajo la capucha, baja y se acerca a echar un ojo a la estantería de los DVD y los vinilos. No tiene hambre, por lo que ojea las carátulas de las películas para elegir la que más le apetezca ver. En días en los que no se encuentra bien, suele tirar de las que le gustan y transmiten tranquilidad. Son su lugar seguro.

No le ha dado tiempo a pasar de estante cuando unos nudillos golpean la puerta. Como no espera a nadie, imagina que debe de ser Ariadna. Abre la puerta resoplando.

—¿Ya te has dejado las llaves?

Pero cierra la boca de inmediato. Ahí está él, con su bonita sonrisa y un perro a su lado. Tiene que parpadear un par de veces para creer lo que está viendo.

—Adrián... ¿Qué haces aquí?

—Vengo a ver qué tal estás —afirma—. Y a traerte provisiones.

—¿Quién te lo ha...?

Se calla a mitad de frase, sabe quién se lo ha dicho: Azahara, pues recuerda que tenía cita en la peluquería esa mañana. Gabriela

se echa a un lado y él no duda en entrar e ir directo a la cocina.

—Antes de que te enfades con Azahara —dice como si acabase de leerle la mente—, he sido yo quien le ha preguntado por ti.

—Estoy bien, no es nada —murmura cerrando la puerta.

Absolutamente desubicada por su visita, se acerca a él con cuidado de no pisar al perro y se fija en cómo posa la mochila sobre la encimera.

—De verdad que estoy bien —repite, poniendo su mano sobre la de él antes de que abra la cremallera de la mochila.

—Gabriela —dice su nombre mirándola directamente a los ojos—, llevas la capucha puesta dentro de casa.

—¿Y qué pasa? —se defiende, cruzándose de brazos—. Cuando estoy... así, hace que me sienta abrazada.

Él hace una mueca. Si por él fuera, lo haría ahora mismo: la rodearía con sus brazos y la atraería hacia su cuerpo sin dudarlo.

Gabriela se siente atravesada por su mirada y aparta la vista.

—¿Está tu hermana en casa?

—No, Ari ha salido con amigos —le explica—. De hecho, seguramente no venga a dormir.

Adrián asiente y empieza a sacar cosas de la mochila. Ella las mira con curiosidad.

—Te he traído palomitas —dice sacando una caja azul— porque, con esa estantería repleta de películas, intuyo que eres de las que se hace un gran bol para sentarse en el sofá a verlas. —La chica asiente sorprendida, él la conoce mejor de lo que creía. No recuerda haber mencionado eso en aquella cena—. También he comprado helado de pistacho. Toma, deberías meterlo en el congelador. —Gabriela lo coge y obedece sin entender nada. ¿Cuándo le ha dicho específicamente que le gusta el de pistacho?—. Como no sé el que te gusta y había dos por uno en el súper —comenta sacando dos

paquetes—, he pillado galletas de pepitas de chocolate con leche y de chocolate blanco.

—Adrián, de verdad, no hacía falta que vinieras ni que trajeras...

—Te dije que la próxima vez invitaba yo —responde bromeando.

Ella no puede evitar reírse. Está claro que no habrá manera de hacerle cambiar de opinión.

—Soy más de chocolate con leche... —murmura.

—Perfecto, entonces las de choco blanco para mí.

Gabriela coge el paquete de galletas que él le pone en las manos y ve cómo vuelve a guardar las otras en la mochila.

—Y, por último, pero no menos importante, he traído tres películas.

—¿Perdona?

—Sí, no tenía claro qué género te apetecería ver, así que he buscado un poco de todo —le explica sacando la primera—. Por aquí tenemos *Tres metros sobre el cielo*.

Al ver la carátula Gabriela se echa a reír. Adrián no ha olvidado el día en el que ella comparó su carácter con la actitud chulesca del protagonista.

—He tenido que llamar a mi primo Miguel para pedírsela. —Sonríe —. Pero, tranquila, que no le he dicho nada de lo nuestro, sino que me la había pedido un colega. Aunque ya he comprobado que tú sí que le has contado algo a Azahara...

—Sí, bueno, lo siento... —balbucea—. Es que necesitaba hablarlo con alguien y ella es...

—Tranquila, Trasto también me ha oído hablar de ti —bromea él señalando al perro.

Ambos lo miran. Se ha tumbado a los pies de Adrián, que saca otra película de la mochila. A Gabriela un escalofrío le recorre el cuerpo: acaba de darse cuenta de que él es de esos chicos que se

fija en los detalles. Que se acuerdan de las cosas. Que ha pensado en ella y se ha molestado en traer DVD, algo que puede interpretar como un nuevo intento por su parte de entrar en su mundo.

—Luego le he pedido *Del revés* a mis tíos. Recuerdo que me gustó mucho cuando la vi con Laila y Naim.

—Es preciosa.

—Mucho —responde con gesto amable—. Como tercera opción te he traído una de mis películas favoritas, de pequeño estuve totalmente obsesionado con ella.

La saca y se la enseña:

—*Piratas del Caribe: La maldición de la Perla Negra*. —Gabriela lee el título en voz alta.

—Peliculón —afirma Adrián.

—Si tú lo dices...

Esas cuatro palabras hacen que la mire sin poder dar crédito.

—¿No la has visto? —Ella niega con la cabeza—. ¿Ninguna de ellas?

—Ah, ¿que son muchas?

—De momento solo cinco —comenta, moviendo el DVD que tiene en las manos.

—¿Te parecen pocas? —Él ríe al ver su gesto.

—Me encantan estas películas y por mí cuantas más allá, ¡mejor! —admite—. Aunque si tengo que elegir, me quedo con la primera, por supuesto.

Ella lo observa mientras habla.

—¿Eres de los que piensa que segundas partes nunca fueron buenas?

—¡Qué va! —niega frunciendo el ceño—. Aunque es como todo, hay segundas partes buenas... y malas. Si hablamos de esta saga en concreto, no hay ni una mala.

Gabriela y Adrián se miran directamente a los ojos. Parece que el tiempo se congela a su alrededor. Solo están ellos y Trasto dormido a sus pies. Ella piensa en el gran detalle que ha tenido. No solo se ha presentado en su casa para ver cómo está, sino que se ha interesado lo suficiente por ella como para llevarle cosas que le gustan y que se sienta mejor. Le viene a la mente algo que solía decirle su tío: «Solo las personas que se preocupan por ti pueden escucharte cuando estás callada». Y eso es justo lo que ha hecho Adrián.

Él está perdido en los ojos marrones de Gabriela. En cómo ha entrado de lleno en su vida y no sabe qué hacer para poder entrar en la de ella. Pero tiene clara una cosa, y es que no piensa dejar de intentarlo.

Adrián interrumpe la conexión, cierra la mochila y se la cuelga al hombro. Trasto, al notar que se mueve, lo sigue al final de la correa. Gabriela lo ve moverse por su piso con sorprendente naturalidad. Lo sigue a la puerta, es él quien la abre.

—Bueno, como ya hemos comprobado que estás viva, nos vamos —bromea, incluyendo al perro, aunque la verdad es que le encantaría quedarse—. Así te dejamos tranquila para que descanses y repongas energía.

—Sí, claro..., muchas gracias —murmura ella.

Le dedica una última sonrisa y Adrián, dándose media vuelta, camina hacia el ascensor. Gabriela lo mira desde la puerta preguntándose: «¿Quiero que se quede?».

46

Lo que menos quiere hacer ahora es irse, pero entiende que ante todo ha de respetar los tiempos de Gabriela. Al menos ha conseguido lo que quería. Ha podido verla, darle lo que ha comprado gracias a la ayuda de Azahara y, lo más importante, pasar un rato con ella, aunque solo hayan sido cinco minutos. Mientras espera al ascensor, siente la mirada de Trasto. El perro lo observa con atención.

—Trasto, ¿tú crees que ha ido bien? —murmura. El perro, moviendo la cabeza de manera exagerada, estornuda—. Me lo tomaré como un sí.

De pronto suena una voz a su espalda.

—Chicos, ¿tenéis algo que hacer ahora?

No duda en darse la vuelta y, con una pícara sonrisa, responde:

—Ver una película contigo.

Gabriela abre la puerta de par en par para que vuelvan a entrar en su casa. Adrián, ahora sí, se quita la mochila y el abrigo para dejarlos apoyados en el respaldo de una de las sillas.

Abre la caja azul y saca un paquete de palomitas para meterlo en el microondas. Gabriela sirve un par de refrescos y, percatándose de que él mira a su alrededor en busca de algo, abre un armario y saca un cuenco. Al ofrecérselo sonríe, es justo lo que estaba buscando para poder echar las palomitas.

—Por cierto, Gabi —llama su atención—, no os he presentado oficialmente, pero este es Trasto.

—Me lo había imaginado.

La chica se agacha para acariciar al perrillo, que la mira con sus redondos ojos bien abiertos.

—Que no te engañen esos ojitos —puntualiza Adrián—, como te descuides se convierte en un salvaje. Todo lo muerde. Todo lo rompe.

—¿En serio?

—¡Y tanto! —exclama con gracia—. Pregúntale a mis padres cuántas veces han tenido que comprar un mando de la tele nuevo.

Ese comentario hace reír a Gabriela, que se incorpora. Durante un par de minutos se mueven por el espacio como si lo hicieran a menudo. Mientras Adrián se encarga de las palomitas, Gabriela coge las películas y mete una de ellas en el reproductor conectado a la televisión. Ha elegido *Piratas del Caribe: La maldición de la Perla Negra*. Igual que él ha querido entrar en su mundo, ahora es ella la que quiere entrar en el suyo.

Al volver al sofá, lo ve mirándose en la puerta del microondas para recolocarse el despeinado pelo y tocarse la barbilla.

—Adrián. —Él se vuelve y la mira—. ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres hacer un viernes por la tarde?

—Por supuesto —responde de inmediato—. Era ir al gimnasio o venir a verte, y no había ninguna duda.

—Pero si casi ni me conoces...

Él asiente, Gabriela tiene razón. Prácticamente no sabe nada de ella, pero se muere por averiguarlo todo.

—Bueno, ya te conozco un poco —murmura moviéndose por la cocina—. Tienes veinticinco años, como mi prima, y vives sola, aunque ahora está tu hermana contigo. Este piso era de tu tío Juanjo. A él le gustaban la música y las películas, y quiero creer que a ti también. —La ve asentir—. Te gustan las galletas con pepitas de

chocolate con leche, ver películas con palomitas recién hechas, el helado de pistacho y ponerte la capucha cuando sientes que necesitas un abrazo.

Gabriela lo mira incrédula. Está tan sorprendida que no sabe ni qué decir. Incluso se siente mal porque ella no sabe tantas cosas de él. Adrián sonríe victorioso.

—Aunque ahora que lo dices, me acaba de asaltar una duda.

—¿Cuál?

—Yo soy Adrián Castillo Manzur, pero tú, aunque podría haberlo mirado en el buzón de abajo, no sé cómo te apellidas.

—Gabriela Suárez Murillo.

El pitido del microondas hace que él se dé media vuelta para sacar la bolsa y vaciarla en el cuenco que le ha dado hace un momento. Lo coge y camina hacia ella.

—Castillo Suárez... —susurra—. Suenan bien juntos.

Gabriela se echa ligeramente hacia un lado para que se siente junto a ella. Trasto no duda en adelantarlo y subirse al sofá de un salto.

—¡Trasto, baja de ahí! —le llama la atención su dueño.

—Tranquilo, Adri, no importa —sale Gabriela en su defensa—. Y mucho menos hoy, que está recién pasado por la pelu.

Adrián se acerca y toma asiento junto a ella, pero dejando algo de espacio entre sus cuerpos. No quiere que se sienta invadida ni obligada a nada. Gabriela se percata, le quita el cuenco de las manos y se acerca para que sus cuerpos se toquen ligeramente. Coloca las palomitas entre ambos. Él sonríe, se alegra de que lo haya hecho.

Empieza la película y ambos disfrutan viéndola. En ciertos momentos no pueden evitar mirarse de reojo. Cuando el cuenco está vacío, Gabriela se echa hacia delante para dejarlo sobre la mesa. Al

mirar hacia atrás para colocarse donde estaba, se da cuenta de que él, en lugar mirar la pantalla, la mira a ella y le dedica una preciosa sonrisa.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Desde que ha llegado a su casa, Gabriela no deja de darle vueltas.

—Las que quieras.

—¿Por qué le has preguntado a Azahara por mí?

—Porque me importas.

Al mirar esos brillantes ojos marrones, Gabriela siente que se deshace por dentro. Él, sin dejar de mirarla tampoco, extiende el brazo a lo largo del sofá. Prácticamente de manera instintiva, ella se echa hacia atrás y se acomoda pegando su cuerpo al de él. Se quita la capucha y apoya la cabeza en su hombro. Él tarda un segundo en asimilar lo que Gabriela acaba de hacer y la abraza.

—Muchas gracias por venir —dice ella entre susurros.

—Muchas gracias por dejarme.

Disfrutan de lo que les queda de película. Nada más terminar, Gabriela se despereza apartándose de él.

—¿Te has quedado dormida? —Ríe él.

—¡Qué va! —exclama con orgullo—. De hecho, me ha gustado mucho la película.

—Me alegro, lo bueno es que aún tienes otras dos para ver.

Gabriela se levanta y lo mira. Lo ve bostezar y estirarse en el sofá. También se fija en que Trasto está totalmente dormido. Es tarde. Un pensamiento fugaz cruza su mente y, casi sin querer, lo deja salir.

—¿Quieres quedarte a dormir?

Él se queda parado. ¿Ha oído bien?

—¿Que si quiero quedarme a dormir?

—Es justo lo que he dicho.

—Perdona, es que no estoy acostumbrado a que me pregunten eso —bromea.

—Eres de lo que no hay.

Riendo, va a la cocina a dejar el cuenco de palomitas vacío en el fregadero. Él no deja de mirarla ni un momento. Gabriela intuye que está sonriendo. Sabe que la pregunta lo ha pillado desprevenido. Hasta a ella misma la ha sorprendido.

—Vale —oye a su espalda.

—Pero solo a dormir —recalca.

—A ver... si lo dices así, menuda decepción, ¿no?

—Adri, no empieces —lo avisa dándose la vuelta.

Él, que se ha puesto de pie, se echa a reír y camina hacia ella ofreciéndole la mano. Ella se la da y suben juntos al dormitorio. Una vez allí, Gabriela se quita la sudadera para meterse en la cama. Él también se desviste, no va a dormir con los vaqueros y la sudadera puestos. Al verlo, ella se mueve para buscar en el cajón de su cómoda.

Se gira y se lo encuentra en calzoncillos. Él la mira y murmura de manera atropellada:

—¿Duermo aquí contigo o prefieres que me vaya al sofá? Por mí no hay problema si prefieres que...

Lo calla lanzándole una camiseta rosa que él se pone sin preguntar. A ella le queda ligeramente grande, mientras que a él le queda notablemente pegada al cuerpo.

—El rosa te favorece.

—A mí todo me queda bien —suelta dejando salir su parte más chulesca.

La chica suelta una carcajada. Adrián tiene salidas para todo.

—Podemos dormir juntos, pero con una condición.

—Lo que tú digas.

—Que no te enamores de mí.

Ahora el que se ríe es él.

—Haré todo lo posible por que eso no pase —responde mordiéndose el labio. Y, al verla sonreír y sin poder dejar su lado pícaro a un lado, añade—: Gabriela, ten cuidado, no te vayas a enamorar tú de mí.

Ella no puede evitar reír cuando ve que él se señala a sí mismo en calzoncillos y con su camiseta rosa y ajustada.

47

Adrián es el primero en despertarse. Anoche le costó mucho quedarse dormido. Aunque no lo mostrara, dormir junto a Gabriela le puso nervioso. No podía creer que al final se hubiera quedado a dormir en su casa. No era para nada como se había imaginado su noche de viernes.

Sale de la cama y de la habitación con cuidado. Nada más llegar a la planta baja, Trasto llega corriendo a darle los buenos días. Se agacha y lo acaricia con ganas. Echa un rápido vistazo a su alrededor y, a simple vista, no ha roto nada.

El chico llega a la cocina dispuesto a preparar el desayuno. Abre la nevera y ve un poco de todo. Entonces le asalta una duda: ¿prefiere dulce o salado? Mira también los armarios de la cocina, pero no encuentra una respuesta convincente.

Un ruido lo hace girarse. Busca a Trasto y lo ve junto al sofá. Lo llama y, cuando el perro se mueve, se lleva las manos a la cabeza: «¿Qué ha hecho?». Apurado, se acerca a toda prisa al sofá: su querido perro ha dedicado parte de la noche a morder y babear una de las esquinas.

—Te voy a matar —murmura mirándolo.

Trasto lo mira feliz, como si nada hubiera pasado. Adrián se lamenta: conociendo a su perro, sabía que era demasiado raro que se hubiera portado tan bien.

«¿Cómo se lo voy a decir a Gabriela?», se dice, pero, sin tiempo para pensar nada, la escucha bajar las escaleras. Corre a su

encuentro. Ella, al verlo, sonríe, y él, interceptándola, la hace girar sobre sí misma para que solo pueda mirarlo a él.

—¡Buenos días! —exclama sorprendida ante su entusiasmo.

—Buenos días —la saluda, agobiado por lo que le tiene que decir —. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Ya estoy perfecta.

Adrián, que la tiene sujeta por los hombros, se acerca a ella para abrazarla. Sin entender del todo su actitud tan efusiva, ella le da unas palmaditas en la espalda. Al separarse, pregunta curiosa:

—Y tú ¿te encuentras bien?

—Sí, claro —responde tragando saliva—. Pero tengo que contarte una cosa.

—Vale. Ya sabía yo que te pasaba algo. ¡Cuenta!

Pero cuando va a echar a andar, él la frena en seco.

—Verás, es que ha pasado algo y, bueno..., no sé cómo contártelo...

—Adrián, me estás asustando —murmura, mirando a su alrededor. Él le sujeta la cara para que se centre en él.

—No, no te asustes, Gabi —balbucea.

—Cada vez me asustas más, que lo sepas.

—Al final las cosas materiales se pueden reparar, e incluso reemplazar.

Eso y el nerviosismo de él hacen que salten todas las alarmas de la morena, que le clava la mirada y, cruzándose de brazos, pregunta:

—¿Qué has hecho?

—No, yo no. En realidad, ha sido Trasto... —se excusa—. No sé cómo decírtelo porque imagino que todo aquí tiene mucho valor sentimental, pero...

Gabi se zafa de Adrián y empieza a caminar por el piso en busca de algo roto. El balbuceo de él la está poniendo de los nervios.

Adrián la sigue sin saber qué decir. Ella se fija en el piano, está intacto. El tocadiscos igual. La estantería de vinilos y películas sigue tal y como la dejó anoche. Entonces, ve el sofá y da con el problema. Parece ser que una de las esquinas ha sido víctima de Trasto.

A Adrián el corazón le late cada vez más rápido ante el silencio de ella. Esto era lo último que se esperaba que ocurriera.

—Lo siento, Gabriela, fue un error traerme a Trasto —empieza a decir de carrerilla—. No dudes de que iré contigo a un tapicero, o a una tienda de muebles para que elijas un sofá nuevo. Correré con todos los gastos, el transporte, el...

—No pasa nada.

La mira con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo que no pasa nada?

—Pues eso, Adrián, que no pasa nada. —Se da media vuelta y ve su cara de circunstancias. Así que termina por decir—: Tenía en mente comprarme uno nuevo.

El chico, a quien le sudan las manos y siente la garganta seca, dice con un hilo de voz:

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro! —exclama quitándole hierro al asunto—. Uno de mis propósitos para este año era cambiarlo. Este ya tiene demasiados años.

Después de unos minutos de sufrimiento, Adrián vuelve a respirar tranquilo. No puede creer la suerte que han tenido Trasto y él. En su mente ya se habían creado mil escenarios distintos y en todos ellos acababa con Gabriela echándole de su casa y de su vida para siempre.

—No sé qué ha sido más gracioso —dice ella con guasa—, si que no pudieras hablar por lo nervioso que estabas o el hecho de que

me lo hayas contado únicamente vestido con mi camiseta rosa y en calzoncillos.

Adrián mira hacia abajo y se percata de su indumentaria. Además de no ser nada sexi, en esa situación es cuanto menos humillante. Gabriela se ríe a carcajadas y él también se ríe. Es justo lo que necesitaba para destensarse.

Camina detrás de ella hasta la cocina. Gabriela saca unas cápsulas de café y le ofrece una. Él asiente con la cabeza.

—Oye, Gabi, ¿prefieres desayunar algo dulce o eres más de salado?

Por fin hace la pregunta que lo estaba atormentando justo antes del desastre.

—Dulce siempre.

Preparan algo de desayunar y lo degustan sentados a la mesa de comedor. Hablan de anoche, de películas...

—¿Cuáles son tu *confort movies?* —le pregunta ella.

—¿A qué te refieres? —murmura y le da un trago a su café.

—Esas películas a las que acudes cuando te encuentras mal, has tenido un mal día, no te apetece ver nada nuevo...

Adrián se toma un momento para pensar la respuesta.

—*Piratas del Caribe*, por supuesto —responde—. Y también las películas de Rocky, Scooby Doo, *High School Musical*...

—¿Has dicho *High School Musical?*

—Sí —afirma, y viendo la sorpresa en su rostro, continúa—: ¿Qué pasa? ¿No me pega?

—Para nada.

Él se ríe.

—Cuando era pequeño, mi primo Miguel estaba obsesionado con esas películas y a Keira y a mí nos hizo verlas miles de veces. Ahora,

cuando veo cualquiera de ellas, me dan paz porque me recuerdan a esa época.

La chica lo mira boquiabierta, solo cierra la boca para darle un mordisco a una de las galletas que él llevó el día anterior.

—¿Qué? No te lo esperabas, ¿eh? —Ella niega con la cabeza—. Me sé todas las canciones, más te vale no ponerme a prueba.

—No se me ocurriría —le sigue la broma.

—También había una que veía muchísimo de pequeño, tanto que la tenía en DVD, pero se terminó rompiendo. —Gabriela lo mira con atención—. Creo que era una de un robot azul y una ciudad... No sé, no me acuerdo. Ya te diré cuál es. ¿Y las tuyas? —le pregunta justo antes de darle un mordisco a una de las galletas con trocitos de chocolate blanco.

Ella, que está de espaldas a la estantería de su tío, se gira para mirarla.

—Muchas de las que ves ahí —señala—. Desde *Notting Hill* hasta *Madagascar 1*, *Princesa por sorpresa*, *Step Up*...

—O sea, princesita, que eres toda una romántica...

—Nunca he dicho lo contrario.

Adrián y Gabriela acaban de desayunar y recogen las cosas. Él sube a vestirse mientras ella juguetea con Trasto un rato. Al bajar, engancha al perro a la correa, tiene que sacarlo a que haga sus necesidades antes de que siga liándola.

—A pesar de haberte roto el sofá —bromea Adrián tras ponerse el abrigo—, ha sido todo un placer pasar la noche contigo.

—Espera, Adri, toma.

Al ver que le tiende los DVD de las películas que no vieron, responde:

—Quédatelos, así me los das el próximo día que nos veamos.

Gabriela no puede evitar que se le escape una sonrisa al ver la picardía con la que ha dicho eso. Adrián abre la puerta para salir, pero algo lo frena. Gabriela lo ha cogido del brazo y lo hace girar. Sin pensárselo demasiado, le coge la cara y lo besa, lentamente.

Él, ante todo sorprendido, se deja llevar y posa la mano en la cintura de Gabi. Le alegra que haya decidido dar el paso. Tras unos segundos, se separan y se miran, él con una gran sonrisa; ella pensando en que ese chico le encanta y no sabe aún si puede permitírselo.

Adrián se despide y, antes de meterse en el ascensor, cruza una última mirada con ella y le lanza un beso.

Hoy me encuentro bien. Es un buen día. Aunque, a decir verdad, llevo días sin dejar de pensar en Adrián.

El viernes no me encontraba bien. Fue uno de esos días. Un día de mierda, vamos.

Pero dejó de ser tan malo cuando Adrián apareció en casa. Recuerdo que al abrir la puerta me quedé en shock. *Seguro que mi cara fue un poema. Ni en sueños habría pensado que podía ser él.*

No solo apareció acompañado de su perro Trasto, sino que trajo:

Palomitas
Helado de pistacho
Galletas de chocolate con leche
3 películas

Los DVD eran: Tres metros sobre el cielo, Del revés *y* Piratas del Caribe 1.

¿Quién hace algo así?

Nunca hubiera imagino que Adrián fuese así de detallista. Qué mono.

No sé si hice bien o mal, pero lo invité a quedarse a dormir conmigo. Por más que lo pienso, no acabo de entender en qué estaba pensando. Las palabras salieron de mi boca casi sin darme cuenta. Fue como un impulso.

Obviamente, él aceptó y se quedaron en casa. Cuando me dijo que eligiese una peli para ver juntos, me decanté por una de sus favoritas. Era una forma de agradecérselo y de que viera que yo también trato de adentrarme en su mundo.

¿Qué estoy diciendo?

Quise saber por qué le había preguntado a Azahara por mí. Su respuesta me dejó de piedra: «Porque me importas». No supe cómo sentirme al respecto, y si soy sincera sigo sin saberlo.

Adrián apareció en casa en uno de mis días malos, cuando más vulnerable me siento. ¿Por qué le dije que se quedara? No lo sé. No me encontraba bien. No pude pensar con claridad. No pude usar la lógica. Ya no es solo que hayamos pasado la barrera de acostarnos (al fin y al cabo, somos adultos), sino que creo que hemos derribado la barrera de la intimidad conjunta sin sexo de por medio.

¿En qué estaba pensando?

Y, sobre todo, ¿con qué estaba pensando?, ¿con la mente o con el corazón?

48

La semana siguiente transcurre con normalidad. Salvo por el hecho de que cada vez que Gabriela recibe un mensaje de Adrián se le instala una sonrisa en el rostro.

Ariadna ha empezado a trabajar en la cafetería de Luisa y Salma. De momento parece que todo va bien. Solo lleva un par de días, pero está contenta y Gabriela no ha recibido ningún mensaje de las dueñas. Cruza los dedos para que siga así.

Azahara termina de trabajar y se va directa a la sala de personal. Allí se cambia de ropa, coge sus cosas y sale a hacerle compañía a su amiga en la recepción. Como Gabriela tiene turno de tarde, aún no habían coincidido y, aunque se han mensajeado, hay cosas que siempre es mejor contarlas de viva voz.

—¿Has terminado por hoy?

—Así es, reina —afirma Azahara con una gran sonrisa.

—¿Y no te apetece irte a casa o...?

Mira la hora en móvil, son las 19.07.

—Estoy esperando a que vengan a buscarme —responde con alegría.

—E intuyo que quien viene a buscarte es Keira, ¿no?

—Intuyes bien.

Gabriela sabe que lo que tienen las dos chicas sigue adelante. En esos días se ha mensajeado con las dos y ambas parecen contentas al respecto.

—¿Y qué tal va lo vuestro?

—Muy bien. Disfrutamos mucho cuando estamos juntas —dice—. Hacemos muchos planes y, sobre todo, es divertido.

—Eso es lo más importante —afirma Gabriela mientras comprueba que ha llegado un *e-mail* al ordenador de la clínica.

—De hecho, para San Valentín hemos quedado en que primero iremos a jugar a los bolos —le explica Azahara—, después cenaremos en un sushi bar, y luego ya... donde nos lleve la noche.

Gabriela asiente con la cabeza sin despegar la vista del ordenador. Se fija en el correo que ha llegado y no es más que un mensaje informativo sobre unos medicamentos que han de llegar.

—Lo que Keira no ha hecho aún es quedarse a dormir en casa.

Al decir eso, Azahara consigue lo que quería. Gabriela la mira y ve una pícara sonrisa en ella. A Azahara le encanta eso.

—Ya te conté que vino a casa —mueve la cabeza asintiendo—, me trajo cosas que me gustaban, que supongo que le chivaste tú, se quedó a ver una peli conmigo..., y a dormir. —Solo con ver el brillo de los ojos de Gabriela, Azahara sonríe. Ya era hora de que su amiga se permitiese vivir algo así—. Pero, Aza, no es lo mismo contártelo que vivirlo —añade—. Fue tan...

—¿Romántico? —sugiere ella—. ¿Bonito? ¿Excitante? ¿Inesperado?

—Todo eso.

Azahara le pone una mano en el muslo y se miran.

—Gabriela, es la primera vez que te veo así, y déjame decirte que me encanta. Aún no me habías dejado conocer esta faceta tuya.

—¿Qué faceta?

—La Gabriela enamorada.

Rápidamente, Gabi se echa hacia atrás en la silla.

—Aza, no estoy enamorada.

—¿Segura?

—Muy segura —afirma con rotundidad—. Tan solo estoy dejándome llevar por las cosas que me dijiste cuando me animabas a que fuese a cenar con él.

Azahara entiende que se ponga a la defensiva. No es alguien que deje entrar a cualquiera en su vida. Ella lo sabe mejor que nadie. Pero anhelaba que se diese la oportunidad de disfrutar sin preocuparse todo el rato por el futuro.

—Bueno, sea como sea, me alegra que te gustase la visita de Adrián —reconduce la conversación—. He de confesar que, cuando se le ocurrió, le dije que podía acabar de dos maneras: podía ir bien, o que directamente le cerrases la puerta en las narices.

—Pero, tía, ¡cómo le dices eso! —exclama la morena.

—¿Y qué querías? ¿Que le mintiera? —pregunta divertida Azahara —. Conociéndoos a ti y a tu carácter, podía pasar de todo. Solo quise que lo tuviese en mente.

Las chicas se callan al ver que una pareja sale de la consulta. La veterinaria se acerca a decirle algo y Gabriela les cobra las vacunas que le han puesto al perro que va con ellos. Luego se van dejando a las dos chicas a solas de nuevo.

—De verdad, cualquiera que te oiga va a pensar que soy un ogro —murmura Gabriela.

—Es que a veces...

Pero Azahara no necesita terminar la frase para que las dos se rían. Saben que no es cierto: Gabriela tiene carácter, pero no es un ogro ni nada parecido. Solo una chica que tiene las cosas claras. O que las tenía...

—Bueno, ¿y tú...? —Se calla un instante al darse cuenta de que no puede referirse a él como su novio, Gabriela pondría el grito en el cielo—. ¿Adrián y tú tenéis planes para San Valentín?

—Qué dices, tía —murmura Gabi echando un vistazo a la agenda del día siguiente—. Me ha preguntado si nos vemos el sábado y le he dicho que vale, pero que da igual que coincida con San Valentín. Simplemente, quiero que hagamos un plan normal, sin que esté relacionado con el romanticismo ni el consumismo de ese día.

Un coche se detiene junto a la clínica y Keira mira por la ventanilla. Se fija en la cristalera y ve a Azahara y a Gabriela charlando. Coge el móvil para escribirle.

—Me parece bien —asiente Azahara al escucharla—. Las prisas no son buenas.

El pitido de su móvil la hace mirar hacia fuera: Keira la espera. Gabriela la imita y la rubia y ella se saludan con la mano.

—¡Me voy! —exclama poniéndose en pie de un salto.

—Hablando de prisas... —bromea la recepcionista.

Azahara le da un veloz abrazo y sale sin mirar atrás. Keira y su amiga comparten una última sonrisa antes de que Azahara se suba al coche, le dé un beso en los labios a la rubia y se vayan.

49

Aunque es sábado, Adrián se ha pasado toda la mañana con su padre y sus tíos cerrando cosas relacionadas con el trabajo. Es lo que tiene contar con un negocio familiar, que los horarios son de lo más flexibles.

Sin siquiera darse cuenta, Gabriela sonríe al recibir un mensaje. Acto seguido, se asoma por la terraza y ve que hay un coche parado abajo. Es Adrián. Ariadna no fue a dormir anoche, por lo que no tiene que despedirse de nadie al salir de casa.

Llega al coche, Adrián se ha bajado y la recibe abriéndole la puerta del copiloto. Ella se lo agradece, lo saluda con dos besos y se sienta.

—¿Qué ha sido eso?

Adrián, que aún no ha arrancado, se gira para mirarla.

—Un gesto amable y educado, pero para nada romántico —trata de decir con seriedad. Ella asiente con una mueca.

—¿Cuál es el plan?

—Te cuento —dice él frotándose las manos—. Esta semana me has dejado claro que hoy es un día prácticamente innombrable, ¿cierto?

Han hablado por WhatsApp intercambiando cientos de mensajes. En uno de ellos él sacó el tema de que el sábado coincidía con San Valentín, y ella no tardó en dejarle claro que le daba igual. Si decidían quedar, tenía que ser de manera informal, sin nada de gestos románticos ni bombones con forma de corazón por ser 14 de

febrero. Él, obviamente, aceptó. Pasar tiempo con ella, sea de la manera que sea, le gusta.

—Hace unos días vi el tráiler de *Cumbres Borrascosas* en Instagram y me salía que le habías dado a «me gusta». —Ella asiente—. Por eso he comprado un par de entradas para que vayamos a verla.

—¿En serio?

—De una manera absolutamente nada romántica, por supuesto —dice Adrián con ironía—. De hecho, si quieres que compremos palomitas, tendrá que ser un cubo para cada uno, no vaya a ser que compartamos y nuestras manos se rocen en algún momento. —No puede evitar morderse el labio para no reírse, este chico siempre sabe cómo dar en el clavo—. Después he pensado que, si el tiempo nos lo permite —comenta señalando el tono gris del cielo—, podemos dar un paseo y te invito a cenar en algún local de comida rápida. Esos que todos conocemos y que claramente no son el sitio al que te llevaría si el día de hoy no estuviera vetado por tu parte.

—Me parece un buen plan —murmura ella.

—Y luego...

—Donde nos lleve la noche —termina diciendo ella, recordando las palabras de Azahara.

Él asiente con una sonrisa. Le parece perfecto. Adrián arranca el coche y la música empieza a sonar. Él canta con ganas *Mi nena*, de Walls, bajo la atenta y sorprendida mirada de Gabriela. Cuando la canción dice la palabra *morena*, Adrián aprovecha para mirarla y guiñarle un ojo.

Aunque él se lo pone difícil, consigue convencerlo para que compre solo un cubo de palomitas. Entran en la sala, buscan sus butacas y toman asiento. Disfrutan de la película y, cuando sus

manos se rozan al coger palomitas, él la mira y le dedica una mueca, haciéndola reír.

—Si llego a saber que íbamos a llorar —comenta él caminando a su lado tras salir de la sala—, te hubiera invitado a, no sé..., un minigolf, por ejemplo.

—Ah, ¿que tú también has llorado? —pregunta ella secándose los ojos.

—Aunque no lo parezca, tengo corazón, ¿sabes?

Gabriela asiente con la cabeza y se mete las manos en los bolsillos. Él, aún pensando en lo que acaban de ver, continúa:

—Qué triste que la película termine así.

—A veces querer mucho no es suficiente. —Y viendo cómo la mira Adrián, añade—: No me mires así, solo soy realista.

—Y muy negativa —murmura él frunciendo el ceño—. Aunque sí que es cierto que en su caso la relación es un pelín tóxica.

—Sí, eso sí.

Adrián la mira esperando que continúe hablando, pero Gabriela se pierde en su mente, en los pensamientos que van y vienen en su cabeza. No se lo esperaba, pero la película le ha removido muchos sentimientos.

Siguen caminando hacia la calle y, cuando las puertas del cine se abren, se dan cuenta del mal tiempo que hace fuera. Adrián sale: empieza a chispear.

—¡Genial! —Mueve los brazos consiguiendo que ella vuelva en sí y lo mire.

—Está empezando a llover —comenta Gabriela.

—¡Exacto! —Sonríe—. Y no hay nada menos romántico que la combinación de frío, aire y lluvia.

Mirando al chico que tiene enfrente bajo las gotas de agua que empiezan a caer del cielo no puede hacer otra cosa que sonreír.

—Si estuviésemos en su época —señala, refiriéndose a la película —, ahora tendríamos que irnos juntos a caballo bajo la lluvia; eso sí que es romántico.

—Uf, qué cursilada. —Adrián pone una cara de asco exagerada—. Menos mal que tenemos coche, así ni nos tocamos.

Él, volviendo a sonreír, le tiende la mano para que baje los escalones y lo acompañe al coche. Una vez dentro, empieza a llover con fuerza. Adrián se apoya en el volante y echa un vistazo al cielo. No tiene pinta de que vaya a clarear pronto.

Gabriela lo mira, está claro que se le han truncado los planes. En otro momento de su vida sería la excusa perfecta para despedirse de él e irse, pero hoy no. Le apetece seguir junto a él, aunque llueva y truene.

—¿Quieres que vayamos a mi pi...?

—¿Y si vamos a mi casa? —la interrumpe.

50

—¿Estás loco? —murmura sorprendida ante lo que él le acaba de proponer—. ¿Qué pasa con tus padres?

—No te preocupes, mis padres no están —le asegura—. Se han ido a pasar el fin de semana a casa de unos amigos en Benicàssim. Además, mi piso está más cerca que el tuyo.

Oírle decir eso la tranquiliza un poco. Con Salma y César allí, ni siquiera se plantearía el hecho de ir. No sería una posibilidad.

—¿Estás seguro, Adri?

—Por supuesto —afirma—. Mira, Gabi, si quieres podemos pillar algo de cena de paso.

Aunque lo duda un segundo, acaba aceptando. Se acercan a un Drive Thru de McDonald's y piden unas hamburguesas para llevar. Adrián paga y se van directos a su casa. Aparca y juntos corren hasta su portal. Mientras él abre, Gabriela mira a su alrededor. Sabe que Keira vive en ese mismo edificio, concretamente un piso por encima de Adrián. Lo que menos le gustaría es encontrarse con ella. Aún no.

Van escaleras arriba y Adrián abre la puerta y la deja pasar primero. Saludan a Trasto, que corre hacia ellos con cara de dormido. Al instante, ella se da cuenta de que la distribución del piso es igual que la del de Keira, pero con un estilo diferente. Con ayuda de Adrián, se quita el abrigo y él, al estar mojados, coloca ambos en el respaldo de las sillas.

Como si ya conociese la casa, Gabriela va a la cocina y deja la bolsa de la cena en la encimera. Entonces se fija en la nevera, hay fotos colocadas con imanes. No duda en acercarse para ver una de Adrián con sus padres de pequeño. También hay otra en la que está solo con una tortuga de peluche, y otra más en la que lleva patines.

—¿He mejorado?

Gabriela se da media vuelta al oírlo.

—No sé qué decirte... —bromea.

Él se acerca y apoya la mano en el hombro de ella con naturalidad.

—¿Sabes patinar?

—¡Qué va! —Ríe al ver la imagen que ella señala—. Poco después de esa foto, me caí y me rompí el brazo. —Ella pone cara de horror —. Pero ya ves que estoy perfecto —dice moviendo el brazo izquierdo.

Instintivamente, ella le coge la mano y se la acaricia. Adrián agacha ligeramente la cabeza y la mira en silencio. Nota la suavidad con que lo toca. Gabriela alza la mirada, sus ojos se encuentran, ella suelta su mano y, dando un pasito hacia atrás hasta el borde de la encimera, murmura:

—Con el pelo así de mojado tienes un rollito a lo Jacob Elordi en la peli que acabamos de ver...

—Ah, ¿sí?

Al ver que ella sonríe, Adrián se mueve para volver a acercarse. Al hacerlo, apoya las manos en la encimera, a ambos lados del cuerpo de Gabi, tal como hizo la primera vez que se besaron. Eso le permite inclinarse ligeramente hasta ponerse a la altura de sus ojos.

—¿Y te gusta ese rollito que dices?

—Me encanta... —dice ella mordiéndose el labio.

A él se le escapa una pícara sonrisa. Le gusta oír eso. Está deseando besarla. Gabriela alza los brazos, le rodea el cuello y entrelaza los dedos en su pelo. Adrián cierra los ojos un segundo.

—Solo has venido a cenar —susurra abriéndolos.

—Ajá..., solo a cenar.

Pero ya no puede más, las ganas son superiores a ella. Gabriela se acerca y, con una seguridad que da vértigo, lo besa suavemente. Las manos de él recorren su cuerpo sin prisa, mientras que las de ella se enredan cada vez más en su pelo.

—Ceno y me voy —murmura separándose pocos centímetros de él.

—Mmm...

Ahora es él quien la besa y cambia de ritmo. Con un sutil movimiento, se hace entender y Gabriela, apoyándose en la encimera, alza las piernas para rodearle con ellas las caderas. Sujetándola con fuerza, Adrián sale de la cocina y la lleva directamente a su habitación.

—Ya te enseño la casa luego —bromea por el camino.

La deja con cuidado sobre la cama y cierra la puerta para que Trasto no los moleste. Sin perder tiempo, vuelve con Gabriela y la intensidad entre ellos sube. Lentamente, se deshacen de la ropa y todo se reduce al calor de sus cuerpos. Las manos de ella acarician el cuerpo de él. Los labios de Adrián recorren el abdomen de ella hasta llegar a la cinturilla de los pantalones.

Regresa a sus labios y la besa como si quisiera recordar para siempre cada rincón de Gabriela. Disfrutando de lo que está pasando entre ellos, ella lo atrae aún más.

Acalorado, Adrián busca un preservativo en el cajón de la mesilla y se lo pone para luego hacer que sus cuerpos encajen. La poca distancia que había entre ellos desaparece; Gabriela siente una

mezcla de deseo y miedo. Desea con todas sus fuerzas lo que está pasando, pero al mismo tiempo le da miedo lo que significa para ella haber querido repetir.

Adrián nota cómo le clava levemente las uñas en la espalda. El momento se vuelve más intenso, y se entregan el uno al otro sin reservas.

Cuando todo llega a su fin, Gabriela se tumba junto a él. Adrián la abraza y, tras unos minutos, se queda dormido.

Ella no. Mira el techo sin poder dormir. Algo ha cambiado. Quiera admitirlo o no, lo que tiene con Adrián ha pasado de ser solo algo físico a una... ¿conexión real?

51

Ella es la primera en despertarse, y al ver que Adrián sigue completamente dormido, sale de la cama con cuidado y abandona la habitación. Le da los buenos días a Trasto y se pasea lentamente por la casa observándolo todo, fijándose en cada fotografía y cuadro colgados.

Llega al salón y se queda mirando la puerta de la calle. ¿Debería irse? Él lo hizo la noche que estuvieron en su piso. Pero algo le dice que se quede, su relación no ha cambiado tanto como para salir huyendo. Eso que ha cambiado y que no sabe expresar le dice que coja lo que ha ido a buscar al salón y vuelva a la habitación de Adrián. Bolso en mano regresa al cuarto.

—Esto sí que son buenos días.

Al oírlo murmurar con la voz ronca de estar recién despierto, Gabriela termina de cerrar la puerta y lo mira. Sigue metido en la cama, pero ahora con una sonrisa y los ojos marrones clavados en ella.

—Por un momento he pensado que te habías ido.

—No has tenido esa suerte —bromea ella acercándose—. He ido a buscar una cosa.

Adrián la observa sentarse junto a él y abrir el bolso. Saca algo envuelto con papel azul y se lo da.

—¿Es un regalo?

No necesita responder, simplemente sonríe, mientras él la mira contrariado. Quitándose el edredón de encima y dejando su torso

desnudo al descubierto, se sienta en la cama.

—Más te vale que sea una broma —dice aclarándose la voz.

—Tendrás que descubrirlo. —Ríe Gabriela. Pero él no la acompaña.

—Gabi, dijiste que no podíamos celebrar San Valentín —refunfuña como un niño pequeño, rascándose la cabeza—. Me dejaste muy claro que nada de gestos románticos, cursiladas ni nada por el estilo.

—¿Te parece poco romántica la tarde que habías organizado ayer? Además, te recuerdo que hoy ya no es 14 de febrero.

Al oírla, el chico pone los ojos en blanco. Le da rabia. Como no esperaba pasar la noche con ella, no tiene ningún detalle preparado. No puede creer que haya sido tan tonto. Resignado ante lo mal, y poco detallista, que va a quedar con ella, abre el regalo. Al romper el papel, no se lo puede creer.

—¡Es la peli de la que te hablé el otro día! —exclama, muy sorprendido.

En sus manos tiene el DVD de la película *Robots*. Mira a la chica alucinado. No solo se ha acordado de lo que le contó, sino que ha dedicado tiempo a buscarla sin prácticamente tener información. No se lo puede creer.

—Pero si no te dije el título... —Una sonrisa de satisfacción aparece en el rostro de Gabriela. Ha conseguido lo que quería: sorprenderlo—. Gabriela, muchísimas gracias.

—No me las des —intenta restarle importancia—, solo es un detalle.

—Gabi, no es solo un detalle —la corrige—. Es... mucho más. —Adrián apoya una mano en la pierna de ella y, mirándola a los ojos, añade—: Esto me dice mucho de ti. Me da a entender que me escuchaste, me prestaste la atención suficiente como para acordarte. —No deja de mirarla a los ojos—. Esto quiere decir que

has dedicado tiempo, aunque solo hayan sido unos minutos, a pensar en mí y a buscar la película hasta encontrarla.

—No tienes que darme las gracias, solo tuve...

—¡Claro que sí! —Se mueve hacia ella.

Gabriela apoya un brazo en los hombros de Adrián y le da un rápido beso en los labios.

—¿Siempre te pones así de intenso por las mañanas?

Adrián se ríe y, atrayéndola hacia sí, la tumba en la cama y se coloca encima de ella para hacerle cosquillas. Ella suelta una gran carcajada moviéndose, intentando escapar de él. Tras unos segundos de lucha, Adrián escucha un ruido que le hace parar de inmediato. Se pone en pie de un salto y se acerca a la puerta. La abre ligeramente para asomarse con cautela. «¿Qué hacéis en casa?», piensa alarmado.

Cierra la puerta con cuidado y mira a Gabriela con cara de circunstancias. Ella lo entiende al momento.

—¿No dijiste que se iban el fin de semana? —murmura bajando el tono.

Él se encoge de hombros, no sabe por qué están allí. Poniéndose de pie, Gabriela empieza rápidamente a vestirse. No quiere que los padres de él la vean, y mucho menos en ropa interior. Aprieta los ojos al darse cuenta de que antes, cuando ha salido a por el bolso, podía haberse encontrado con ellos. ¿Han dormido allí? ¿Los habrán oído? Lo único que sabe es que se muere de vergüenza.

Viendo su apuro, Adrián la deja sola en su cuarto y sale a inventarse algo. Cuando la puerta vuelve a abrirse, Gabriela ya está totalmente vestida.

—Vale, les he dicho que anoche olvidé sacar a Trasto —susurra él caminando hacia ella—. Se han enfadado un poco, pero mi padre ha

salido a pasearlo. Mi madre se ha metido en la ducha, así que puedes irte.

—Vale, me voy.

—Si me das un momento, me cambio y te acerco en la moto —murmura él cogiendo los pantalones del suelo.

—¡No, tranquilo! —lo frena y, señalando hacia la ventana, añade —. Me voy dando un paseo, así aprovecho el sol.

Adrián asiente y la morena lo sigue por el pasillo mirando a su alrededor con cuidado. Oye el agua correr, espera que sea verdad que Salma está en la ducha. Llegan a la puerta, se pone el abrigo y sale del piso.

—Gracias por lo de ayer —se despide—. Hacía años que no disfrutaba del día de... de un día como el de ayer.

Adrián sonríe al darse cuenta de que casi se le escapa la palabra prohibida.

—Feliz no San Valentín a ti también, Gabi.

Se acerca a ella y le da un beso en los labios. Ella le corresponde y, al separarse, sale corriendo escaleras abajo. Él se queda ahí hasta que la pierde de vista.

Al llegar al portal, abre la puerta sin prestar atención y se da de bruces con Luisa, la tía de Adrián.

—¡Anda, Gabriela! —exclama al verla.

Está claro que la mujer está sorprendida, tanto como ella. A juzgar por la bolsa que lleva en la mano, parece que viene de comprar churros para desayunar.

—¡Buenos días, Luisa!

—¿Qué haces por aquí tan pronto?

—Sí, bueno..., es que anoche salí con Keira —miente descaradamente— y me quedé a dormir en su casa.

La mujer asiente. Antes de tener a sus tres hijos, Youssef y ella también eran de salir y volver al día siguiente a casa.

—Por cierto, muchísimas gracias de nuevo por la oportunidad que le habéis dado a mi hermana en vuestra cafetería.

—No es nada, corazón; además, Ariadna es un encanto. —Sonríe —. Le cae bien a todo el mundo.

Gabriela también sonríe, le alegra saber que, al menos de momento, parece que su hermana está haciendo las cosas bien.

—Bueno, me voy para arriba antes de que se me enfríe el desayuno —dice la mujer con gracia—. Toma, llévate uno para el camino.

No tiene la opción de negarse. Antes de que pueda abrir la boca, Luisa saca un churro y se lo pone en las manos.

—Muchas gracias, Luisa, que tengáis buen día.

—¡Lo mismo digo, Gabriela!

Ya a solas, saca el móvil para ver qué hora es. Tiene mensajes de Ariadna de anoche. Los dos primeros son de alrededor de las tres de la mañana, mientras que el último es de algo más de una hora después.

Ariadna
Hermanitaaa, ¿podrías pasarme algo de dinero, porfa?
¿Gabi?
Vale, entiendo que estás ocupada. Le debo 48 euros a un amigo.

Se aleja del edificio, y está dando un mordisco al churro cuando escucha:

—¡MORENAAA!

Alza la vista y sonríe al ver a Adrián asomado en la que debe de ser la ventana de su habitación. Él, como empieza a ser costumbre

entre ellos, le lanza un beso. Y, por primera vez, ella, con la mano que tiene libre, hace el movimiento de pillarlo al vuelo y llevárselo a los labios.

52

Tras ponerse algo de ropa para estar por casa, Adrián sale de la habitación. Conecta el móvil al altavoz que tienen en el salón y se prepara algo para desayunar. Canta y se mueve al ritmo de *La Boca*, de Álvaro de Luna, mientras espera que el café salga de la máquina.

—Vaya, vaya... —dice su madre entrando en la cocina—. Veo que alguien se ha levantado animado hoy.

Adrián mira a su madre y asiente.

—¿Quieres un café?

—Vale.

Saca otra taza y otra cápsula y se lo prepara. Salma coge unas magdalenas y las lleva a la mesa del comedor. Al momento aparece su hijo por allí y se sienta junto a ella.

—Mamá —llama su atención—, ¿no dijisteis que ibais a pasar el finde en la casa de Tomás, en Benicàssim?

Ella asiente. Su amigo Tomás tiene una segunda residencia allí y más de una vez han ido con él, e incluso el matrimonio solo.

—Sí, cariño, ese era el plan. Pero al ver el mal tiempo que hacía, y que nos iba a hacer allí, al final decidimos quedarnos en Madrid.

—Entonces, ¿qué hicisteis por San Valentín? —pregunta mojando una magdalena en su café con leche.

—Anoche tu padre y yo cenamos en un italiano y después fuimos a tomar unas copas con tus tíos Carlos y Zulema, Tomás y su mujer...

Ya sabe por qué han acabado sus padres durmiendo en casa. Respira aliviado por haber llegado antes que ellos y no habérselos encontrado, habría sido un momento demasiado incómodo.

—Vamos, que os lo pasasteis bien —balbucea con la boca llena.

La mujer asiente, aunque con un rápido gesto le indica que no hable con la boca llena.

—Y tú ¿qué tal ayer?

—Ya sabes, mamá, lo normal.

Salma se queda callada mientras toma un bocado de su desayuno. Espera un momento para ver si su hijo sigue hablando o tiene que tirarle de la lengua. Tras unos segundos tiene claro que tendrá que decantarse por la segunda opción.

—He visto la bolsa del McDonald's en la cocina. ¿Con quién viniste a cenar?

—Una amiga.

—¿Y la conozco?

—No, mamá, no la conoces —responde intuyendo que quiere información.

Ella se lo queda mirando. Cuando César y ella llegaron anoche a casa lo primero que vieron fueron dos abrigos, así que comprendieron que su hijo estaba acompañado. El bolso negro en la silla y los restos de la cena en la cocina les confirmaron lo que ya sabían.

—¿Es simpática?

—Muy simpática —dice, y se limpia la boca con una servilleta.

—¿Lleváis mucho juntos?

Divertido por el interrogatorio, la mira mientras ella bebe su café.

—Mamá, no estamos juntos —le aclara—. Nos conocimos hace relativamente poco y de momento solo nos hemos visto unas pocas veces.

—Hombre, cariño, si pasasteis el día de San Valentín juntos, entiendo que estáis bien, ¿no?

—Lo pasamos muy bien. —No puede evitar sonreír—. Yo al menos disfruto mucho de cada momento que paso con ella. Además, no lo voy a negar, esta chica es algo especial.

—¡Míralo qué romántico!

—Mamá...

Salma da otro trago a su café y sonríe. Conoce a su hijo y sabe perfectamente que lo que les ha dicho antes de que el día anterior no sacó a Trasto era mentira.

—Bueno, cariño, sea tu novia, tu amiga especial o lo que sea, me alegro de verte... así. —Él la mira extrañado—. Tienes una luz diferente en la cara.

—Sí, mamá, es que ella es... —hace una pequeña pausa para buscar la palabra adecuada— diferente. No me pone las cosas fáciles, y eso me gusta.

—Consigue que valores aún más cada momento que te permite pasar con ella —murmura Salma.

—¡Exacto! —exclama él.

Parece que su madre le ha leído la mente. Ha expresado lo que él no sabía ni cómo decir.

—Al principio sentía que tenía que esforzarme mucho por conseguir que me hiciese caso, que me diese una oportunidad —le explica Adrián—. Pero una vez que lo he conseguido y nos hemos visto un par de veces, siento que la gran muralla que ella había levantado se va desvaneciendo y me gusta.

Salma se alegra de oír eso. Comprende que su hijo no quiere darle muchos más detalles, aunque como madre solo con ver el brillo de sus ojos al hablarle de ella le es más que suficiente.

—Adrián, me alegra verte así de implicado. —Se acerca a su hijo para abrazarlo—. Solo espero una cosa. —Él, correspondiendo el abrazo, la escucha—. Que te estés comportando como un verdadero caballero con Gabriela.

Adrián, al oírla decir su nombre, rápidamente se aparta de ella para mirarla con la misma cara que ponía de pequeño cuando llegaba la Navidad y se encontraba el árbol rodeado de regalos.

—Hijo, por favor, que te he parido.

Los dos se echan a reír.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Porque soy tu madre y te conozco mucho mejor de lo que tú te crees.

Él la mira completamente alucinado. Si algo tenía claro es que lo que hay entre Gabriela y él lo llevaba con la máxima discreción. No le ha contado nada a nadie, ni siquiera a sus colegas.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Un mago nunca revela sus trucos —dice ella con guasa.

Adrián menea la cabeza, divertido. Eso sí que no se lo esperaba.

—Vale, pero no puedes decirle ni una palabra de esto a la prima Keira.

—Cariño, has oído lo que te he dicho, ¿verdad?

—Sí, mamá —afirma—. Y no te preocupes, con ella me comporto como un caballero, tal y como papá y tú me habéis enseñado.

Salma abraza a su hijo con ternura y le acaricia el pelo despeinado. En ese momento aparecen César y Trasto en la puerta.

—¿Qué me he perdido? —pregunta al ver la escena.

—¡Que nuestro hijo se ha enamorado! —exclama Salma para horror de Adrián.

No sé qué estoy haciendo. Hacía años que no pasaba el día de San Valentín con alguien. Y este año lo he pasado con Adrián.

Le dejé clara la premisa: nada de romanticismos. Me negaba y con toda la razón del mundo: no somos pareja.

El otro día, Azahara me dijo que le gustaba ver mi faceta de enamorada y sentí cómo un escalofrío me recorría el cuerpo entero. NO estoy enamorada y no me gusta oírlo, porque me conozco y puedo empezar a agobiarme. Incluso me produce cierto rechazo pensar en ello.

Adrián y yo pasamos el día juntos. Me invitó al cine a ver Cumbres borrascosas. *No había hablado de esa película con él, pero está claro que se fija en todo. Me gustó, ambos protagonistas salen tan guapos que me dan ganas de poner un póster en la habitación al más puro* remember *adolescente.*

Acabamos cenando en su casa y me quedé a dormir. Qué curiosa la lluvia, parece que siempre aparece en el momento más idóneo.

Sí, nos acostamos.

Esto que voy a contarte ahora es una contradicción como una casa de grande, pero... le hice un regalo. Sí, ya sé que fui yo quien

le dijo que nada de romanticismos. YA LO SÉ. Pero no pude evitarlo. Una noche estaba buscando una alfombrilla para el baño en internet y no sé cómo, pero de un momento a otro me vi intentando encontrar la película que le gustaba de pequeño.

La encontré al momento casi sin querer. ¿Qué querías que hiciera?

Al día siguiente casi nos pillan sus padres, qué horror. Pero salimos airosos.

Lo pasé bien. Pero al salir de su casa, tenía mensajes de Ariadna para pedirme ayuda y no los vi a tiempo. Me siento... mal.

Ella parece que lo está haciendo bien. Va todos los días a trabajar sin rechistar, se ha hecho con su nueva rutina desde el primer día, no da indicios de haber recaído en nada..., ¿y qué hago yo? Voy y le fallo.

Me estoy planteando que, para este tipo de casos o emergencias, le vendría bien tener un duplicado de mi tarjeta. Sería algo supervisado ya que en la app del banco puedo ver todos los cargos. Lo único que me frena es si confío tanto en ella como para algo así.

Entre esto y lo de Adrián soy un mar de dudas.

Siento que con él estoy empezando a dejarme llevar. Me estoy permitiendo disfrutar del momento. Y no sé si hago bien.

¿Estoy cometiendo un error?

¿Estoy siendo demasiado egoísta?

Feliz no San Valentín a ti también, supongo.

53

Gabriela habla con un cliente por el teléfono de diadema y apunta lo que le dice. Al parecer estuvo el día anterior en la clínica, en el horario de su compañero Massimo, y olvidaron darle la receta de la medicación de su gato. Hoy está ella de turno de tarde haciéndole un favor a su compañero. Queda con el cliente en que, en cuanto se la dé el veterinario, la escaneará y se la enviará por *e-mail*.

Cuelga y se va en busca del veterinario pertinente. Le cuenta lo que pasa y él se lo soluciona. Al volver a su puesto de trabajo, ve a Keira en la calle fumando y hablando por teléfono. Ella la saluda y le hace un gesto para darle a entender que en cuanto termine, entra.

Gabriela se sienta en recepción, escanea la receta y, tal y como ha prometido, la envía por correo. La pantalla de su móvil se ilumina, es un mensaje de Adrián. Uno de tantos. Hace semanas de San Valentín y ambos se pasan el día buscando cualquier excusa para mensajearse y verse.

—¿Qué tal está mi amiguitaaa? —la saluda Keira.

Las amigas se abrazan, se alegran de verse. Últimamente, con el trabajo y los horarios de cada una, se ha vuelto un poco más complicado. Eso, y que cuando tienes pareja, como es el caso de Keira y Azahara, tu tiempo se limita aún más.

Gabriela la anima a pasar detrás del mostrador y sentarse en el taburete donde, normalmente, se sienta su compañera. Keira lo hace, no sin antes asegurarse de que Azahara está trabajando.

—Perdona, que estaba hablando con Miguel y no quería entrar hasta que no terminase —se excusa.

Gabriela niega con la cabeza. Por ella no hay problema.

—¿Y qué tal le va?

—Según dice cada vez que hablo con él, todo va bien —dice, dubitativa—. Pero, tía, algo me dice que no es así. Lo noto diferente.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, Gabi. —Se desabrocha el abrigo—. Miguel y yo no somos gemelos ni nada de eso, pero tenemos una conexión muy profunda. Y esa conexión me dice que me está engañando. Mi hermano no está como siempre.

—Pero... ¿has probado a preguntarle directamente?

La pantalla del móvil de la morena se ilumina de nuevo. Lee el mensaje, pero vuelve rápidamente a mirar a Keira.

—¡Lo he hecho! —responde moviendo las manos—. Dice que está bien y que no me monte películas. Pero lo conozco demasiado... Me estoy planteando incluso ir a verlo.

—Bueno, hagas lo que hagas, seguro que es lo correcto —afirma Gabriela—. Lo conoces mejor que nadie.

Keira asiente con la cabeza. Tiene razón, aunque si escuchasen eso sus padres, lo pondrían en duda. Esta noche echará un ojo para ver a cuánto están los billetes de avión.

—No te pregunto por tu hermana porque mi madre, que habla diariamente con mis tías, dice que están encantadas con ella —dice ahora con guasa—. Ariadna se las ha metido en el bolsillo.

Aparte de hacerla reír, Gabriela se queda más tranquila aún al oírla decir eso. Cuando le pregunta a su hermana por el trabajo, simplemente le dice que va bien, no le cuenta nada más.

Las chicas se ponen al día. Parece ser que Keira está ahí porque salió antes de trabajar y decidió pasarse por allí de sorpresa a

buscar a Azahara.

—O sea, que lo vuestro va genial, ¿no?

—¿No te ha contado Aza las novedades?

Gabriela la mira confusa. Azahara y ella han intercambiado mensajes y han podido hablar en persona hace un rato, pero ha sido algo rápido. No les ha dado tiempo a entrar en detalles sobre nada.

—¿Que os va de maravilla? Eso lo sé desde hace semanas.

—No, Gabi, eso no —dice bajando el tono—. Que el otro día, en San Valentín, le pedí oficialmente que fuese mi novia.

—¡Qué me dices! —exclama contenta—. Pero ¿eso se sigue haciendo?

—Yo lo hago —afirma Keira—. Tía, a mí me parece algo superromántico.

Gabriela asiente con la cabeza, feliz por sus dos amigas.

—Me alegro un montón por vosotras, ¡qué bonito es el amor!

Keira ríe al ver la reacción de su amiga, a la que le llega otro mensaje y no puede evitar que se le vayan los ojos hacia el móvil.

—¿Se puede saber quién te escribe para que cada vez que te llega un mensaje sonrías como una boba?

Aunque Keira se acerca para intentar leerlo, Gabriela es más rápida. Coge el móvil y se lo guarda en el bolsillo del pantalón. No permitirá que lea ni uno solo de los mensajes que intercambia con su primo. No por el contenido, sino por lo que implica.

—No es nadie.

—Para no ser nadie, qué rápido has escondido el móvil, ¿no?

—Tía, en serio. —Traga saliva—. Son cosas del trabajo.

Su amiga suelta una irónica carcajada.

—Gabi, permíteme que no me crea que un mensaje de trabajo ha hecho que prácticamente se te caiga la baba.

La susodicha suspira. Qué bien sabe mentir para unas cosas y qué mal para otras.

—Venga, cuéntamelo —insiste Keira—. ¿Estás con alguien?

—No.

—Vale, y ahora dime la verdad.

Las chicas se miran. Keira no tiene intención de parar hasta tener una respuesta. Gabriela lo sabe y, o le da algo para que, como bien dice Miguel, se monte películas, o lo acabará averiguando.

—Vale, sí, estoy con alguien.

Keira alza los brazos en señal de victoria para, a continuación, abrazar a su amiga.

—¡Qué bieeen! ¿Cómo se llama el afortunado?

—Keira, solo estamos tonteando —trata de decir con rotundidad para que no se ponga pesada con el tema—. Si veo que va en serio, te contaré más cosas de él.

La amiga hace un puchero, aunque no le dura mucho. Azahara termina de trabajar y entrega a su dueño el perro que acaba de cepillar.

—Huelo a perro mojado —murmura uniéndose a ellas.

Keira, sin dudarlo, se levanta y se acerca a ella para darle un beso en los labios. Azahara lo recibe encantada.

—Un poco sí que hueles... —bromea.

Azahara se ríe y va a la sala de personal para cambiarse y coger sus cosas. Un par de minutos después, Keira y ella salen de la clínica diciéndole adiós a Gabriela. A ella aún le queda un rato para poder irse a casa.

La he liado.

El otro día vino Keira a la clínica y, como soy tan poco discreta, prácticamente le bastó verme la cara para intuir que estaba con alguien. Yo no le había dicho nada, pero cuando quiere es demasiado avispada.

Acabé admitiéndolo. Tú no conoces a Keira, yo sí. Es de las que no va a parar hasta que le diga fecha, hora y lugar de nacimiento del chico.

Para más agobio, este fin de semana he aceptado ir a ayudarla a cuidar de sus primos pequeños. Ojalá den TANTA guerra que consigan que Keira no tenga tiempo para acordarse.

Cruza los dedos por mí.

54

Desde que tiene esta ¿relación? con Adrián, Gabriela siente que el tiempo pasa más rápido. No sabe ni cómo, pero en tan solo unos días ya será abril. Las semanas se le pasan volando, en cuanto quiere darse cuenta, llega el fin de semana y él siempre encuentra alguna excusa o algún plan para verse. Gabriela intenta hacerse la dura, pero ese papel no le suele durar ni cinco minutos. Ya no.

Es domingo y no han quedado. El día anterior pasaron la tarde juntos. Al llegar la noche, Adrián salió de fiesta con amigos, le dijo a Gabriela que se uniera a ellos, pero ella prefirió dejarlo a su aire. Por lo que hoy, aunque ha tenido la tentación, ni le ha escrito. Supone que tendrá resaca.

Llega al edificio, llama a Keira y esta le abre para que suba al quinto piso. Hoy prometió cuidar de sus primos pequeños y, como Azahara tenía plan familiar, Gabriela decidió ir a echarle una mano.

Llama al ascensor y mira a su alrededor sin poder evitarlo. La última vez que estuvo ahí fue la mañana en que casi la pillan los padres de Adrián en su casa. Aunque entonces se puso muy nerviosa, de camino a casa no pudo contener la risa.

—¡Bienvenida!

Sonríe al ver que Keira la espera con la puerta del piso abierta. Entra y lo primero que hace es saludar a los pequeños Laila y Naim. Ellos sonríen, parece que se acuerdan de ella de Nochevieja.

Tras dejar el abrigo donde no moleste, ve que su amiga se sienta en el sofá y la imita.

—Es la primera vez que cuido niños —le advierte.

—Ni te preocupes —murmura Keira—. Estos se cuidan solos y la pequeña Olaya está durmiendo.

Los gemelos parecen tranquilos. Hay unos dibujos animados en la televisión mientras ellos juegan con muñecos y coches.

—Vaya planazo de fin de semana —bromea Keira.

Gabriela sonríe.

—Era esto o quedarme en casa viendo una película.

—¿Y has elegido esto? —pregunta Keira sorprendida.

—Ha sido pura compasión.

Las dos se ríen. Keira no tarda en contarle lo que hicieron Azahara y ella el día anterior. Parece ser que cenaron juntas y luego salieron a tomar algo con los amigos de Azahara. Keira acabó quedándose a dormir en su casa.

En un momento dado, Naim y Laila se levantan y se acercan.

—Prima Keira —dice el niño—, ¿ella es tu novia?

Las chicas pensaban que estaban teniendo una conversación privada, pero les dejan claro que no. Keira, divertida, se lo aclara:

—No, Naim, no es mi novia. Es mi amiga Gabriela. Mi novia se llama Azahara.

—¿Azahara? —repite el niño.

—Sí, ya os la presentaré otro día.

Ambos asienten con una sonrisa, pero no se quedan ahí. Ahora es Laila quien pregunta.

—¿Y tú? ¿También tienes novia?

Al ver que la niña la señala con el dedo, Gabriela se pone nerviosa. Duda sobre qué contestar.

—No, Laila, Gabriela no tiene novia porque a ella le gustan los chicos —le responde Keira—. Pero es una buena pregunta, cuéntanos Gabriela: ¿tienes novio?

No puede evitar que se le escape una risilla nerviosa al ver cómo su amiga ha redirigido la pregunta para volver a sacarle el tema.

—No, no tengo novio.

—Pero estás tonteando con un chico, ¿no?

Los nervios hacen que se le acelere el corazón. Con todo esto de ayudarla a cuidar a sus primos, pensaba que no habría tiempo para que le preguntara por aquello, pero está claro que se ha equivocado.

—Bueno..., hay un chico —murmura tímidamente, sintiendo la presión de los tres mirándola—. Pero de momento solo nos estamos conociendo.

Los niños miran a su prima. Esperan que sea ella quien continúe hablando.

—Venga, deja de hacerte la misteriosa y al menos dinos cómo se llama —mira a los niños—, ¿no?

—¡Síííí! —exclaman ellos.

Unos nudillos golpeando la puerta hacen que Gabriela gane unos segundos para pensar mientras su amiga va a abrir. Keira se lo toma con calma, seguramente sean su padre o su madre. Antes de abrir, la mira buscando una respuesta.

—A... Alonso, se llama Alonso.

—¡¿Adrián?! —exclama Keira al abrir la puerta.

55

Mientras ella no da crédito al verlo entrar, los niños salen corriendo hacia él gritando su nombre. Él se arrodilla para abrazarlos fuerte. Gabriela lo mira, va en chándal y no lleva las famosas gafas de sol de las resacas.

Keira no tarda en acercarse a él con el ceño fruncido.

—¿Tú no saliste anoche? —Él asiente con la cabeza—. ¿Y qué haces aquí?

—Me he enterado de que te ha tocado quedarte cuidando a los enanos —explica despeinándolos—, y he pensado en pasarme a echarte una mano.

—¡¿TÚ?! —Keira se cruza de brazos—. Te recuerdo que los he cuidado más veces y nunca has venido a ayudarme, ni siquiera cuando te lo he pedido.

Él no la hace ni caso y se acerca a Gabriela. Ella se levanta y se saludan con dos besos. Ante Keira tienen que disimular.

—Sería porque estaba Miguel —termina por decir él.

—No, Adri, porque la última vez yo...

Pero como no quiere que su prima siga con el tema y acabe tirando del hilo, él decide interrumpirla.

—Bueno, ¿qué os contáis por aquí?

Gabriela vuelve al sofá mientras él se sienta en el suelo con los gemelos. Sonríe al ver que ellos buscan estar todo lo cerca que puedan de él.

—La prima Keira tiene novia.

—Sí, se llama Azahara y es una chica muy guapa —afirma él.

—Y su amiga está conociendo a un chico —recalca el niño.

—Ah, ¿sí? —Adrián, divertido, mira a Gabriela, quien rápidamente esquiva la mirada. Sin percatarse de nada, Keira vuelve al sofá y se sienta de nuevo junto a ella.

—¿Tú tienes novia, primo?

—¿Yo? —dice haciendo un gesto para hacer reír a los pequeños—. ¡Qué va!

—Normal... —murmura Keira, que, volviendo a mirar a su amiga, añade—. Bueno, no cambiéis de tema que estoy deseando que Gabi nos hable de ese tal Alonso.

La chica aprieta los dientes. Esperaba que a Keira le fuese suficiente con tener un nombre, pero no. Se mueve nerviosa en el sofá.

—Eso, ¡cuéntanos! —la anima con guasa Adrián.

Dedicándole una mirada asesina, Gabi murmura:

—¿Qué queréis saber de él?

—¡Todo! —exclama su amiga—. Cómo le conociste, hace cuánto, dónde vive, en qué trabaja...

—Madre mía, a ver...

La mente de Gabriela va a mil por hora. Tiene que inventarse a un chico de la nada y con la presión de tener gente mirándola y esperando que hable.

—Alonso y yo nos conocimos en la clínica veterinaria —suelta al momento—. Viene a traer pedidos de pienso y... uno de esos días me pidió mi número de teléfono.

—Un chico lanzado, eso está bien —afirma la rubia.

—¿Qué tipo de sacos os lleva? —pregunta él.

—Pienso para gatos.

Él sonríe mientras que ella se contiene, sabe que Keira es lista y no quiere darle pistas.

—¿Cuántos años tiene?

Piensa en que Adrián es mayor que ella un año y decide decir lo contrario.

—Tiene veintitrés años.

—O sea, que te van jovencitos —murmura él con gracia—. Toda una *sugar mommy*.

—¿Qué es eso, primo?

Adrián estalla en una carcajada. Los niños miran a su prima en busca de respuestas, pero ella les da largas.

—Que os lo cuenten luego vuestros padres.

—¿Pasa algo porque me gusten más pequeños que yo?

—Tranquila, princesita, no pasa nada —comenta Adrián con su habitual chulería—. A cada uno le gusta lo que le gusta.

Keira, dándose cuenta de cómo se miran, maldice el maldito momento en el que a él se le ha ocurrido subir a ayudarla. ¿Desde cuándo hace eso?

—¿Tiene hermanos?

—Sí, son cuatro —suelta al azar, enrollándose el pelo en el dedo—. Alonso es el pequeño.

—Eso es bueno —vuelve a meterse Adrián—. Porque ya sabes lo que dicen de los hijos únicos, que si son egocéntricos, egoístas, inmaduros...

Ahora es Keira la que se ríe con ganas.

—Adrián, te estás describiendo.

—Lo que tú digas, primita.

Hace un gesto para hacerle entender que a ella le da igual lo que él diga, y vuelve a lo que verdaderamente le importa.

—¿Qué es lo que más te gusta de Alonso?

—Me encantó la primera impresión que me dio —murmura mirando directamente a Adrián—. Consiguió llamar mi atención y me dio la sensación de que era un chico educado, amable...

—Es que la primera impresión es tan importante...

—Madre mía, lo que hay que oír —bromea Adrián haciendo reír a los pequeños Naim y Laila.

Sin parar de hacerse rulitos en el pelo, Gabriela no puede evitar que en más de una ocasión se le escape la mirada de manera involuntaria hacia Adrián.

—¿Y cómo es?

—Es... —duda un segundo— rubio, con melenita. Un poco más alto que yo, pero no demasiado. Es el típico chico que suele ir arreglado, pero sin pasarse.

—Ah, ya entiendo ¿vistiendo es rollo... pijito? —Gabriela asiente manteniendo la mentira—. Te pega, aunque no es que seas superpija, tienes cositas.

Adrián, agobiado por tener a sus primos encima de él, decide ponerse de pie. Necesita estirarse. Anoche salió y no hace más de media hora que se ha levantado, pero cuando se ha enterado de que Gabriela iría a ayudar a su prima, no ha podido evitar pasarse por allí.

—Y tú eres la que decías que no querías tener una relación —bromea Adrián—. Aquí el que no corre vuela.

Los niños se colocan de pie a su lado y lo imitan. Al darse cuenta, él empieza a hacer movimientos exagerados para que los copien. Gabriela sonríe al verlos.

—Tía, enséñame una foto de Alonso.

Adrián, colocándose a la pata coja, mira a Gabriela. Se pregunta cómo saldrá de esa. ¿Tendrá que ayudarla?

—Es que no tengo ninguna —balbucea como puede.

—Anda ya —insiste sin creerla—, ¿cómo no vas a tener una foto?

Y justo cuando Keira va a seguir insistiendo, le suena el móvil. Al ver que es su hermano Miguel, no duda en cogerlo y alejarse unos metros para poder hablar con él. Gabriela y Adrián se miran y tragan saliva.

—¡¿Qué dices?! —oyen decir a su prima—. No, tú no te preocupes, voy ahora mismo.

La chica cuelga el móvil y sin darles opción a decir nada, abre la puerta para irse.

—Cuidad de los primos, ahora cuando vuelva os cuento.

Y así, sin más, deja a Gabriela y Adrián a cargo de los pequeños.

56

Adrián mira a Gabriela. Gabriela mira a Adrián.

«¿Qué?», piensan ambos.

No entienden nada, solo saben que Keira ha salido corriendo tras hablar con Miguel por teléfono. Tras el *shock* inicial, parece que verdaderamente se dan cuenta de que ahora ellos dos están a cargo de Naim, Laila y Olaya.

—Primo, tengo hambre.

—Sí, yo también.

Adrián mira hacia abajo, tiene a los pequeños enganchados a sus piernas. No es la primera vez que se queda solo con ellos, pero sí la primera que lo hace de manera tan repentina y habiendo salido la noche anterior.

—Quizá es buena hora para darles algo de merendar —sugiere Gabriela tras ver que son las seis y cuarto de la tarde.

—¡Eso es, vamos a merendar! —exclama él.

Va directo a la cocina seguido de los niños. Gabriela los sigue y se fija en un papel colocado en la encimera. Lo lee, es el horario de comidas de Olaya y las instrucciones para preparar las tomas. Mientras, Adrián abre varios armarios y da con algo que le convence. Prepara ColaCao y galletas para los gemelos y ve que Gabriela saca un biberón de la nevera.

Adrián se lleva a los pequeños y los sienta a la mesa del comedor a merendar, no sin antes subir el volumen de los dibujos animados

de la televisión. De inmediato, acompaña a Gabriela al cuarto en el que duerme Olaya.

—¿Sabes que en los apuntes de tus tíos pone que tenemos que despertarla y no dejarla dormir para que esta noche puedan descansar? —comenta al notar que él la sigue.

Adrián entra tras ella en el cuarto y cierra la puerta. Se acercan a la cuna, la niña está despierta. Con seguridad, Adrián la coge en brazos y, sentándose en una butaca que hay al lado, le pide a Gabriela que le pase el biberón. Se lo da a la niña. Se nota que tiene práctica.

Durante unos segundos, el silencio se apodera de la habitación. Gabriela no puede evitar quedarse embobada mirando la escena. Con todo el cuidado del mundo, Adrián da de merendar a Olaya. Ella se fija en cada detalle, desde cómo le sujeta la cabeza hasta cómo se coloca en la butaca para que la niña esté lo más cómoda posible.

Alza la vista y la pilla mirándole. Gabi, rápidamente, se cruza de brazos.

—Y tú ¿qué haces aquí?

—¿Qué pasa? —hace una mueca—. ¿No puedo pasarme a ver si mi prima necesita ayuda?

—Qué casualidad que justo te pases hoy, ¿no?

—Destino o casualidad —sonríe—, quién sabe.

Gabriela niega con la cabeza. Ese chico no tiene remedio.

—Y tú con Alonso, ¿qué?

—Madre mía... ¡ni me lo recuerdes! —dice echándose a reír—. Qué mal lo he pasado cuando tu prima no paraba de preguntarme por él. Solo cruzaba los dedos para que no se diese cuenta.

—Yo creo que has salido bastante airosa de la situación.

—Ojalá.

Ella no lo tiene tan claro. Espera haber dejado la curiosidad de Keira lo bastante saciada como para que no vuelva a preguntarle hasta dentro de unas semanas.

—¿Y si no fuese así? —sugiere él pendiente de la niña—. Es solo cuestión de tiempo que se entere. —Gabriela resopla—. ¿Qué sería lo peor que podría pasar?

—No lo sé, pero prefiero contárselo cuando sepa realmente lo que es... esto —responde, señalándose a sí misma y a continuación a él.

Adrián asiente. Respeta su decisión y sus tiempos. Lo bueno es que ha dejado caer que hay *algo* entre ellos. Ella se da cuenta de que él la mira y se ríe.

—¿Qué te pasa ahora?

—Con que te gustan rubios y pijitos, ¿eh? —murmura él con gracia.

—Me has pillado. —Pone los ojos en blanco. Adrián asiente mordiéndose el labio.

—En ese caso..., el pelo me lo puedo teñir, pero no me pidas que me ponga polo y chaleco, por favor.

Nada más decir eso, a Gabriela se le escapa la risa. Lo que ha intentado al describirle ese tipo de chico a Keira es que la última persona que se le viniese a la mente fuese su primo. Por mucho que se lo negara, Adrián siempre ha sido su tipo.

—Oye, a lo mejor de rubio tienes tu puntito —propone con guasa.

Él asiente. Está en un punto en el que, si Gabriela mañana le pidiese que se tiñera el pelo, lo haría. Tras comprobar que la niña se bebe el biberón, vuelve a mirarla.

—¿Qué es lo que decías que te gustaba de Alonso?

Al ver por dónde va, se acerca lentamente hacia él.

—No lo he dicho, pero, si quieres, te lo cuento. Me encanta su sonrisa, pero sobre todo me gusta la forma en que me mira.

Dándose cuenta de que ella cada vez está más cerca, Adrián murmura:

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo dices que te mira?

Imitando el movimiento que él ha hecho en más de una ocasión, apoya las manos en los reposabrazos de la butaca. Sus caras están a pocos centímetros y, mirándole directamente a los ojos, como si se encontrase en una película romántica, susurra:

—Como si el mundo se parase y no hubiese nada ni nadie más a nuestro alrededor.

Acaba con la poca distancia que hay entre ellos dándole un corto pero sentido beso en los labios. Él cierra los ojos disfrutando del momento. Pero el silencio de la habitación no tarda en romperse con los gritos que vienen del salón. Gabriela apoya la frente en la de Adrián y, suspirando, murmura:

—Debería ir a evitar que tus primos se maten.

—¿Estás segura? —susurra él, aún con los ojos cerrados.

Gabriela, tras darle otro rápido beso, sale de la habitación. Adrián se queda sentado con Olaya en brazos y saboreando el momento que acaba de vivir.

Cuando minutos después sale de la habitación, se encuentra a los gemelos sentados en el sofá con Gabriela. Parece que buscan una película en la televisión. Llega y se acomoda junto a ellos, con Olaya en el regazo.

57

Al abrir la puerta, Keira se encuentra con una tranquilidad sorprendente. Conoce a sus primos y sabe que, en cuanto sus padres llevan más de una hora fuera de casa, suelen volverse algo... inquietos. Pero están viendo *Elemental*, de Disney, con Gabriela sentados en el sofá, mientras que Adrián está tumbado en la alfombra jugueteando con Olaya. Keira no está sola.

—¡Primo Migueeel!

Naim y Laila gritan y salen corriendo para lanzarse a sus brazos. Él los recibe con cariño, pero cuando se separan y le ven la cara, los niños se preocupan.

—¿Estás llorando?

—¿Estás triste, primo?

Con la cara roja de llorar y sin poder casi articular palabra, Miguel mira a su hermana en busca de ayuda.

—Se ha caído y se ha hecho daño en la pierna —intenta salir del paso Keira—, pero no os preocupéis porque está bien. Ya casi no te duele, ¿verdad, Miguel?

—Sí.

Laila le acaricia la pierna mientras que Naim, a quien se le han llenado los ojos de lágrimas, vuelve a abrazarlo. Keira decide que lo mejor es que, para no preocupar a los gemelos, se lleve a Miguel a su casa. Con un poco de suerte, sus padres estarán allí y podrán hablar con él.

—Avísame cuando lleguen los tíos —le dice a Adrián.

Él asiente y los hermanos se van. Tras algo más de una hora, llegan los padres de los tres niños. Se sorprenden al ver allí a Adrián y a Gabriela, pero, una vez que se lo explican, todo cobra sentido.

Nada más salir, van a casa de Keira y, al ver el estado de Miguel, deciden llevárselo a tomar algo. Está claro que necesita que le dé el aire. Deciden ir a la cafetería de sus tías, les pilla cerca y así estarán en un entorno conocido. De camino, Gabriela le ha preguntado a Adrián si no sería mejor que los dejara a ellos tres solos, pero Adrián, con una rápida caricia en la mejilla, le ha pedido que se quede.

Toman asiento en una mesa libre y apartada. Gabriela les pregunta qué quieren beber y se acerca a la barra a pedirlo. Ni se le había pasado por la cabeza que Ariadna podía estar allí, trabajando.

—¡Hermanita! —exclama ella al verla—. ¿Y tú qué haces por aquí?

—He venido a tomar algo con unos amigos —dice igual de sorprendida—. ¿Y tú?

—Mírala qué graciosa —murmura con guasa—. ¿Qué voy a estar haciendo, tía? Trabajar. Te dije que empezaría a trabajar algunos findes para ganar más dinero.

Ella asiente. Tiene razón, hace tan solo unos días que se lo comentó. Lo que no esperaba es que fuera tan pronto. Pero se alegra, es señal de que se lo está tomando en serio.

—¿No me vas a presentar a tus amigos?

Rápidamente la frena.

—Ari, no es el momento —murmura, y añade, tras haber leído entre líneas los gestos de Keira—: Uno de los chicos, Miguel, no está pasando un buen momento, creo que le acaban de romper el corazón.

Ariadna se lleva la mano a la boca.

—Pobre chico... —susurra—. Vale, dime qué queréis.

Gabriela pide y vuelve a la mesa. Miguel se seca las lágrimas con Adrián y Keira muy pendientes de él.

—Respira hondo y dinos cómo ha pasado —comenta Adrián.

—Quizá si nosotros te damos otro punto de vista, te des cuenta de que no es tan grave y tiene solución —sugiere Gabriela. Pero él niega con la cabeza.

—Es imposible..., no la tiene.

Miguel trata de respirar hondo para calmarse y contarles todo tal y como ha sucedido. Ariadna se acerca con la bebida y no puede evitar fijarse en el chico al que todos miran. Tiene la cara colorada e hinchada, está claro que lleva horas sin parar de llorar. Luego se va sin pronunciar palabra.

—Miguel, no te sientas obligado a contarnos algo que no te apetezca compartir —dice Gabriela, viendo lo difícil que está siendo para él.

Él asiente y, tomando una nueva bocanada de aire, empieza.

—Marcus y yo llevamos mal un tiempo.

—No me habías dicho nada —murmura Keira.

—Ya... Es que pensaba que solo era una mala racha... Pero hoy me ha quedado claro que no.

Todos lo miran con atención. Keira le coge una mano.

—Esta mañana me he levantado y he ido a trabajar. —Traga saliva —. Aún no sé por qué, pero mi jefe ha dejado que me fuera antes de tiempo y no he avisado a Marcus, así le daba una sorpresa.

—Y la sorpresa te la has llevado tú —susurra Adrián, entendiendo hacia dónde va el relato de su primo.

Miguel lo mira y hace un puchero. Su hermana trata de morderse la lengua. Keira ya sabe lo que le pasa, se ha enterado hace un rato al mismo tiempo que sus padres. Tras unos segundos, él sigue hablando.

—He entrado en casa y he dicho «hola» en alto para que supiese que había llegado, como hago siempre. Él no ha respondido, cosa que me ha extrañado. —Toma aire con algo de dificultad—. He dejado mis cosas en el salón y lo he buscado por casa. El último sitio en el que he mirado ha sido en nuestra habitación...

—No...

Adrián, al oírla, comparte una fugaz mirada con Gabriela.

—No me lo puedo creer —dice Adrián—. ¡Menudo hijo de puta!

—Os lo podéis imaginar, ¿no? —balbucea Miguel—. Marcus estaba en nuestra cama con un chico.

En cuanto dice eso, se vuelve a echar a llorar. No puede sacarse la imagen de la cabeza. Ha sido solo un segundo, pero parece que su mente lo ha memorizado al detalle.

Después, salió corriendo. Sentía que su cuerpo se lo pedía. Cogió el primer taxi que encontró y se fue directo al aeropuerto. Una vez allí, compró un billete para el avión que saliese antes hacia Madrid. El vuelo se le ha hecho eterno, incluso la señora que le tocó al lado ha sentido la necesidad de consolarlo. En cuanto aterrizaron, Miguel llamó a su hermana. Necesitaba decirle a alguien que estaba aquí, en Madrid.

Como bien han comprobado Adrián y Gabriela, Keira no ha dudado un segundo en salir a toda prisa a buscarlo. El pobre Miguel se ha pasado todo el viaje en el coche llorando e intentando respirar, tal y como le pedía su hermana.

—De ahí que prácticamente no pudieses hablar cuando te hemos visto antes —comenta Gabriela al escuchar el relato completo.

Keira abraza a su hermano con fuerza y no deja de hacerlo hasta que parece ligeramente recuperado. Miguel da un trago a su refresco y se prepara para lo que tengan que decir los otros tres.

—Sé que irme ha sido muy inmaduro por mi parte —trata de excusarse—. Tenía que haberme quedado y afrontarlo, pero no podía.

—Miguel, estás muy equivocado —le corrige su primo—. Has hecho justo lo que tenías que hacer.

—Exacto —lo apoya Gabriela—. Tu cuerpo te pedía estar con los tuyos.

El chico asiente.

—Has oído lo que han dicho, ¿verdad? —Keira llama su atención —. Que te quede muy claro. No empieces ahora a machacarte, a llamarte cobarde, a echarte la culpa de alguna forma... Ni se te ocurra, que nos conocemos. —Miguel sonríe levemente al escuchar a su hermana. Si hay alguien que le conoce, son ella y sus padres—. Además, que sepas que me has ahorrado trescientos euros —añade para intentar destensar el ambiente. Él la mira, confuso—. ¿Qué te crees? ¿Que no te conozco lo suficiente como para llevar notándote raro desde Navidad? —Hace una mueca—. Gabriela está de testigo, más de una y dos veces le he dicho que algo te pasaba.

—Te lo confirmo, Miguel —añade la morena—. Hace tan solo unos días Keira me dijo que estaba pensando en ir a verte a Londres.

—Pero como eres tú el que ha venido, ¡eso que me has ahorrado!

Adrián observa a las chicas divertido. No tiene claro si le da más rabia que su primo tenga que pasar por eso, o no haberse dado cuenta de nada las veces que ha hablado por teléfono con él.

Tras unos minutos de distensión, parece que Miguel está más tranquilo.

—Nunca habría imaginado que me haría algo así.

—Normal, primo, nadie espera que su pareja le vaya a ser infiel —comenta Adrián.

—¿De qué sirve confiar ciegamente en alguien? —farfulla Miguel —. No quiero volver a tener pareja nunca más.

Adrián lo mira con pena. No le gusta que piense así.

—Que yo sepa, nadie me ha sido infiel, pero debe de ser una mierda —murmura Keira.

—Lo es —afirma Adrián, y consigue que todos lo miren.

—Adri, ¿a ti te han puesto los cuernos? —murmura Miguel, dubitativo.

58

Adrián se ha convertido en el centro de atención.

—¡¿Quién?! —exclaman sus primos al unísono.

—Mi exnovia.

—¡¿Triana?! —dicen a la vez.

Él asiente apretando los labios. Gabriela lo observa con atención. En el tiempo que llevan conociéndose, nunca le ha mencionado nada de esto. Tampoco es que ella le haya preguntado.

—No nos habías dicho nada.

—Preferí no decirle nada a nadie —admite—. Bastante duro era ya para mí como para que encima los demás estuvierais todo el día recordándomelo.

—Normal... —murmura Gabriela.

Adrián la mira e intercambian un momento, un suspiro. Él se da cuenta de que tiene que contarles lo que pasó con su expareja.

—Triana y yo llevábamos prácticamente dos años juntos. Una tarde estábamos discutiendo por algo, ni siquiera recuerdo por qué, pero ella, en un arrebato, me dijo que hacía meses me había sido infiel.

—Joder... —susurra Gabriela, sentada a su lado.

—¿Y qué pasó? —se interesa Miguel.

—Que la perdoné.

—Tú eres tonto.

Asiente, sabe que su prima tiene razón. Está claro que no fue la mejor decisión de su vida, pero estaba enamorado.

—Sí, y fui tan tonto e inmaduro que a las pocas semanas le hice lo mismo a ella.

—¿Le fuiste infiel? —pregunta una incrédula Gabriela.

—Sí... —Se miran—. No estoy para nada orgulloso, pero lo hice. —Se gira para mirar a sus primos—. La diferencia es que a mí me comía la culpa por dentro. No tardé ni tres días en confesárselo. Y ahí, por fin, rompimos.

Adrián parece sincero y Gabriela no puede evitar, con disimulo y por debajo de la mesa, posar la mano en su muslo. Al notarlo, él no duda en acercar la suya para acariciarla y así, sin necesidad de hablar, agradecérselo.

—Nos lo tenías que haber contado —murmura Keira tras unos segundos.

—¿Hubiera servido de algo? —No dicen nada—. Lo único que habríais hecho es mirarme así..., con pena y es justo lo que no quería. No me lo merecía, yo también lo había hecho mal.

—Actuaste por rabia, no porque realmente lo sintieras —comenta Gabriela.

—Puede ser, aun así, estuvo mal —responde él de forma clara. Y, mirando a su primo, añade—: Y con esto lo que quiero decir es que, aunque te la jueguen y pisoteen tu corazón y tu confianza, no puedes quedarte anclado en ese dolor.

Las chicas asienten.

—Adri tiene razón —lo apoya Keira—. Marcus es un gilipollas y no sabe a la gran persona que ha perdido. Pero que te haya pasado esto no puede ser la causa de que, a partir de ahora, pienses que cada persona que conozcas te hará lo mismo.

—Aún queda gente buena y que merece la pena por ahí fuera, ¿no crees? —añade Gabriela.

Tras abrirse con ellos de esa manera, Adrián respira hondo. No lo sabía nadie, al menos no por su parte, pero, tras ver así a su primo, ha sentido la necesidad de contarlo.

—Me arrepiento de haber estado con él —murmura Miguel refiriéndose a su ya exnovio—. Ha sido una pérdida de tiempo.

—No, no lo ha sido —dice Adrián con rotundidad—. No has perdido nada, Miguel, has ganado experiencia y aprendizaje.

—De todo en la vida se puede aprender algo —dice Gabriela, apoyando lo que él acaba de decir. Adrián se lo agradece con una sutil mirada.

—¿Tú qué aprendiste cuando te pasó? —le pregunta Miguel.

Él se toma un segundo para meditar la respuesta.

—Que nunca volveré a hacer lo que no me gusta que me hagan —afirma— y que odio que me oculten cosas. —Gabriela coge su vaso para darle un trago, se le ha puesto un nudo en la garganta—. Prefiero que, si pasa algo, me lo cuenten cuanto antes. Doler va a doler igual, pero así al menos no me paso meses con cara de tonto, como con Triana.

Sus primos asienten. En eso tiene razón.

Keira busca algo en su bolso. Adrián aprovecha el momento para volver a mirar a Gabriela. Esta le dedica la mejor sonrisa que puede, aunque tiene sus palabras dándole vueltas en la cabeza.

Ariadna, que no les ha quitado el ojo, termina de limpiar unos platos y se acerca para dejarles un cuenco de patatas fritas.

Poniéndose de pie, Keira deja el paquete de tabaco sobre la mesa para ponerse el abrigo. Adrián, al verla, la imita.

—¿Me invitas a uno?

—Joder, Adrián, ¡te pasas la vida gorroneándome cigarros! —exclama.

Al oír ese nombre, la mirada de Ariadna se clava en el chico.

—¡No me digas que este es el famoso Adrián! —dice la chica apoyándose en el hombro de su hermana—. Vaya, o sea que tú eres ese novio del que mi hermanita nunca quiere hablar...

Gabriela y Adrián rápidamente se miran. «¡Joder!», piensan a la vez. Ella se gira para intentar parar a su hermana, pero es incapaz.

—¡Encantada, soy Ariadna!

Se acerca a darle dos besos y, al hacerlo, él se da cuenta de cómo lo mira su prima. Keira, nada más oír a la camarera, ha dejado de abrocharse el abrigo. Ha mirado a su primo, después a Gabriela.

Sus ganas de salir a fumar han desaparecido.

59

Keira coge a Adrián del brazo para que vuelva a sentarse y se expliquen. Ariadna, al ver la situación, ha decidido que lo mejor era alejarse y continuar con su trabajo. Sin duda, ha metido la pata.

Están acorralados, así que se lo cuentan. Si por Adrián fuese, ella hubiera sido la primera en saberlo, así habría tenido a alguien cerca con quien hablar, pero Gabriela no quería.

Keira los escucha con atención mientras ellos le dejan claro que están disfrutando y conociéndose, pero hasta ahí. No le ponen nombre a lo que hay entre ellos, a pesar de que se lee entre líneas.

Cuando terminan el relato, Keira se limita a asentir y a tomarse unos segundos para observarles detenidamente.

—¿Por qué no me lo habíais contado?

—Ha sido cosa mía —se apresura Gabriela en responder—. No quería decirte nada hasta ver si llegaba a ser algo serio y real, o no.

—¡Yo te conté lo de Azahara!

—Ya...

Keira mira a su primo y lo ve asentir levemente. No puede enfadarse con ellos, cada cual cuenta las cosas cuando le apetece. En esto del amor, como en muchas otras cosas de la vida, no hay tiempos estipulados.

—Qué fuerte. —Sacude la cabeza, tratando de asimilar la información que le acaban de dar—. Vaya cara de tonta se me debe de haber quedado al enterarme.

Mira a su hermano y él, sin poder aguantar más, suelta:

—Yo ya lo sabía.

—¿Perdona? ¿Lo sabías y tampoco tú me lo contaste? —farfulla Keira—. Tengo un traidor en mi propia casa.

Los hermanos se enzarzan en una divertida conversación. Aprovechando el momento, Adrián habla con Gabriela para excusarse.

—Lo siento, Gabi, sé que no querías que se lo dijésemos a nadie, pero ha habido momentos en los que necesitaba hablar con alguien aparte de Trasto. —Ella sonríe con ternura—. Necesitaba que alguien me diera su punto de vista.

—Tranquilo, te entiendo. —Le acaricia el brazo—. Yo también he tenido momentos en los que sentía que, o hablaba con Aza, o me iba a volver loca.

Nada más oír eso, Keira abandona el pique que estaba teniendo con su hermano para clavar la mirada en su amiga.

—¿Dices que Azahara lo sabe? —Y exclama levantándose—: ¡Qué bien, soy la última en enterarme!

Cogiendo el tabaco y el abrigo, camina con rapidez hacia el exterior del local. Adrián no duda en seguirla.

—¿Me invitas ahora a un cigarro?

Miguel y Gabriela ven desde dentro cómo Keira llama por teléfono, presumiblemente a Azahara, mientras Adrián le coge un cigarro y lo enciende.

—Si sirve de algo —comenta Miguel captando su atención—, me gustáis como pareja. Por lo que me ha contado mi primo, creo que os complementáis bastante bien.

60

Gabriela espera a que su hermana salga de trabajar para volver a casa juntas. Adrián, al darse cuenta, decide esperar con ella y así acercarlas en coche.

Llegan al edificio y Ariadna se despide al bajarse:

—Gracias por traernos, cuñado. ¡Adiós!

Cierra la puerta dejando a Adrián riendo y a Gabriela avergonzada por lo que acaba de oír. Cuando la ven entrar en el portal, ella lo mira.

—Ariadna es así de... espontánea. Perdona.

—No me pidas perdón, a mí me hace gracia. —Y estirando el brazo para acariciarle el pelo, murmura—: Te dije que era solo cuestión de tiempo que mi prima se enterase.

—Al menos ya nos hemos quitado ese peso de encima —responde con gracia. Él asiente, divertido.

—No tenía ni idea de lo de tu ex —dice ella con un hilo de voz.

—Normal, Gabi, no lo sabía nadie.

Adrián respira hondo. Cuando se ha sincerado delante de ella y de sus primos, lo ha hecho con la esperanza de que la opinión que tiene Gabriela sobre él no cambiara. Aunque ha hablado con ella mientras esperaban a que Ariadna saliese de trabajar, siente la necesidad de volver a decírselo.

—Lo que os he contado antes es algo que se ha quedado en el pasado. —Coge su mano y juguetea entrelazando sus dedos—. No soy el Adrián que le fue infiel a su novia. Gabi, te prometo que ya no

soy esa persona. —La morena lo escucha asintiendo—. Soy muy consciente de que estar con alguien que ha sido infiel no te pone en una situación cómoda. Para mí tampoco es fácil, pero...

—Adri, tranquilo —dice interrumpiéndolo—. Confío en ti.

—¿Confías en mí? —Ella asiente con la cabeza y él, con una pícara sonrisa, murmura—: Gabriela Suárez, no te estarás enamorando de mí, ¿no?

—¡Qué más quisieras!

Ambos se ríen. En el fondo, él no quiere creerla. En el fondo, ella es plenamente consciente de lo que siente su corazón y tampoco cree lo que acaba de decir.

Gabriela se lo queda mirando. Hay tantas cosas en su cabeza que no sabe si lo mejor es compartirlas con él o salir ya del coche y marcharse.

—¿Quieres hablar de algo más? —pregunta él con curiosidad.

Por cómo lo mira, Adrián sabe que hay algo rondando su mente. Pero, tras un segundo, ella acaba diciendo:

—Gracias por traernos a casa.

Se acerca a él y le da un beso antes de salir del coche. Adrián se queda ahí, dispuesto a lanzarle un beso cuando ella se gire a mirarlo como siempre, pero Gabriela, simplemente, abre la puerta del portal y desaparece.

Se monta en el ascensor hecha un mar de dudas. Lo que ha dicho esta tarde Adrián de que odia que le mientan le pesa. No puede sacárselo de la cabeza.

No hay día que no se plantee hablar con él y contárselo, pero una parte de ella no quiere que sea real. Si lo comparte con él, confirmará que Adrián significa para ella algo más que una simple diversión, y no quiere tener novio.

Sale del ascensor con la convicción de acabar con aquello y no volver a quedar con él, pero, al verse reflejada en la puerta, se da cuenta de que no lo cumplirá.

«¿A quién quiero engañar?», se dice.

Desde que empezó a verse con él, han sido ya muchas noches las que se ha convencido de que al día siguiente no le hablaría. No contestaría a sus mensajes. No quedaría con él. Pero luego, a la hora de la verdad, es la primera que desea saber algo de él.

Lo único que tiene claro es que está llena de contradicciones.

Nada más entrar en casa, se encuentra a Ariadna paseando por el salón. Ella, al verla, se acerca.

—Gabi, te pido disculpas, de verdad —dice muy rápido—. No sabía que lo tuyo con ese chico era un secreto hasta para vuestros amigos. Debí haberte preguntado o, mejor dicho, debí haber cerrado la boca.

—Ari, no pasa nada.

—Sí, sí pasa —continúa sin hacerle caso—. ¡Soy una bocazas! Era tan fácil como limitarme a hacer mi trabajo llevándoos las patatas, pero no, no podía quedarme calladita. —Gabriela suelta el bolso encima de la mesa y la coge de las manos—. Hermanita, lo siento —murmura avergonzada.

—¿Tú ves que se haya acabado el mundo porque hayas dicho eso?

—No, Gabi, pero si tú no habías dicho nada, sería por algo, no para que llegase yo y lo soltara así, sin más.

Gabriela siente cierta ternura al ver a su hermana pequeña tan preocupada. Conociéndola, lo último que se esperaba es que fuese a pedirle perdón.

—Ari, yo no era capaz de decir que tengo algo con Adrián en alto por miedo.

—¿En serio? —murmura la otra, sorprendida.

—Síííí. Llevo tanto tiempo sin tener una relación que no me resulta fácil embarcarme ahora en una y confiar ciegamente en que va a salir bien. —Gabriela habla de manera pausada y tranquila para que su hermana se vaya relajando—. Me conoces bien y sabes que soy de tener las cosas controladas.

—Y esto no lo tienes.

—No, no lo tengo —afirma—. Cuando se trata del corazón, ¿hasta qué punto lo podemos controlar? —La hermana pequeña asiente. Entiende lo que le dice—. Quizá lo que has hecho es justo lo que necesitaba, que alguien lo soltase por mí.

Pero Ariadna la mira con dudas, ha hecho mal al acercarse a la mesa dando por hecho que todos sabían lo de su hermana con ese tal Adrián. La ha cagado a lo grande. Aunque el hecho de que Gabi reaccione así la ha sorprendido para bien.

—Mira, seguro que hasta me ha venido bien el empujoncito. —Se acerca para abrazarla—. Gracias, Ari.

—De nada, supongo...

Al separarse de ella, Gabriela se acerca a la mesa y algo llama su atención. Algo en lo que, cuando ha dejado el bolso, no se había fijado.

—¿Y este paquete de tabaco?

—Es mío —responde Ariadna.

—¿No habías dejado de fumar?

—Sí, hermanita —explica recolocándose el pelo—. Cuando me vine contigo, lo había dejado todo, pero... es que el trabajo es muy estresante. Un compañero me ofreció uno y he recaído. Pero solo en esto.

La mayor asiente. Decide creerla, no tiene motivos para no hacerlo. Coge el bolso de nuevo y, sacando la cartera, le muestra

algo.

—Mira, Ari, como veo el esfuerzo que estás haciendo y que te estás tomando las cosas en serio, voy a confiar en ti.

Ariadna mira lo que le da con los ojos abiertos como platos. Gabriela es consciente de lo que está haciendo y quiere asegurarse de que su hermana la usará de la manera correcta.

—Es un duplicado de mi tarjeta del banco —le explica—. Entiendo que, como no llevas mucho en ese trabajo, te va a costar unos cuantos meses ahorrar lo poco que vas cobrando para poder rehacer tu vida por completo. —Parece que su hermana la escucha con mucha atención—. Esta tarjeta es solo para que la utilices en dos ocasiones: cuando vayas a hacer la compra o tengas que comprar algo que necesitamos en casa. —Señala el piso—. Y en caso de emergencia, cuando necesites dinero de manera urgente y yo no esté localizable. ¿Me has entendido?

—Sí... —murmura, aún alucinando.

Ariadna coge la tarjeta y la aprieta con fuerza. No se puede creer lo que acaba de pasar.

—¡Gracias, hermanita! —exclama prácticamente saltando sobre ella.

Estoy muy agobiada.

Antes de empezar a escribir me he pasado un buen rato respirando hondo para intentar calmarme y que el corazón no me vaya tan rápido.

¿Recuerdas que iba a ir a ayudar a Keira con sus primos? Bueno, pues eso ha sido hoy y todo ha saltado por los aires.

¿Por dónde empiezo?

Por culpa de Ariadna, Keira se ha enterado de lo que hay entre Adrián y yo. No parece que le disguste; de hecho, al final parecía contenta de que todos formásemos parte de la misma familia. No he tenido el valor de llevarle la contraria y decirle que su primo y yo no somos pareja como tal. Porque claro, si le digo eso, entonces, ¿qué somos?

Miguel ha vuelto de Londres. Su ahora exnovio le ha puesto los cuernos. El pobre estaba destrozado.

Eso ha llevado a que Adrián haya compartido con nosotros que a él le fue infiel su exnovia y que, por venganza, le pagó con la misma moneda, aunque se arrepintió en seguida. Esto a mí me da igual.

Lo que sí me preocupa y a lo que no paro de darle vueltas es a lo que ha dicho después. Adrián nos ha dejado claro que odia que le mientan y le oculten cosas. Prefiere saberlo y que le duela a pasarse meses siendo un completo ingenuo.

Hace un rato nos ha traído a Ari y a mí a casa. Cuando nos hemos quedado los dos solos, he intentado armarme de valor para hablar y abrirme con él, pero en cuanto lo he mirado a los ojos, no he podido. Me he echado atrás y he sido una cobarde. Abrirme y mostrarme vulnerable sería también dar por hecho que somos pareja, y esa palabra es algo para lo que no sé si estoy del todo preparada. Ese término es algo que tengo vetado en mi vida desde hace años.

La inseguridad puede conmigo. Siento que me va el corazón a mil.

Estoy agobiada y a la vez tengo miedo. No sé qué hacer.

¿Cómo se sabe cuándo es el momento idóneo para dar una mala noticia?

61

A los pocos días de lo sucedido, Miguel volvió a Londres para recoger sus cosas y mudarse cuanto antes. Keira fue con él. Marcus lo llamó por teléfono, e incluso estaba en el piso cuando fue a por sus cosas. Intentó convencerlo de que había sido un error, pero Miguel no le creyó. La confianza entre ellos desapareció el día que le pilló con otro.

Semanas más tarde, y de nuevo asentado en Madrid, parece que está mejor. Sigue teniendo sus momentos de bajón y de echar de menos a su exnovio, pero ya está Keira ahí para abrazarlo y dejarle claro que no está solo.

De hecho, para fortalecer este vínculo, hoy han decidido salir de fiesta. Todos se han apuntado, todo sea por apoyar a Miguel.

Gabriela llega la última a la discoteca. No solo ha tenido turno de tarde en el trabajo, sino que no se encuentra demasiado bien. Es plenamente consciente de que no está en su mejor día, pero no quería perderse lo de esta noche. Quería estar ahí por Miguel.

Nada más entrar en el local ve que Adrián la mira y levanta la mano para que ella también lo vea. La morena sonríe y camina hacia ellos. Saluda a todos uno a uno y se presenta a unos amigos de Miguel que también se han unido esa noche.

—¡Mira quién ha decidido aparecer! —exclama Keira dándole un abrazo.

—Ya sabes lo que dicen —bromea la recién llegada—: los últimos serán los primeros.

Por último, se acerca a Adrián, quien la mira con una gran sonrisa. Una vez la tiene junto a él, no duda en tomarla de la cintura para acercarse a ella y darle un beso en los labios.

—¡Buscaos un hotel! —exclama de forma graciosa Keira.

—Deja que disfruten, ellos que pueden —bromea ahora Miguel, zarandeando a su hermana.

La pareja mira a Keira riendo. Azahara, a quien le ha hecho gracia que sea Miguel el que diga eso, agarra la mano de su novia y la mueve para que la mire.

—¿Acaso estás celosa?

—¿De mi primo? —Pone cara de asco—. Aunque si diciendo que sí me das un beso, estoy súper... súper... celosa.

Sin poder evitar reírse, Azahara le da el esperado beso. Y Keira no duda en atraerla con ganas hacia su cuerpo.

—¿A quién decías que le venía bien un hotel? —murmura Adrián pasando por su lado.

Keira da un respingo y sigue a su primo para golpearle en el brazo. Gabriela observa la escena divertida mientras se quita el abrigo y lo deja junto a los del resto. Al momento se une al grupo y empieza a mover el cuerpo al ritmo de la música.

Las canciones pasan y suena *BAILE INoLVIDABLE* de Bad Bunny. La gente vitorea y canta, se la saben de memoria. Gabriela conoce la canción y la letra. Miguel baila con sus amigos y sus amigas bailan juntas. No duda en buscar a Adrián con la mirada. Él, al verla, da un trago a su bebida y se acerca.

—¿Quieres? —le ofrece su copa.

—No, lo que quiero es que bailes conmigo.

Él se echa a reír.

—Gabi, yo no sé bailar salsa. —Hace un torpe intento de mover las caderas al ritmo de la música—. ¿Ves?

—¡Yo tampoco! —Ríe ella.

Viendo cómo lo mira, Adrián deja el vaso en la mesa alta. Gabriela se da media vuelta y, cogiéndole de la mano, se lo lleva para colocarse cerca de las chicas.

—Solo tenemos que intentar imitar a Aza —sugiere.

Él mira a la chica bailar y suspira: es complicado, pero está dispuesto a intentarlo. No se mueven al compás ni van compenetrados, pero Adrián y Gabriela se ríen y disfrutan intentándolo juntos. Adrián, que no consigue seguirla, decide que lo mejor es perderse viéndola cantar, mientras que Gabriela continúa fijándose en los pasos de su amiga para tratar de imitarlos.

Al terminar, están agotados. Azahara los mira.

—Esto ha sido todo menos salsa. —Gabriela no puede evitar reír al ver la cara de él. Adrián asiente.

—Nada mal, ¿no? —comenta Azahara.

—Hemos hecho lo que hemos podido —responde Gabi.

—¡Voy a la barra! —avisa Keira alejándose.

Cogiendo de nuevo su vaso, Adrián da un último trago y se lo termina.

—Voy a por una copa —avisa a Gabriela—. ¿Qué quieres beber?

—Me vale con un vaso de agua.

—¿No prefieres algo diferente?

—No. Solo quiero agua.

No es la primera vez que la ve de fiesta y tomando solo agua, por lo que simplemente asiente y sigue a su prima.

Un par de copas y horas después, Gabriela necesita sentarse. Está cansada, incluso algo revuelta. Necesita tomarse un momento para que el cuerpo se le asiente y poder continuar con la noche. Se lo está pasando bien.

Durante un rato disfruta al observar cómo los demás se lo pasan bien bailando y haciendo el bobo. Se fija en sus amigas y en cómo se miran. Cualquiera que las vea puede entender que están enamoradísimas. Ve a Miguel y a Adrián saltar y cantar una de las canciones a gritos.

En un momento dado, cuando suena *CONTIGO*, de Karol G y Tiësto, Adrián la busca con la mirada. Una vez que da con ella, se acerca lentamente mientras canta la canción. Esta es él quien se la sabe, así que ella sonríe y disfruta mirándole. Al alcanzarla, le ofrece la mano para que se levante y baile con él. Gabriela acepta sin dudar.

Sus cuerpos se mueven pegados y ella se deja llevar, con Adrián cantando y dedicándole la canción sin tener que decírselo. No le da tiempo a terminar cuando ella lo nota.

—Tengo que ir al baño —avisa escabulléndose.

Él, al ver la prisa con la que se va, deja la copa para seguirla. Gabriela llega y, como de costumbre, hay cola para entrar. Tapándose la boca mira a su alrededor y, como caído del cielo, aparece Adrián. Con solo mirarla la entiende, por lo que la coge del brazo y se la lleva al baño de hombres. Prueba varias puertas hasta dar con una que se abre. Gabriela, sin poder evitarlo, se inclina y vomita en el inodoro. Instintivamente, Adrián le aparta el pelo de la cara.

Tras unos incómodos segundos, ella se incorpora lentamente.

—¿Estás mejor?

—Sí —murmura.

—¿Qué te ha pasado?

—No lo sé —afirma, consciente de que miente.

Se acerca al lavabo y se enjuaga la boca. Tiene que hablar con él. Tiene que contarle algo, pero hoy no. Varios chicos la miran al pasar,

pero Adrián se encarga de devolverles la mirada con gesto serio. Cuando parece que ella se encuentra algo mejor, salen de allí.

—¿Ya te encontrabas mal antes o es algo que...?

—Me habrá sentado mal la cena —miente de nuevo.

No le apetece admitir que ya se encontraba mal antes de ir. No quiere que él se lo eche en cara, y muchos menos que Azahara se entere y la regañe.

—Te dejo con el resto y voy a por un vaso de agua —sugiere él, caminando a su lado.

—No, Adri, tranquilo. —Se agarra de su brazo con familiaridad—. Creo que mejor me voy a casa.

—Genial, te acompaño.

Ella se apresura en responder.

—No hace falta, seguro que cuando me dé un poco de aire fresco en la cara, me termino de encontrar perfecta.

Pero él no está dispuesto a hacer lo que ella le pide.

—Gabriela, contigo me iría de una y mil fiestas.

Oírle decir eso hace que cierre los ojos con fuerza.

Llegan junto a los demás y, cogiendo sus cosas, se despiden de ellos.

—¿Va todo bien? —le susurra Azahara mientras Gabi se pone el abrigo.

—Sí, claro, disfrutad del resto de la noche por mí —responde ella con una gran sonrisa.

—Al final es verdad lo que decías cuando has llegado: los últimos serán los primeros.

La chica ríe ante las palabras de Keira. Tiene razón, ha sido la última en llegar y la primera en irse.

62

Adrián y Gabriela salen del metro cogidos de la mano. Tras un corto paseo, llegan a casa de ella. Aunque él ha insistido en pedir un coche, no lo ha conseguido. Ella prefería caminar.

Entran en su casa y Adrián la sigue con la mirada mientras se quita el abrigo. Se llena un vaso de agua y se lo bebe sin prisa. Tras dejarlo en el fregadero, lo mira. Sabe que no se va a ir hasta que vea que está bien. Va escaleras arriba y se cambia de ropa. Pocos minutos después, Adrián, sentado en el sofá, la ve bajar en pijama. Se fija en que lleva una sudadera y la capucha puesta.

—Adri, has visto que he llegado sana y salva —dice—. Ya puedes volver a la fiesta.

—Qué va, me quedo.

No duda en ponerse de pie mientras ella mueve la cabeza hacia los lados, no tiene fuerzas para hablar con él y convencerlo de lo contrario. Aun así, lo va a intentar.

—No digas tonterías.

—No las digo.

—Habíamos salido para animar a tu primo, tienes que estar allí con él.

—Miguel estará bien —responde acercándose a ella—. Prefiero estar aquí.

—Pero no quiero cortarte el rollo. Estoy bien, será que algo de lo que cené antes de unirme a vosotros me sentó mal. Ahora me meto en la cama y mañana me levantaré como nueva.

Pero Adrián no tiene intención de cesar en su empeño. La rodea con sus brazos. Gabriela no puede evitar sonreír al notar el abrazo.

—De hecho, llevo un par de días con dolor de garganta —intenta bromear él—. Seguro que dormir me vendrá bien.

Nada más escucharlo, ella alza la vista. Él también la mira.

—No hace falta...

—Para mí sí.

Sin decir una palabra más, disfrutan hasta que ella, sin soltar su mano, lo lleva escaleras arriba y, dejándole de nuevo la famosa camiseta rosa, se meten juntos bajo las sábanas. No buscan nada, solo dormir abrazados.

A la mañana siguiente, se despiertan tarde y juntos. Gabriela ya se encuentra mejor. Desayunan sin prisa en la intimidad de su casa, ya que Ariadna ha pasado la noche fuera. Después, Adrián se cambia de ropa y se despide abrazándola. Cerrando los ojos, Gabriela susurra lo que su mente esconde:

—Ojalá esto durase para siempre.

Sus cuerpos se despegan. Él es consciente de lo que ha dicho, la ha oído.

—¿Hoy tienes planes?

—No pienso moverme del sofá en todo el día. —Se miran—. ¿Y tú?

—Algo parecido.

Gabriela se acerca de nuevo a él para darle un último abrazo antes de que se vaya. Cuando por fin sale del edificio, Adrián corre. Quiere darse toda la prisa del mundo.

Llega a su casa y, tras saludar a sus padres, va a su habitación y se cambia de ropa. Un par de minutos después vuelve a salir.

Sin tiempo que perder, pasa por un súper para hacerse con un par de cosas y, en cuanto sale de allí, echa a correr y vuelve al mismo

sitio en el que ha empezado el día. Aprovecha que un vecino sale para entrar y subir de nuevo a la sexta planta.

Tan solo ver la cara que pone Gabriela cuando lo ve allí de nuevo, le ha valido la pena las carreras que se ha pegado. Ella no solo lo invita a pasar, sino que, nada más cerrar la puerta, se une a él con un beso.

—¿No decías que tenías planes hoy? —murmura ella cuando se separan.

—Sí, no moverme de ese sofá en todo el día.

Echando la cabeza hacia atrás, suelta una carcajada.

Tras compartir la intimidad de la cama durante un rato, bajan de nuevo al salón. Gabriela prepara palomitas y juntos se acurrucan abrazados en el sofá. Ponen *Marte*, elegida por él de la estantería.

Hacia la mitad de la película, Adrián se tumba apoyando la cabeza sobre las piernas de ella. No puede evitar que se le cierren los ojos mientras Gabriela lo acaricia con delicadeza. En un momento dado, le aparta el pelo y se queda mirándolo.

No quiere admitirlo. Incluso se prometieron que no lo harían. Pero sí, Adrián lo está consiguiendo. Se está enamorando de él.

63

Pasada la Semana Santa, en la que Adrián y Gabriela han seguido pasando tiempo juntos, y tras más de dos meses con el sofá deshilachado por las mordeduras de Trasto, ha decidido comprarse uno nuevo. A fin de cuentas, es algo que entraba en sus planes de este año. Gabriela recuerda haberlo apuntado en aquellos papelitos de la tradición navideña de la familia de Keira.

Llega a la tienda de muebles acompañada por Adrián. En cuanto ella se lo comentó, se empeñó en ir. A él le da igual si es comprar un sofá, renovar el pasaporte o ir a la peluquería, lo que quiere es pasar tiempo con ella.

—¿Has hecho esto alguna vez?

—Recuerdo haber acompañado a mis padres a comprar muebles —responde él—. Pero no un sofá.

Entran en el establecimiento. Miran a su alrededor algo dubitativos sobre por dónde empezar.

—¡Buenos días, chicos! —les sonríe un hombre—. ¿Os puedo ayudar en algo?

—Hola —dice ella—. Sí, estoy pensando en cambiar de sofá.

—Entonces habéis venido al sitio indicado. Aquí tenemos una gran variedad de sofás y sillones —les indica—. ¿Tenéis ya una idea de lo que estáis buscando?

Al ver la duda en el gesto de Gabriela, es Adrián el que habla.

—Creo que primero vamos a echar un ojo por la tienda —señala.

—¡Perfecto! Me llamo Mauricio, cualquier cosa que necesitéis no dudéis en preguntarme.

Los dos asienten y empiezan a caminar entre los muebles. Observan los sofás, tocan las telas, miran los colores...

—Hay demasiadas opciones, ¿cómo sé cuál es el idóneo?

Al instante se fijan en una pareja mayor que hay al otro lado de la tienda. Los ven sentarse en varios sofás.

—Quizá probarlos todos es la clave —sugiere Adrián.

Dicho y hecho. Gabriela y él dedican el rato a sentarse en todos los sofás que se encuentran, unos más duros, otros menos; algunos con respaldo recto, otros con un respaldo demasiado corto.

No pueden contener la risa cuando Adrián prueba uno y se queda hundido en él.

—Definitivamente, este no es —balbucea, pues se levanta con dificultad.

Gabriela oye pitar su móvil e inmediatamente lo saca para ver que le ha llegado un mensaje de su hermana.

Ariadna
Hermanita, voy a hacer la compra.
Aparte de lo que hay apuntado en la lista,
¿necesitas algo más?

En lo que ella se lo piensa, Adrián consigue nuevamente colocarse a su lado.

—Es mi hermana —murmura escribiendo el mensaje de vuelta.

—¿Qué tal van las cosas con ella?

Gabriela da a enviar y se guarda el móvil. Desde que se supo lo que hay entre ellos, Ariadna y Adrián han coincidido en más de una ocasión. A veces en casa de Gabriela, otras recogiéndola con el coche...

—Bastante bien —comenta—. Entre el trabajo y salir con sus amigos, casi no coincidimos. Pero la veo bien..., distinta. El cambio le ha venido bien, se ha dado cuenta de sus errores del pasado.

—Me alegra oírlo.

—Yo más. —Sonríe.

Tras un buen rato dando vueltas, terminan por sentarse agotados en uno de tantos sofás.

—Estoy abrumada.

—Con esto me pasa lo mismo que cuando voy a comprar ropa —comenta él, consiguiendo que ella lo mire—. Cuando llevo un rato viendo tiendas, me parece que todo es más de lo mismo.

—Yo a eso lo llamo emborracharme de opciones.

—Me gusta. —Parece divertido—. Me he emborrachado de sofás.

Gabriela se mueve para probar la comodidad del sofá en el que están sentados ahora.

—¿Quieres que sea parecido al que tienes o buscas algo diferente?

—Hay una parte de mí que quiere algo nuevo, y otra que no.

—¿Y por qué no?

Suspira.

—Porque el sofá verde de mi casa me recuerda a mi tío —explica —. Cada vez que lo veo no puedo evitar recordar los miles de veces que hemos estado él y yo ahí viendo una peli o hablando de cualquier cosa.

—No tiene que ser fácil.

—No, no lo es.

Al ver el dolor en sus ojos, Adrián se acerca para posar la mano en su pierna. Quiere dejarle claro que está ahí con ella.

—¿Qué crees que diría tu tío en este momento?

—Que la vida está llena de cambios. —Sonríe.

—Pues ahí tienes la solución.

Se quedan callados. Adrián la observa, parece que está en su propio mundo. Supone que estará pensando en su tío.

—Entiendo que estabas muy unida a él, ¿no?

—Sí, muchísimo. No te he hablado de mi tío, ¿verdad?

—No, aunque me has dejado conocer algunas cosas de él. —Ella lo mira con interés, por lo que él sigue hablando—: Por ejemplo, que le encantaban la música y las películas, que se pasaba horas tocando el piano o que no le importaba nada lo que los demás opinaran de él.

Gabriela sonríe al recordar la de tardes que, mientras ella leía o estudiaba, él se pasaba horas al piano.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Lo he imaginado al ver la foto que tienes colgada en la habitación, esa en la que salís los dos juntos y él lleva el pelo amarillo pollo.

Recordar la foto a la que él se refiere la hace reír.

—Él lo llamaba «amarillo radiactivo». —Adrián también ríe—. Ya sabes más cosas de él que muchas personas.

Gabriela no puede evitar pensar en su familia. Tanto sus padres como su hermana se perdieron muchísimas cosas de su tío Juanjo. No porque él no los dejase conocerlos, sino porque ellos no quisieron. La primera, su madre. A ella no le gustaba lo diferente que era su hermano, no le hacía gracia.

Si algo aprendió Gabriela de su tío es que en esta vida no estamos para mendigar el amor. Él no lo hizo, simplemente se limitó a aceptar el tipo de relación que quería su hermana con él. Eso mismo ha hecho Gabriela con su familia, aceptar el tipo de relación que quieren tener con ella.

—Mi tío Juanjo era el mejor —le explica—. Era una persona tan... ecléctica. Nunca sabías por dónde iba a salir, y eso era lo divertido.

Siempre conseguía sorprenderte. Tenía un carácter fácil, daba igual a quién tuviese delante porque siempre conseguía llevarse bien con prácticamente todo el mundo.

—Qué bonito que hables así de él.

—¿Sabes que de pequeña casi ni le conocía?

—Ah, ¿no?

—No, digamos que mi madre no aceptaba la forma de ser de su hermano. Sabíamos que teníamos un tío llamado Juanjo al que solo habíamos visto un par de veces. Pero todo eso cambió cuando crecí. —Adrián la escucha con atención—. Uno de los días en los que estaba discutiendo con mis padres por haber dejado el doble grado de ADE y Finanzas y Contabilidad, me fui de casa dando un portazo. Me pasé toda la tarde caminando sin rumbo, no quería volver. En un momento dado, me vino mi tío a la mente y lo llamé. Tampoco es que tuviera muchas más opciones —añade con humor—. Él me abrió las puertas de su casa y a partir de ahí nos volvimos inseparables.

—Menos mal que le tenías a él.

Gabriela asiente.

—Pocos meses después, con diecinueve años, me fui a vivir con él. La situación en casa de mis padres era insostenible —continúa—. No fueron muchos los años que estuvimos juntos porque falleció de cáncer en 2022. Pero fue tiempo más que suficiente para que lo quisiese muchísimo y se convirtiera en alguien indispensable para mí.

—Al final el valor de una conexión no se mide por la cantidad de tiempo que alguien lleva en tu vida, sino por las experiencias que se comparten.

—Y que lo digas...—A Gabriela se le escapa un suspiro al pensar en su tío—. Cuando se fue, lo pasé tan mal... —murmura sin poder evitar que se le llenen los ojos de lágrimas—. Quedarme sin él era lo

peor que podía pasarme y, desgraciadamente, pasó. Verlo sufrir e ir apagándose poco a poco por la enfermedad fue lo más duro. —Siente cómo se le encoge el corazón al recordarlo—. No poder hacer nada me generó una inmensa sensación de impotencia.

—Gabriela, estoy seguro de que hiciste por él mucho más de lo que crees —dice Adrián, acercándose a ella—. El mero hecho de estar a su lado a lo largo de todo ese proceso significa mucho. Por muy dura o difícil que fuese la situación, no te fuiste. Te quedaste y estuviste con él hasta el final. —Ella lo mira justo cuando una lágrima le recorre la mejilla. Él le acaricia la cara levemente para secársela—. Os ayudasteis mutuamente —afirma—. Estar solo en esos momentos es una mierda, y eso es justo lo que no permitiste. Estuvisteis siempre ahí el uno para el otro.

Gabriela se mueve para pegarse a él, que la abraza.

—No me puedo creer que en un par de semanas vaya a hacer cuatro años desde que ya no está... —Él asiente levemente y la abraza con fuerza. No sabe qué decirle para consolarla—. Significa que también hará cuatro años desde que no veo a mis padres —murmura—. Pensé que los vería por última vez en el funeral. Pero no, bien que se interesaron por el testamento de mi tío, a pesar de no querer saber nada de él en vida.

—Siempre se ha dicho que el dinero saca lo peor de la gente.

—Y tanto —responde ella—. Mira que mi tío solo tenía unos pocos ahorros, pero ahí que fue mi madre. Lo que daría por haber grabado su cara cuando se enteró de que tanto el dinero como el piso me lo había dejado solamente a mí.

—Se lo tomó mal...

—Peor que mal. Puso el grito en el cielo —recalca ella—. Ese día es de las pocas veces que la oí referirse a mi tío como su hermano. Ariadna tampoco entendió que el tío Juanjo no le dejase nada. No

comprendía que, siendo ambas sus sobrinas, a una le dejase todo y a la otra nada.

Adrián no deja de abrazarla. En su familia con ese tema han tenido suerte, nunca ha habido problemas ni discusiones al respecto. Pero sabe que otras, por temas de herencias, dejan de hablarse para siempre.

—Lo importante es que tu tío se fue teniendo muy claro quién estaba a su lado —dice él con rotundidad.

—Sí, eso sí.

Se quedan un momento ahí. Abrazados. En silencio. Ella incluso cierra los ojos disfrutando del calor que emana del cuerpo de Adrián.

—¿Qué opinas de este sofá?

—Creo que me gusta... —susurra—. Pero tendré que preguntar si lo tienen con una tela a prueba de animales.

Él no puede evitar mover ligeramente el mentón para mirarla. Ella, al verlo sonreír, añade:

—Para cuando Trasto vuelva por casa.

Últimamente parece que todo va bien.

¡Me alegra tanto poder escribir esa frase!

Entre Ariadna y yo las cosas van genial. Tenemos muy buena relación. Siempre que coincidimos en casa, comemos o cenamos juntas mientras nos ponemos al día de nuestras cosas y de los chismes que vemos en las redes... Aunque sale de fiesta y muchas noches no viene a dormir, no parece que haya vuelto a tener nada que ver con la Ariadna que era antes.

Con Adrián todo va muy bien también. Pasamos mucho tiempo juntos. En Semana Santa sus padres se fueron unos días y pude quedarme a dormir en su casa.

No te voy a engañar, sigo agobiada por estar ocultándole... eso. Es como que me come por dentro. A la vez hay una parte de mí que me dice que no puedo pasarme los días dándole vueltas a cuándo debo contárselo. Cuando sea el momento, lo sabré y, simplemente, seré tremendamente honesta con él.

En unos días es el aniversario de la muerte del tío Juanjo. Cuando empieza el mes de abril y veo que se acerca, se me va poniendo mal cuerpo. No me gusta nada ese día, me trae muy malos recuerdos.

Este año cae en jueves, y con un poco de suerte tendré la mente ocupada en el trabajo y en nada más.

¡POR CIERTO! He cumplido uno de mis propósitos del año: he cambiado el sofá.

Aunque el verde del tío me gustaba, ya tenía muchos años y estaba muy desgastado. Entre eso y Trasto...

Ahora veo el sofá nuevo y, aunque es un poco extraño, estoy segura de que le cogeré cariño.

Hice una cosa... Pedí que la tela fuese resistente a los animales. Lo hice pensando en Trasto y en sus futuras visitas a mi casa.

¿Estoy pensando en el futuro?

P. D.: El otro día escuché «The Romantic», el nuevo disco de Bruno Mars y me encantó. Es tan romántico... Me hizo pensar en el tío Juanjo y en lo muuucho que le habría gustado. Conociéndolo, se hubiera comprado el vinilo y lo habría tenido todo el día en bucle.

64

El jueves 23 de abril llega de puntillas. Gabriela aprieta los ojos con fuerza en la cama. Hace cuatro años que su querido tío Juanjo falleció.

No es un buen día, ni este año ni los anteriores. Como una autómata, va a trabajar y pasa el día intentando estar lo más ocupada posible y evitar que todo vuelva a su mente.

Adrián lleva días organizando algo. Ha hablado con Tomás, el amigo de sus padres, y ha hecho todo lo posible para adelantar trabajo y poder salir antes el viernes. Cuando lo tiene todo cerrado, coge el móvil y la escribe.

Gabriela se mantiene ocupada charlando con Azahara. Tiene suerte, ha sido uno de esos días de mucho trabajo, y lo agradece. Ahora, al ver que se quedaba libre, Azahara se ha acercado para darle conversación.

El móvil pita y a ambas se les van los ojos hacia él.

Adrián
Hola, Gabi, necesito que hagas algo por mí. Cuando llegues a casa, prepara la maleta. No metas ropa muy arreglada, más bien informal. Sé que no es verano, pero mete un biquini por si acaso. Mañana después de comer te recojo en tu casa y nos vamos.

Gabriela lee y relee el mensaje más de una vez.

—Tía, ¿qué es esto? —Le pasa el móvil a su amiga, que lo lee a su vez.

—Entiendo que te va a llevar a pasar el fin de semana por ahí.

—Ya, hasta ahí llego —murmura Gabriela volviendo a coger el móvil—. Pero ¿por qué? —Azahara se encoge de hombros y ella le clava la mirada—. Tú no sabes nada al respecto, ¿verdad?

—¿Yo? —dice ella de manera un tanto dramática—. Nada de nada.

Miente. Hace más de una semana que Adrián la llamó porque tenía que pedirle ayuda. Necesitaba confirmar que Gabriela ese viernes tuviese turno de mañana y saber si ya tenía planes para el fin de semana.

—Venga, seguro que te viene bien una escapadita —comenta, evitando añadir la palabra *romántica* al final de la frase. No quiere que Gabriela se agobie.

—No sé, Aza.

—¡Anda ya, Gabriela! —exclama cómicamente—. Siempre viene bien que te organicen algo así sin tener que ocuparte de nada. Tú solo déjate llevar y disfruta. ¡Tienes una vida nada más! —No muy segura, Gabriela mira a su amiga—. Deja que te sorprenda.

Al día siguiente, Gabriela lo tiene todo preparado. Por más que ha preguntado, Adrián no ha querido decirle adónde van. Prefiere mantenerlo en secreto. Solo sabe que, vayan donde vayan, lo harán en coche.

—O sea, que te vas de fin de semana romántico —murmura Ariadna.

—Me voy de fin de semana —la corrige su hermana. La pequeña, mirándose en el espejo para recogerse el pelo, hace una mueca.

—¿Y adónde vais?

—No lo sé, Ari. Pero vamos en coche, así que no creo que sea muy lejos.

—¿Me estás diciendo que Adrián se ha encargado de todo? —murmura, tensando el pelo para poder recogérselo—. Pues sí que le va bien «al obrero».

Ariadna suelta una ligera risa mientras que a Gabriela no le hace ni pizca de gracia el comentario. Desde el día en que aireó lo suyo con Adrián delante de Keira y Miguel, ya le ha preguntado por él varias veces. De ahí que ya sepa que es encargado de obra, y esa ironía que es evidente que a Gabriela no le ha parecido bien.

—Disculpa, Gabi, no lo decía a malas. —Ella no responde, se mueve por la cocina acabando de recoger las cosas de la comida—. Pensándolo bien, tiene que molar dejarte querer. —Ahora sí que la mira y asiente—. ¿Y cuándo volvéis?

—El domingo por la tarde.

—¿Cómo de tarde?

—Ari, yo qué sé, tarde. —Se gira hacia ella frunciendo el ceño—. ¿A qué vienen tantas preguntas? Si lo que estás pensando es hacer una fiesta en casa, te digo desde ya que no. Ni se te ocurra.

Ariadna acaba la coleta y ella también se gira para mirarla.

—No sé, Gabi, supongo que serían las preguntas normales que harían mamá y papá si todo estuviera bien y una de las dos se fuese de finde. Perdona por preocuparme por ti. —Mueve las manos—. Además, tampoco es que seas la reina de la improvisación.

Al oírla, Gabriela se cruza de brazos.

—¿A qué te refieres?

—A que de repente te vas de finde con tu amigo. Así de la nada. Pues es raro —comenta—. Igual de raro que te enfades cuando me refiero a Adrián como tu novio, porque es lo que es.

Haciendo oídos sordos, Gabriela decide omitir esa última parte. No quiere hablar de eso. Descruza los brazos y se acerca a su hermana, comprende y agradece que se preocupe por ella.

—Ari, ¿estarás bien sin mí? —pregunta apoyando las manos en sus hombros.

—Sí... —murmura—. Es solo que no me siento cómoda quedándome sola en este piso.

—Ah, ¿no? —La mira sorprendida—. ¿Y por qué no me lo habías dicho antes? —Ariadna se encoge de hombros—. No me cuesta nada llamar a Adrián y decirle que no —murmura acercándose a la mesa para coger el móvil—. O, mejor aún, para decirle que te vienes con nosotros.

Pero Ariadna no duda en seguirla y arrebatarle el móvil de las manos. Ella la mira asombrada.

—No, Gabi, para. Solo es un fin de semana, no te preocupes.

Tras unos minutos, consigue convencerla. Al fin y al cabo, no tiene nada de malo que se quede sola. Las chicas se despiden, no antes de que Gabriela le deje claro que tendrá el móvil encendido en todo momento y que, si pasa cualquier cosa, la llame.

Antes de que se vaya, Ariadna abraza una última vez con fuerza a su hermana. Justo antes de salir por la puerta para irse a trabajar, se gira para volver a mirarla y sonríe.

—¡Disfruta!

65

Al final, Adrián no ha conseguido salir tan pronto como quería. Sobre las cinco de la tarde, para el coche frente a la casa de Gabriela, sale y la llama por teléfono. Ella, al ver que es él, se asoma a la terraza y lo ve: la saluda desde abajo.

Antes de volver a entrar en casa, se da cuenta de que en el suelo de la terraza hay ceniza. Suspira y la aparta con el pie. No tiene tiempo para eso. Cuando se enteró de que su hermana había vuelto a fumar, le dejó claro que la casa es un espacio libre de humos, pero Ariadna hace lo que quiere.

Seguida por su maleta, Gabriela baja y se acerca al coche.

—¡Hola, guapa! ¿Qué tal?

—¡Hola, Adri! —lo saluda animada y le da un beso en los labios. Adrián no tarda en coger la maleta para colocarla en el maletero.

—¿Con ganas de empezar el fin de semana?

—Muchas.

Sonríen y entran en el coche.

—¡Buenooo! —exclama al ver quién va sentado en la parte de atrás—. ¿Tú también vienes?

Adrián no puede evitar sonreír al ver el cariño con el que Gabriela saluda y da mimos a Trasto.

—Cuando les dije a mis padres adónde íbamos —le explica arrancando el motor—, me dejaron claro que no era una opción que Trasto viniera con nosotros, sino una obligación.

—Menos mal, porque es mi favorito de los dos —murmura haciéndole carantoñas.

Empieza a sonar *Vulnerable*, de Walls y Dani Fernández. Gabriela se pone el cinturón y le echa una mirada a Adrián. Lleva chándal y una gorra. En el tiempo que hace que se conocen, nunca le había visto con una.

—¿Y este *look?* —La señala.

—Así voy más cómodo para conducir.

Pero al mirarla se da cuenta de que se refiere a la gorra puesta del revés.

—Ah, vale... —Sonríe—. Es para que no se me venga el pelo a la cara.

—¿Te lo estás dejando largo?

—No me queda otra, dijiste que te gustan rubios y con el pelo largo —responde con guasa mirándola de reojo.

Gabriela lanza una carcajada. No esperaba esa respuesta. De hecho, ni se acordaba ya de su novio inexistente.

—Claro, es que a Alonso le queda tan bien... —murmura siguiéndole la broma.

—A mí me va a quedar mejor.

Ríe al oírle decir eso. Está claro que la chulería que tanto detesta sigue en él.

El coche se mueve y un par de minutos después salen de la zona donde viven.

—¿Me vas a decir ya adónde vamos o no?

—¿No puedes aguantar más?

—Claro que puedo —responde al ver la sonrisa pícara de Adrián.

Se detienen ante un paso de peatones y él la mira. El brillo de sus ojos es como el que se tiene cuando eres pequeño y llega el día de tu cumpleaños.

—Venga, vale...

Coge el móvil, lo desbloquea y abre la aplicación de mapas. Busca el destino y lo coloca en el soporte.

—Aunque he ido varias veces, no voy a ir de listo, que nos perdemos —bromea.

—¿Benicàssim? —lee Gabi. Adrián asiente divertido. Ella, haciendo memoria, cae en algo—. ¿No es donde tiene una casa un amigo de tus padres? —Lo ve asentir—. ¿Tobías...?

—Tomás, y sí.

Gabriela se fija aún más en el móvil, en la duración del viaje.

—¿Cuatro horas y media?

—Será algo más —dice para horror de la chica—, tendremos que parar a estirar las piernas y a que Trasto haga sus cosas.

Gabriela decide relajarse, se deja caer por completo en el asiento para acomodarse.

—¿Has estado?

—No.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Pero ella no dice nada. Simplemente, se le queda mirando. Adrián, al notarlo, la mira un segundo. No le dice nada, ella parece estar pensando.

—Adri, ¿por qué haces esto?

Él, dedicándole una nueva y fugaz mirada, responde:

—Porque sé que no es una buena semana para ti.

66

Entre las paradas que tuvieron que hacer y el viaje, al final anoche llegaron tarde al piso de Benicàssim. Lo único que hicieron fue pedir algo de cena e irse a dormir. Entre el trabajo y el viaje, Adrián estaba agotado de tanto conducir.

Es sábado por la mañana y se han levantado a buena hora. Cuando Gabriela ha abierto los ojos, le ha costado unos segundos saber dónde estaba. Los brazos de Adrián rodeándola la han ayudado rápidamente a ubicarse.

Tras desayunar juntos en una cafetería cercana, él echa un ojo a la aplicación del tiempo. Parece que esa tarde va a llover, por lo que propone algo.

—¿Y si vamos a la playa?

Gabriela se muestra de acuerdo y vuelven al piso para cambiarse de ropa. Ella se decanta por un vestido ligero y azulado mientras que él se pone un pantalón de lino blanco y una camiseta rosa.

—¿Dónde vas tan guapo?

—Es que he quedado con la chica que me gusta.

—No me digas, a ver cuándo me la presentas. —Ríe ella—. Te dije que el rosa te quedaba bien.

Él sonríe y le da un rápido beso; por eso se ha comprado esa camiseta.

Se acercan a la puerta para salir y, mientras ella se mira en el espejo, Adrián engancha a Trasto a la correa. Cuando Gabriela abre la puerta para salir, se gira para mirarlo. Él, que se ha fijado en un

sombrero de paja que hay en el perchero, lo coge y se lo pone a ella murmurando:

—Gabi, estás guapísima.

La chica sonríe tímidamente.

No están lejos de la playa, pueden ir dando un paseo.

Una vez allí, dejan los zapatos junto a los de otras personas que hay en la zona y Adrián suelta a Trasto, que se pone a correr sin parar.

—¿No está fría? —señala Gabi viendo que el perro juguetea en la orilla.

Él, aprovechando el despiste de ella, la coge en volandas.

—Podemos ir a comprobarlo.

Cuando sus pies dejan de tocar el suelo, Gabriela patalea. Intenta zafarse de sus brazos. No quiere meterse en el agua.

—¡Adrián, para! ¡PARAAA! —grita.

Pero él no le hace caso hasta que llegan a la orilla y la suelta, provocando que se moje los pies. Ella, al notar el agua fría, pega un brinco hacia atrás.

—¡Está congelada!

Él se echa a reír al ver su gesto. Tiene razón, la temperatura del agua aún no invita a meterse. Aunque parece que a Trasto sí.

Hace buen día, así que aprovechan la mañana para pasear por la playa sin prisa y cogidos de la mano mientras Trasto corre delante de ellos. Van charlando tranquilamente hasta que Adrián ve a su perro correr directo hacia otro que juega en el agua con su dueña y una pelota. Sin dudarlo, echa a correr detrás de él.

Gabriela observa la escena desde lejos. Es del todo cómico ver cómo Adrián se mueve intentando que su perro le devuelva la pelota a la chica. Tras varios intentos, lo consigue. Regaña al perro y señala

a Gabriela para que se vaya con ella. Trasto obedece. Él, que está agotado de tanto perseguirlo, lo sigue.

Y en ese momento, Gabi oye la voz de su tío casi como si fuera real: «Ten cuidado, que a veces los sueños se hacen realidad». Mira la escena casi sin poder creérselo. Por primera vez siente que de verdad está viviendo eso con lo que tantas veces ha soñado. Esa imagen en la que un perro y un chico van hacia ella.

Cuando por fin llega, Adrián le quita el sombrero de paja para ponérselo él y sentarse en la arena. Ella, aún sin poder creerse lo que acaba de vivir, se sienta a su lado. Ambos miran el mar.

—Muchas gracias —susurra casi de manera inaudible.

—¿Por qué? —dice Adrián, mirándola.

—Por... esto —murmura Gabriela tratando de encontrar las palabras—. Por acordarte de que no era una buena semana para mí. Por haberme traído aquí para que despeje la mente. —Trasto se tumba junto a las piernas de Adrián—. Por haber conseguido que la que suele ser mi peor semana del año sea la menos mala.

Adrián le dedica una preciosa sonrisa.

—Gabi, yo también quería darte las gracias —murmura ahora él quitándose el sombrero para ponérselo de nuevo a ella—. Quería agradecerte que me hayas permitido entrar en tu vida. —Ella se recoloca el sombrero y le acaricia la mejilla con cariño—. Llevaba mucho tiempo sin pareja y me asustaba volver a ilusionarme con alguien. Pero fue llegar tú y, no sé cómo lo hiciste, princesita —Adrián sonríe—, pero caí rendido.

Nada más decirlo, se dejar caer para tumbarse. Aunque duda, ella lo imita. Esa confesión ha hecho que el corazón se le acelere. ¿Es porque le gusta saberlo o porque le da miedo?

Esa tarde, como bien vaticinaba el móvil, llueve. No demasiado, pero lo justo como para que decidan quedarse en casa haciendo

tiempo y después salir a cenar. Él sale de la ducha y del baño con una toalla blanca sujeta a la cintura. Se da cuenta de que Gabi está en la terraza. Parece que ha dejado de llover y ha salido el sol.

En el rato que Adrián ha empleado en la ducha, y antes de salir a la terraza, Gabriela ha escrito a su hermana para saber qué tal está. Ariadna le ha dicho que todo va bien.

Adrián se acerca sin hacer ruido y ve a Gabriela con la espalda apoyada en la pared y los ojos cerrados. Parece disfrutar del sol del atardecer, que le da justo de frente. Trasto está dormido a su lado.

Como si hubiera notado su presencia, Gabriela abre los ojos y sonríe al encontrárselo apoyado en la puerta y solo vestido con la toalla.

—¿Qué haces?

—Mirarte —admite—. ¿Y tú?

—Tomar el sol.

Adrián parece recordar algo. Gabriela lo ve desaparecer por el salón. Mientras se coloca el pelo, él ha vuelto y le da algo. Ella alucina.

—¡No me lo puedo creer! —exclama.

Lo que tiene en la mano es el papelito que perdió en Nochevieja, ese en el que había escrito el propósito de ese año. No puede evitar sonreír al leerlo: «Tomar el sol».

Gabriela mira a Adrián, ahí plantado con una sonrisa. No puede creer que haya guardado ese trocito de papel desde hace casi cuatro meses, pero sí. Así es Adrián.

Se lanza a sus brazos para besarlo. Él la recibe encantado. Un beso lleva a otro... y a otro... y acaban yendo a trompicones hacia la habitación. Adrián pierde la toalla a medio camino, pero le da igual. Sus cuerpos se conocen bien.

Es domingo y, aunque si por ellos fuese se quedarían ahí por lo menos una semana más, toca volver a casa. Ambos son adultos con obligaciones y al día siguiente deben ir a trabajar.

El viaje de vuelta siempre se hace más corto que el de ida, y Adrián y Gabriela disfrutan del tiempo que les queda juntos. Al llegar a casa de Gabi, no les queda otra que dar por finalizado su fin de semana. Aunque le ha dicho que no hace falta, Adrián y Trasto bajan del coche para acompañarla y ayudarla con la maleta.

—Si mi madre se entera de que no me he comportado como un caballero contigo, me mata —se burla.

Gabriela abre la puerta de su piso. Todo está en silencio, como suele ser normal. Pero, al avanzar unos pasos, Gabriela nota que algo no va bien. No todo está como siempre y sobre la encimera se encuentra el juego de llaves que le dio a Ariadna.

—Qué manía de dejarlo todo por medio —murmura.

Adrián entra tras ella, cierra la puerta y deja la maleta a un lado. Trasto camina junto a él. Gabriela se acerca a la escalera para avisar de que ya ha llegado.

—¡¿ARIII?!

Tras unos segundos, no recibe respuesta y, al darse la vuelta para volver con Adrián, se percata de algo: el piano digital no está. Gabriela traga con dificultad. La sensación de agobio empieza a apoderarse de ella, puede notar que su respiración se vuelve más agitada por momentos.

Por su gesto, Adrián intuye que algo no va bien.

—Gabi, ¿qué pasa?

Pero ella no dice nada, simplemente señala el lugar en el que debería estar el instrumento. Él, rápidamente, cae en la cuenta de a qué se refiere.

—Vale —dice al ver su cara—, seguro que hay una justificación totalmente lógica. Quizá lo ha subido a la habitación.

Ella, paralizada por el agobio, lo mira. Sin necesidad de que le diga nada, Adrián sube los escalones de dos en dos. Llama a la puerta y, al no recibir respuesta, entra. El cuarto en el que suele dormir Ariadna está vacío de ropa y objetos personales. Se pasa la mano por el pelo, algo nervioso.

Baja pensando en cómo decírselo a Gabriela, pero ni siquiera tiene que hacerlo. Ella está leyendo un papel junto al sofá. Cuando llega a su lado, le da el papel y saca el móvil para llamar a su hermana. Adrián lee la nota.

Lo siento, hermanita. Estoy segura de que saldrás adelante. Gracias por todo.

Te quiero. Ari.

Necesita leerla un par de veces para poder creérselo. Mira a Gabriela, que ya va por la segunda llamada sin respuesta. Al no conseguir localizarla, decide meterse en la aplicación del banco. Abre la cuenta vinculada a la tarjeta que le dio, esperando no tener razón. Pero sí: la cuenta está vacía. Mueve el móvil para enseñárselo.

—¿Esa es tu cuenta del banco? —pregunta, descolocado.

—Una de ellas —murmura la chica—. Es la de uso diario, tengo otra con todos los ahorros.

—Menos mal. —Traga saliva.

Desde que heredó el dinero de su tío, decidió tenerlo en dos cuentas: una, con la mayor parte, a la que Ariadna no tenía acceso, y otra en la que mete lo que necesita para el día a día.

Al principio, tras darle la tarjeta a su hermana entraba a diario en la aplicación del banco para revisar los cargos. Pero luego se le fue olvidando y dejó de hacerlo.

Su respiración cada vez va más rápido, y también su pecho.

—Ari se ha ido. Me la ha vuelto a jugar. —Adrián la mira sin saber muy bien qué decir—. No sabía lo de las dos cuentas. Se ha ido pensando que me ha dejado sin dinero —balbucea—. No me lo puedo creer...

Adrián la ve moverse por el salón para acercarse al lugar donde debería estar el piano.

—Y se ha llevado el piano... El piano del tío Juanjo.

Ariadna no sabe tocar. Conociendo su pasado, Gabriela tiene claro para qué lo quiere. Lo va a vender. Va a vender el piano de su tío.

—Gabi —Adrián se acerca—, ¿cómo puedo ayudarte?

Ella, percibiendo que trata de abrazarla, se mueve para alejarse.

—Ya te dije que no me gusta que me llamen Gabi.

Al ver el estado de *shock* en el que ella se encuentra, él se limita a asentir. Gabriela ni siquiera lo mira. Simplemente, está ahí de pie, sin moverse, y con la mirada fija en el espacio vacío del instrumento.

—Disculpa, tienes razón —responde él con suavidad—. ¿Quieres que nos sentemos?

—No.

—¿Y un vaso de agua?

Niega con la cabeza sin mirarlo.

—Sabía que no tenía que haberme ido, lo sabía...

—No creo que nuestro viaje tenga la culpa —sugiere él—. Si Ariadna ya tenía pensado irse, solo necesitaba dar con el momento en el que estuviera sola.

Cuando ella por fin lo mira, Adrián percibe la dureza en sus ojos. No conocía esa mirada de Gabriela.

—Ya la has llamado y no consigues localizarla —sigue buscando opciones—. ¿Quieres que llame a la policía?

—No —dice fríamente.

Acercándose a ella, le pone la mano en el hombro, pero no tarda en apartársela.

—Gabriela —no la entiende—, solo intento saber cómo puedo ayudarte.

—Es que no quiero que me ayudes, ¿no te das cuenta de que soy adulta como tú y puedo valerme por mí misma?

—Sí, claro...

Gabriela se aparta el pelo de la cara, la cabeza le va a mil. Oírla decir eso hace que Adrián recuerde aquella noche cuando aún no se llevaban bien, cuando lo único que quería era quitarle a un pesado de encima.

—Con ella siempre es lo mismo, siempre... —Aunque la escucha, decide no intervenir—. Aparece de la nada, la ayudo y se lo pongo todo en bandeja hasta que se gana mi confianza —murmura empezando a moverse por el espacio—. ¿Y qué hago yo? Justo lo que ella quería: irme y dejarla sola.

Para una vez que se permite ser feliz y le tiene que salir mal. En el fondo lo sabía, no debería haber confiado en su hermana. Igual que sabía que no debería haber empezado lo que sea esto que tiene con Adrián.

—No es culpa tuya.

Ella lo mira. Clava sus ojos en él y Adrián la ve abrir la boca. Va a decir algo, pero se arrepiente. Tener ahí a Adrián la incomoda, aunque sabe que él no se merece la rabia que le ha provocado su hermana. Por lo que se da un momento para cerrar los ojos y pensar. «Necesito pensar», se dice.

—Adrián, lo mejor es que te vayas.

—No.

—Adrián, por favor —masculla, aún más nerviosa—. No lo quiero pagar contigo.

Él da dos pasos hacia ella.

—Gabriela, no te voy a dejar sola con esto.

Al ver que se acerca, ella, molesta, camina hasta la puerta de su casa y la abre. Trasto, situado junto a la encimera, los observa.

—Adrián, te lo estoy pidiendo por favor —dice masticando cada palabra—. No sé cuánta paciencia me queda. ¡Vete!

Aunque entiende que no es una situación fácil, él no quiere dejarla sola. Quiere estar ahí para ella. Mientras Gabriela está enfadada, no con él, sino con su hermana. Pero que Adrián no haga lo que le está pidiendo está terminando de llevarla al límite. Y se niega a derrumbarse delante de él. No quiere que la vea rabiosa, llorando y decepcionada, todo al mismo tiempo.

Adrián coge de nuevo la correa de Trasto y se acerca a la puerta.

—Gabriela, por favor, déjame...

—Voy a llamar a Azahara, por si eso te deja más tranquilo.

Aunque no quiere irse, se limita a asentir y a salir. Que llame a Azahara está bien, pero habría preferido mil veces quedarse, o que lo llamara a él.

68

Sabe que lo que acaba de hacer puede que no haya sido la decisión más acertada que ha tomado en su vida, pero lo necesitaba. Nada más cerrar la puerta, Gabriela se deja caer sobre ella. Entonces pasa lo que tanto intentaba ocultar: las lágrimas empiezan a recorrer su rostro.

Cuando Azahara llega al piso, su amiga está destrozada. Gabriela le abre la puerta escondida bajo una sudadera y con la cara enrojecida. Aza no pronuncia palabra, simplemente se limita a acercarse y abrazarla. Gabriela se aferra a ella para seguir llorando.

Minutos más tarde, ya sentadas en el sofá, Azahara percibe que Gabriela comienza a relajarse un poco.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha ido —dice con un hilo de voz—. Así, sin más. Sin hablar conmigo. Ariadna se ha ido.

Azahara escucha con atención el relato y deja que se desahogue sin intervenir, Gabriela lo necesita.

—Y encima esa mierda de nota dejándome claro que solo he sido un lugar de paso —dice molesta—. ¡Ah! Y no contenta con eso, también se ha llevado ropa de mi armario y, lo más doloroso para mí, el piano de mi tío.

A medida que lo dice, Azahara dirige la vista hacia donde solía estar el instrumento. Desde que ha llegado ha estado tan centrada en ella que ni se había dado cuenta. Suspira levemente: lo que le ha

hecho Ariadna a su amiga y, sobre todo, a su propia hermana no tiene nombre.

—Confié en ella y la metí en mi casa sin tener la obligación de hacerlo —se lamenta—. Le he dado todo lo que ha necesitado, le he dejado dinero, le conseguí un trabajo... La he ayudado en todo lo que he podido. ¿Y así me lo paga? —Deja de hablar al notar que se le quiebra la voz.

—Es a lo que te enfrentas cuando confías en la gente —murmura Azahara—, que a veces puede salir bien y otras no tanto.

—Pero ¿qué he hecho yo para que me haga esto, Aza? Si es que soy imbécil.

—No has hecho nada, Gabriela, absolutamente nada.

Gabriela se recoloca en el sofá para mirar a Azahara de frente.

—Lo que pasa es que soy tonta —afirma—. He vuelto a ser una ingenua y me he creído todo lo que me ha contado sin darme cuenta de que, una vez más, me estaba utilizando. Me revienta sentirme así de utilizada. —Azahara no puede hacer otra cosa que negar con la cabeza—. ¿Y sabes cuál es la peor parte? —sigue quejándose—. Que todavía hay una parte dentro de mí que se cuestiona si es culpa mía por habérselo puesto todo en bandeja.

—No, eso sí que no —dice Azahara con firmeza, cogiendo su mano —. No te permitas pensar ni por un solo segundo que algo de lo que ha hecho tu hermana es culpa tuya porque no lo es.

—¿Cómo que no? —Azahara quiere volver a intervenir, pero Gabriela no la deja—. Fui yo quien le ofreció entrar de nuevo en mi vida. No conforme con eso, le facilité la vida dejándole dinero, dándole un techo bajo el que cobijarse, buscándole un trabajo cómodo para ella... Yo la metí en nuestras vidas. —Y recordando algo, se tapa la cara con las manos—: ¡Madre mía, las tías de Keira me van a odiar!

Se lamenta. Intuye que, igual que Ariadna no se ha despedido de ella, tampoco las habrá avisado. Encima tendrá que dar ella la cara.

—Gabriela, mírame —dice Azahara, apartándole las manos de la cara—. No eres responsable de las decisiones que Ariadna toma sobre cómo quiere vivir su vida. Aquí ya somos todas mayorcitas. —Ella la mira, no muy convencida—. Y deja de preocuparte por lo que dirán los demás. Como buena manipuladora, Ariadna ha conseguido engañarnos a todos —dice, mirándola directamente a los ojos—. Tú solo eres culpable de creer a una persona que, simplemente, venía con malas intenciones. Nada más. —Gabriela se queda en silencio y una lágrima que recorre su mejilla la delata. Se la limpia rápidamente con la manga de la sudadera—. Vale, y ahora, para respirar un poco, vamos a cambiar de tema —sugiere su amiga—. Cuéntame qué tal ha ido el fin de semana con Adrián.

Al oír su nombre Gabriela vuelve a taparse la cara para llorar. Le ha hablado mal. Lo ha tratado mal y lo sabe. Azahara la mira sin entender qué le pasa ahora; según los mensajes que intercambiaron el sábado por la mañana, todo iba bien.

—¿Tan mal ha ido? —susurra con cuidado.

—No.

—¡¿Entonces?!

—No sé ni qué decirte —se lamenta.

—¿Lo dices en plan catastrofista por lo que te ha pasado hoy o va en serio?

Entonces Gabriela se quita las manos de la cara y mira a su amiga.

—Ha sido muy bonito —explica incómoda—. Me llevó a Benicàssim y parecía que lo tenía todo programado. Incluso que tenía planeada la lluvia de ayer por la tarde. —Azahara sonríe—. Cada vez que me miraba sentía que le importaba de verdad.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—¡Todo! —exclama poniéndose en pie de un bote—. Me he dejado llevar como me dijiste. Me he permitido unas licencias que en otros momentos de mi vida ni se me hubieran pasado por la cabeza.

Azahara la ve moverse nerviosa por el salón.

—Gabriela, te has permitido ser feliz.

—Y eso es justo lo que no me gusta. Me enfada incluso —replica —. No tenía que haber bajado la guardia. Si no lo hubiera hecho, ni lo de Ariadna, ni lo que sucede ahora con él estaría pasando. ¿En qué estaba pensando?

Sin poder evitarlo, sonríe: Azahara recuerda a la perfección el día en que hablaron de Adrián. No olvidará nunca lo reticente que era Gabriela a siquiera ofrecerle su amistad a ese chico.

—Si no me hubieras insistido en que le diera una oportunidad...

—La decisión final fue tuya. —Sonríe Azahara.

Aunque su sonrisa le pique, Gabriela sabe que tiene razón. Nadie la obligó a aceptar aquella primera cena. Como tampoco a seguir quedando, ni siquiera a irse de fin de semana los dos solos.

—Aza —murmura volviendo a sentarse—, no sabes cómo me miraba estos días... De una manera... diferente. No sé cómo explicártelo, el brillo de sus ojos era distinto. Como si pudiera verle corazones en las pupilas, te lo prometo.

Gabriela consigue que su amiga suelte una carcajada.

—Y eso ¿qué tiene de malo?

—Que no quiero ser la historia triste de nadie.

Que Gabriela diga eso consigue ponerle el vello de punta. Sin poder evitarlo, se acerca a ella para abrazarla. Las dos se quedan un momento en silencio.

—Gabriela, no puedes pensar así —comenta con cariño al separarse.

—¿Cómo que no?

Las amigas se miran, cogidas de la mano.

—Adrián ha elegido estar conmigo sin tener toda la información. Sin saber lo que tú y yo sabemos... Quizá ha llegado el momento de que habléis y te permitas por fin abrirte y ser vulnerable.

—Pero me da miedo.

Azahara la entiende y, apretándole la mano con cariño, responde:

—Para perder el miedo tendrás que dejar de alimentarlo.

Gabriela cierra los ojos y aprieta la mandíbula. Sabe muy bien que su amiga tiene razón, y cuanto antes se enfrente a sus miedos, mejor. «Ojalá fuese tan fácil», piensa, sin embargo.

—Recuerdo que cuando dudaba en si cenar con él por primera vez me preguntaste qué era lo peor que podía pasar por aceptar su invitación. Ya tengo la respuesta. —Azahara asiente al recordarlo—. Que me enamorara de él.

El fin de semana que pasé con Adrián queda tan lejos...

Han pasado unas dos semanas desde que aquel domingo mi mundo explotara..., ¿no? Últimamente, no sé ni en qué día vivo.

Hace ya días que fui al banco a dar de baja la tarjeta de crédito asociada a mi cuenta bancaria y a pedir una totalmente nueva. Así Ariadna no podrá robarme más dinero, bastante se ha llevado ya.

Aparte, también se llevó ropa, collares y pulseras. Y lo que más valor sentimental tenía para mí: el piano del tío Juanjo. No creo que pueda perdonarle nunca el dolor que me ha causado. Cada día que paso por donde estaba el instrumento siento que se me parte el corazón.

Sigo muy afectada.

Estoy herida. No me esperaba esto de ella. No es justo. Con lo bien que me he portado, no lo merezco. Pero está claro que ella debe pensar otra cosa.

Sigo sin noticias, ni llamadas ni mensajes. Nada.

También me duele pensar en él. Adrián no se merecía la forma en que lo eché de casa aquel día. Aunque hay pequeños momentos en

los que pienso que fue lo mejor que pude hacer, en el fondo... sé que no, al menos no así. Me arrepiento.

Antes de reconocerle a Azahara que me había enamorado de Adrián, ya lo sabía. No quería verbalizarlo. No quería ni siquiera escribirlo aquí. Me daba miedo.

Lo supe el día en el que falté al trabajo por ser uno de esos en los que no me encuentro bien y él se presentó en casa solo para traerme cosas que creía que podrían ayudarme a sentirme mejor.

Cuando esa tarde le ofrecí que se quedase conmigo, algo en mí sabía que lo estaba haciendo a largo plazo.

Lo echo tanto de menos...

Me escribe y me llama. Todos los días recibo algún mensaje, a veces para contarme qué tal ha ido su día, otras, para decirme que quiere verme o incluso solo para enviarme una foto de Trasto durmiendo.

No he respondido a ninguno. No puedo. Adrián no se merece esto, no se merece sufrir por mí más de lo necesario.

Todos podemos superar una ruptura. Al fin y al cabo, muchas parejas se separan. Al menos este dolor es pasajero y, a la larga, me alegraré de haberlo hecho. No por mí, sino por él.

No quiero ser egoísta.

69

Los días pasan y en lo único en lo que puede pensar Adrián es en ella. No puede sacarse de la cabeza ese fin de semana juntos, como tampoco olvida lo preocupado que se quedó cuando, prácticamente, le ordenó que se fuese de su casa tras conocer la huida de Ariadna.

Todo eso le tiene la mente tan nublada que está empezando a repercutir en el trabajo. Él lo sabe, incluso su padre le ha preguntado qué le pasa. Ha optado por contárselo por encima, sin entrar en detalles.

Por más que llama a Gabriela y le manda mensajes, ella no contesta a nada. Tras recibir su negativa durante días, y sin querer perseguirla para no agobiarla más, le preguntó a sus primos, sobre todo a Keira. No ha tenido suerte, tampoco sabía mucho de su amiga.

Como último recurso, habló con Azahara, al fin y al cabo, tiene contacto directo con Gabriela. Esta, aparte de asegurarle que hablará con él, también le pidió que no la agobiara, que necesita su tiempo. Y eso es justo lo que está haciendo: conteniéndose día tras día para no aparecer en la clínica veterinaria a esperar a que su turno termine para hablar con ella.

Por su lado, Gabriela está hecha un lío. Lleva semanas sin saber qué hacer ni qué decir. Lo de Ariadna ha sido un duro golpe, confiaba en ella. Lo que menos esperaba es que se la fuese a jugar así, pero lo hizo. Tras tantos días le ha quedado claro que su hermana se ha ido para no volver. Y, en caso de volver, sería para

tratar de hacerle lo mismo de nuevo. Lo único positivo que saca de todo esto es que ha aprendido una lección.

Todo lo contrario que con Adrián. En este caso es ella la que no le da a él señales de vida. Cada vez que le suena el móvil y ve su nombre en la pantalla, siente un extraño hormigueo en el cuerpo. Y aunque se muere de ganas de hablar con él, no sabe cómo afrontarlo, aunque de momento parece haberse decantado por dejar pasar el tiempo y que todo se vaya asentando poco a poco.

Cada día, al ver a Azahara en el trabajo, ella le pregunta por el tema. Su amiga quiere saber si ha hablado con él, pero su respuesta siempre es la misma: «Cuando esté preparada».

Gabriela miente. No tiene pensado hablar con él, al menos no de momento. Por más que lo piensa, no sabría qué decirle. Pero darle esa respuesta es lo más fácil y cómodo para que Azahara no la agobie en exceso.

Uno de esos días, Keira llega a casa de trabajar. Se ducha y se prepara, tienen una cena familiar. Es el cumpleaños de su tío Youssef y, aunque ha pillado entre semana, la familia entera ha quedado en ir a su casa a cenar. Es lo bueno de que todos vivan en el mismo edificio.

Tras saludar a todos, Keira se da de bruces con su primo Adrián, que prácticamente no despega los ojos del móvil.

—Anda, prima, has llegado —murmura al verla.

—Hola a ti también, Adri.

Todos charlan animadamente durante la cena. Todos menos uno: Adrián se dedica a observar al resto, siempre con el móvil a la vista. Miguel y Keira no necesitan comentarlo, se entienden con la mirada.

En un momento dado, harta de su actitud, Keira le da un golpe por debajo de la mesa. Al segundo su primo la mira con gesto de enfado. Ella consigue justo lo que quería: llamar su atención.

—¿A qué coño viene eso? —susurra él de malos modos.

Ella lo mira y, cogiendo la jarra de agua, la vacía en los vasos que tienen alrededor.

—¡VAMOS A POR MÁS AGUA! —exclama.

Sin darle tiempo, Keira se pone en pie y engancha a su primo del brazo para que la siga. Una vez en la cocina, pregunta dejando la jarra en la encimera.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Que me duele la pierna, eso me pasa —se queja él molesto—. ¿A qué ha venido eso?

Ya de por sí, Adrián no tenía muchas ganas de ir a la cena, pero que su prima lo haya golpeado ha terminado por ponerlo de mal humor.

—No digas tonterías, ¿estás así por lo de Gabriela?

Él suspira profundamente.

—Paso.

Keira no lo sabe todo, pero conoce más o menos lo que ha pasado. Lo último que supo es que se iban de fin de semana romántico los dos solos. Luego fue lo de Ariadna y desde entonces Gabriela ha estado más ausente de lo normal. Entiende que esté agobiada y que quizá le haya pedido a su primo algo de espacio. Pero ya son muchos días. Demasiados.

—Vamos a ver, Adrián, ¿por qué no vas a hablar con ella?

—Sí, hombre, claro —farfulla—. Ojalá fuese tan fácil.

—Es tan sencillo como presentarte en su casa y decirle que tenéis que hablar —sugiere—. No creo que Gabi te vaya a cerrar la puerta en las narices.

Instintivamente le saldría corregirla y decirle que no le gusta que la llamen Gabi, pero no lo hace. Lo único que quiere es terminar con esa conversación cuanto antes.

—Me estoy limitando a respetar sus tiempos —responde cogiendo la jarra y yendo al grifo para llenarla—. Cuando Gabriela esté preparada, me avisará.

Pero Keira, observando cada uno de sus movimientos, murmura:

—Y si eso no llega, ¿qué pasa? ¿Pretendes quedarte así para siempre?

Adrián no responde. Durante unos segundos se dedica a ver caer el agua y cómo la jarra se llena. Cierra el grifo antes de que rebose y, al girarse, ahí sigue ella, cruzada de brazos.

—Keira, déjame en paz.

Y así, sin mediar más palabra, Adrián vuelve al salón, dejándola sola.

Esa misma noche, un par de horas más tarde, Keira está en la cama dando vueltas sin poder dormir, hasta que tiene una idea. Coge el móvil y, aunque sabe que es tarde, escribe a Azahara.

> Sé que no son horas, pero he tenido una idea. Estoy harta de ver a mi primo mal, así que he pensado en que este sábado podemos organizar un día de chicas y pasar el día con Gabi. Así podemos hablar con ella y que nos cuente qué les pasa. ¿Te parece? Ya lo hablamos mañana, buenas noches, guapa.

Vuelve a dejar el móvil en la mesilla y cierra los ojos con la esperanza de que su novia la apoye. Si ellos no hacen algo, ellas lo harán.

70

Es sábado y las chicas van a recoger a Gabriela. Solo hace un par de días que le dijeron que pasaría el día con ellas, algo de lo que intentó escaquearse, pero finalmente le fue imposible. Aunque a ella lo único que le apetece es estar en su casa, no le queda opción.

Sus amigas la saludan con buen ánimo mientras ella sube al coche a regañadientes. Tras unos pocos minutos llegan al restaurante italiano en el que Azahara ha reservado mesa. Toman asiento y, tras pedir, Keira mira a las otras dos y pregunta:

—Bueno, chicas, ¿cómo ha ido la semana?

Gabriela, que da un trago a su vaso de agua, mira a Azahara. Por su gesto entiende que debe empezar ella.

—Para mí ha sido una semana con más estrés en casa que en el trabajo —dice Azahara—. Mi familia está empezando a hablar sobre dónde iremos de vacaciones este verano y todo vuelve a ser un caos.

Dejando el vaso sobre la mesa, Gabriela asiente. Recuerda cuando en Navidad le contó el debate que tenían para elegir destino.

—Como os podréis imaginar, cada uno quiere ir a un sitio distinto —continúa—. Así que yo prefiero abstenerme. Con tal de viajar iré donde ellos quieran.

Ahora cambian las tornas y es Azahara quien mira a Gabriela para que hable.

—Mi semana bien, llena de trabajo. Sin más —murmura—. ¿Tú qué tal, Keira?

—¡La mía muy bien! —exclama con alegría.

—¿Y esa efusividad?

Azahara y ella se miran. Lo suyo no está pasando por su mejor momento, hace pocos días discutieron y decidieron, al menos de momento, poner su relación en pausa. Pero, al ver la situación de su amiga con Adrián, decidieron cumplir su palabra y no dejar que lo suyo interfiera en su amistad con la morena. Por eso están las dos hoy ahí.

—La semana pasada acompañé a mi madre a la revisión de los seis meses —les explica con una gran sonrisa—, y ayer la llamaron para decirle que está todo perfecto.

—Revisión... ¿de qué?

—Mi madre tuvo cáncer de mama, ¿no os lo había contado? —Las otras dos niegan con la cabeza—. Tampoco es algo de lo que hable mucho, no es una época me que guste recordar —dice con sinceridad—. Pero agradezco mucho tener una familia tan unida como la mía... Sin ellos no sé cómo lo habríamos conseguido.

Mientras escucha lo que les cuenta su amiga, en un momento dado Gabriela mira a Azahara. No dicen nada, pero parecen entenderse.

—Pero ¿ya está bien? —se interesa Gabriela.

—Sí, lo superó hace ya tres años —afirma feliz—. Cada seis meses tiene que hacerse una revisión y confirmar que todo va como tiene que ir.

Tras hablar de ese tema y de alguno más, las chicas terminan de comer. A continuación, avisan a Gabriela de que irán a un *spa*, de manera que le quede claro que sus amigas tienen el día totalmente organizado. Incluso le han comprado un biquini para la ocasión.

Sonríe, le apetece el plan. Hace años que no va a uno de esos lugares de autocuidado y tratamientos de relajación.

Nada más llegar, las recibe un chico para darles un albornoz a cada una, así como unas zapatillas antideslizantes y un gorrito para recogerse el pelo. Además, les da unas llaves para que dejen sus pertenencias en las taquillas.

Las tres se cambian en el vestuario para ponerse los bañadores. Tras explicarles el orden que deberían seguir para la experiencia de relajación, las chicas empiezan. Prueban varias y diversas salas. En unas hace calor y en otras, frío. Una está oscura y llena de sal, y también dan con una pequeña piscina de flotabilidad.

En una de esas salas, según las instrucciones que leen en la puerta, tendrán que estar quince minutos. Keira aprovecha para sacar el tema, necesita salir de allí con respuestas.

—Tía, ¿te puedo hacer una pregunta?

Gabriela, al ver que la rubia la mira, asiente. Imagina por dónde van los tiros.

—¿Qué os ha pasado a Adrián y a ti? —Al ver que ella la mira con gesto extraño, sigue indagando—: No entiendo cómo habéis pasado de ser una pareja idílica a no ser... nada.

Tras respirar hondo, Gabriela responde:

—No sé qué quieres que te diga, Keira. Desde lo de mi hermana no estoy pasando por mi mejor momento.

—No debe de ser sencillo —añade Azahara.

—Sé que tengo muchas cosas que decir, pero no termino de tener del todo claro cómo expresarlas.

Keira asiente, quiere entenderla. De igual manera que trata de entender a su primo.

—A veces lo peor que puedes hacer es pensar demasiado las cosas, así nunca encontrarás el momento adecuado —sugiere Azahara—. Cuanto más rápido y ágil sea, mejor. Como cuando te quitas una tirita.

—Ojalá fuese así de fácil.

Esas últimas cinco palabras resuenan en la mente de Keira, ya las ha escuchado antes.

—Eso es justo lo que dijo el otro día Adrián cuando hablábamos de ti.

—¿En serio? —murmura una sorprendida Gabriela.

No duda de que Adrián aún piense en ella, igual que ella no puede dejar de pensar en él. Lo que no esperaba es que hablase de ello con Keira.

—¿Que si habla de ti? —Se miran—. A ver, no te voy a negar que cuesta un poco sacarle las palabras. Vamos, no sé qué le habrás hecho, pero que sepas que mi primo está completamente enamorado de ti, tía.

Azahara no puede evitar taparse la boca. Por su parte, Gabriela pestañea, notando cómo su respiración se vuelve algo más pesada por momentos. No quería oír eso, ¿o sí?

—Nunca lo había visto así por nadie, ni siquiera con Triana —sigue hablando Keira—. Te lo prometo, lo has cambiado.

Las palabras de Keira solo consiguen que Gabriela se lamente aún más. En el fondo deseaba que le contase que Adrián no habla ni piensa en ella. Que ya la ha olvidado y rehecho su vida. Pero lo que le acaba de decir es justo todo lo contrario. Gabriela siente que se le acelera el corazón y, mientras las otras dos lo siguen comentando, ella trata de controlar la respiración para que su cuerpo se temple.

Pocos minutos después salen de esa estancia y se dirigen al último circuito antes de acabar en la gran piscina. En la zona que les toca ahora deben pasar por una pequeña piscina de agua muy fría y otra de agua muy caliente. Keira y Azahara van delante de Gabriela. Cuando llega su turno, trata de hacerlo lo más rápido posible. No le gusta el contraste del frío con el calor, le provoca picores.

—No sé qué es peor, si una u otra —intenta bromear al salir.

Se ponen los albornoces y se encaminan a la piscina grande. Allí podrán bañarse, disfrutar de los chorros de hidromasaje, tumbarse a descansar...

De camino, Azahara y Keira se adelantan charlando, parece que ya no están tan incómodas como cuando empezó el día. A medida que han ido avanzando las horas, el ambiente entre la pareja se ha relajado. Gabriela camina detrás de ellas; desde hace un rato no se encuentra bien. Cree que los contrastes de temperatura de la última fase le han sentado mal.

Al darse la vuelta para decirle algo, Azahara ve que a su amiga se le cierran los ojos y se desploma.

—¡GABRIELAAA!

71

Pi... Pi... Pi...

Lo primero que escucha Gabriela al despertar es un sonido rítmico y constante. Poco a poco abre sus pesados párpados. Entreabre ligeramente la boca y nota lo seca que tiene la garganta; también le duele la cabeza.

Cuando consigue por fin abrir los ojos, ve sobre ella un techo blanco y un pensamiento recorre su mente: «Huele a hospital». Los cierra de nuevo e intenta centrarse en lo último que recuerda. Más allá del *spa*, no consigue ver nada nítido, pero le vienen distintas sensaciones. Sobre todo, recuerda sentir frío, oír a alguien gritar su nombre y una sirena estridente.

Todas esas sensaciones e imágenes borrosas le producen cierta inquietud al conseguir que llegue a cuestionarse si realmente lo ha vivido o solo ha sido un sueño. Aunque si está tumbada en una cama de hospital, lo más factible es que lo haya vivido.

Se lleva la mano izquierda a la cabeza. Tiene un pequeño vendaje sobre la ceja y le duele. Imagina que de alguna forma debió golpearse.

Mueve lentamente la cabeza para ver el resto de la habitación... y lo ve. Adrián está ahí con ella, sentado en una silla con los brazos sobre la cama y la cabeza ladeada y apoyada encima. Tiene los ojos cerrados, debe de estar dormido. Gabriela lo mira y piensa: «¿Qué hace aquí?».

El ruido de la puerta al abrirse hace que mire hacia el otro lado. Entran Azahara y Keira, café en mano. Adrián, que tarda un momento en entender dónde está, también se despierta y estira los brazos con cierta dificultad por haberse quedado dormido en una posición incómoda.

La primera en acercarse a ella es Azahara.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien... —murmura Gabriela.

Keira le da un café a Adrián y se dirige a ella:

—¡Vaya susto nos diste ayer! —exclama de buen humor—. ¿Te duele algo?

Gabriela intenta centrarse en lo que dice, pero el cerebro aún le va a cámara lenta.

—La cabeza, el orgullo...

—¿Quieres que vaya a avisar para que...?

Tres sutiles golpes en la puerta hacen que Keira se calle. Es la médica. En lo poco que tarda en acercarse a la cama, Gabriela y Adrián se miran, y él, con su bonita sonrisa, susurra:

—Hola...

La médica, una mujer morena con pelo largo y bata, se acerca a la cama. Gabriela se fija en la carpeta que lleva en la mano. Adrián, al verla entrar, se pone de pie pasándose una mano por el pelo.

—Buenos días —saluda mirando a los acompañantes—. ¿Familiares directos?

Mientras que Azahara y Keira se miran entre sí, Adrián responde sin dudar.

—Soy su novio.

Gabriela lo mira sorprendida. No se lo esperaba.

—Nosotras, sus mejores amigas —lo sigue Azahara.

La mujer asiente y se centra en Gabriela.

—Buenos días, soy la doctora Tania Medina. —Le sonríe—. ¿Cómo te encuentras?

—Me duele un poco la cabeza.

—Ayer te golpeaste al caer y tuvimos que darte tres puntos.

Gabriela la escucha sin decir nada. Le asusta un poco oír eso, aunque al menos ya sabe de qué le duele.

—¿Me quedará marca?

—No te preocupes por eso ahora —dice la mujer, divertida porque su mayor preocupación sea esa.

Baja la mirada para echar un vistazo a los papeles y vuelve a mirarla. Aunque no se conocen, Gabriela entiende que ahora viene la parte seria de la conversación.

—¿Prefieres que hablemos en privado?

Todavía algo aturdida, mira a Adrián y a las chicas. No tiene sentido que siga escondiéndolo. No puede más.

—Pueden quedarse.

—El episodio de ayer no fue un simple desmayo —comienza a explicarle—. Como ya podrás imaginar, fue una descompensación relacionada con tu miocardiopatía dilatada.

Azahara mira a su amiga, mientras que Adrián y Keira fruncen el ceño, sorprendidos.

—La enfermedad provoca que el músculo cardíaco pierda fuerza. Y eso, a su vez, conlleva una limitación de tu tolerancia al esfuerzo —continúa al verla asentir—. Imagino que no te estoy contando nada nuevo.

Gabriela asiente. Conoce la información más que de sobra.

—¿Descompensación...? —pregunta Adrián, casi en un suspiro.

—En otras palabras, que su corazón está trabajando al límite —responde con calma la doctora—. Lo que en situaciones de

sobrecarga puede provocarle síncopes como el de hace tan solo unas horas.

Él asiente, tratando de aparentar tranquilidad y de entender lo que pasa. Gabriela se halla en el hospital y, por lo que parece, está enferma. Echa un rápido vistazo a la cama y, dando un ligero paso hacia atrás, se acerca para darle la mano.

—Pero has respondido bien al tratamiento —afirma la médica.

—Llevo años así, con revisiones semestrales —responde Gabriela de manera pausada—. Lo tengo controlado.

Adrián la mira confundido y ella lo evita.

—Justamente de eso quería hablar contigo —señala la doctora volviendo a la carpeta—. Quería preguntarte si el hecho de que los últimos cambios no estén en el informe se debe a que no has avisado a tu médico o a que tenemos el informe desactualizado.

La doctora no le dice que, gracias a que su amiga Azahara les facilitó el nombre de Ginés Expósito, ella ya ha hablado esa misma mañana con el doctor que lleva el seguimiento de su caso.

—¿Qué cambios?

—El embarazo.

El silencio vuelve a reinar.

Esa palabra cae como un jarro de agua fría. Azahara no puede evitar llevarse la mano a la boca mientras Keira se pega a ella. Y Adrián, cada vez más confuso, parpadea: «Además de estar enferma, ¿Gabriela está embarazada?».

Ninguno dice nada, aunque todos la miran en busca de explicaciones. Ella pestañea sin dar crédito a la información que acaba de escuchar: «¿Estoy embarazada?».

Necesita un segundo.

Aunque no le ha venido la regla desde diciembre, no es algo que le preocupara. No es la primera vez. Tener períodos irregulares es

algo completamente normal en muchas mujeres, aún más si tienen cardiopatías como ella. Está claro que haber alojado a su hermana y la historia con Adrián han sido dos distracciones que han hecho que esté más despistada.

Mirando a la doctora, totalmente alucinada, susurra con un hilo de voz:

—¿Qué? ¿Embarazada? Eso no... Eso no puede ser, yo no...

El monitor percibe que sus pulsaciones aumentan y así se lo hace saber a todos acelerando los estridentes pitidos.

—¿No lo sabías? —Ella niega, algo pálida—. De acuerdo. Gabriela, tranquila. Hemos confirmado una gestación de unas dieciséis semanas. Todo indica que el bebé evoluciona bien.

Gabriela la escucha con toda la atención que puede prestarle en ese momento, que tampoco es mucha.

«Dieciséis semanas... ¿Cuatro meses?», piensa. Mira a Adrián. Solo con ver su gesto sabe que está totalmente desconcertado.

Es la doctora quien vuelve a hablar.

—En tu situación, supone un riesgo añadido para el corazón —le explica.

Adrián menea la cabeza. Intenta centrarse en lo que dice la médica, pero no puede. Mira a las chicas y ve que Azahara y su prima se miran con preocupación. Trata de centrarse y le pregunta a la doctora:

—¿Eso qué quiere decir?

—Que el embarazo supone un riesgo para la madre —responde con claridad. Él asiente asustado y Tania Medina vuelve a dirigirse a la paciente.

—Ginés Expósito, tu médico, te espera en los próximos días para reajustar la medicación —afirma—. De igual manera, valoramos

hacerte más pruebas adicionales, además de que, a partir de ahora, deberás tener un control mucho más estrecho.

La cara de Gabriela es un poema. Siente que todo le viene grande. La doctora es consciente y no quiere darle demasiada información de golpe. Por lo que, tras echar un nuevo vistazo al monitor, decide que es el momento de irse.

—Volveré más tarde para comentarte con calma las opciones con las que cuentas —le dice antes de despedirse—. Hasta entonces, descansa.

—Gracias —murmura.

La doctora se marcha y el silencio invade la habitación.

72

Pasan los segundos y el silencio se vuelve pesado e incómodo.

Desde la cama de hospital observa a las tres personas que la acompañan y se siente expuesta, completamente vulnerable ante lo que acaba de contar la doctora. No solo su enfermedad le ha dado un toque para recordarle que está ahí, sino que también está embarazada. Pero sí se ha dado cuenta de algo: Adrián sigue sujetándole la mano. No la ha soltado en ningún momento.

Necesita acabar con ese ambiente tan cargado.

—No era así como tenía pensado que os enterarais de mi enfermedad —dice pretendiendo romper el hielo.

Pero no lo consigue. Ni siquiera ha conseguido decir esa frase sin que le temblase ligeramente la voz.

—Voy a por agua —avisa de repente Adrián—. ¿Queréis algo?

Las chicas dicen que no y Gabriela nota cómo él suelta su mano y sale de la habitación sin mirar atrás. No puede evitar quedarse mirando la puerta, sintiendo que una pena inmensa la invade. Ahora sí lo ha conseguido, ha ahuyentado a Adrián por completo. Siente que, si antes no lo había perdido, acaba de perderlo.

—Ya hablaré con él luego —murmura Keira al darse cuenta de la situación.

Azahara y ella se acercan a su amiga para darle su cariño.

—¿Cómo estás? —le pregunta Azahara—. Y esta vez déjate de respuestas superficiales, quiero la verdad.

—Sorprendida y molesta —consigue balbucear.

—¿Te duele algo? —se interesa con rapidez Keira—. ¿Voy a avisar?

—Molesta conmigo misma —recalca—. Os lo tenía que haber contado antes. Y sorprendida por lo del embarazo. No lo sabía. —Las tres amigas se miran en silencio—. Aza, tú tenías razón, como siempre. Se lo tenía que haber contado antes, pero no lo hice. No te hice caso y aquí estoy, en esta cama de hospital, y con una situación...

Rápidamente, Keira mira a la recién mencionada.

—¿Tú lo sabías?

—Sí, pero solo lo de la miocardiopatía dilatada —le explica—. Como sabes, cuando Gabriela y yo nos conocimos, su tío ya no estaba y ella no tenía a nadie a su lado. Nos hicimos amigas y a los pocos meses me lo contó.

Gabriela asiente con una sonrisa. Menos mal que apareció Azahara en su vida. Si no la hubiera tenido a ella, no sabe cómo habría podido remontar, ya que cuando su tío Juanjo falleció, pasó demasiado tiempo sola.

Keira se limita a asentir y a decir con cariño:

—Aunque estoy algo enfadada contigo por no haberme contado lo que te pasaba en cuanto a tu enfermedad del corazón, quiero que sepas que, al igual que Aza, yo también estoy para lo que necesites. —Gabriela sonríe agradecida. Sin poder contenerse, Keira pregunta —: En cuanto al bebé... ¿Es de Adrián? —Gabriela asiente. Tras unos segundos de silencio, Keira sigue hablando—. ¿Qué te preocupa más ahora mismo, el embarazo o que Adrián se haya ido?

—Las dos cosas, pero lo entiendo. Comprendo que mi enfermedad y el embarazado lo hayan superado y haya decidido irse —susurra. Las dos amigas la miran frunciendo el ceño—. Como ya te he dicho otras veces, Aza, no quiero ser la historia triste de nadie.

—Gabriela, ¿te estás escuchando? No puedes...

Pero la conversación llega a su fin al escuchar la puerta abrirse.

73

«Has vuelto», se dice Gabriela.

En cuanto han visto entrar a Adrián, las chicas se han despedido. Prefieren irse a la cafetería y dejarlos a solas. Ya volverán en otro momento.

Adrián camina despacio hacia la cama. Cuando está a su lado, deja una botella de agua sobre la mesilla y le ofrece algo a Gabriela. Es un Kinder Bueno. Él tiene otro de chocolate blanco en la mano.

—Primero hablamos y luego voy a preguntar si te lo puedes comer. ¿Te parece? —sugiere él.

—Vale —susurra Gabriela.

Se sienta en el borde de la cama y le toma de nuevo la mano, coge aire y dice:

—No sé si empezar por hablar del embarazo o de tu enfermedad.

—Por lo que tú quieras.

—Es mío, ¿verdad? —Gabriela asiente con la cabeza—. No es que no me importe el embarazo —dice con seguridad—, pero me importa más tu enfermedad. ¿Desde cuándo tienes la mioca...?

—Miocardiopatía dilatada —dice, entendiendo que no lo sepa ni pronunciar—. Me la detectaron hace unos años, cuando ya vivía con mi tío Juanjo. Un día estábamos limpiando y de pronto me desmayé. Al despertarme en el hospital me lo contaron todo.

Él la escucha con gesto serio. No está enfadado, está confundido porque no se lo haya contado.

—¿Lo sabía alguien más, aparte de tu tío?

—Al poco tiempo de conocer a Azahara, se lo conté. No tenía a nadie y necesitaba que, si me desmayaba o me pasaba cualquier cosa, hubiese al menos una persona que pudiera informar a los médicos —le explica sin prisa—. Bueno, y mi jefe. Jacobo también lo sabe.

—Y a mí ¿por qué no me lo has contado?

Gabriela lo mira con cierta pena.

—Porque no es algo que le vaya contando a todo el mundo, Adri —intenta decir con humor—. Aunque a ti hacía tiempo que quería decírtelo. De verdad que quería hacerlo, pero... no encontraba el momento.

—Supongo que nunca hay un buen momento para contar algo así —dice él, provocándole una sonrisa.

Ambos se miran. Solo ellos son capaces de entender lo que sus ojos dicen sin necesidad de palabras.

—Otra de las razones para no contártelo es porque no quería que me miraras así —murmura Gabriela.

—Así, ¿cómo?

—Como si me estuviera muriendo.

A Adrián se le contraen todos los músculos del cuerpo.

—Gabriela, no digas tonterías. No te vas a morir.

Ella suspira. Odia la situación.

—No es mi intención. Pero mi corazón es el que es...

Adrián nota cómo se le acelera la respiración. Gabriela se da cuenta, por lo que, para intentar que él hable y no se quede nada dentro, le pregunta:

—¿Tú qué tal estás?

—No lo sé. Me asusta absolutamente todo lo que he escuchado, pero a la vez no entiendo nada. Solo intento procesarlo... —Gabriela lo escucha con atención. Es normal—. En cuestión de minutos, no

solo me he enterado de que mi novia está enferma del corazón, sino de que también está embarazada y que, además, es un embarazo peligroso.

Se hace un silencio entre ellos. Gabriela aprieta los dientes al volver a escuchar que se refiere a ella como su novia. Es muy consciente de que lo que acaba de mencionar es, cuanto menos, complicado, y murmura:

—Sé que soy mucho.

Adrián, mirándola directamente a los ojos, le deja clara una cosa.

—Gabriela, eres la cantidad justa para mí.

A ella le gusta oír eso, la enternece, pero no quiere ser egoísta. No quiere atar a Adrián a todo aquello. No es justo para él.

—Adrián, seamos sinceros —dice, tratando de recolocarse en la cama—. Estoy enferma y es una putada.

—En eso tienes razón, es una mierda.

—El dolor de otras personas es incómodo. A nadie le gusta estar en un hospital ni tener que pasarse horas en una sala de espera. Por eso entiendo que...

—Me pasé horas en el hospital cuando mi tía Zulema tenía cáncer —la interrumpe—, tengo experiencia.

Ella respira hondo para continuar.

—Adri, lo que quería decir es que entiendo que quieras alej...

—No me voy a ir.

—Pero es lo más sensato.

—¿Sensato para quién?

—Para ti.

—Me da igual, prefiero quedarme —dice sin cambiar de opinión—. ¿Tú crees que soy el tipo de persona que abandona?

—No estoy diciendo eso.

—¿De verdad crees que sería fácil para mí alejarme de ti?

Ella, cansada, cierra los ojos un instante.

—Lo que intento decir es que a lo mejor ahora piensas así porque estás en caliente, pero en un par de días, cuando lo veas con perspectiva, te darás cuenta de que es lo más lógico. —Él la mira conmovido. No solo la quiere, sino que Gabriela está esperando un bebé suyo—. Si te vas, prometo no odiarte, Adri; esta situación supera a cualquiera —insiste ella con gesto serio—. Y en cuanto al bebé, no sé qué va a pasar. No sé si lo podré tener y...

—Permíteme que decida yo si esto es demasiado para mí o no —la interrumpe de nuevo—. No puedes controlar el dolor ajeno a base de aislarte de los demás.

—No sabes lo que implica...

A Gabriela se le humedecen los ojos. La situación le recuerda a su tío, a todo lo que vivió con él. A la soledad que sintió. Aunque no fue fácil, decidió quedarse con él. Pero no quiere que Adrián sufra de la misma manera que ella, y mucho menos que sienta esa soledad.

—Escúchame, sé que habrá días mejores y días peores —comenta él al ver sus ojos—. Entiendo que habrá momentos en los que no será fácil, pero quiero estar contigo.

—Pero yo no puedo ofrecerte un futuro idílico y perfecto. —Solloza —. No puedo darte una historia romántica, como esas de las películas que hemos visto.

—¿Cómo que no? —Él suelta una risa—. En esas películas solo nos cuentan cómo se enamoran, no suelen permitirnos ver la evolución de ese amor. Las partes menos bonitas, las más... imperfectas. Gabriela, te conozco un poco y sé que te preocupa no darme ese futuro perfecto con el que todos soñamos, pero ¡me da igual! Si todo fuese perfecto, qué aburrido, ¿no?

—Pero, Adri...

—Mi futuro idílico y perfecto eres tú, ¿todavía no te has dado cuenta?

—¿Y si te acabas arrepintiendo?

—Nunca me arrepiento de nada. Jamás —suelta con gracia, recordando una frase de Jack Sparrow—. Y mucho menos de ti.

Ella no dice nada, por lo que él, apretando aún más su mano, murmura:

—Sé que esto va a sonar muy cursi, y fuera de aquí negaré haberlo dicho, pero quiero vivirlo todo contigo. —Sonríe—. No me prives de ello, por favor.

—Efectivamente, es muy cursi.

—Lo sé. Pero el efecto al escucharlo es bueno, ¿verdad?

—Muy bueno —dice ella, consiguiendo sonreír. Adrián respira aliviado al ver esa diminuta sonrisa.

—¿Qué pasa si decido no tener el bebé?

—Aceptaré lo que decidas, y más si tu vida corre riesgo —responde él con seguridad.

La mente de Gabriela va a mil por hora. La doctora le ha dicho que volverá más tarde y le contará sus opciones. Intuye que quizá esa sea una de ellas, ya que sabe que, a partir de la semana catorce, el aborto está permitido bajo diagnóstico de un médico.

Adrián se acerca aún más y rodea el rostro de Gabriela con las manos.

—No te dejaré sola. Estoy aquí y de aquí no me voy a mover.

—Pero, Adri... Solo tienes veintiséis años y no puedo hacerte cargar con... con tanta responsabilidad.

—Gabriela, a mí me importas tú. Y puedo cargar con todo lo que me proponga. Lo demás es secundario.

—¿Y si decido seguir adelante con el bebé y sale mal?

—Lloraremos juntos. —Adrián responde sin dudar.

—¿Qué pasará cuando mi corazón empeore?

—Le pondré una tirita.

Sin poder aguantar más, y emocionada por su manera de responder y de buscar una solución a todo, Gabriela comienza a llorar. Adrián nota que sus manos se humedecen y le seca las lágrimas con sumo cuidado.

—Gabi... Gabriela —vuelve a hablar—. No me voy a ir a ningún lado, como mucho, hasta la máquina expendedora de ahí fuera a por un café, y volveré. Te lo prometo. Y en cuanto al bebé, ya lo hablaremos. Pero que te quede claro que tú tienes la última palabra. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Ella lo mira conmovida cuando él decide, por fin, preguntarle algo que le intriga desde hace tiempo, así destensará un poco el ambiente.

—Oye, ¿por qué no te gusta que te llame Gabi?

—Porque la primera persona que empezó a llamarme así fue mi hermana e, inevitablemente, cada vez que alguien utiliza el diminutivo me acuerdo de ella.

—De acuerdo —asiente—, entonces tendré que llamarte de otra forma... —sugiere, tomándose un segundo para pensar opciones—. ¿Qué te parecen amor, Ela, princesita, cari, Gabs, algodoncito...?

Ambos sueltan una carcajada. Ríen a pesar de que la situación no es la más favorable. Pero si algo tiene él claro es que ella necesita reír. Necesita positividad. Adrián baja las manos mientras ella lo mira.

—No quiero que te quedes conmigo por pena.

Pero Adrián, clavando sus ojos en ella, responde:

—Gabriela, lo hago porque te quiero y porque quedarme contigo es lo único que tiene sentido.

Hace un par de días que me dieron el alta en el hospital.

Qué cierto es eso de que como en casa no se está en ningún sitio.

No sé bien cómo ordenar todo lo que tengo en la cabeza...

El día del spa *con Keira y Azahara me desmayé y, aunque recuerdo cosas sueltas, no sé bien qué pasó hasta el día siguiente. Lo que sí recuerdo es la sensación de agobio que tenía y que comencé a sentir una fuerte presión en el pecho.*

Al primero que vi al despertar en el hospital fue a Adrián. A pesar de que la última vez que nos vimos lo eché de mi casa y me pasé semanas sin darle señales de vida, estaba ahí conmigo.

Desde ese día he sentido su apoyo a diario. Mañana tengo cita con Ginés, mi doctor desde hace años, y ya me ha dejado claro que moverá cosas del trabajo para poder acompañarme.

Cuando se enteraron de todo, la familia de Adrián se aseguró de dejarme claro que están ahí. Me escriben, me llaman, se interesan por mí...

En cuanto me dieron el alta, recibí unos tuppers *de Zulema, uno de ellos de cocido. Riquísimo.*

El tema del embarazo... Madre mía. Me tiembla el pulso solo de pensarlo. Es una completa locura. Desde que me diagnosticaron la enfermedad, he sido consciente de mis limitaciones, por lo que nunca había barajado realmente la posibilidad de tener hijos.

En el hospital me hicieron una ecografía y pudimos ver al bebé. Aunque Adrián dijese que no, sé que se emocionó. Yo tuve una mezcla de sentimientos; de primeras, diría que me quedé en shock*. Para ponerlo en perspectiva, la doctora nos dijo que nuestro bebé ahora mismo tiene el tamaño de un aguacate. También nos preguntó si queríamos saber el sexo, pero dije que no. Hasta que no tenga la decisión tomada, no quiero tener más información, si no me encariñaría con él..., o ella.*

Adrián y yo lo hemos hablado. Él dice que es decisión mía y que me apoyará decida lo que decida. He estado informándome; aun así, mañana quiero hacerle algunas preguntas a Ginés.

No sé qué hacer.

Por cierto, oficialmente, tengo novio.

74

Días después del alta en el hospital, Gabriela regresa acompañada por Adrián. Entran en una sala de espera.

—Este sitio nunca cambia —comenta ella.

Él camina a su lado sin decir nada. Toman asiento, en el cartel de la puerta señalada con un número 5 pone «Doctor Ginés Expósito». Cuando se abre y los llaman, entran.

—Buenos días —les recibe el hombre con gesto amable.

Ya son tantos años viéndose que Gabriela lo saluda con un abrazo. Por su parte, Adrián le da la mano con firmeza, presentándose como su pareja. Ambos toman asiento frente a su gran mesa.

—¿Cómo te encuentras?

—Aún estoy procesando todo esto —afirma ella.

—No es para menos —responde el doctor.

Cuando Ginés se toma un momento para mirar los papeles que tiene encima de la mesa, Adrián saca un cuaderno y un bolígrafo para tomar notas de lo que les cuente. Al verlo, Gabriela sonríe.

—Recibí el informe —continúa el médico—. He visto que tuviste un síncope y que, previamente al ingreso, no sabías que estabas embarazada. —Ella asiente sin dejar de mirarlo—. Un embarazo supone una sobrecarga importante para tu corazón. Conlleva una elevación de la frecuencia cardíaca, así como un aumento del volumen sanguíneo y de la demanda metabólica.

—Lo sé, Ginés —afirma—. Me gustaría que me informaras de los riesgos.

—Arritmias, descompensación cardíaca, repetidas hospitalizaciones...

—¿Y para el bebé? —lo interrumpe.

—Podrías tener un parto prematuro, crecimiento deficiente... Aunque, por lo que veo en tus informes ahora mismo, el crecimiento de tu bebé está en los valores normales.

Gabriela se toma un momento para calibrar la información mientras que Adrián está callado y atento a su lado.

—¿Qué pasa con mi medicación?

—Hay ciertos medicamente que no son compatibles con el embarazo, así que habrá que reajustar el tratamiento si decides continuar.

Gabriela traga saliva y hace la pregunta que tanto la martiriza.

—¿El bebé puede heredar mi enfermedad?

El doctor mira a la pareja, entendiendo su preocupación.

—Como en tu caso es una miocardiopatía dilatada idiopática, no hay mutación identificable —les explica—. Eso quiere decir que tu bebé no tendría más probabilidades que cualquier otro.

Gabriela cierra los ojos, aliviada. Se ha quitado un gran peso de encima. Adrián, dándose cuenta de lo importante que era saber eso, posa la mano en su muslo para hacerle saber que está ahí.

—Aun así, voy a ser claro —dice Ginés—. En casos como el tuyo, en muchas ocasiones se plantea la posibilidad de interrumpir el embarazo. Debes pensarlo.

—Me lo pensaré.

El hombre vuelve a mirar los papeles. Adrián y ella se miran y sonríen. Saber que el bebé no tiene por qué heredar la enfermedad es una buena noticia.

—Según las pruebas que te realizaron en el hospital, tu fracción de eyección se mantiene en un treinta y ocho por ciento, igual que

la última vez que nos vimos.

—Eso me dijiste que era bueno, ¿verdad?

—Con una FEVI entre treinta y cinco y cuarenta por ciento, te encuentras en un rango de función moderadamente reducida —comenta en tecnicismos que sabe que Gabriela comprende—. Dentro de tu patología, un treinta y ocho es un dato parcialmente tranquilizador. Nos dice que sigues siendo funcional.

Gabriela mira a Adrián, que está centrado en tomar apuntes.

—¿Sigues en la clínica veterinaria?

—Sí, sigo de recepcionista —responde con gesto amable; Ginés lo apunta—. Tengo un turno rotativo, a veces trabajo de mañana y otras de tarde. Y me paso casi todo el rato sentada.

—Por tu cara, entiendo que te sigue gustando lo que haces.

Adrián alza la cabeza para ver cómo ella sonríe.

—Sí, me encanta.

—Teniendo en cuenta tu tipo de trabajo, de momento puedes seguir ahí —afirma el médico, para su alegría—. Pero si sientes fatiga, mareo, disnea o cualquier cosa, paras. Ninguno somos héroes. Y que ni se te pase por la cabeza doblar turnos. —Mirándola de reojo, Adrián la ve asentir con decisión—. Eso sí, a medida que avancen las semanas, si prosigues con el embarazo, deberemos replantearlo —la avisa—. Hoy por hoy, puedes mantener una actividad moderada. Puedes trabajar, caminar, tener una vida social normal..., pero siempre escuchando a tu cuerpo. La línea es fina y no queremos cruzarla.

—Te lo prometo, Ginés.

El doctor y la paciente se miran y sonríen. Ginés no es un hombre excesivamente expresivo, pero lleva varios años tratando a Gabriela y le tiene cariño.

Al ver su reacción cuando hablaron del tema del bebé, puede intuir cuál va a ser su decisión, por lo que tiene que asegurarse de que se va de allí con toda la información que necesita.

—Eso sí, a partir de ahora tendremos que vernos más a menudo —la advierte—. Debes tener un seguimiento más estrecho.

Adrián, que hasta ahora los ha estado observando en silencio y tomando notas, decide intervenir:

—¿Cada cuánto?

—Si prosigue con el embarazo y se mantiene estable, nos veremos cada tres o cuatro semanas. —Se toma un momento al ver que Adrián lo apunta—. En el tercer trimestre, posiblemente pasaremos a vernos cada quince días. Y ante cualquier síntoma, venís para acá o vais al hospital.

Gabriela se fija en que su novio escribe todo lo rápido que puede y se plantea si debería haber sido ella quien tomase apuntes. Al fin y al cabo, es la enferma.

—Perfecto —dice Adrián—. Y, en caso de que Gabriela decida seguir adelante con el embarazo, ¿qué pasa con el parto?

—Sería cuestión de planificarlo con obstetricia de alto riesgo para no dejar nada a la improvisación —le aclara—. Pero eso lo hablaremos más adelante.

75

Parece mentira, pero ya están en la semana veinte del embarazo. Gabriela hoy tiene una ecografía morfológica para controlar que todo va según lo previsto. Antes de entrar en la sala, mira hacia atrás. Se supone que Adrián quedó en que iría para acompañarla, pero la ha avisado hace un rato de que se le había complicado el trabajo.

En cuanto salieron de la consulta con Ginés hace semanas, no dudó en contarles las novedades a Azahara y Keira. Ellas también están muy pendientes de ella. Tanto es así que entre Adrián y ellas han ideado un calendario compartido para señalar las citas médicas de Gabriela y así poder organizarse y que vaya siempre acompañada. No quieren dejarla sola.

Ella les dejó claro que todo eso no es más que una exageración. Desde que le diagnosticaron la enfermedad hace años, no ha tenido problema en ir sola a sus controles semestrales. Pero Adrián no lo ve igual. Si él no puede acompañarla, prefiere que haya alguien con ella. Incluso sus padres que, aunque en un principio se asustaron por toda esta situación, una vez que la asimilaron, se ofrecieron para ayudar y estar.

Gabriela sigue a la ginecóloga al interior de la sala. Cierra la puerta y una luz tenue invade el ambiente. Se coloca en la camilla y se sube la camiseta para dejar al descubierto la incipiente barriga.

—Por lo que veo, estamos en la semana veinte —dice la doctora sentándose en un taburete—, así que vamos a revisar la anatomía completa de tu bebé.

—De acuerdo.

Coge el bote de gel frío y lo aplica sobre el vientre. A continuación, posa el transductor sobre la tripa y lo desliza sobre ella. Lo primero que aparece en la pantalla son sombras borrosas y de color gris.

Tres sutiles golpes en la puerta hacen que ambas aparten la vista del monitor.

—Perdón, llego tarde —murmura Adrián abriendo con cuidado.

La doctora, al ver cómo la pareja se mira, le dice que pase.

—Llegas justo a tiempo.

Él asiente y le da la mano a Gabriela tras colocarse junto a ella. Está emocionado. Después de mucho pensarlo, hablarlo, meditarlo y, sobre todo, dejar que Gabriela decidiera, su decisión ha sido tener al bebé. Algo que a él le preocupa e ilusiona al mismo tiempo. ¡Va a ser padre!

—Aquí está —señala la mujer.

Los tres vislumbran al bebé en la pantalla del ecógrafo.

—Aquí podemos ver que la cabeza está bien posicionada —les comenta—, y tiene una estructura cerebral normal.

Gabriela y Adrián la escuchan con atención mientras disfrutan de lo que ven en las imágenes. Con pausa, la ginecóloga les informa sobre distintos aspectos de la anatomía del bebé.

—Ahora vamos con el corazón.

Gabriela se tensa. Adrián, aunque traga saliva, aprieta su mano. La imagen se amplía y él, sin darse cuenta, inclina el cuerpo hacia delante para tratar de verla mejor.

La doctora activa el Doppler y el sonido no tarda en llenar la habitación.

Tumtum... Tumtum... Tumtum...

—Tiene las cuatro cavidades bien definidas, con una frecuencia adecuada.

—¿Eso es que está bien? —murmura Gabriela, nerviosa.

La doctora no duda en asentir. En el informe ha leído su caso.

—Está muy bien.

Esas tres palabras consiguen que Gabriela y Adrián respiren aliviados. Eso era justo lo que querían oír. Es la mejor noticia.

Tomándose unos minutos más para comprobar que todo está correcto y el crecimiento es acorde a la semana gestacional, la médica le tiende un buen trozo de papel para que se limpie la tripa.

—Todos los parámetros que hemos visto hoy son correctos —afirma al terminar.

—¿Podemos saber el sexo?

Adrián se sorprende al oír la pregunta de Gabriela.

—Por supuesto. Es una niña.

Gabriela ve cómo a él le brillan los ojos. La doctora se despide de ellos y les da intimidad para que la embarazada se limpie con tranquilidad antes de abandonar la sala.

—¿Vamos a tener una niña? —murmura Adrián.

—Eso parece.

—Espero que sea tan guapa como tú.

—O como el papi. —Ríe ella.

Gabriela se acerca para abrazarlo.

—Madre mía...

Durante unos segundos se abrazan en silencio, hasta que, al separar sus cuerpos, vuelven a mirarse.

—Amor, siento haber llegado tarde.

—No te preocupes. —Y riendo, añade—: Aunque la próxima vez, mírate en el espejo antes de salir del coche.

Gabriela le sacude el pelo y él se da cuenta de que aún lleva polvo de la obra en la que estaba justo antes de acudir a la cita médica.

Ojalá hubiese podido hacerle una foto a Adrián el otro día mientras miraba la ecografía y cuando nos dijeron que era una niña. Su cara era todo el rato de absoluta emoción.

Cuando salimos del hospital, no podía parar de hablar de ello. Me dijo lo ilusionado que estaba como veinte veces. Incluso llamó a toda su familia uno a uno para contárselo. Yo no podía dejar de mirarlo y de sonreír. Me da mucha ternura verlo tan entusiasmado.

Me encanta conocer nuevas facetas de Adrián. No tengo duda de que como papá va a ser maravilloso. Se le dará bien, estoy segura de que será un padrazo.

Aunque dudé durante días, cada vez me alegro más de haber tomado la decisión de tener al bebé. Siempre se dice que al final ganan los que se atreven, ¿no?

Además, así sé que al menos, cuando yo ya no esté, Adrián la tendrá a ella. Siempre tendrá algo de mí.

No quiero que suene catastrofista ni mucho menos, pero... soy realista. Aunque para ese momento faltan todavía muuuchos años.

Desde el día de la ecografía, nos referimos al bebé como «platanito». Según ha visto Adri en internet, el tamaño que tiene a

las veinte semanas es similar al de un plátano.

Lo primero que nos preguntó la gente cuando les dijimos que iba a ser una niña fue cómo se iba a llamar. No tenemos ni idea. Hemos de ponernos con el tema del nombre.

Yo ya tengo algunos que me gustan:

Valeria
Natalia
Valentina
Alejandra
Claudia

Y más que se me irán ocurriendo.

76

No hace mucho que ha desayunado cuando Gabriela oye el timbre y abre la puerta de casa. Sus amigos van cargados, la saludan y entran con confianza. Adrián le da un beso y le desea buenos días antes de seguirlos.

Los días pasan y tienen que preparar la habitación del bebé. Escaleras arriba, sueltan las cajas que traían en el segundo dormitorio, el que ocupaba Ariadna. Ahora ese cuarto tendrá una mejor dueña.

—He traído la caja de herramientas de mi padre —murmura Miguel, cansado.

A medida que pasa el tiempo, la familia de Adrián ha comprado cosas para regalar a los futuros padres, con la participación de Azahara también. Y, viendo el volumen de cajas que se estaban acumulando, decidieron quedar un fin de semana con Keira, Miguel y Azahara, y que fueran a ayudarlos a montar los muebles.

Emplean toda la mañana del sábado en montar una cómoda, un cambiador, un armario y una mecedora. Desde el principio, Adrián le ha dejado claro a Gabriela que no hiciera nada y, por mucho que ella intentara rebatirlo, su respuesta ha sido: «Son órdenes del médico».

Así que, viendo que no podía ser útil para coger y montar cosas, se ha dedicado a conectar su móvil al altavoz que ha llevado Adrián para poner música. Los ha deleitado con una gran variedad de canciones.

Horas después, y tras pelearse con las instrucciones de cada uno de los muebles, dan por finalizado el trabajo. Adrián se quita la gorra para secarse el sudor. Gabriela tan solo tiene que echar la vista atrás seis meses para recordar lo diferente que era su vida. Ahora está aquí montando una habitación para su hija. En momentos como este no puede evitar sentir que la situación le viene ligeramente grande.

Azahara parece intuirlo.

—¿Qué tal estás? —pregunta, colocándose a su lado.

—Un poco... abrumada, pero bien.

—Lo raro sería que me dijeras lo contrario —responde la amiga, cómplice.

Ambas sonríen.

Es hora de comer. Adrián y Keira se ponen mano a mano en la cocina para preparar pasta a la boloñesa mientras el resto pone la mesa. Un rato después, comen todos juntos.

—Gabs, ¿llegamos a contarte que, cuando te pasó lo del desmayo y demás, Aza y yo habíamos roto? —le dice Keira.

—No sé de qué me hablas, pero quiero saberlo todo —responde, llevándose unos espaguetis a la boca.

—Un par de semanas antes de organizar el día en el *spa*, discutimos —explica Azahara—. Ni siquiera recuerdo por qué fue. Pero, vamos, el resumen es que decidimos terminar con lo nuestro.

La chica las mira anonadada. Miguel y Adrián sí que lo sabían. Keira se lo contó a su hermano y a su primo. Aquel día, al pasar tantas horas con ellas en el hospital, fue inevitable que se enteraran.

—Pero, como estábamos en el hospital y no podíamos hacer otra cosa que esperar, tuvimos tiempo de hablar y aclarar las cosas.

—O sea, que volvisteis a estar juntas gracias a mí —comenta Gabriela.

—Podríamos decir que sí —responde Keira mirando a su novia. Todos ríen.

—¿Y cuándo os vais a vivir juntas? —pregunta ahora Miguel—. Porque las chicas tenéis fama de compartir piso al día siguiente de empezar la relación.

—Déjate de tonterías —se queja su hermana—. No nos presiones. Si quieres presionar a alguien, hazlo con estos dos, que van a ser padres.

Al ser señalados, Adrián y Gabriela se miran. Aún no viven juntos, aunque él pasa mucho tiempo en esa casa. Ni siquiera ha querido sacar el tema, entiende que es el piso de Gabriela y es ella quien tiene que decidir algo así, aunque espera que lo invite pronto. Desea estar en todo momento junto a ella.

El hecho de vivir juntos es algo en lo que Gabriela ha pensado mucho, sabe que es lo más lógico. Y, aunque no tiene por qué volver a salirle mal como con su hermana, le da cierto reparo. Sin embargo, es plenamente consciente de que Ariadna y Adrián no se parecen en nada. Lo único que tienen ambos en común es que sus nombres empiezan por la letra *a*.

—Cuando pase, seréis los primeros en saberlo —dice Gabriela esperando dar el tema por zanjado.

—¿Y qué me decís del nombre?

—¿Esto se ha convertido en un interrogatorio o qué? —bromea Adrián.

Gabriela lo mira. No tienen una respuesta. Aún no se han tomado el tiempo para hablarlo y decidir.

—Yo tengo una lista con algunos nombres que me gustan.

Su novio la mira sorprendido.

—Ah, ¿sí?

—Lo raro es que tú no la tengas, primo —bromea Miguel.

Está claro que Gabriela le lleva la delantera, deberá ponerse las pilas cuanto antes.

—Azahara es un nombre muy bonito —sugiere, y provoca una mueca en su amiga.

—Precioso, pero con una en nuestras vidas tenemos más que suficiente —le dice Gabriela, y todos se ríen.

Adrián, dándole la mano por debajo de la mesa a la chica que adora, acaba diciendo:

—Cuando tenga que llegar el nombre, llegará.

77

Abre los ojos sin saber bien qué hora es. Lo que sí tiene claro es que es de madrugada.

No puede dormir y está harto de dar vueltas en la cama. Tiene a Gabriela durmiendo a su lado y por su respiración lenta sabe que lo hace profundamente. Se incorpora con cuidado e, intentando hacer el menor ruido posible, sale de la habitación.

Baja las escaleras y se sirve un vaso de agua en la cocina. Ve que el reloj del microondas marca las 4.03. Se pasea lentamente durante un rato por toda la estancia. El silencio inunda el hogar.

De manera casi instintiva, acaba por subir y se mete en la que será la habitación de la bebé. Con la luz que entra por los pequeños huecos de la persiana, le es más que suficiente, hace rato que sus pupilas se han acostumbrado a la oscuridad.

Se acerca a la cómoda y pasa su mano por encima como si la acariciara. Aunque no dice nada, Adrián tiene muchas cosas en la cabeza. Pensamientos que vienen y van a lo largo de los días.

Recuerda a la perfección el miedo que sintió cuando su prima lo llamó para decirle que Gabriela estaba en el hospital. Por mucho que quiera, es una sensación que nunca olvidará. No cree haber corrido tanto en su vida. Desde ese día siente que el miedo no ha abandonado su cuerpo. Saber que podría perderla fue un golpe muy duro.

Aunque no debería, porque lo único que hace es alarmarle en exceso, en varias ocasiones ha buscado cifras, estadísticas y

vivencias relacionadas con la enfermedad en internet. Algo que los médicos le han desaconsejado por la cantidad de mentiras que se difunden. Y más cuando hace unos días tuvieron que ir a urgencias porque ella no se encontraba bien, aunque fue algo puntual.

Sus padres fueron los primeros en preguntarle si estaba seguro de lo que hacía, pero él lo ha tenido claro desde el principio. Nunca ha habido otra opción en su cabeza. Quiere a Gabriela. Le prometió que iba a estar y es lo que va a hacer, con o sin miedo.

Camina hacia el cambiador del bebé y lo mira con atención hasta que agacha la cabeza cerrando los ojos. Aún no puede creer que vaya a ser padre. Siempre ha querido serlo, pero no tan pronto. Era algo que se imaginaba pasados los treinta años.

En el fondo se alegra de que Gabriela haya decidido tener a la bebé. Sabe que a ella le hace la misma ilusión que a él y que va a ser una madre estupenda. La mejor. Solo espera que su chica haya tomado la decisión por los motivos correctos.

Abre los ojos y sonríe al imaginarse aprendiendo a cambiarle el pañal a su propia hija, o simplemente caminando por la casa con ella en brazos. De la misma manera que sonríe al imaginar esos momentos, le cae una lágrima que rápidamente se limpia.

En el fondo, aunque no diga nada, está asustado. Muy asustado, tanto por la enfermedad de Gabriela como por el hecho de ser padre.

Apartándose el pelo de la cara, se acerca a la mecedora y se sienta, dejándose llevar por el vaivén. Apoya la cabeza y cierra los ojos con la esperanza de quedarse dormido. Pero no es así. Su mente no lo deja en paz y comienza a imaginar cosas que hacen que apriete la mandíbula. Cosas que no quiere pensar, pero que, inevitablemente, le vienen a la mente.

Tan solo unos instantes después, se levanta con los ojos abiertos. Mira a su alrededor con las manos apoyadas en las caderas. Cuando empezó lo suyo con Gabriela, intentaba disfrutar cada momento con ella porque no era alguien que se lo pusiese fácil. Pero ahora siente que es aún más importante. No quiere ni puede desperdiciar ni un solo segundo.

Tiene miedo. Le da miedo no ser capaz de cuidarlas bien. Le da miedo no ser suficiente para ella y cometer errores.

Le da miedo perderla.

—Vale ya... —se susurra volviendo a tocarse el pelo.

No quiere ser negativo. Se niega a continuar dándole vueltas a lo mismo. No quiere que le siga doliendo, lo único que quiere es dormir. Decidido a ello, vuelve a la habitación de Gabriela y con cuidado se mete de nuevo bajo las sábanas.

Ella, al notar el calor de su cuerpo, lo abraza.

—¿Dónde estabas? —murmura medio dormida y sin abrir los ojos.

—He ido a beber agua.

—Mientes fatal...

Adrián no dice nada, simplemente mueve el cuerpo para poder abrazarla hasta quedarse dormido, mientras su calor y su presencia le dan tranquilidad.

78

Gabriela, sentada desde hace horas tras la mesa de recepción, es consciente de que no le queda mucho tiempo. Supone que, en la próxima cita con Ginés, le dará la baja médica. Y, aunque quiera verse capaz de todo, conoce su cuerpo y sabe que no debe forzar la máquina. Mucho menos ahora.

Queda solo un rato para que el día termine y los últimos clientes salen de las consultas. Ella, que está pendiente de unas clientas en concreto, se levanta al verlas salir.

—¿Cómo ha ido?

Carmen y Sandra la miran. Gabriela conoció a madre e hija en enero, cuando aparecieron con el cachorro de pastor alemán. Ahora Drako tiene siete meses y va caminando tan feliz. Llevarlo ahora en brazos con sus veintidós kilos sería complicado.

—Bueno..., nos han dicho que tiene displasia de cadera —dice la niña.

Cuando llegaron para su cita, la madre le comentó que llevaban una semana viéndolo cojear. No era algo excesivo, pero preferían estar seguras. Ahora ya saben el motivo.

—Nos han informado de que es una de las enfermedades más comunes en esta raza —comenta la madre—. El veterinario nos ha comentado que lo mejor es que comencemos con un tratamiento conservador, dándole condroprotectores y manteniendo una dieta hipocalórica. Y, según vayamos viendo la evolución que tiene, tendrá o no que pasar por cirugía.

—Entonces son buenas noticias —dice Gabriela, agachándose para acariciar al perro—. Te van a tener supermimado, Drako.

—Muchísimo —dice Sandra.

La niña y ella se miran y sonríen. Gabriela vuelve a su puesto de trabajo. Mientras le cobra la consulta y las pruebas, Carmen se interesa por ella.

—Y tú ¿cómo vas?

—¡Muy bien! —responde de buen ánimo—. Aunque puede que la próxima vez que vengáis por aquí, no me veáis.

—¿Por qué?

—Porque el médico me ha dicho lo mismo que a Drako —dice mirando a la niña—. Que tengo que hacer un tratamiento conservador, lo que en mi caso es darme la baja para evitar esfuerzos.

Carmen paga y, cuando recoge los papeles, se acerca a Gabriela para darle un abrazo y le susurra al oído:

—Todo va a ir fenomenal.

Las chicas se despiden y, al cabo de unos minutos, el turno llega a su fin. Gabriela coge sus cosas de la sala del personal y sale de la clínica para llevarse una sorpresa.

—¡¿Y tú qué haces aquí?!

Adrián, que ha estado esperándola apoyado en la moto, sonríe al verla.

—¿Qué pasa? —pregunta caminando hacia ella—. ¿No puedo venir a recoger a mi princesita?

Ella va a su encuentro y se dan un beso en los labios.

—¿No tenías hoy una cena con tus amigos?

—Y la tengo, pero me da tiempo a todo —responde con gracia.

Caminan hacia la moto y él saca un casco del cajón para dárselo. Ella, mirando a su alrededor, lo rechaza.

—No, gracias, tiene pinta de que en cualquier momento se va a poner a llover.

—¿Y qué pasa?

—Que si llueve y voy en moto, me voy a calar —se justifica—. Y no me apetece, así de fácil.

Pero Adrián no está dispuesto a darse por vencido.

—Venga, aprovechemos mientras no llueve.

—Que no quiero —se niega.

No sería la primera vez que él la lleva en su moto, ya tienen algo de experiencia.

—Amor, hoy no nos hemos visto en todo el día —trata de convencerla—, y como tengo la cena con mis amigos, ya no nos veríamos hasta mañana.

—Ah, ¿no? —señala Gabriela—. ¿Y esto qué es?

Él se echa a reír por cómo le lleva la contraria.

—¿Me dejas acercarte a casa?

—No.

—¿Y qué pasa si llueve?

—Que cogería el metro. —Como él pretende seguir con el tema, Gabriela insiste—: Adrián, va a durar más esta absurda discusión que los diez minutos que tardaré si voy andando. —Al ver su cara de decepción, se acerca para abrazarlo—. ¿No ves del todo ridículo venir hasta aquí para hacer un viaje en moto que va a durar cinco minutos?

—Pasar cinco minutos contigo es más que suficiente para mí.

A Gabriela se le derrite el corazón. No puede hacer otra cosa que hundirse en su pecho y aceptar. Finalmente, Adrián se ha salido con la suya: irá en moto.

Tras ponerse el casco y subir, se agarra con fuerza a él. Bajo su casco, Adrián sonríe al notar los brazos de ella abrazando su cuerpo.

Arranca la moto y recorren unas cuantas calles juntos. Pocos minutos después, llegan a su destino.

Nada más bajar y quitarse el casco, Gabriela le dice que se espere un momento. Sale corriendo y la pierde de vista en el portal.

Cuando la ve aparecer de nuevo, lleva algo en las manos.

—Sé que tu cumpleaños no es hasta agosto, pero necesito dártelo ya.

Él, sin saber bien qué decir, coge el regalo. Rompe el papel y cuál es su sorpresa al ver que es el vinilo de *La Jauría*, de Dani Fernández, su cantante favorito, y nada menos que firmado por el artista.

Gabriela disfruta al ver su cara de sorprendido.

—¡¿Cómo?! —exclama, volviéndola a mirar.

—Ha sido gracias a un amigo de un amigo de Massimo, mi compañero de trabajo —le explica con entusiasmo—. Es una historia larga, ya te la contaré. Y como te vas de cena, había pensado que puedes dejar el vinilo aquí —sigue hablando—. Así será tu primera cosa en nuestra casa.

Adrián nota cómo se le acelera el corazón: «nuestra casa». Deja el vinilo sobre la moto, y la abraza con cariño. Tras unos segundos, baja la mirada a sus labios y besa a su novia. Lo hace de forma suave y sutil, como esa lluvia contenida en las nubes que hay sobre ellos.

—Se me están quitando las ganas de ir...

—Ah, no... Tú te vas, que has quedado.

—Te quiero mucho, Gabriela.

—Yo también te quiero, Adrián —murmura a pocos centímetros de él.

—Por cada vez que me dices que me quieres, yo te quiero el doble.

Ella ríe moviendo la cabeza.

—Eres increíble.

—Lo sé —dice, consiguiendo que ella vuelva a reírse.

Cuando por fin se despiden, Adrián espera a ver cómo ella entra en el portal. Al hacerlo se vuelve para mirarlo, momento que él aprovecha para lanzar un beso al aire y desaparecer calle abajo.

Hay momentos que me cuesta creer que esta sea mi vida ahora.

Me parece mentira.

Adrián y yo vivimos juntos. Yo compartiendo casa con mi pareja, ¿a que suena increíble? Para mí aún lo es.

Fui yo la que di el paso dándole el vinilo antes de tiempo. Había pensado decírselo en su cumpleaños, pero... Entre las ganas que tenía de ver su cara al abrirlo y que también me apetecía que estuviésemos los dos aquí juntos, no pude aguantarme más.

Ha ido trayendo cosas suyas poco a poco, hasta que ya está totalmente instalado aquí conmigo.

Desde hace días parecemos un matrimonio. Sobre todo, esos en los que se trae a Trasto a casa. El otro día salimos juntos a pasearlo y cuando vi nuestro reflejo en el escaparate de una tienda, me sorprendió mucho.

Ojalá se me diese bien dibujar para plasmarlo aquí. Básicamente, era ver a una pareja que va de la mano, con ella muy embarazada y el perrito caminando delante. Como que me costó asimilar que esa era mi vida ahora.

Nunca hubiera dicho que me iba a ver así. Guau.

Tal y como me temía, Ginés me dio la baja. No quiere que siga yendo a trabajar. Lo entiendo, pero me da pena. Me gusta mi trabajo. A ver..., no quiere decir que no vaya a volver, esa no es para nada mi intención.

Volveré.

Pero pasar de tener una rutina marcada de trabajo a no tener absolutamente nada es... extraño. Como que ahora no sé muy bien qué hacer con mi tiempo. Aparte de citas médicas, no tengo muchas más obligaciones, y las horas se me pasan leeentas.

Al menos cuando Trasto está en casa, aprovecho y me voy con él a dar una vuelta, e incluso nos pasamos por la clínica a saludar a Azahara.

Tengo que reconocer algo que no sé si me gusta.

Como ahora tengo tanto tiempo libre, me da por pensar en muchas cosas. Y hay una que me ha venido estos días a la mente y me tiene un poco rayada: mis padres y Ariadna. Ya ni siquiera me refiero a ellos como «mi familia», creo que hace tiempo que perdieron ese derecho.

Me encanta ver lo contenta e involucrada que está la de Adrián con lo nuestro. Supongo que al principio tendrían sus dudas, aunque no lo hayan hablado conmigo. Vamos, sería lo normal. Pero no hay día que pase que no reciba algún mensaje, llamada o muestra de cariño por su parte.

Pienso en mis padres y mi hermana y me pregunto ¿qué dirían ellos?

¿Se alegrarían al ver que soy feliz con la vida que llevo?

También hay una parte de mí que piensa en si debería decirles que voy a ser madre. ¿Merecen saberlo?

P. D.: Seguimos sin nombre para la bebé, qué desastre.

79

Sábado por la mañana y el supermercado está a reventar. Adrián empuja el carrito de la compra mientras Gabriela mete los alimentos e ingredientes que necesitan para esa semana.

Ella odia ir a hacer la compra cuando hay tanta gente. No le gusta estar en lugares tan abarrotados, en ambientes así de cargados siente que le falta el aire. Si por ella fuese, habría ido entre semana, pero Adrián quería ir también. Lo entiende.

Va mirando la lista de la compra que lleva en el móvil. Cuando se acerca a coger unos cartones de leche, Adrián se le adelanta.

—Justo iba a cogerlos.

—Ya lo hago yo, que pesan —dice él, metiéndolos en el carro.

Ella asiente y sigue a lo suyo. Él no tarda en seguirla.

Recorren unos cuantos pasillos más hasta ponerse en la interminable cola de la caja. Una vez que llega su turno y el cajero va pasando los alimentos por el escáner, Gabriela los mete en las bolsas, pero Adrián se encarga de ponerlas en el carro.

Dándose cuenta de que, prácticamente, le quita las bolsas antes de poder terminar de llenarlas, Gabriela lo mira. Incluso el cajero se fija en la situación, pero Adrián sigue a lo suyo sin enterarse de nada.

Al rato, cuando llegan a casa, él carga con todas las bolsas.

—Trae, dame alguna.

—No hace falta, amor, yo puedo —responde cerrando el coche.

—Adri, pesan mucho.

Pero, haciéndole caso omiso, comienza a caminar. Tomándose un segundo para respirar hondo, Gabi lo sigue.

Ya en casa, y mientras él mete todas las bolsas de la compra, Gabriela abre el frigorífico. Coge el brik de leche y le da un trago.

—Amor..., eso no se hace.

—Mira, principito... —dice sin mirarlo—. ¡Déjame!

Cuando Gabriela va a coger dos briks de leche, Adrián se los quita de las manos. Se lo queda mirando estupefacta, pues los deja donde ella iba a hacerlo.

—Vale ya, ¿no?

Al escucharla, Adrián se gira para mirarla.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que quizá no puedo subir seis pisos por las escaleras, pero no estoy incapacitada como para no poder colocar la compra en mi propia casa.

—Lo sé.

—¿Y por qué me tratas como si no pudiera?

Al ver su rostro serio, Adri decide que lo que hay en la encimera aún por colocar puede esperar.

—Amor, no te estoy tratando de ninguna manera.

—Ah, ¿no? —responde ella de mal humor—. ¿Por qué no me has dejado que subiese alguna de las bolsas? O, por ejemplo, ¿qué tiene de malo que coja la leche?

Pasándose la mano por el pelo, él rodea la encimera para acercarse a ella.

—Solo intentaba que no hicieras sobreesfuerzos.

—Lo entiendo, Adri, pero necesito que pares.

Aunque asiente, Adrián mira a su alrededor sin comprender que se haya puesto así por unas cuantas bolsas. Y ella, como si pudiera leerle la mente, se lo explica.

—El otro día, cuando fui a poner la lavadora, corriste para coger tú el cesto de la ropa —comienza a enumerar—. No me dejas hacer la cama ni fregar el suelo porque el cubo lleno de agua pesa demasiado. ¡Ayer ni siquiera pude llevar la olla de las lentejas de la encimera a la mesa a la hora de comer!

—Te recuerdo que tu miocardiopatía dilatada no es cualquier cosa —farfulla Adrián.

—Soy muy consciente de ello —resopla molesta—, llevo conviviendo yo sola con esta enfermedad varios años. Y mira..., ¡sigo viva! —Adrián se cruza de brazos—. Ginés dijo que podía hacer vida normal.

—Dijo que podías hacer vida normal con ciertas precauciones —la corrige.

La pareja se mira directamente a los ojos. Aunque Adrián no se dé cuenta, Gabriela lleva muchos días viéndolo actuar así. No quería decirle nada porque siente que podría llegar a ofenderlo, pero hoy ya no ha podido más.

—Te dije que no quería que me mirases con pena —le recrimina—, y siento que eso es justo lo que estás haciendo.

—Amor, no digas eso.

—¡Claro que lo digo!

—¿Y qué quieres que haga?

—Que admitas que no sabes lo que estás haciendo y me escuches —le sugiere. Pero él no parece estar de acuerdo.

—Vale, ¿y qué es lo que necesitas?

—Necesito que pares, Adrián —afirma sin contemplaciones—. Necesito que dejes de tratarme como si fuese una figurita de cristal. No puedo vivir así.

Pero él no entiende qué es lo que hace mal si solo se preocupa por ella. Sus palabras lo hieren.

—Es muy egoísta que digas eso —replica—. Si lo hago es por ti, porque necesito que estés bien. ¡Quiero cuidarte!

—Y yo te lo agradezco, pero necesito que frenes. No sabes lo que necesito, ni siquiera me lo has preguntado —dice manteniendo el gesto serio—. Necesito seguir haciendo cosas del día a día.

Él, herido y sin querer seguir con la conversación, decide callar. Prefiere no seguir alimentando ese vaivén de reproches en el que se han metido. Coge las llaves que hay en la encimera y sale del piso diciendo:

—Me voy a hacer algo que sí sepa hacer.

80

Tras casi una hora fuera, Adrián vuelve a casa acompañado de Trasto. Cuando se fue enfadado, decidió ir a casa de sus padres a por él y dar una vuelta. Necesitaba que le diese el aire.

Gabriela, nada más oír la puerta, corre hacia él y lo abraza. Soltando al perro, él también la abraza a ella. Se toman un momento para sentir el calor de sus cuerpos en silencio. Se han echado de menos.

—No quiero que discutamos.

Él, separándose de ella, la mira y responde:

—Yo tampoco.

—Soy insoportable.

—Algo gruñona sí que eres, pero te salvas porque te quiero. —Sonríe.

Adrián se fija en la cocina y parece que en su ausencia ella ha colocado toda la compra en su sitio. La pareja decide sentarse en el sofá y hablar de lo que ha pasado antes.

—Adri, quiero pedirte perdón por mis formas —comienza diciendo ella—. No ha estado bien decirte las cosas de esa manera.

—Yo también quería pedirte disculpas si con mis gestos te he hecho sentir como una inútil.

Rápidamente, ella niega con la cabeza para decirle que no es así.

—Ten por seguro que nunca me harías sentir así —aclara—. Pero necesito que no me vuelvas más frágil de lo que ya me siento.

El chico asiente tragando saliva.

—Amor, no sé quererte sin preocuparme por ti.

—Lo sé —responde ella, acariciándole la cara con ternura—, y créeme que lo entiendo. Cariño, tienes el corazón más grande que he conocido nunca y te quiero, pero no puedes pretender que me convierta en una muñeca de porcelana que colocas en una estantería por miedo a que le pueda pasar algo.

—Tienes razón, no es justo para ti.

Adrián y Gabriela se dan la mano entrelazando los dedos.

—Necesito seguir sintiéndome yo misma.

—Yo quiero ayudarte con eso —afirma él—. ¿Cómo lo hago?

—No decidiendo por mí. Dame la oportunidad de que vea si soy o no capaz de hacer las cosas. Si necesito ayuda, ¡por supuesto que te la voy a pedir! Pero déjame intentarlo primero.

—Tendré que aprender.

—Aprenderemos juntos.

81

—Llevamos toda la tarde con esto, ¡no puedo más!

—¿Ya te has emborrachado de nombres? —bromea él, recordando el día que la acompañó a buscar un sofá nuevo.

Ella lo mira con cara de pocos amigos mientras que él no puede evitar reír al verla tan desesperada.

—¿Y qué quieres que hagamos si no nos podemos poner de acuerdo?

—Es que contigo es imposible, te gustan nombres demasiados cortos —se queja.

—Lo mismo digo de tus opciones, son todo nombres largos. —Ríe él.

Ambos, sentados sobre la alfombra de la habitación del bebé, echan un ojo a sus listas. Ella la tiene escrita en papel mientras que él la ha hecho en el móvil.

Valeria	Tania
Natalia	Aria
Alejandra	Eva
Valentina	Alba
Claudia	Vega
Sabrina	

Tras unos segundos, es Gabriela la que habla.

—Uno de los dos va a tener que ceder.

La pareja se mira con intención de conseguir que el otro lo haga, pero no hay manera.

—Vale, tengo una idea —dice él poniéndose de pie—. ¿Y si apuntamos nuevas opciones de nombres en papelitos, los mezclamos y sacamos uno al azar?

Tras un segundo, ella asiente con una condición.

—Pero te advierto que, como no me guste el nombre que salga, no pienso aceptar.

Divertido por la idea, sale de la habitación en busca de papel, bolígrafo y un cuenco para echar los papelitos. Al volver cada uno apunta sus opciones y, sin que el otro las lea, las mezclan. Adrián le cede los honores.

Con ganas de acabar con la indecisión, Gabriela remueve bien los papeles y saca uno al azar. Lo desdobla y lee el nombre en alto.

—Roma.

Aunque se quedan callados, Adrián sonríe. Ese nombre ha sido una de sus nuevas propuestas y, a juzgar por el gesto de ella, no parece desagradarle.

—Me gusta Roma.

—A mí también.

—Roma Castillo Suárez... —murmura Gabriela.

—Suena a persona importante, ¿no? —afirma él, repitiéndolo una y otra vez.

—Suena muy bien. ¿Sabes que una de mis películas favoritas cuando era más pequeña era *Lizzie McGuire: Estrella Pop?*

—¿Esa en la que va a Roma y acaba sintiéndose como una superestrella del pop? —dice él para su sorpresa.

Gabriela lo mira atónita. Asiente. Está claro que Adrián tiene más cultura cinematográfica de la que ella creía.

—Gracias a esa película, me fijé en Roma —comenta—. Aunque aún no he estado, cada vez que veo esa película me enamoro más y más de la ciudad.

—Yo fui de viaje de fin de curso en el instituto y me encantó —le explica—. Poder ver lugares como la Fontana di Trevi, el Coliseo o la famosa Bocca della Verità en vivo y en directo me pareció espectacular.

—Tendremos que ir los tres juntos —propone Gabriela.

Adrián sonríe entusiasmado. Se acerca a ella y posa la mano sobre su vientre mientras la mira.

—Entonces, ¿tenemos nombre?

—Yo diría que sí.

Adrián le habla a la tripa de su novia:

—Hola, Roma, soy papá.

La pareja se pasa unos minutos hablando del nombre y divagando con planes de futuro tirados en la alfombra, hasta que algo que aparece en la mente de Gabriela. No es el primer día que piensa en ello y necesita comentarlo con él. Tiene que exteriorizar su miedo.

—Adri, tengo que hablar contigo.

Él, tumbado bocarriba junto a ella, se gira. Apoya el codo en la alfombra y la cabeza sobre la mano.

—Cuéntame.

—Quizá piensas que es una tontería, pero llevo dándole vueltas un tiempo y me vendría bien hablarlo contigo.

—Si no paras de darle vueltas, no es una tontería. ¿Qué pasa?

Gabriela se debate en cómo afrontar el tema, así que respira hondo y termina por decir:

—Son mis padres.

—¿Qué pasa con ellos? ¿Al final los has llamado o les has dicho lo de Roma?

Ambos sonríen al sentir que el nombre de su hija se ha convertido en algo real.

—No.

—¿Entonces?

—Sigo sin tener claro si quiero decírselo.

—Es decisión tuya, hagas lo que hagas estará bien —afirma su novio.

Adrián y ella lo han hablado en más de una ocasión. Él tiene claro que no quiere inmiscuirse. Contárselo o no es cosa de ella y la apoyará decida lo que decida. Gabriela le ha contado la nula relación que tiene con ellos. No comprende que sus padres sean así, pero lo que ambos tienen claro es que ellos no serán así con su hija.

—He estado pensando en el día en el que yo ya no esté.

—Gabriela...

—No, deja que me explique.

—Gabriela, no quiero hablar de eso.

—Tenemos que hablarlo.

—Pero...

—Cariño, no pretendo morirme mañana ni el año que viene. Pero soy consciente de que tengo una enfermedad de corazón y necesito hablar ciertas cosas contigo. —Adrián cierra los ojos. Solo de imaginárselo se le parte el corazón, pero ella insiste—: Por favor. Es importante para mí.

El tema es serio, de modo que Adrián se incorpora y se sienta, y la ayuda a hacer lo mismo.

—A ver... —murmura Gabriela, cogiendo aire—. Está claro que mis padres no forman parte de mi vida, pero eso no quita que legalmente sigan siendo mis padres. —Adrián asiente en silencio—. Y me agobia que el día que me pase algo, ellos reaparezcan y reclamen a Roma como su nieta. —Adrián le presta aún más

atención—. Me da miedo que se metan en abogados para reclamar su derecho como abuelos y te la quieran quitar.

—Eso no va a ocurrir porque no se lo voy a permitir.

Gabriela conoce a sus padres. Sabe hasta dónde pueden llegar por conseguir lo que quieren.

—Sé que no se lo permitirías, pero también sé cómo son. Y no pararían hasta que Roma estuviera viviendo con ellos.

Escucharla decir eso lo angustia, pero sin querer agobiarla, dice:

—Amor, creo que te adelantas a los acontecimientos.

—Lo sé, pero los conozco y sé que serían más que capaces de hacer algo así —replica—. Es una posibilidad y debemos pensar más allá, no por nosotros, sino por nuestra hija.

Se miran con seriedad. Está claro que es algo que deben tener muy en cuenta.

—Cariño, si ese momento llega, ¿qué pasaría?

—Amor, no pasaría absolutamente nada —dice él, intentando transmitirle calma—, porque yo soy el padre de Roma y no permitiría que la separasen de mí. Y si ellos contratan abogados, yo también los contrataría. A cabezota no me gana nadie y menos cuando se trata de mi hija.

Gabriela lo mira en silencio. Le encanta oírlo hablar con esa seguridad de su papel como padre, pero no tiene claro que sea suficiente. Él percibe sus dudas.

—Creo que encontrarían la manera de quitártela —afirma, muy a su pesar.

—Lo dudo.

Los ojos de ella parecen querer decirle algo.

—¿A ti se te ocurre alguna solución?

—Sí.

—Pues dímela.

Gabriela se aparta el pelo del rostro y, con cierta timidez, dice:

—Hay algo que, bueno..., no hemos pensado porque sinceramente es una locura, pero que creo que nos facilitaría mucho las cosas.

Él espera que siga hablando, hasta que algo hace clic en su cabeza.

—¡¿Estás hablando de casarnos?!

—Me muero de vergüenza, pero sí.

—¿En serio hablas de boda? —Ríe.

—Sí, pero no quiero que te sientas presionado.

Adrián sonríe, está claro que Gabriela no deja de sorprenderlo. Él lo ha pensado en más de una ocasión, pero nunca se ha atrevido a proponérselo.

—Sé que todo va extremadamente rápido entre nosotros y que estamos teniendo experiencias que de normal las viviríamos a lo largo de los años, pero... pero es la única solución que se me ha ocurrido. —En silencio, Adrián ordena todo en su cabeza: «¿Gabriela y yo casados?»—. Solo quería comentarlo contigo porque es algo que me preocupa de cara al futuro de nuestra hija. No quiere decir que estemos obligados ni nada parecido, es solo que el mero hecho de estar casados...

—... nos facilitaría todos los tema administrativos, burocráticos y jurídicos para que no hubiera cabos sueltos y tus padres nunca la pudieran reclamar —termina diciendo él mientras se levanta del suelo.

Gabriela asiente algo angustiada. No sabe si es así como quería hablar de esto con él, pero tampoco sabe cuál era la forma correcta de hacerlo.

Tomándose un momento para pensar, Adrián se mueve por la habitación del bebé sin decir nada. Parece estar meditando lo que

ella acaba de exponer. En un momento dado, se acerca a la cómoda, coge algo y vuelve a sentarse con Gabriela.

Ambos se miran en silencio hasta que él, apartándose el pelo de la cara, le muestra el chupete naranja que tiene en la mano y pregunta:

—Gabriela, ¿te quieres casar conmigo?

—¿Cómo? —susurra confundida—. ¡No te lo he dicho para que me lo pidas ahora!

Pero él no se mueve y repite:

—Gabriela, ¿te quieres casar conmigo?

—Adrián, ¿pero lo has pensado?

—Sí.

—¿Quieres que nos casemos ya?

—¿Qué más nos da hacerlo ahora que dentro de un tiempo? —responde sonriendo—. Sé que no hace ni un año que nos conocemos, pero estoy muy seguro de lo que siento por ti y por Roma, y de que por nada del mundo quiero separarme de vosotras. —Ella no sabe qué decir. Él siempre le facilita la vida—. Gabriela, eres el gran amor de mi vida —dice haciéndola sonreír—. Y, por mucho que pase el tiempo, estoy seguro de que eso no va a cambiar porque eres irrepetible y sería un idiota si te dejara escapar.

Visiblemente emocionada, Gabriela le da la mano que tiene libre.

—Adrián, desde que llegaste a mi vida has hecho algo que yo creía imposible: has conseguido cambiar mi forma de ver el amor —dice mirándolo a los ojos.

Con una gran sonrisa en la cara, él decide repetir la pregunta:

—Gabriela, ¿te quieres casar conmigo?

—Sí.

—¿Segura?

—Segurísima.

Atraídos como un imán, se besan. Cuando el beso termina, Adrián coge la arandela del chupete naranja y la mete en su dedo meñique, murmurando:

—El dedo anular lo reservo para cuando compre el anillo que te mereces.

—Cariño, contigo ya tengo más de lo que merezco.

¡QUE ME CASOOOOO!

Definitivamente, estamos locos. Por no hablar que yo soy una montaña rusa de emociones.

Esto cada vez se va haciendo más y más real. No tenemos ni veintiocho años y ya nos vamos a casar y a tener una niña. Es muy fuerte.

Pero... ¿qué hay de normal en nuestra relación?

Youssef y Luisa, los tíos de Adrián, tienen un amigo, Felipe, que es notario. Hablamos con él hace unos días y nos informó de todo. Está claro que para que sea algo rápido, la mejor opción es tramitarlo directamente ante notario. Y eso es lo que vamos a hacer.

Felipe ha accedido a abrir el expediente matrimonial y llevar a cabo nuestro enlace.

Nos casamos el viernes 11 de septiembre de 2026.

O sea que nos casamos en dos semanas.

Esto es una locura, pero ¡qué locura!

La semana pasada fue el veintisiete cumpleaños de Adrián. Fuimos a celebrarlo a casa de sus padres con toda su familia y amigos. Aunque a él no se lo dije, esa mañana, cuando me levanté,

no me encontraba del todo bien, pero me dio igual. Puse todo de mi parte por disimularlo y que ni él ni nadie se enteraran de nada.

Nada iba a fastidiarle el cumpleaños a mi novio prometido.

Hace unos días también fui de tiendas con Azahara y Keira. Necesitaba comprarme un vestido para el gran día. No buscaba un vestido de novia al uso, con que fuese un vestido mono me valía. Tras varios intentos fallidos, casualmente me llevaron a una tienda, Divas y Radiantes. Resulta que la madre de Azahara es amiga de Alma, la dueña, y al contarle mi historia la mujer tuvo claro que quería regalarme el vestido. ¿Te lo puedes creer? Aunque me costó un rato porque me daba vergüenza, acabé aceptando.

Alma me sacó vestidos maravillosos y, tras probarme varios, di con uno que les hizo llorar a todas, a mí también. A eso lo llamo yo solidaridad, jajaja.

Es un vestido blanco precioso, en el que cabemos mi tripa de embarazada y yo. Lo dejamos allí para que le hicieran un par de arreglos, porque lo arrastraba demasiado y no lo quiero pisar. Volveremos la semana que viene para probármelo y revisar que todo esté bien.

Esta tripa cada día está más grande y pesa más. Voy a salir embarazadísima en mis fotos de boda.

Se nota que ya queda poco más de un mes para que Roma esté con nosotros.

¡Qué ganas de verle la carita!

82

Parece mentira, pero el día ha llegado.

Adrián y Gabriela se casan hoy. Para que pudiera casarlos Felipe, el notario, tenía que ser un día entre semana. Por eso acordaron hacerlo el viernes 11 de septiembre. Por más que le dijeron a la familia que no se preocupasen, que ya lo celebrarían al día siguiente, no les hicieron ni caso. Aunque no tenían por qué, todos se han organizado como han podido en el trabajo para asistir al enlace.

La pareja acude puntual a la notaría. Gabriela aparece vestida con su precioso vestido blanco mientras que Adrián lo hace con un traje oscuro. Allí se encuentran con la familia. Todos van radiantes y los saludan con cariño.

—Qué elegante vas, sobrino —lo piropea Zulema.

—No todos los días me caso con la mujer de mi vida —responde él guiñándole el ojo.

Nada más oírlo, Salma se lleva un pañuelo al rostro para secarse las lágrimas. Desde que se ha levantado esa mañana la emoción la desborda. Su único hijo, Adrián, en los últimos meses ha madurado como nunca imaginó, convirtiéndose en un chico responsable en todos los sentidos. Y eso se debe al amor que siente por Gabriela. Por la chica con la que se casa hoy y que lo va a hacer papá. Carlos, su cuñado, al ver su emoción, la abraza, también visiblemente emocionado.

Llega la hora y la pareja entra en la sala. No necesitan más que a dos testigos para el enlace, pero allí acaban todos apelotonados

mientras Gabriela y Adrián miran la escena divertidos. Está claro que nadie quiere perderse el momento.

Felipe les pide la información correspondiente y Adrián, que lo lleva todo en una carpeta para no perderlo, se la da. Tras verificar el notario que no hay impedimentos para ese matrimonio y leer los artículos del Código Civil español, les pregunta si aceptan el matrimonio.

Los novios están nerviosos, casi no han tenido tiempo ni de asimilar que realmente se van a casar.

La respuesta por ambas partes es la misma: «Sí, quiero».

La pareja se intercambia las alianzas y esta vez Adrián sí se la coloca en el anillo anular, tal y como le prometió, mientras se miran con verdadero amor.

La pareja, los testigos, que en este caso son Azahara y César, el padre de Adrián, y el notario firman el acta matrimonial. Y, una vez aprobado el expediente, Adrián y Gabriela salen del edificio oficialmente como marido y mujer.

Ya en la calle, la pareja se da un beso que todos aprovechan para fotografiar. La familia entera se abraza, incluidos Adrián y su madre, que se limpian las lágrimas mutuamente. Está siendo un día muy emocionante.

De ahí se van a un restaurante a comer todos juntos entre risas, festejos, anécdotas y gritos de «¡Vivan los novios!».

La fiesta ha continuado en casa de Salma y César. Han pasado la tarde juntos bailando, riendo y haciéndose fotos para recordar ese día por siempre.

Lo primero que hace Adrián nada más salir del ascensor es cogerla en brazos. Gabriela, sorprendida, se ríe. Él le explica que quiere

pasar el umbral de la casa como marca la tradición. Entre risas, ella consigue abrir la puerta y, cuando entran y él la deja en el suelo, lo primero que hacen es darse un beso.

Instantes después, él va a beber agua mientras ella se descalza. Se agacha para coger los zapatos y, cuando está dispuesta a ir escaleras arriba a la habitación, Adrián llama su atención.

—Amor, ¿estás muy cansada?

—Un poco.

—¿Me concederías cinco minutos?

Ella asiente con una sonrisa y deja los zapatos junto al primer escalón. Su marido se mueve por el salón y saca algo envuelto de detrás del sofá. Cuando lo ve caminando hacia ella, pregunta:

—Eso no será un regalo para mí, ¿no?

Él mueve la cabeza, haciéndose el remolón.

—Cariño, yo no tengo nada para ti —murmura ella con un puchero.

—Es un regalo... para la casa.

Ella lo mira sin saber si debería creerle. Coge el regalo y, por el tamaño, tiene forma de vinilo. La sorpresa se la lleva cuando rompe el papel que lo envuelve y ve la portada de «The Romantic», de Bruno Mars.

—¿Y esto? —susurra.

—Varios meses atrás, al escuchar este disco me dijiste que te había recordado a tu tío Juanjo porque sabías lo mucho que le hubiera gustado. —Gabriela se emociona. Adrián consigue que lo mire con ojos brillantes—. Hace unos días, estaba pensando en nuestra boda y en las personas importantes para nosotros que no iban a poder acompañarnos físicamente en nuestro gran día. —Ella asiente. Nada le hubiera gustado más que su tío formase parte de ese grupo de personas—. Estuve pensando en formas de hacer

partícipe a Juanjo del día de hoy, y para honrar lo importante que fue para ti —continúa explicándole Adrián—. Y se me ocurrió regalarte este disco.

—Eres increíble... —murmura ella.

Adrián, viendo los ojos vidriosos de ella, no duda en darle la mano.

—No solo porque sé que te acordaste de él nada más escucharlo, sino porque así nuestro primer baile oficial como marido y mujer puede ser uno de sus temas, una canción que sabes que le hubiese gustado a tu tío.

Visiblemente emocionada, Gabriela se abraza a él con fuerza, dejando que las lágrimas recorran sus mejillas sin importarle el maquillaje. No puede creer que se haya casado con él. Que se haya casado con Adrián, un chico al que prejuzgó nada más conocerlo y que se ha esforzado para hacerla ver y sentir más allá. Un chico sensible, atento y que presta atención a los detalles más pequeños e insignificantes, como cuando le hizo un simple comentario sobre ese disco.

No puede creerse que haya tenido tanta suerte en el amor.

Cuando nota que está más relajada, Adrián coge el disco y, colocándolo en el tocadiscos, busca la canción que cree perfecta para su primer baile oficial. Comienza a sonar *Dance With Me*. Entonces, acercándose de nuevo a ella con una preciosa sonrisa, le pregunta:

—¿Me concedes este baile?

Viendo que su ahora marido le ofrece su mano, ella la acepta.

—Este y todos los de mi vida.

Y así unen sus cuerpos para, lentamente y sin prisa, dejarse llevar por la romántica melodía de la canción y disfrutar del momento. De ese irrepetible e inolvidable momento.

83

Una presión extraña en la zona del vientre la despierta. Mira la pantalla del móvil, son las 2.20 de la madrugada. Cansada, vuelve a cerrar los ojos para intentar dormirse de nuevo hasta que, pasados unos minutos, el mismo dolor la obliga a moverse. Al hacerlo, nota que se le mojan las piernas.

—No...

Incorporándose sobre la cama, le toca el hombro.

—Cariño...

Pero Adrián no se despierta. Por lo que, esta vez con más fuerza, le aprieta el hombro mientras dice:

—Adrián.

Se gira hacia ella, ha conseguido despertarlo.

—Dime... —murmura con los ojos cerrados.

—Creo que estoy de parto.

Adrián abre los ojos de golpe.

—¡¿YA?!

—Creo que sí.

Entiende su desconcierto. Según las estimaciones del equipo de obstetricia, estaba previsto que Roma naciese para el 23 de octubre. Aunque parece que tiene otros planes.

Levantándose de un salto, Adrián se cambia de ropa para acompañarla al hospital. Antes de bajar, pasa a toda prisa por la habitación del bebé para coger la bolsa que prepararon hace tan

solo dos días. Está histérico. Pero al verla a ella igual, tiene que mantener la compostura y parecer tranquilo.

—Menos mal que la teníamos preparada —susurra al cogerla.

Vuelve junto a Gabriela, bajan las escaleras sin prisa, hasta que ella frena en el último escalón. Él, al ver su gesto de dolor por una nueva contracción, no puede hacer otra cosa que sujetarla para que no pierda el equilibrio mientras en silencio se anima a sí mismo a respirar.

Tras un viaje en coche en el que Adrián ha ido todo lo rápido que ha podido, sin olvidar la seguridad, llegan al hospital. A esas horas lo encuentran todo sorprendentemente tranquilo. Mientras los atienden, Adrián manda un wasap al grupo familiar para avisarlos: «¡Roma ya viene!».

En el hospital les hacen unas preguntas y los pasan a la monitorización, donde confirman a Gabriela que está de parto. Nada más oír la palabra, Adrián y ella se miran y él le coge la mano sin intención de soltársela en ningún momento. Ambos sonríen con una mezcla de miedo y desconcierto.

—¿Cuánto va a durar?

—¡Ojalá lo supiésemos! —bromea la enfermera.

A partir de ahí, el tiempo se vuelve difuso. Las contracciones se vuelven más fuertes, la luz de la habitación cambia al hacerse de día, las enfermeras entran y salen, el grupo familiar de WhatsApp no para, los monitores pitan sin cesar...

Aunque Adrián está junto a su mujer todo el rato, hay momentos en los que no puede evitar sentirse inútil. La ve sudar, sufrir, contraerse del dolor..., y él, al verse tan libre, no sabe qué hacer para ayudarla, lo que le hace sentir una impotencia terrible.

Se limita a darle agua, a apartarle el pelo de la cara y decirle que la quiere. Trata de darle ánimo y cariño, de darle aire cuando ella se

lo pide, deja que le apriete la mano con todas sus fuerzas, incluso no se molesta cuando ella, de vez en cuando, le hace un feo o le da un grito.

En algún momento de la mañana, cuando ella ha dilatado lo suficiente, se los llevan al paritorio. Ya no sabe ni qué hora es, la última vez que pudo mirar el móvil recuerda que su prima Keira le dijo que iban de camino al hospital.

Nada más entrar en esa nueva sala y mirar a su alrededor, Adrián siente como si estuvieran en un lugar donde el tiempo se mueve de manera diferente, con pitidos y voces procedentes de todos lados. Mientras que todos ahí dentro parecen saber exactamente lo que tienen que hacer, él está inmóvil. Incluso acobardado.

En un momento dado, baja la cabeza y encuentra la mirada de Gabriela, que parece exhausta. Él sonríe para aparentar tranquilidad, o eso intenta. Está tan abrumado que por momentos no sabe si está sentado o de pie.

Tras un rato que a Adrián se le hace eterno, escucha a la doctora decir:

—Gabriela, lo estás haciendo genial, pero por tu enfermedad preferimos acortar el esfuerzo final para que tu corazón no tenga que trabajar tanto.

Escuchar eso lo asusta mucho, por lo que pregunta:

—¿Cómo vais a hacer eso?

—La vamos a ayudar un poco —asiente la mujer—. Necesitamos que esperes fuera mientras lo preparamos todo.

—¿Pero va a estar bien?

—Sí, tranquilo. Te avisaré en cuanto vuestro bebé esté con ella.

Nada más oír eso, mira a Gabriela. No querría alejarse por nada en el mundo, pero sabe que tiene que hacerlo. Debe comportarse

como un adulto, va a ser padre. Por lo que, acercándose para darle un beso en la frente, le susurra antes de irse:

—Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti...

Con una mezcla de cansancio, mareo, incertidumbre y miedo, Adrián recorre el pasillo hasta la sala de espera. Ahí se encuentra con parte de su familia, entre ellos sus padres, que se levantan. Al sentir su abrazo cierra los ojos. Lo necesita. Necesita dejar de ser el fuerte por un rato.

—¿Cómo lo lleva?

—Muy bien —afirma, echándose el pelo hacia atrás—. Lo que Gabriela está haciendo ahí dentro es absolutamente increíble.

Todos asienten. No tienen ninguna duda de ello.

—Oye, ¿pero no tenía que nacer el 23 de octubre? —pregunta su primo Miguel.

—En teoría, ese era el plan, pero está claro que Roma ya viene imponiéndose. —Sonríe tímidamente el futuro padre.

Fijándose en la cara de cansado que tiene su hijo, Salma lo anima a sentarse con ellos en la sala de espera. César no tarda en traerle una botella de agua y un sándwich de la máquina expendedora por si tiene hambre. Su hijo también tiene que cuidarse.

—Está claro que Roma no quería ser escorpio —bromea Keira.

—Es una chica libra, como yo —le sigue la broma Azahara.

—Dime que eso es bueno...

Esta, mirando a Adrián, responde:

—¡Por supuesto! Las libra somos personas sociables, curiosas, serenas y con estilo. —Y haciendo una mueca, añade—: Ya me la llevaré yo de compras cuando sea adolescente.

Adrián le dedica una sonrisa. Aprovecha para mirar el reloj que hay en la pared: son las diez menos cuarto de la mañana. Parpadea

con fuerza al darse cuenta de la cantidad de horas que llevan ahí metidos.

Parece que los minutos pasan a cámara lenta. Eso le preocupa: «¿Gabriela estará bien?», se dice.

Aunque intenta que no pase, los nervios cada vez se apoderan más y más de él. Esto hace que en cuanto ve aparecer a la matrona, se ponga de pie de inmediato.

—Adrián, ¿estás listo para ver a tus chicas?

Él sonríe emocionado.

«No... Pero vamos allá», se dice.

84

Adrián abre la puerta del paritorio con sumo cuidado. Está en silencio y con una luz muy tenue. Mira directamente hacia la cama. Gabriela está recostada, con el pelo revuelto y la piel algo pálida. Aun así, le parece que está preciosa.

Ella, después de lo que acaba de hacer, siente que casi no le quedan fuerzas. Pero sonríe al verlo. Adrián se acerca y lo primero que hace es darle un beso en la frente. Tiene cara de estar agotada.

—¿Estás bien, cariño?

Ella asiente y aparta las sábanas.

—Mira quién está aquí... —dice con un hilo de voz—. Es papá.

Los ojos de Adrián se iluminan como nunca. El corazón le late tan fuerte que se le va a salir del pecho. Ahí está Roma. Su hija. Se agacha para poder verla bien.

—Hola, Roma...

El pelo oscuro contrasta con lo clarito y arrugado de su piel. Tiene las manos cerradas en puño y parece dormir profundamente. Con todo el cuidado del mundo, le acaricia la cabecita. Roma mueve un brazo al notarlo.

—Parece mentira que tú y yo la hayamos creado, ¿verdad? —dice Gabriela.

—Así es. —Sonríe él y mira a su mujer. Ella vuelve a tapar a la niña para que no coja frío.

—La doctora dice que nos vamos a quedar unos días en observación por lo de mi corazón... —susurra—. Pero todo ha ido

bien.

Adrián se preocupa, pero sin querer ser alarmista, dice:

—De acuerdo, amor. —Tras unos segundos de silencio, pregunta —: Sabe que Roma ha nacido antes de tiempo, ¿no?

Ella sonríe al ver la duda en el rostro de Adrián.

—Sí, tranquilo. Es una chica fuerte.

Adrián tiene los ojos llenos de lágrimas y Gabriela se emociona al verlo así. Un par de ellas le recorren las mejillas.

—Amor, tú sí que eres fuerte. Lo has hecho increíble.

Ella le coge una mano, se la aprieta y lo corrige:

—Lo hemos hecho increíble.

Tras un rato de intimidad, y cuando llevan a Gabriela y a la pequeña a la habitación, Adrián avisa a los demás para que pasen a verlas. Salma, que sabe cómo van estas cosas, los advierte de que no estén mucho rato, hay que dejar que Gabriela descanse.

César es el primero en acercarse a su nuera.

—¿Cómo estás, corazón?

—Cansada pero bien.

—¡Madre mía, qué nieta más bonita tengo! —exclama Salma al ver a la pequeña.

Azahara y Miguel también se acercan, mientras que Keira se queda un paso por detrás abrazando a su primo.

Gabriela y Azahara se miran.

—Reina, es preciosa... —No puede terminar la frase, se echa a llorar. Gabriela la coge de la mano con cariño.

—¡Primo, se parece a ti! —exclama Miguel al instante.

—Pues pobrecilla —bromea él consiguiendo que todos se rían.

Y así, lentamente, la habitación empieza a llenarse de lágrimas, emoción, halagos y miradas. Miradas hacia la bebé, pero también la

mirada tierna de una madre primeriza a un padre primerizo, que una vez más le ha demostrado que es su número uno.

Ya hace cinco días que nació Roma.

Adrián ha estado con nosotras en el hospital en todo momento. No quería dejarnos solas, y lo entiendo. Si hubiese sido al revés, yo habría hecho lo mismo.

La primera noche que pasamos los tres solos en esa habitación de hospital fue rara. Hubo un momento en el que, si miraba a un lado, tenía a Roma durmiendo en la cuna transparente. Y, cuando miraba al otro, veía cómo se le cerraban los ojos a Adri, recostado en una butaca junto a mi cama.

Ayer por fin nos dieron el alta. Así que ya estamos en casa. Fue un día tan ajetreado que no tuve tiempo ni de abrirte para contarte cómo me siento. Aprovecho ahora que Adri está en la ducha y parece que Roma se ha dormido un rato.

Por más que la miro, aún me parece mentira. Es tan pequeña... Ahora mismo duerme con la boca entreabierta, igualita que su padre.

Aunque me encuentro mejor que hace cinco días, reconozco que estoy muy cansada. Me pesa el cuerpo. Pero cada vez que miro a mi hija sé que todo el esfuerzo ha merecido la pena.

A partir de ahora, el 8 de octubre siempre será un día especial. El día que Roma llegó a nuestras vidas.

Cada vez que la miro siento un amor tan profundo por ella que incluso me asusta. Diría que no he sentido este tipo de sentimiento por nadie. Es algo... ¿incondicional? ¿Distinto? Como más... profundo.

Los días que hemos pasado en el hospital me he sentido muy arropada por todo el mundo. Adrián, como ya te he dicho, no se ha separado de nosotras. Su familia fue a vernos todos los días. Incluso pasaron por allí compañeros míos del trabajo; no me lo esperaba.

Desde que llegamos ayer a casa, Adri y yo tenemos pánico. Nos da miedo hacer algo mal. Hacerle daño. No saber cuidarla. No entender qué quiere cuando llora... Tanto sus padres como sus tíos nos han dicho que no nos preocupemos, que lo iremos aprendiendo todo sin darnos cuenta. Espero que tengan razón.

El día del parto puse mi cuerpo al límite. Nunca había estado tan cansada, recuerdo que al principio me costaba hasta hablar. Por mi enfermedad, los médicos anuncian una recuperación lenta, por lo que debo tomármelo con calma.

La frase de la doctora fue: «Nada de sobreesfuerzos, que no tienes que demostrar nada a nadie».

¿Es normal que cuando veo a Roma durmiendo en su cuna, crea que acabamos de meternos en la mayor aventura de nuestras vidas?

85

Es el primer sábado que pasan los dos solos con la niña en casa. Están cansados por no conseguir dormir del tirón ninguna noche.

Gabriela, sentada en el sofá, le da el biberón a Roma, que tiene los ojitos cerrados. Desde allí observa cómo Adrián recoge los platos sucios para limpiarlos en el fregadero. Al mirar a su izquierda para asegurarse de que tiene una manta junto a ella, sus ojos van a parar a la estantería. Más concretamente al vinilo firmado que le regaló hace unos meses. Entonces cae en la cuenta de algo.

—No debe quedar nada para el concierto de Dani, ¿no?

Él, de espaldas a ella, asiente al escucharla.

—No.

—¿Cuándo es?

Adrián se toma unos segundos para responder, y finalmente dice:

—Hoy.

—Anda, ¡qué bien! —exclama ella, alegre—. ¿Ya has quedado con Miguel para ir juntos u os veis directamente en el recinto?

—Al final no vamos a ir.

No es la respuesta que ella esperaba, por lo que frunce el ceño.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué?

—Porque nuestra hija nació hace solo nueve días y no te voy a dejar aquí sola con ella —responde girándose para mirarla—. Así que no voy a ir. Me quedo con mis princesitas.

A Gabriela no le gusta oír eso.

—Claro que vas a ir —afirma molesta—. ¿Qué tontería estás diciendo?

—Amor, créeme que lo he pensado mucho, pero es lo más sensato —dice mientras sigue lavando los platos—. ¡Ya habrá más conciertos!

Claro que los habrá, pero a ella no le vale. A lo largo de esos meses le ha oído hablar de este día más de una vez y sabe la ilusión que le hace.

—Déjate de pensar tanto y llama ahora mismo a tu primo para decirle que sí que vais.

Adrián hace como que no la ha oído y continúa limpiando platos. Tiene la decisión tomada.

Tras comprobar que la niña come sin problema, Gabriela alarga el brazo para coger el móvil.

—¡Hola, Miguel! —Adrián se da la vuelta—. Sí, todo muy bien. Aquí, dándole el bibe... Oye, te llamaba para comentarte una cosa. ¿A qué hora es el concierto de Dani Fernández? —Rápidamente, Adrián se seca las manos y se acerca—. Ya... Ya me lo ha dicho, pero es una chorrada. Así que he pensado que mejor vais y lo disfrutáis por Roma y por mí también... —A su lado, él le hace un gesto con la mano para que cuelgue el teléfono, pero ella no tiene ninguna intención—. ¡Claro que es buena idea! Tu primo ya lo sabe, ni te preocupes. —Gabriela habla con Miguel mientras lo mira a él y le dice—: ¿Te viene bien que pase a buscarte sobre las siete y cuarto...? ¡Genial! Yo se lo digo. ¡Hasta luego!

Nada más colgar el teléfono, él resopla y se sienta en el sofá.

—¿Qué haces?

—Quiero asegurarme de que esta noche vas a ver a tu cantante favorito en directo.

—Pero, Gabriela...

—Vas a ir. No se hable más.

—No tenías que haber hecho eso.

Ella se da cuenta de que la niña ha acabado el biberón y moviéndose con cuidado lo deja en la mesa. Él, de manera mecánica, se coloca un trapo en el hombro y se pone de pie para moverse con la niña en brazos.

—Cariño, llevas meses con las entradas compradas y el día señalado en el calendario.

—Habrá más conciertos.

—Lo sé, pero tienes que ir a este.

—¿No entiendes que me da miedo dejaros solas?

Con esa frase consigue que ella cierre los ojos y se tome un momento para responder. Él la observa sin dejar de moverse.

—A ver, Adrián —comienza a decir levantándose—. Lo primero es que no va a pasar absolutamente nada malo mientras tú no estés en casa. Para que te quedes tranquilo, ahora llamo a Aza y a Keira por si quieren pasarse un rato. Y, en el caso de que no puedan, pues nos quedaremos Roma y yo solas tan tranquilas viendo una serie. —Por cómo gesticula, sabe que él va a hablar, así que no le da opción—. Si quiero coger las galletas del mueble y no llego, abriré el congelador, que me pilla más a mano, y me comeré el helado de pistacho. —Sonríe y se percata de que a él se le escapa una ligera sonrisa también al escucharla—. Y también que no quiero que dejes de hacer cosas que te hacen ilusión —dice con firmeza— con nosotras como excusa.

Sin apartar los ojos de ella ni dejar de moverse con la niña en brazos, Adrián se muerde el labio. Desde que se enteró de lo de la enfermedad, quiere estar en todo momento con ella. Y más después de incluir a Roma en sus vidas. Es consciente de que su tiempo podría ser breve y no quiere perderse absolutamente nada.

—Gabriela, te entiendo, pero me gustaría que me entendieras tú a mí.

—¡Y lo hago! —exclama acercándose a él—. Pero no quiero que tu vida se limite a esto. No quiero que tu vida se limite a mí y mis circunstancias. —Señala el piso—. Me decepcionaría que, dentro de muchos años, cuando mires atrás, lo hagas con pena y resentimiento por lo que dejaste de hacer por mí.

—Sabes que nunca podría sentirme así.

Gabriela se abraza a él.

—Pero lo que sí puedes hacer ahora es, además de ser un buen padre y el mejor marido del mundo, seguir siendo tú. Seguir siendo Adrián —murmura, alzando la cabeza hacia arriba para mirarlo—, el chico que se sabe todas las canciones de su cantante favorito y que va a ir esta noche al concierto a darlo todo por los dos.

Las palabras de Gabriela lo han dejado mudo, no sabe cómo rebatirlas. Lo último que quiere es que ella se sienta mal por él. Que tenga la idea de que se pierde cosas por ella cuando para él estar con ella es siempre ganar. Se agacha ligeramente y le da un tierno beso en los labios. La pareja se separa y ella, fijándose en que la niña le ha vomitado en el hombro, lo señala riendo:

—Eso sí, antes de irte, te recomendaría darte una ducha.

Esa misma noche, Adrián canta y salta junto a su primo todas las canciones de Dani Fernández. Disfruta del concierto al máximo por él y por Gabriela. Encuentra algo en cada una de las letras que le hace pensar en sus chicas.

Se emociona al escuchar *Si tus piernas*, y Miguel lo abraza con cariño cuando grita «Sé que si te pierdo en mi vida, no he ganado». Su vida es Gabriela, y ahora también lo es Roma.

Siempre le ha gustado la canción de *Solo tienes que avisar* porque sabe que Dani la escribió pensando en su hija. Él ya es padre, como Dani. Y desde hace nueve días, el significado de ese tema para él ha pasado a ser mucho más grande, uno llamado Roma.

Sonríe al oír los primeros acordes de *Todo cambia*. Es la canción que Gabriela puso en el coche cuando cenaron juntos por primera vez. Para él es la primera que ella le dedicó.

Y cuando sale Walls a cantar *Vulnerable* con Dani, no puede contenerse y le hace una videollamada a su chica. Esa canción le recuerda a ellos. Gabriela, al otro lado de la pantalla, la escucha con una gran sonrisa, y le viene a la mente uno de sus deseos de año nuevo: ir a un concierto. No está allí en persona, pero él consigue que lo disfrute como si así fuera.

86

Han pasado dos meses desde que nació Roma. Hoy Gabriela vuelve a tener consulta con Ginés, su médico. Se vieron dos semanas después del parto y la función cardíaca era estable.

El hombre, acariciando a la pequeña Roma, que va tumbada en el carrito, murmura:

—No todos los días tenemos en la consulta a un bebé tan bonito.

Adrián y Gabriela se miran y sonríen. El doctor se mueve para volver a tomar asiento y revisar los informes.

—Antes de quedarte embarazada, tu fracción de eyección estaba entre un treinta y cinco y un cuarenta por ciento —comenta—. Para comprobar en qué punto estamos ahora y cómo ha reaccionado tu corazón al estrés del parto debemos realizar analítica, ecocardiograma...

Ella asiente sin decir nada. Ginés la mira. Llevan tantos años viéndose que se atrevería a decir que la conoce un poco. Por ello, no duda en preguntar:

—¿Qué te ronda la cabeza?

Gabriela ríe sorprendida.

—Nada importante, solo pensaba en cuándo podré volver a trabajar.

Elevando las cejas, el médico se echa hacia atrás en su silla. Adrián, también sorprendido por que saque ese tema tan pronto, dice:

—Amor, olvídate de trabajar. Ya lo hago yo.

—Gabriela, entiendo tu necesidad de comenzar poco a poco a recuperar la normalidad, pero en tu caso prefiero pecar de prudente.

—Si no se recupera bien, podría empeorar, ¿no? —interviene Adrián.

—Podría ocurrir —afirma Ginés con su habitual tranquilidad—. En mujeres con tu enfermedad el embarazo puede llegar a acelerar su evolución. No sabemos cómo estará tu corazón dentro de unos años. Por eso, durante este primer año, te pido paciencia. Necesitamos tiempo para poder comprobar cómo va todo y que te recuperes lo mejor posible.

Aunque con cierta decepción, Gabriela se muestra de acuerdo. Adrián la coge de la mano.

—Lo que necesitas son unos meses de estabilidad —continúa Ginés—. Después, tras revisar los parámetros y ver qué tal te encuentras tú, podremos valorarlo.

—Vamos, que hasta que no pase el verano, nada —dice ella, algo desilusionada.

—Exacto.

Adrián mira a su mujer y suspira. La noticia que le acaba de dar el médico no es que le haya hecho gracia, pero sabe que tiene razón. Si dice que hay que esperar, esperarán. No hay otra opción.

—Ahora vamos a hacerte un ecocardiograma para ver cómo va todo.

Ella se levanta. Está lista para repetir las mismas pruebas de siempre. Son tantos años que se las sabe de memoria.

No queda nada para Navidad, está a la vuelta de la esquina. Nuestras primeras fiestas navideñas con Roma. Qué fuerte.

¡Qué rápido va todo!

Los dos primeros meses han sido una odisea. Somos unos padres primerizos de manual, pero quiero creer que vamos aprendiendo y cogiéndole el truco.

En ese aspecto he sentido un cambio brutal. Como que me siento más segura con Roma, diría incluso que la entiendo más. Adrián también, aunque el tema de cambiar pañales nos sigue dando el mismo asco a los dos. Pero no nos queda otra.

Cuando no era madre, podía intuir que era un gran trabajo, pero nunca imaginé que tanto. No sé cuántos pañales habremos llegado a cambiar entre él y yo, pero son mucho. MUCHÍSIMOS.

Nos complementamos muy bien. Hemos tenido nuestros rifirrafes, imagino que es normal, supongo que todo el mundo los tiene, y más cuando no puedes dormir todo lo que te gustaría. Pero nada grave, estamos genial. Sigue siendo igual de maravilloso que al principio.

¡Lo que nos ha cambiado la vida!

La baja paternal de Adri dura dieciséis semanas y ya está agobiado por cuando se le acabe. Está hablando con su padre y sus tíos para intentar alargarla un poco más. Conociéndolo, seguro que lo consigue.

Mi baja... creo que durará más tiempo. Ya me dijo el otro día Ginés que me olvide de volver a trabajar al menos hasta después de verano. Madre mía..., se me va a hacer eterno. Al salir de la consulta, Adrián me dejó claro que debía hacerle caso.

Si soy la primera que lo sabe, pero también la que lo vive en primera persona.

87

Llegan las Navidades y con ellas el caos.

Pocos días antes de Nochebuena, Adrián y Gabriela colocaron su primer árbol de Navidad juntos. Al principio les costó un poco ponerse de acuerdo sobre cómo decorarlo, dónde ponerlo..., incluso discutieron, pero se les pasó cuando se dieron cuenta de que Roma los miraba curiosa, tumbada en la alfombra de actividades que les regaló Azahara y que han colocado en el salón.

Lo colocaron al fin en el lugar donde estaba el piano del tío Juanjo. Adrián decidió ponerle luces, lo que fascinó a la pequeña, que las miraba alucinada.

En Nochebuena, los padres de la niña pudieron olvidarse un poco de ella, ya que cuando no estaba en brazos de la abuela, el abuelo la cogía. Roma es el juguete de la familia. Fue una noche familiar junto a los padres de Adrián, aunque por esa casa, como todos los años, acabó pasando toda la familia.

Para cuando quieren darse cuenta, ya están en Nochevieja.

Se celebra en casa de los padres de Keira, como el año pasado. Gabriela y Adrián, acompañados de su hija, llegan de los primeros. Y mientras Zulema y Miguel se deshacen en carantoñas a Roma, ellos ayudan a poner la mesa llenos de energía y humor.

Poco a poco van llegando más familiares, a los que reciben con abrazos y alegría. Algo más de una hora después, están todos sentados alrededor de la gran mesa del comedor. No es un piso muy grande, pero siempre se las apañan para entrar todos.

Comienzan con canapés y entrantes variados que ha llevado cada uno de su casa. Cuando Carlos va a la cocina para traer el cordero, Roma, que está en brazos de Gabriela, bosteza.

—Creo que alguien empieza a tener sueño —murmura Luisa, sentada enfrente.

—Sí, me parece que sí —dice Gabriela.

Adrián, que viene de la cocina con una cesta de pan, también se da cuenta.

—Estará ya agotada —comenta—. Me la llevo, a ver si se duerme.

—¿Seguro? Si quieres, voy yo.

—No, amor, tú quédate aquí y come.

Coge a Roma con cuidado y se la lleva pasillo adelante. Gabriela se une a los demás para ver si hace falta traer más cosas de la cocina mientras todos son testigos del amor incondicional de Adrián por sus chicas.

Una vez en la habitación de su primo Miguel, coloca a su hija sobre la cama. Como allí no tienen cuna, hay que inventarse algo parecido. Se lleva los cojines y almohadas que encuentra en las demás habitaciones y los coloca estratégicamente alrededor del bebé. La seguridad es lo primero.

Gabriela sonríe oyendo a la familia hablar de la tradición de los deseos. Este año viene preparada. El 21 de diciembre Adrián y ella apuntaron sus doce deseos o propósitos para el año nuevo, y cada día se han ido deshaciendo de uno al azar. De esta manera, han llegado con un par de papelitos cada uno. Que decida la suerte con cuál se quedan.

Minutos más tarde, Gabriela ve a su marido volver.

—Está profundamente dormida —le confirma dándole un rápido beso.

Le explica la barrera de almohadas que le ha colocado alrededor y ella da su aprobación. A ratos, irán a ver cómo está.

La familia entera sigue con la cena hasta que, sobre las doce menos veinte, empiezan los preparativos para las campanadas. En la cocina están los que se encargan de los cuencos con doce uvas y los que preparan los cuencos con doce Lacasitos.

—¡Todos al salón! —los avisa Youssef.

Gabriela, que viene de ver a su hija, es la última en unirse.

—¿Todo bien? —pregunta Adrián, haciendo sitio para que se siente a su lado.

—Todo perfecto. —Sonríe ella.

Comienza la cuenta atrás en la televisión y todos tratan de comerse las uvas y los Lacasitos al ritmo. Nada más escuchar la última campanada, celebran la llegada del año nuevo con gritos y abrazos.

—¡Feliz año nuevo! —exclama Gabriela abrazando a su chico.

—¡Feliz año, amor! —responde él, dándole un cariñoso beso en los labios.

El primer día de Reyes con Roma no fue como lo imaginábamos. Lo último que Adrián y yo esperábamos era pasarlo en el hospital.

La noche anterior la notamos algo inquieta, pero dimos por hecho que, estando en las fechas en las que estamos, quizá estaba incubando algo. Aunque, por mucho que intentamos no darle demasiadas vueltas, no pudimos.

Después de cenar, mientras Adri recogía los platos, fui a verla. Ahí sí que me asusté. Respiraba de una forma extraña, el pecho le subía y bajaba muy rápido. Demasiado.

Nos fuimos a urgencias la noche del 4 de enero y no salimos del hospital hasta el 8. O sea, ayer.

La verdad es que nos atendieron superrápido. El médico nos dijo que tenía bronquiolitis. Según nos contó, es algo muy común en bebés en épocas de frío. Finalmente, decidió ingresarla.

He pasado mucho miedo. Nunca había oído el nombre de esa infección, pero estoy segura de que ya no lo olvidaré jamás.

Ingresada es como más vigilada y mejor controlada está, pero cada vez que miraba a mi alrededor y veía que estábamos en el hospital, se me erizaba la piel. De hecho, en cuanto estuvimos solos,

me eché a llorar. Adrián lloró conmigo, estábamos muy agobiados por la situación, se nos escapaba de las manos.

Nos hemos turnado cada noche para quedarnos a dormir en el hospital con ella. Y durante el día no nos ha faltado el apoyo de la familia.

Como la noche del 5 me quedé yo a dormir, por la mañana Adrián apareció en la habitación con un osito de peluche, dejándonos claro que, estuviésemos allí o en casa, era del día de Reyes.

Escribo esto desde la tranquilidad de estar ya los tres en casa.

Esta mañana, mirando el calendario, he caído en que queda poco más de un mes para San Valentín. Me gustaría organizarle algo a Adri. Se lo merece.

88

Al estirar los brazos, Adrián se da cuenta de que hoy amanece solo en la cama. Imagina que Roma habrá llorado y Gabriela ha ido junto a ella, aunque le sorprende no haberla oído. Al girarse y dejarse caer sobre el lado vacío, nota algo en la espalda. Es una nota.

¡Feliz San Valentín! ¡Feliz San Valentín!
Ponte algo cómodo, como si fueras a dar un paseo largo, y baja a desayunar.

Frotándose los ojos, se levanta. Tras asearse y cambiarse de ropa, encuentra a sus chicas en el salón. Primero se acerca a darle los buenos días a Roma, y acto seguido, a su mujer.

—Buenos días, amor —murmura dándole un beso—. ¿Este año sí celebramos San Valentín?

—Estamos casados y tenemos una hija —dice ella con guasa—. ¿Tú qué crees?

—¿Sabes que tengo mesa reservada en un restaurante para comer?

Se supone que ella no tendría por qué saberlo, pero lleva dos semanas utilizando a Keira y Miguel para saber qué estaba planeando Adrián.

—Pues vas a tener que cancelarla.

Él, abrazándola por detrás, le susurra:

—¿Estás segura, princesita?

—Muy segura, principito.

Tras unos cuantos besos más, Adrián se hace un café mientras Gabriela prepara unas tostadas de aguacate. Desde ese momento hasta que se lleva el último bocado a la boca, él trata de conseguir que le cuente lo que significa la nota.

—Vas a tener que confiar en mí.

—Uf, qué peligro. —Suspira de forma graciosa.

Pero ella acaricia a la niña sin hacerle ni caso.

Recogen las cosas y Adrián la sigue por la casa para preparar lo que necesitarán llevarse para la pequeña Roma.

—¿Vamos muy lejos?

—Lo único que te voy a decir es que conduces tú —responde metiendo pañales en la mochila.

Adrián suelta una carcajada, es el único de los dos que tiene el carné de conducir.

—¿Así voy bien vestido?

—Vas perfecto —afirma con una sonrisa tras mirarlo de arriba abajo.

Durante el trayecto en coche, tienen suerte y Roma se queda dormida. Gabriela se encarga de poner música y darle las indicaciones de por dónde debe ir, consiguiendo así que Adrián tarde en averiguar adónde van. Aunque finalmente unos carteles se lo acaban desvelando.

—¡Bienvenido a tu Día de San Valentín en Toledo!

Tras dejar el coche en un aparcamiento y coger el carrito de Roma, comienzan a caminar adentrándose en la ciudad. Las calles del casco antiguo los envuelven junto a turistas que van de un lado a otro cámara en mano y gente que va simplemente paseando, como ellos.

Roma empieza a llorar justo cuando dan con una callejuela en la que un sabroso olor a panadería los envuelve. No dudan en

desviarse para calmar a la niña y así compartir un bollo de chocolate antes de seguir.

La primera cuesta arriba la suben animados. En la segunda, el peso del carrito empieza a notarse, pero Adrián no piensa darse por vencido. Pero cuando les toca encarar la tercera, el carrito suelta un ruido raro. Deciden sentarse en un banco para recobrar el aliento.

—Esta ciudad va a acabar con nosotros —murmura él pasándose la mano por la frente.

—Más nos vale que no. —Ríe ella, aún más agotada.

Colocan delante de ellos el carrito para echarle un vistazo. Gabriela, al ver que la niña la mira fijamente, la coge en brazos.

—No me ha gustado ese ruidito —señala Adrián.

Pero, una vez que comprueban que todo sigue en su sitio, y que, simplemente, se había metido una piedra en el engranaje de la rueda, siguen con la ruta. Llegan a la catedral y se quedan impresionados ante su imponente fachada. Después van a ver el Alcázar, y de ahí directos a comer en un restaurante pequeño, en el que cada plato está más rico que el anterior.

Al salir, siguen caminando un rato hasta que Gabriela sugiere volver al coche para hacer una última parada antes de ir al hotel en el que pasarán la noche. Con ayuda del GPS del móvil, lleva a Adrián hasta el Mirador del Valle, justo a tiempo para ver el atardecer.

Él la mira, sorprendido.

—Esto es demasiado bonito.

—Te dije que confiaras en mí.

La pareja se da un sentido beso mientras él la abraza para atraerla hacia su cuerpo. Se toman un momento en silencio para observar las maravillosas vistas de la ciudad.

—Quién nos iba a decir hace un año que tú y yo íbamos a estar aquí —comenta él—, con lo que me costó convencerte para que me

dejaras llevarte a cenar.

—Es que no soy una chica fácil.

—Ya lo sé, amor. Me lo dejaste muy claro. —Ríe él.

Ella asiente con una divertida sonrisa, sabe que su chico tiene razón, que no se lo puso fácil. Recuerda a la perfección que le dijo que no quería que celebrasen San Valentín, que sería un día normal y corriente para ellos.

—Qué equivocada estaba entonces... —dice, atrayendo su mirada.

—¿A qué te refieres?

—A que estaba convencida de que enamorarme de ti era lo peor que podía hacer. Y míranos ahora. No podía estar más equivocada.

Adrián la acaricia, él también se acuerda de sus inicios.

—¿Y qué piensas ahora?

—Me alegro tanto de haberme grabado a fuego la frase que me dijo Azahara...

—Prefiero amar demasiado a vivir a medias —murmura él de memoria.

Es una frase en la que piensa todos los días, incluso la apuntó en la cubierta de su diario para tenerla siempre presente. No quiere que nunca se le olvide porque, gracias a ella, Roma está aquí, y el amor que siente por Adrián y recibe de él es bonito y real.

—¿En algún momento te has arrepentido de dejarme entrar en tu vida?

—Sí, pero me ha durado poco —bromea haciéndole reír—. Cariño, todo lo que he vivido contigo ha merecido la pena. Absolutamente todo.

—¿Incluso que te tirase una copa de vino encima?

—Incluso eso, porque fue el principio de todo.

Todo lo bueno se acaba, o eso se suele decir.

Hace unos días a Adri le tocó volver al trabajo. Por más que lo ha intentado, ya no podía seguir alargando la baja. Y lo entiendo, porque si se descuidan, un poco más y la junta con la Semana Santa.

El primer día que fue a trabajar me volvió loca. Me escribía cada cinco minutos y me llamaba por teléfono cada media hora para saber qué tal estábamos. Reconozco que llegó a desesperarme, y diría que a Roma también. En cuanto llegó a casa, tuve que pararle los pies. No era vida para él, y tampoco para nosotras.

Sin él en casa, mi vida se ha vuelto un poco más... monótona. Roma y yo nos pasamos el día juntas durmiendo la siesta, preparando comidas, tendiendo lavadoras, viendo la tele...

Lleva unos días lloviendo sin parar, pero, en cuanto el tiempo mejore, saldremos a la calle para algo más que ir a consultas médicas para ella o para mí.

89

A medida que llega la primavera y el buen tiempo, comienzan los paseos familiares. Dedican al menos una mañana del fin de semana a ir a la Casa de Campo los tres juntos. A medida que pasan las semanas, esto se asienta como una tradición.

Hoy es sábado, el tiempo es bueno y Gabriela empuja el carrito de la niña. Roma, sentada en él, está pendiente de todo lo que sucede a su alrededor. Ya tiene siete meses y cada vez se va espabilando más y más, mirando el mundo, curiosa.

Pasean junto al lago, es su lugar favorito. Unos señores tiran algo de comida a los patos, que no dudan en acercarse. Al verlo, Gabriela detiene el carrito para que Roma, que va ataviada con un gorrito blanco por el sol, pueda ver la escena con detenimiento. Adrián se agacha junto a ella.

—¿Le decimos hola a ese pato? —sugiere moviendo la mano.

La pequeña intenta imitarlo agitando las manos de manera exagerada, lo que le hace reír. Gabriela saca una foto. Desde que nació la niña, la galería de su móvil está plagada de imágenes suyas y de momentos de los tres para recordar.

Minutos más tarde, continúan el paseo hasta dar con una explanada de césped bajo la sombra de un gran árbol. Gabriela saca la manta que lleva en el carrito y la extiende. Con cuidado, Adrián coge a su hija y la coloca encima. No hace más que tumbarla cuando ella comienza a arrastrarse.

—Hoy parece que está llena de energía —bromea Gabriela, poniéndole el seguro al carro para evitar que se mueva.

—Pues que me pase un poco a mí. —Ríe él.

Adrián coloca la mochila junto a ellos, vuelve a coger en brazos a la niña, y murmura:

—Creo que tenemos que cambiarla.

Por mucho que no quieran y pongan los ojos en blanco, la tumban bocarriba. Parece que a Roma no le hace demasiada gracia, ya que al segundo protesta, intentando escapar. Eso se acaba cuando Gabriela le da un chupete que llevarse a la boca.

Mientras señala los patos para distraerla, el padre, sujetándola con delicadeza, le cambia el pañal conteniendo la respiración todo lo que puede. Esta es una de las partes que peor lleva de tener un bebé. Incluso estando al aire libre como ahora mismo, puede sentir el olor dentro de él.

Superado el reto, Roma vuelve a ser libre. Mueve las piernas intentando incorporarse, pero es una acción que aún no tiene controlada.

—Esto se está volviendo uno de mis planes favoritos —comenta Adrián, tumbándose sobre la manta.

—¿No echas de menos salir con tus amigos cada fin de semana y tener memorables resacas?

—La verdad es que no. Es más, si lo pienso, me da una pereza...

—¡Eh, eso no! —exclama Gabriela al momento.

Él la mira sorprendido y ve que le quita a la niña algo de la mano.

—Ha arrancado el césped y ya se lo llevaba a la boca —avisa.

—¡Qué raro!

Ambos ríen. Lleva semanas que cualquier cosa que pilla se la lleva directamente a la boca. Hay momentos en lo que ni los dos juntos dan abasto con la niña.

Le dan un peluche para que se entretenga y así poder disfrutar de un momento de paz. Él, tumbado con los ojos cerrados y escuchando el ruido ambiente; ella, reclinada, apoyándose sobre los codos para ver todo lo que sucede a su alrededor.

—Ya nos puedo imaginar aquí dentro de unos años —murmura él.

—Mmm...

—Cuando empiece a caminar y tengamos que correr tras ella —sigue diciendo—. El día que le regalemos su primera bicicleta y tengamos que cargar con ella en el coche para, una vez aquí, enseñarle a montar. La primera vez que se desequilibre, se caiga y tengamos que consolarla y animarla para que vuelva a intentarlo...

Él sigue divagando con los ojos cerrados. Gabriela sonríe con cierto pesar, nada le gustaría más que poder llegar a compartir todos esos momentos con ellos, pero no quiere ilusionarse. Vive el día a día y aprovecha todo lo máximo que puede. Así es su futuro y lo ha aceptado.

Adrián coge a Roma y la coloca sobre su abdomen. Le coge las manos y juguetea con ella haciéndola reír. Gabriela usa el móvil de nuevo para hacerles un vídeo sin olvidar enfocarse a sí misma para salir también. Sabe que cada imagen, aunque no sean más que pequeños momentos de su vida cotidiana, será un recuerdo que guardarán para siempre.

¡El verano va muy bien!

Hemos decidido pasarlo en Madrid. Lo sé, con el calor que hace, es una locura. Pero entre que tenemos a Roma y que desde que está ella nuestros gastos se han disparado, hemos preferido tomárnoslo con calma. Ya habrá tiempo para irnos a algún sitio el año que viene, al menos eso nos hemos prometido.

Eso sí, hay días en los que nos arrepentimos, esos en los que hay prácticamente 40 grados en la calle. ¡Qué horror! Menos mal que tenemos aire acondicionado, es lo único que nos salva.

Estuvimos mirando opciones y a mediados de julio nos sacamos el bono de una piscina pública no muy lejos. Si no tenemos nada mejor que hacer, vamos allí. Parece que a Roma de momento le gusta el agua. A ver... El primer día fue todo un espectáculo, no paró de llorar. Pero a medida que íbamos entrando su padre y yo con ella, diría que le fue cogiendo el gustillo.

Ahora es llegar a la zona infantil y se le iluminan los ojos. Hace poco que empezó a gatear y no podemos despistarnos ni un segundo. Nunca había visto a nadie gatear tan rápido. No sé qué será de nosotros cuando empiece a caminar y correr. Tiene pinta de

que va a ser una de esas kamikazes que se tiran a la piscina sin importarle la profundidad.

Después de tooodas mis consultas médicas, parece que en septiembre ya puedo volver a trabajar. ¡Qué bien! Adri se alegra por mí, pero también sé que le preocupa. Me ha hecho prometer más de veinte veces que no haré sobreesfuerzos ni tonterías, y que a la mínima que me encuentre mal o que note que algo no va como debería, lo avise.

Respecto a Roma, ya lo tenemos todo pensado y preparado, incluso la guardería. Según nos explicaron, su rutina allí se basará en jugar, desayunar, seguir jugando, comer, dormir la siesta y volver a jugar hasta que la recojamos.

¡Quién pudiera!

Adri y yo hemos quedado en que, si tengo turno de mañana, la deja él en la guarde y a mediodía la recojo yo. Y en los días en los que yo tenga turno de tarde, la dejaré yo en la guarde y pasará él a buscarla.

En principio esa es nuestra idea.

Me apetece volver a trabajar. Tengo ganas de recuperar mi independencia (aunque sea solo un poco).

Eso no me hace parecer una mala madre, ¿no?

90

Gabriela lleva tiempo con esta semana señalada en la agenda. Ayer volvió al trabajo y hoy, tras apagar el despertador, sonríe sabiendo que su rutina implica algo más que cambiar pañales, leer cuentos y poner lavadoras.

Como tiene turno de tarde, será ella la que deje a la niña en la guardería. Tras asearse, cambiarse de ropa y hacer lo mismo con Roma, la coge en brazos para bajar las escaleras. Cuál es su sorpresa al encontrarse un gran ramo de flores en la mesa del comedor. Deja a la niña con cuidado en el suelo para que gatee y se acerca a olerlas.

—Mmm... peonías —susurra, es su flor favorita. Junto al jarrón hay una nota.

¡FELIZ CUMPLEAÑOS, AMOR! Bienvenida a tus 27 años.
Esta noche nos vemos. Te quiero mucho.

Gabriela sonríe de oreja a oreja. Se acerca a las flores una vez más para olerlas y, sin tiempo que perder, se pone manos a la obra con el desayuno de su hija.

El comienzo de Roma en la guardería ha sido escalonado. Empezó el 1 de septiembre yendo solo un rato, y a medida que han ido pasando los días, ha aumentado su jornada hasta que, como hoy, puede hacerla completa y pasar toda la mañana allí.

Tras dejarla en la guardería y hacer un par de recados mientras recibe llamadas de la familia de Adrián para desearle un feliz día,

Gabriela come y se va directamente a trabajar. Allí la espera Azahara, que en cuanto la ve, corre hacia ella.

—¡Feliz cumpleañooos!

Se funden en un fuerte y cariñoso abrazo. Aunque han hecho videollamadas, es la primera vez que se ven físicamente desde las vacaciones de verano.

—¿Qué tal estás, reina?

—Contenta de volver por aquí, ¿y tú qué tal? ¿Cómo lo habéis pasado en México?

—Increíble —afirma—. Lo hemos disfrutado muchísimo, creo que hacía tiempo que no lo pasábamos tan bien en un viaje familiar. —Gabriela asiente, se alegra por ella—. Os he traído chocolate de cacao maya —dice dándole una bolsita—, para Roma, un alebrije mexicano, pero ya se lo doy yo cuando la vea el sábado.

—Muchas gracias, Aza.

Como su cumpleaños cae en martes, hace días que quedaron en invitar a sus amigos el sábado a comer a casa.

Las chicas entran en la clínica y los compañeros con los que se cruzan también le felicitan el cumpleaños. Nada más llegar a su puesto de trabajo, Gabriela ve que junto al teclado del ordenador hay algo rosa doblado. Azahara la mira expectante mientras ella lo desdobla. Es una banda de las que te pasas por el hombro para que quede cruzada sobre el pecho. En ella se puede leer: «HOY ES MI CUMPLEAÑOS».

—No será verdad —murmura mirando a su amiga. Pero Azahara asiente con una gran sonrisa.

—Pues claro que es verdad.

—¿Pretendes que lleve puesto esto toda la tarde?

—Precisamente eso es justo lo que quiero que hagas —responde divertida—. He hablado con Jacobo y le pareció una muy buena

idea.

Se lleva las manos a la cara para tapársela, lo último que esperaba de su jefe es que participara en algo así. Gabriela sabe que luchar va a ser imposible, así que se la pone sin rechistar. En realidad, incluso le hace cierta gracia.

Según pasan las horas, todo el que pasa por recepción le desea un feliz cumpleaños. Es el año que más gente la ha felicitado en toda su vida...

Entre unas cosas y otras, la tarde pasa rápido. Cuando quiere darse cuenta, son las ocho y media, hora de irse. Recoge sus cosas y da un paseo de camino a casa. Mete la llave en la cerradura y, nada más abrir la puerta, escucha a Adrián cantar el *Cumpleaños feliz*. Entra en casa con una gran sonrisa. La niña aún no puede ayudarlo con la canción, pero hace sus pequeñas aportaciones con balbuceos varios.

Deja el bolso sobre la mesa. Adrián, agachado, camina lentamente mientras ayuda a la niña a mantener el equilibrio.

—¡Bueno! —exclama ella al verla—. ¡¿Desde cuándo sabe caminar?!

Gabriela se agacha abriendo los brazos para recibir a su hija. Adrián sonríe mirando la escena.

—Cuando he ido a recogerla, me han avisado de que hoy ha empezado a levantarse e intentar mantener el equilibrio —le explica.

Cenan los tres juntos y, de postre, Adrián saca una tarta de chocolate que ha comprado esa misma tarde. Vuelven a cantar el *Cumpleaños feliz* para que Gabriela sople las velas.

A continuación, Adrián lleva unos regalos que tenía escondidos y entre Roma y él se los dan a la cumpleañera, que los abre encantada. Al terminar, como empieza a ser tarde para ella, llevan a Roma a la habitación. Es hora de dormir.

Una vez dormida, la pareja vuelve al salón. Gabriela abraza a Adrián.

—Tu primer cumpleaños siendo madre —murmura él.

Con la cabeza apoyada en su pecho, ella susurra:

—Roma y tú vais a ser siempre mi regalo favorito. —Ambos sonríen—. Muchas gracias por el día de hoy, cariño.

Conmovido por sus palabras, Adrián acomoda su cuerpo para no dejar de abrazarla nunca.

Son las 3.48 de un sábado por la noche, pero no cualquier sábado. Me he pasado un buen rato en la cama dando vueltas. Cuando ya he llegado al límite y me he desesperado, he decidido cogerte y bajar al salón.

Así que aquí estoy.

Ayer fue viernes 8 de octubre, o sea, el primer cumpleaños de Roma. Para que toda la familia pudiera estar en la celebración, la pasamos a hoy. Por eso he dicho que no es un sábado cualquiera.

Adri y yo nos hemos pasado toda la mañana limpiando y recogiendo para tenerlo todo listo cuando empezasen a llegar los invitados. Después de comer, sobre las cinco, ha empezado a sonar el timbre.

Hemos decidido hacerlo en casa porque para nosotros es más cómodo y porque Roma es nuestra hija, así que si una casa se tiene que ensuciar, que sea la nuestra.

Han venido todos: los tíos de Adrián, los primos tanto mayores como pequeños, y Azahara. No puedo estar más agradecida de estar rodeada por todos ellos.

Encargamos una tarta personalizada con ositos para que Roma pudiera soplar la vela, y la hemos llenado de muchos regalos, tanto nosotros como el resto de la familia. Incluso hemos bailado las canciones que a ella más le gustan (mayoritariamente de dibujos animados).

Ha sido una buena tarde.

En un tiempo, Roma no se acordará de nada de lo que ha pasado hoy, es muy pequeña. Pero para eso estamos Adrián y yo, para encargarnos de hacer fotos y vídeos que podrá ver más adelante.

Llevo unos días encontrándome un poco más cansada que de costumbre, pero nada iba a impedirme disfrutar y celebrar el primer cumpleaños de mi hija.

Creo que debería intentar dormir.

Buenas noches.

91

Desde el otro lado de la puerta pueden escuchar el bullicio y las voces que provienen del interior de la casa. Se nota que es el último día del año. A Adrián ni siquiera le da tiempo a llamar cuando la puerta se abre.

—¡Ya estáis aquí! —exclama Luisa abrazando a su sobrino.

Tras saludar a su tía, Adrián empuja el carrito y entra en la casa. En cuanto los ven, se produce una avalancha familiar de besos, abrazos y palabras de cariño.

Con un año y tres meses, Roma, aún en el carrito, los reconoce y comienza a moverse para que la liberen. Al darse cuenta, Gabriela se agacha para cogerla, se pone de pie y Salma se acerca a saludarla. La pequeña estira los brazos para que su abuela la coja. Gabriela, con una sonrisa, se la cede.

—¿Cómo está mi niña? —pregunta la mujer con tono divertido.

—Mejor que tú y que yo, solo hay que verla —responde Gabriela, colocándose bien el puño del jersey.

Al ver que la abuela se encarga de ella, Gabriela se lleva el carro a una de las habitaciones para que no esté por el medio. También deja el abrigo.

—¿Cómo estás? —oye a su espalda; Adrián la ha seguido abrigo en mano—. ¿Te encuentras bien?

—Estupendamente —miente.

La pareja se da un beso en los labios y vuelve al salón con los demás, aunque él, con disimulo para no preocuparla, no le quita ojo.

El día anterior, mientras hacían la comida, Gabriela se mareó. No fue nada grave, solo tuvo que sentarse y tomarse el resto de la tarde con más calma.

El delicioso olor que proviene de la cocina hace que se apresuren a poner la mesa. La cena huele demasiado bien como para hacerla esperar. Cuando Gabriela coloca los últimos cubiertos, la puerta de la casa vuelve a abrirse de par en par. Son Keira y Miguel los que entran, y acompañados.

Nada más ver a Azahara, Gabriela corre a su encuentro y la abraza. Su familia ha decidido hacer algo diferente este año. Los padres se embarcaron en un crucero a mediados de noviembre y no vuelven hasta enero. Así que Azahara y su hermana se han quedado en Madrid y pasan las fiestas juntas, y con sus respectivas parejas. Lleva dos años con Keira y ya saluda a todo el mundo con familiaridad.

Miguel les presenta, uno a uno, al chico que lo acompaña. Es el turno de Adrián.

—Primo, este es Diego, mi novio.

—¡Encantado! —lo saluda amigablemente.

No puede hacerle más ilusión volver a ver a Miguel ilusionado con alguien. Su última relación conocida fue aquel chico de Londres. Que haya dado el paso de traer a Diego a pasar la Nochevieja con su familia es algo grande.

Gabriela también le sonríe al recién llegado y le da dos besos, algo que interrumpe su hija, cuando la ve cogiendo un adorno del árbol y llevándoselo a la boca.

—Roma, eso no —la avisa, cogiéndola en brazos para quitárselo.

A la niña no le hace gracia, y así se lo hace saber intentando zafarse de sus brazos. Dándose por vencida, la vuelve a dejar en el

suelo y la pequeña, agarrándose a la primera persona que pasa por su lado, desaparece directa hacia la cocina.

Minutos más tarde, se sientan todos a cenar. No quieren que las campanadas los pillen desprevenidos. Gabriela se sienta junto a Azahara, y al otro lado tiene a Roma, que la separa de Adrián.

—Tenemos que contaros algo —dice Keira llamando la atención de todos.

—No me digas que os vais a casar —murmura la tía Luisa con las manos en la cara.

—¿La prima Keira se va a casar con Azahara? —pregunta Laila mirando a su madre.

Naim, su hermano, se tapa la boca imitando a su madre.

—¡No, no! —Ríe Azahara mirando a su novia.

El verano pasado, Keira se fue a vivir con Azahara, aunque sigue apareciendo casi cada día por casa de sus padres. Sobre todo, cuando se entera de que hay *tuppers*.

—¿Entonces? —pregunta César, el padre de Adrián.

—Llevamos un tiempo pensándolo y hemos decidido adoptar un gato —dice Keira.

—¡Ah, bueeeno! —exclama Youssef, con la pequeña Olaya de tres años sentada en su regazo. Rápidamente, Keira mira a su tío.

—¿Qué pasa?

—Por cómo lo habías anunciado pensaba que iba a ser algo más... serio.

—Oye, que adoptar un gato es muy serio —replica—. Es una responsabilidad enorme.

Adrián y Gabriela los escuchan con atención mientras intentan dar de cenar a su hija.

—Después de vivir juntas tanto tiempo, creemos que es un paso lógico —comenta Azahara.

—En esta familia la lógica hace tiempo que se quedó a un lado —bromea César—. Los hay que tienen un bebé incluso antes de vivir juntos...

Gabriela y Adrián se miran divertidos al darse por aludidos mientras la niña da golpecitos con la cuchara de plástico en la mesa.

—Nos gusta el riesgo —dice Adrián con gracia.

—Dicen que es mejor adoptar dos gatos que uno —habla Diego y todos lo escuchan—. Así se hacen compañía y no se sienten solos.

—Eso es verdad —afirma Gabriela.

Keira y Azahara se miran y, mientras a la primera se le iluminan los ojos, a la segunda parece que no tanto.

—Bueno..., ya veremos —murmura.

Las diferentes reacciones de las chicas consiguen que todos suelten una sonora carcajada.

Adrián va a la cocina a rellenar la jarra de agua. Su madre aparece por allí y, acercándose a él, le pregunta bajando la voz:

—¿Cómo está Gabriela?

Su hijo la mira y sonríe.

—Bien, aunque ayer se mareó. Pero está bien, mamá.

Salma asiente con la cabeza. Gabriela le preocupa, igual que le preocupa su hijo. Son demasiado jóvenes para pasar por lo que están pasando. Sin querer dramatizar, pues ya tienen bastante, la mujer le da un beso en la mejilla a su hijo y susurra:

—Si tú estás tranquilo, yo también.

El resto de la cena continúa con normalidad, entre anécdotas y buen rollo. En un momento dado, Gabriela se queda mirando a Adrián. Se fija en que, a la vez que habla con su tía Luisa, pone la mano para amortiguar los golpecitos de Roma en la mesa.

Que Miguel les presentara a su novio, y que Keira y Azahara anunciaran la adopción del gato, le ha removido algo por dentro.

Verlos hablar de planes de futuro tan alegremente le ha recordado la sensación de agobio que suele sentir más a menudo de lo que querría admitir. Esos pequeños comentarios que parecen tan normales para algunos a veces son inimaginables para ella.

Como si pudiera notar que lo está mirando, Adrián se gira, encontrándose con los ojos de su mujer en él. Eso lo alerta y se inclina para susurrarle:

—Amor, ¿va todo bien?

—Sí, muy bien, cariño.

Le da un tranquilizador beso en los labios. Aunque Adrián no la agobia, lo conoce y sabe que está preocupado. El mareo del día anterior lo ha preocupado. Él, tras dedicarle una bonita sonrisa y ver que está bien, vuelve a la conversación. Gabriela se toma unos segundos para observar la mesa y a todas las personas que hay en ella. Lamenta no poder asegurarle un futuro lleno de planes como el de todos ellos a Adrián.

Este año Roma sí que ha podido vivir su primera cabalgata de Reyes.

Eso sí, como hacía bastante frío, le pusimos veinte prendas bajo el abrigo para evitar que se pusiera mala. ¡Ni los esquimales se ponen tantas capas! Espero que hayan sido suficientes, porque cada dos por tres le pegan algo en la guarde, y buf...

Tal y como esperábamos, las calles estaban a rebosar de gente. Buscamos un sitio en el que no fuésemos a estar muy apelotonados. Nos seguían todos. Cuando comentamos lo de ir a la cabalgata con sus tíos y primos pequeños, la familia entera se unió. Así que ahí estábamos todos, solo faltaban Miguel y Diego.

Había música, luces y gente vestida de elfo por todas partes. Creo que Roma alucinó. Bajo su gorrito naranja, lo miraba todo con los ojos muy abiertos.

Cuando vimos que las carrozas se acercaban a nuestra zona, Adrián se subió a la niña a los hombros y Youssef hizo lo mismo con Olaya. Los gemelos tuvieron que conformarse con lo que podían ver entre la gente: ya tienen nueve años y nadie está por la labor de subírselos a los hombros.

En cuanto empezaron a lanzar caramelos, tanto Naim y Laila como Azahara y Keira se agacharon para recogerlos del suelo. Era como una batalla por ver quién conseguía más.

Luisa, en cambio, fue empezar a ver volar caramelos y sacó un pequeño paraguas transparente del bolso. En un segundo lo abrió y lo colocó ante los dos niños. Así evitó que les diesen un caramelazo en la cara.

Esa idea me la apunto para el año que viene.

En cierto momento, me agobié un poco por tener tanta gente alrededor, así que avisé a Adrián y di unos cuantos pasos hacia atrás. No me alejé mucho, quería ver a Roma disfrutar y mover los bracitos emocionada.

Al pasar una de las carrozas, Adrián saludó a los que iban en ella. Ahora dudo sobre quién estaba más entusiasmado por estar allí, si la niña o él.

Adri se merece vivir muchos momentos así. Muchos recuerdos que guardar contigo para siempre.

Hoy no es un buen día.

La semana pasada fue San Valentín, y no solo se lo fastidié a Adrián teniendo que llevarme al hospital, sino que además he pasado cuatro días ingresada para que pudieran estabilizarme.

Además de dejar a la niña con sus padres para poder estar conmigo en todo momento, me sorprendió con un gran ramo de peonías, mis flores favoritas.

No es justo para él.

Me siento mal.

92

Adrián va de camino a recoger a su hija en la guardería. Ese día Gabriela tiene turno de tarde, así que él se encarga.

Ella se encuentra en la recepción. Nada más empezar su turno, han tenido una urgencia, pero a partir de ahí la tarde va tranquila.

—Keira y yo ya estamos pensando dónde ir este verano —comenta Azahara, sentada junto a ella.

—¿Os vais unos días?

—Sí, ese es el plan. Mi intención es viajar con mi familia, como siempre, y luego poder escaparme con ella a algún lado.

Gabriela asiente mientras lee uno de los *e-mails* de publicidad que han llegado al correo electrónico de la clínica.

—¿Y vosotros?

—Como el verano pasado nos quedamos aquí, este año nos gustaría ir a algún sitio, aunque solo sea un fin de semana largo.

—Con lo que le gusta el agua a la enana, deberíais ir a algún sitio con playa.

Las dos amigas ríen recordando las veces que Azahara los ha acompañado a la piscina municipal. Roma estaba encantada, no había quien la sacase del agua.

—¡Por cierto! —exclama Gabriela al recordar algo—. ¿Qué tal está Venus?

Nada más escucharla, la otra pone los ojos en blanco. Al final, acabaron adoptando a dos gatas, Venus y Mulán. Hace un par de días, Keira llevó a Venus a la clínica.

—Está perfectamente —responde—. El problema es Keira, que es una alarmista.

—Anda ya, si es toda una madraza.

Pero su amiga niega con la cabeza.

—Es una pesada, eso es lo que es —se burla—. También te digo una cosa: tanto Mulán como Venus se han convertido en las reinas de la casa. ¡Ni que fuera suya!

Gabriela no puede hacer otra cosa que reír. Keira y Azahara son tal para cual.

—Hablando de casas, debería irme —dice Aza mirando la hora—. Le dije a Keira que hoy salía antes y me ha propuesto ir a cenar a no sé qué restaurante nuevo.

Las dos amigas se despiden justo cuando la puerta de la clínica se abre. Sorprendida por quienes entran, Gabriela se levanta para salir a saludar. Primero abraza a la madre, luego a la hija y por último se deshace en caricias con el perro.

—¡Cuánto tiempo! —exclama Carmen.

—Es cierto, hacía mucho que no coincidíamos —afirma la recepcionista—. ¿Qué tal todo?

Madre e hija se miran.

—Al final tuvimos que operar a Drako —le cuenta la niña.

—¡No me digas! —El pastor alemán y Gabriela se miran—. ¿De la displasia de cadera?

—Sí, empezó a empeorar muy rápido y la veterinaria nos dijo que lo mejor era la cirugía —explica Carmen—. Al principio nos daba un poco de miedo, pero como es tan joven, nos aseguraron que se repondría bien y rápido. ¡Y así ha sido!

Sandra no deja de acariciar al perro.

—¡Cuánto me alegro!

—¡Y nosotras! —Sonríe la mujer—. Hoy tan solo venimos a una simple revisión para comprobar que todo va perfectamente.

—Seguro que sí —afirma Gabriela—. Voy a avisar de que ya estáis aquí.

Al hacerlo, se cruza con Azahara, que ya se ha cambiado de ropa y se va a casa. Gabriela vuelve con la veterinaria y madre e hija pasan a la consulta con Drako.

Poco a poco, la clínica se va vaciando de clientes, hasta que a las ocho y media de la tarde echan el cierre.

—Mañana más —murmura un veterinario al despedirse de Gabriela.

Ella asiente, coge sus cosas de la sala de personal y sale también. Cuál no es su sorpresa al encontrarse a sus dos personas favoritas esperándola en la calle.

—¡MAMIII! —grita la niña nada más verla.

Gabriela no duda en correr a su encuentro y, cuando Roma la abraza, la coge en brazos.

—¿Qué hacéis aquí?

Adrián se acerca a su mujer para darle un tierno beso.

—Estábamos en casa y hemos dicho: ¿y si vamos a darle una sorpresa a mami? —dice mirando a la niña—. ¿Verdad, Roma?

—¡Síííí!

Gabriela sonríe contenta. No esperaba verlos allí, pero le ha alegrado hacerlo.

Dan un paseo hasta casa. Al llegar, Adrián se va directo a darse una ducha rápida mientras las chicas deciden qué cenar.

Al salir, oye música, intuye que Gabriela ha puesto uno de sus vinilos. Pero la sorpresa se la lleva él cuando al comenzar a bajar las escaleras, no solo reconoce la canción, *La trama principal*, de Dani Fernández, sino que se las encuentra bailando en mitad del salón.

Observa a Gabriela moverse lentamente al compás de la melodía mientras tiene a Roma en brazos y la niña se abraza a ella.

No quiere interrumpir el momento, se sienta en uno de los escalones y se queda embobado mirándolas. «Podría pasarme horas así», se dice.

93

Lo han conseguido. Tal y como se prometieron el año anterior, este verano han podido irse unos días de vacaciones. Han vuelto a la casa de Tomás en Benicàssim. Se pusieron de acuerdo con él y han ido los días en que iba a estar vacía.

Para ambos abrir esa puerta es como volver a casa. Conocen cada rincón, no tiene secretos para ellos.

Tras dejar sus cosas e instalarse, se toman la primera noche para organizar lo que harán esos días.

—No olvidemos que estamos de vacaciones —comenta Gabriela antes de nada.

Juntos apuntan lo que quieren hacer y acuerdan que dedicarán un tiempo a conocer la zona, pero su prioridad es descansar y recargar pilas. Es lo que más les apetece. Además, el cumpleaños de Adrián les pillará allí.

Los días se suceden entre paseos, baños en la playa, helados, restaurantes, siestas revitalizantes, arena, bebidas frescas...

El cumpleaños de Adrián lo dedican a hacer lo que él quiera. Es su último día allí, al día siguiente toca volver a casa. Cuando Gabriela le pregunta, su respuesta es: «Mi único deseo es pasar un día tranquilo junto a mis chicas. No quiero nada más».

Y eso es justo lo que hacen. Tras levantarse y desayunar, salen a dar un paseo. Gabriela se encarga de empujar el carrito de Roma. A mediodía comen en un restaurante que, según el móvil de él, tiene

muy buenas opiniones. Salen de allí encantados. Se alegran de haberse fiado de lo que dicen unos extraños.

Vuelven al piso, duermen la siesta junto a Roma y, al despertar, comentan qué le apetece hacer a Adrián. Minutos después, salen con los bañadores puestos y cargando con unas toallas y la sombrilla. Se van directos a la playa.

Nada más tocar la arena, Roma chilla. El primer día fue un desastre. La niña parecía negarse a tocar la arena y el mar le daba miedo. Pero con paciencia y buen humor poco a poco se ha ido acostumbrando. Ahora ya está encantada.

Dan con un espacio libre no muy lejano al mar, pero tampoco pegado a otras personas, y colocan la sombrilla. Es cosa de Adrián, las chicas lo observan mientras lo hace. Luego, extienden las toallas y colocan a la niña encima. La pareja se desviste para quedarse en bañador y dejan la ropa a un lado para echarse protección solar y ponerle un sombrerito a la pequeña.

Adrián coge a su hija en brazos y anima a Gabriela a bañarse con ellos. Con buena intención, ella los acompaña, pero, en cuanto el agua le toca los dedos del pie, consigue que se dé media vuelta: le parece que está congelada. Así que se despide con su mejor sonrisa y vuelve a la toalla para tumbarse.

Los observa durante un rato jugar en la orilla, salpicarse, evitar las olas... Incluso ve que Roma se acerca a otro niño que parece de su edad. También mira a las personas que tienen alrededor: hay parejas jóvenes, personas solas, niños jugando, familias numerosas, gente mirando el móvil, parejas de ancianos... Esa sensación interna de agobio que siente en ciertas ocasiones vuelve a ella. No puede controlarlo. Decide tumbarse, cerrar los ojos y disfrutar del buen tiempo.

No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando nota que le cae agua fría encima. Al abrir los ojos, ve que Adrián sujeta a la niña sobre ella.

—¡Pero bueno! —exclama.

Roma suelta una divertida carcajada que les hace reír. Tras moverse para coger una toalla, Gabriela envuelve a la pequeña para evitar que tenga frío y la sienta a su lado. Adrián se tumba junto a ellas.

Pasan la tarde así, jugando, diciéndole a la niña cómo se llama cada cosa que ven y metiéndose en el agua. Intentan que no se lleve la arena de la playa a la boca, pero es imposible. Bromean al no saber la cantidad de kilos que puede haberse comido ya.

—Qué fuerte, ¿verdad?

Adrián tiene los ojos puestos en Roma, quien se ha quedado dormida entre ellos envuelta en la toalla.

—¿Tener una hija? Es muy fuerte —dice Gabriela.

—En realidad, estaba pensando en que es muy fuerte lo distinto que era todo para nosotros la última vez que estuvimos aquí —comenta mirándola—, en esta misma playa.

—Ni siquiera sabíamos qué iba a pasar con nosotros dos.

—Es verdad... —Sonríe Adrián—. Qué complicado me lo pusiste, amor, cuánto me costó conquistarte.

Ella lo mira divertida por lo que le va a desvelar.

—En realidad... ¿Recuerdas el día que apareciste en casa con Trasto porque sabías que no me encontraba bien?

—Por supuesto. Ese día aprendí muchas cosas de ti, como cuál es tu helado favorito.

—Pues diría que ese día, prácticamente, ya me tenías.

Adrián abre la boca, sorprendido.

—¿Lo dices en serio? —Ella asiente—. Bueno, me gustó que me lo pusieras difícil. Así la recompensa me supo mucho mejor. —Ambos sonríen recordando aquel tiempo que ahora parece tan lejano—. Míranos ahora.

—Si nos hubieran dicho que dos años después estaríamos así —dice ella mirando a la niña—, no nos lo habríamos creído.

—Ni de broma.

La pareja se queda en silencio disfrutando del atardecer. Es el mejor momento para estar en la playa. Hasta el mar parece haberse relajado con la caída del sol.

—Cada vez me gusta más —murmura Gabriela.

—¿Quién, yo?

Aunque ha escuchado a la perfección su comentario y sabe que no va por él, Adrián consigue justo lo que quiere: que ella lo mire y sonría.

—Me refería a esto —le explica señalando a Roma—, a la familia y los recuerdos que estamos creando juntos. —Él asiente lentamente y vuelve a mirar el paisaje—. Y sí, no sé cómo lo haces, pero tú también me gustas cada día más.

Adrián se ríe pasándose la mano por el pelo. Gabriela, que no es la primera vez que le da vueltas a una cosa, cree que es buen momento para hablar con él.

—Adrián, me gustaría comentarte algo.

Nada más oír que lo llama por su nombre y percibir la seriedad en su tono, sabe que quiere hablar de algo importante. Seguramente de algo que no le guste. Y no quiere.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta, preocupado.

—Sí, tranquilo. No es nada de eso.

—¿Está relacionado con estas vacaciones?

—No, es más bien sobre... el futuro.

Él se mueve para acariciarle la cara.

—Entonces, mejor lo dejamos para otro momento —sugiere con voz dulce.

—Cariño, es algo serio y creo que debe...

—Ya buscaremos otro momento para hablarlo —la interrumpe. Pero ella no se da por vencida.

—No creo que haya un momento adecuado —responde.

—Lo encontraremos.

Gabriela y Adrián se miran. Puede que no lleven diez años juntos, pero se conocen bien. Tanto que él es capaz de percibir la tristeza en sus ojos y no quiere hablar de nada triste ahora mismo.

—Amor, por favor..., es mi cumpleaños —murmura—. Vamos a quedarnos con nosotros y este atardecer de ensueño.

Con cierta resignación, Gabriela acepta y sonríe. Tiene razón, ese es su día. Entonces, intentando no despertar a la niña, se mueve para acercarse a él y darle un rápido y sentido beso en los labios.

—Permíteme disfrutar de mi mejor regalo de cumpleaños.

¿Soy yo o cada vez va todo más rápido? ¿Será verdad eso que dicen que cuando tienes niños pequeños cerca te das cuenta de lo rápido que pasa la vida?

Desde que volvimos de las vacaciones, siento que todo va a gran velocidad. Adrián y yo regresamos a la rutina del trabajo y Roma a la guardería. No me quejo, me gusta tener los días ocupados y sentirme útil.

El día de mi cumple fue tranquilo. Lo celebramos invitando a cenar a casa a Keira, Azahara, Miguel y Diego. No me apetecía hacer nada que implicase salir, prefería algo más relajado. La que más disfrutó fue Roma, por supuesto. Que estén ellos es una diversión asegurada.

Salma y César nos han propuesto celebrar el cumple de la niña en su casa. Ven lo hasta arriba que estamos y así ellos pueden encargarse de todo. Aún no lo hemos hablado entre nosotros, pero creo que aceptaremos. Toda ayuda es bienvenida.

Pienso mucho en la conversación que intenté tener con Adrián en la playa. Es algo a lo que llevo tiempo dándole vueltas y me gustaría hablarlo con él. Pero por más que busco el momento para volver a

sacarlo, no doy con él. Algo me dice que Adri, cuando intuye que quiero hablar de algo serio, me esquiva.

No es fácil, lo tengo claro, pero he de dejarle las cosas claras.

¿Encontraré el momento perfecto para esa conversación?

Hola, diario.

Hoy es martes 21 de diciembre de 2027.

He tenido turno de tarde en la clínica. Estoy exhausta.

Adrián está arriba bañando a Roma. Mientras, he aprovechado para cogerte y bajar al salón. Tengo a Trasto tumbado junto a mí en el sofá.

Cuando he llegado de trabajar, Adri me ha recordado que hoy empieza la tradición familiar de Navidad. Esa de los papelitos con deseos y/o propósitos para el año nuevo.

Tengo la cabeza tan en otras cosas que ni me había dado cuenta. Está claro que se me ha echado el tiempo encima.

Voy a hacer mi lista aquí y así luego solo tengo que pasarla a limpio.

Que Roma sea feliz
Que Adrián sea feliz
Seguir trabajando en la clínica
Pasear con mi familia
Reír con Adri hasta que me duela la tripa

Ver a Roma crecer
Hacer muchas fotos y vídeos
Tener más tiempo
Tener un año tranquilo
Mantener mi vida funcional
Seguir creando recuerdos
Tener la conversación con él

Releer la lista me pone un poco triste. Aunque a la vez estoy escuchando a Adrián arriba cantando El baile del chachachá*, de la serie infantil* El osos de la casa azul *mientras nuestra hija se ríe a carcajadas.*

Voy a subir a verlos, yo también me quiero reír.

94

La mañana primaveral invita a salir de casa a disfrutar del aire fresco bajo el cielo totalmente despejado de nubes. Y así lo hacen. Pasan la mañana del sábado, como es habitual, paseando por la Casa de Campo.

Aparcan el coche y, aunque bajan el carrito de la niña, ella ni lo mira. Fuera de él se siente más libre. A medida que avanzan, Roma se va sintiendo más cómoda y, dentro de su torpeza, su paso se acelera poco a poco.

—Roma, ve más despacio —le advierte Adrián, quien la sigue de cerca.

Gabriela va unos pasos por detrás empujando el carrito, algo que usan más para transportar sus cosas que para llevar a la niña. Está claro que Roma prefiere andar.

Tras un rato de paseo, Gabriela siente la necesidad de sentarse en un banco. Está cansada. Necesita recobrar el aliento. Es uno de esos días en que todo se ralentiza. Solo tiene que darse tiempo para volver a estar bien. Adrián no duda en coger a la niña e ir a sentarse con ella.

—¿Cómo vas?

—Bien, solo necesito un momento.

Ambos sonríen. Tanto Adrián como Gabriela son conscientes de que su cuerpo no aguanta los larguísimos paseos que daban cuando Roma nació. Pero no les importa, adecúan el ritmo a lo que necesitan cada día.

Roma, sentada sobre las piernas de su padre, mira con detenimiento a un niño que pasa frente a ellos montando en bicicleta. En seguida estira los brazos y lo señala.

—¡Yo *quelooo!*

Los padres sonríen. Les encanta ver cómo empieza a formular sus primeras frases y puede expresarse, aunque lo haga a su manera.

—Tendrás que pedírsela a Papá Noel —le dice Adrián.

Tras un par de minutos, se vuelven a poner en marcha. Roma, al estar cerca del lago y ver unos patos, sale corriendo. Adrián va detrás. Gabriela también, pero ni siquiera intenta seguirles el ritmo. No puede.

Intenta caminar un rato más, hasta que necesita volver a sentarse en uno de los bancos que ve a la sombra. Tiene que recuperar el aliento. En cuanto Adrián se da cuenta, coge a la niña para ir junto a la madre. Roma se mueve en sus brazos, está claro que prefiere seguir corriendo por el parque.

—¡Id a jugar vosotros! —exclama al ver que se acercan.

Él duda, pero la pequeña está inquieta.

—¿Seguro?

—¡Claro! —Sonríe—. Deja que corra hasta que se canse, yo me quedo aquí descansando.

—De acuerdo.

No le gusta tener que observar más que participar, pero es lo que le toca hacer ahora. Sabe que no puede ponerse a correr como ellos, pero tampoco quiere ser egoísta y obligarlos a quedarse quietos porque ella necesite sentarse.

Nada más tocar el suelo, Roma echa a correr. Adrián, dedicándole una última y dubitativa mirada a su mujer, va tras ella. Sabe que, como se descuide, la niña acaba en el agua. Aunque se niega a decirlo en voz alta, ha visto cómo la salud de Gabriela se ha

resentido en los últimos meses, y está preocupado. Muy preocupado.

Gabriela, tras colocar el carrito en un lado para que no moleste, apoya la espalda en el banco para ponerse cómoda. Pasará un buen rato ahí sentada disfrutando del fresco olor de la primavera. No tiene más que ver los árboles llenos de hojas verdes y lo poblado que está el césped para entender por qué a su hija le encanta correr por allí. Es todo un mundo por explorar.

Desde donde está, puede ver perfectamente a su marido y a su hija. Gabriela respira lentamente al ver que Roma se acerca a una pareja de ancianos y les dice «hola» con la mano. Sonríe, su niña, ante todo, es educada.

En un momento dado, el aire mueve las ramas que dan sombra al banco. Nota cómo el sol primaveral se impregna en su piel. Gabriela se permite cerrar los ojos y disfrutar del instante escuchando risas, niños, agua y conversaciones de fondo.

No quiero decir que sea un mal día porque últimamente solo me quejo, pero...

Hoy no es un buen día.

Esta tarde he tenido consulta con mi médico. Tras hacerme las mismas pruebas de siempre, ha fruncido el ceño: algo no va bien, y no he tardado en saber que así es.

No puedo seguir trabajando. Según me ha dicho, mi cuerpo está empezando a dar señales claras de cansancio. Y este nivel de fatiga no es compatible con el ritmo que he llevado hasta ahora.

También ha sido la primera vez que Ginés ha pronunciado la palabra trasplante*. No como algo inmediato, pero sí para tenerlo en mente en el futuro.*

O sea, que a partir de ahora mi vida debe ralentizarse un poco más.

Me enfada sentirme así. Solo me consuela saber que no es culpa mía, que no es que yo haga las cosas mal, que simplemente es mi cuerpo, que está defectuoso.

Ya me había dado cuenta de que mi resistencia física no es la misma que hace un año. Lo siento en mi día a día. Me encuentro

más cansada. Cuando voy y vengo de la clínica dando un paseo, lo hago más despacio porque me cuesta un poco más.

Esto me hace plantearme muchas cosas. Y me da mucha rabia.

¿De verdad tengo que empezar a elegir en qué quiero gastar mi energía?

P. D.: Al llegar a casa, Adrián me ha comentado que podemos comprar una silla de ruedas para los paseos. Le he dicho que ni se le ocurra. Me niego. No vamos a pasar del carrito de la niña a una silla de ruedas para mí. No voy a permitir que esa sea la imagen que tenga Roma de mí.

Si lo puedo evitar...

95

Roma está en su habitación, lleva algo más de una hora durmiendo la siesta mientras ellos ven una película en el salón. Ambos miran la pantalla, pero parece que solo uno presta atención: Adrián tiene la mente en otra cosa.

El día anterior por la tarde acompañó a Gabriela a la cita con Ginés. No salieron de allí con buenas noticias. No fueron fatales, pero para ella fueron demoledoras. No puede evitar sentir pena y mirarla de reojo, percibe que desde ayer emana cierta tristeza.

Cuando llegaron a casa, y tratando de buscar alternativas para poder mantener su estilo de vida, le propuso comprar una silla de ruedas. Gabriela se negó en redondo. No discutieron, pero quedó claro que no opinaban igual.

La película termina y los créditos finales aparecen en la pantalla. Ella, recostada en el sofá, se gira hacia Adrián. Él hace lo mismo. Sin necesidad de ponerse de acuerdo, se miran en silencio durante unos segundos. Es un silencio cómodo. Un silencio cómplice.

Ninguno de los dos comenta la película. Parece que tienen las mentes en otra cosa.

Al ver los ojos de pena con que la mira Adrián, Gabriela decide que es el momento. No quiere seguir comiéndose la cabeza. No puede. Le guste o no a Adrián, tienen que hablar y tienen que hacerlo ya.

—Adri, necesito hablar contigo.

—Claro, dime.

—Es... es algo que llevo tiempo queriendo decirte...

—¿Sobre el futuro?

Ella asiente, lo que provoca que él se tense. Conoce bien a Gabriela e imagina por dónde quiere llevar la conversación. No le gusta que quiera hablar del futuro. Lleva dándole largas desde el día de su cumpleaños en Benicàssim. Sabe que hace mal, pero no quiere pensar en un futuro sin ella. Hoy no parece tener escapatoria.

—Amor, no creo que...

—Por favor, escúchame.

Gabriela no puede seguir guardándose esto más tiempo. Necesita soltarlo, aunque a él no le guste por dónde va.

—Necesito tener esta conversación contigo. Necesito que me escuches, pero que lo hagas de verdad. Y quiero que sepas que para mí tampoco es fácil. Nada fácil. Necesito que lo que te voy a decir se te grabe a fuego en la mente para que el día que yo ya no esté lo tengas claro.

Adrián aprieta la mandíbula.

—No vayas por ahí.

—Cariño, por mucho que no queramos que pase, va a pasar —murmura con sinceridad, buscando su mano. Él se acerca y le da la mano.

—Necesito pedirte algo... algo a lo que no puedes decirme que no.

—No puedes pedirme eso sin que sepa de qué me hablas.

Intenta sonreír, pero casi no le sale. La seriedad de Gabriela le indica que lo que va a escuchar a continuación no le va a gustar nada.

—Quiero que, cuando yo no esté, rehagas tu vida.

Las palabras que suelta Gabriela a bocajarro le hacen pestañear, incrédulo. Para ella tampoco ha sido fácil pronunciarlas.

—No digo que lo hagas al día siguiente ni en los meses posteriores —sigue hablando—, pero lo que sí te pido es que lo hagas. Que pases página, por ti y por Roma.

—Amor, ¿cómo me puedes estar pidiendo eso? —farfulla él, frunciendo el ceño.

—Si te lo pido es porque quiero que seas feliz y porque necesito que cuando pienses en mí sonrías, porque... porque nunca he querido ser el final dramático de nadie y menos aún el tuyo y el de Roma.

—Tú no eres mi final dramático —responde horrorizado—. Cariño, tú eres lo mejor y lo más bonito que me ha dado la vida, quien me ha hecho el mejor regalo del mundo, que es Roma. Por lo tanto, no vuelvas a pensar eso. —Una lágrima se desliza por el rostro de Adrián. Decir eso no solo le parte el alma, sino también el corazón—. No vuelvas a decirlo, por favor —insiste.

Gabriela se seca unas lágrimas con los dedos.

—Prométeme lo que te he pedido —le dice. Pero él no habla. No puede.

Ella respira hondo tratando de encontrar las palabras adecuadas para conseguir transmitirle lo que tiene en la mente.

—¿Y si fuese al revés? —pregunta para intentar que la entienda—. Si el que estuviese enfermo fueras tú, ¿qué preferirías, que me pasase el resto de mi vida triste o me pedirías que siguiese adelante?

—Gabriela, no es justo.

—Hay demasiadas cosas injustas en esta vida, Adrián. Y aunque somos demasiado jóvenes para toda esta mierda y es muy injusto lo que nos pasa, es lo que nos ha tocado vivir.

Hay un momento de silencio entre los dos, lleno de pensamientos no pronunciados en voz alta. Al final es ella quien vuelve a hablar.

—Roma se merece tener una familia.

—Ya la tiene —dice él al instante.

—Sí, cariño, le hemos dado una familia llena de abuelos, tíos y primos maravillosos —responde, apretándole la mano—. Pero también se merece algo como lo que tiene aquí ahora.

Adrián se pasa la mano por el pelo, nervioso. La conversación le está haciendo daño. Gabriela está exponiendo en voz alta cosas que a él también se le han pasado por la cabeza, pero ha intentado apartarlas y olvidar. No quiere ni pensar en el día en que ella no esté.

—No quiero que por mi culpa te cierres al amor —murmura ella—. Me encantaría que te volvieras a ilusionar por alguien. Incluso a enamorarte.

—Pero la madre de Roma eres tú —responde, notando como se le cierra la garganta.

—¡Y lo seré siempre! Que llegue otra persona especial a tu vida no implica que me vayas a borrar de la historia. Simplemente, que continúas adelante por Roma, por ti y por mí. —Y con una sonrisa forzada, añade—: Más te vale asegurarte de que Roma se acuerde de mí.

La pareja se mira a los ojos y, como en otras ocasiones, ni siquiera necesitan utilizar las palabras para entenderse.

—Adri, prométemelo, por favor.

—Te lo prometo... —murmura finalmente, lleno de dolor.

Adrián aprieta los dientes intentando contener la pena que siente ante un supuesto futuro en el que Gabriela no esté junto a él. Pero no puede más y las lágrimas caen sin control por sus mejillas.

Nada más verlo, ella lo abraza. Él hunde la cabeza en su cuello y con un hilo de voz, solloza:

—Nunca voy a querer a nadie como te quiero a ti.

Ella no dice nada durante un buen rato. Sabe que lo que dice es verdad y deja que las lágrimas también resbalen por su rostro; lo aprieta más contra su cuerpo para consolarlo.

Cuando por fin se separan, con los ojos hinchados de tanto llorar, él se seca las lágrimas. Gabriela lo mira con ternura y tristeza al mismo tiempo.

—Adrián, te quiero y te mereces ser feliz —murmura—. Y Roma también.

—¿Desde cuándo mi felicidad dependerá de que tenga o no pareja?

—La tuya quizá no —afirma con cariño—. Pero la de nuestra hija sí que dependerá de ti y de cómo estés. Y si decides no superar mi muerte y pasarte la vida anclado a ese dolor, Roma sufrirá. Y eso sí que no te lo perdonaría.

Desde que Adrián ha dado rienda suelta a sus sentimientos y las lágrimas han empezado a recorrer su rostro, no paran. Gabriela traga saliva intentando controlarse. Ha de ser la fuerte e intenta no emocionarse también.

—No te voy a sustituir. No puedo y no quiero.

—No se trata de sustituir, amor —le corrige, acariciándole la cara —. Lo único que quiero es que sigas viviendo y vuelvas a sonreír. Porque si tú lo haces, Roma también lo hará.

Pasándose las manos por los ojos para secárselos, Adrián murmura:

—No sé cómo puedes estar diciéndome esto...

Gabriela toma su cara y susurra antes de besarlo:

—Porque te conozco, cariño. Y porque te quiero muchísimo.

—Yo te quiero más.

Tras el beso, se quedan mirándose. Y a pesar de todo el dolor que sienten, ambos sonríen.

—No quiero imaginarme la vida sin ti —dice él con voz temblorosa —. Simplemente, no puedo. No me pidas que te olvide.

—¡Ni se te ocurra olvidarme! —exclama ella, consiguiendo que él se ría—. Lo que quiero es que no te pases el resto de tu vida atrapado en la pena. Me sentiría fatal y harías que me replanteara si hice bien saliendo a cenar contigo aquella noche. —Adrián la mira. Su mujer es la persona más fuerte que ha conocido nunca—. Espero que te acuerdes siempre de mí. Pero que al hacerlo llegue un punto en el que sonrías y consigas que la tristeza se quede a un lado para recordar todo lo bonito que hemos vivido juntos.

—Cariño, me estás pidiendo cosas muy complicadas —susurra, notando otra lágrima caer.

—Pero no imposibles —afirma ella con seguridad—. Además, si pudiste convencerme para que saliera contigo, ¡puedes conseguir todo lo que te propongas!

Adrián llora sin remedio. Le duele el mero hecho de pensar que llegará un momento en el que no podrá tenerla sentada junto a él como ahora mismo. Le duele mucho. Gabriela, que también llora, vuelve a abrazarlo.

—Cariño, a veces en la vida debemos aceptar que hay cosas que no están hechas para durar eternamente —murmura apoyada en su hombro—. Eso es justo lo que las hace especiales.

Los dos creen que no es justo. Saben que no es justo. Pero es lo que les ha tocado vivir y no pueden hacer nada en contra.

—Amor, no sé si voy a poder...

—Claro que podrás —afirma, abrazándolo aún con más fuerza—. Tardarás más o tardarás menos, pero pasará.

El silencio vuelve a llenar el salón, roto únicamente por la respiración agitada de él y el rápido latido del corazón de ella.

96

Esa misma noche, después de cenar, Adrián mete los platos en el lavavajillas. No puede evitar mirar a su mujer. Gabriela y Roma están sentadas en la alfombra que ocupa el sitio en el que hace un par de años había un piano. Ahí juegan rodeadas de muñecos y peluches.

Aunque parece jugar con la niña, Adrián se fija en Gabriela: tiene la mirada perdida y contesta con monosílabos a lo que la pequeña Roma le pregunta. La encuentra... apagada. Pensativa.

La dura conversación que han tenido hace tan solo unas horas a él también lo ha dejado tocado. Le ha removido muchos sentimientos que ahora toca asentar lentamente. Aunque al verla ahora, no sabe si le duele más que esté así o lo que él siente.

Mete la última taza en el lavavajillas, lo cierra y se seca las manos intentando que se le ocurra algo. No quiere que el día termine con esa sensación tan extraña en el ambiente. No se lo merecen. Quiere ver a Gabriela sonreír. La amenaza de un tiempo breve está ahí, aunque espera y desea que no sea así. En cualquier caso, quiere asegurarse de que ella sea feliz.

—Ahora vuelvo.

Gabriela lo ve desaparecer escaleras arriba. Sigue jugando con la niña sin darle la menor importancia. Cuando encuentra lo que estaba buscando, Adrián baja los escalones de dos en dos y se detiene junto a ellas.

—Papi —le señala la pequeña—, ¿qué es?

Gabriela lo mira, confusa.

—Una máquina de cortar el pelo —responde, agachándose para enseñársela.

—¿Y esto a qué viene? —pregunta ella moviendo un peluche—. No pensaba cortarle el pelo a Roma hasta verano.

—Me lo voy a cortar yo —afirma.

—¿Cómo?

—¿Papi corta el pelo? —pregunta la niña poniéndose de pie para acercarse a él.

Divertido por la confusión de sus caras, le enseña con cuidado la máquina a la pequeña.

—¿Estás seguro? —se interesa su mujer.

—Mucho. Mira si estoy seguro que incluso voy a dejar que me lo cortéis vosotras.

Inmediatamente, Gabriela mira a la niña murmurando:

—¿Nosotras? —Verlo asentir tan convencido la confunde—. Cariño, será mejor que te lo pienses bien no vaya...

Él parece haber oído suficiente. Vuelve a ponerse de pie de un salto y la señala antes de darse la vuelta:

—¿No eres tú la que siempre está hablando de hacer fotos y vídeos para crear recuerdos en familia? ¡Pues vamos a crear uno!

Sin tiempo que perder, Adrián coge una de las sillas de la mesa del comedor y la coloca en el centro del salón. Acto seguido, busca una toalla y un alargador para asegurarse de que el cable de la máquina llegue al enchufe. Una vez que lo tiene todo, las mira.

—Manos a la obra.

Adrián se quita la camiseta, se sienta y se coloca la toalla por encima del pecho y los hombros. Roma camina hacia él.

—Mira, cariño, esta es la máquina con la que mamá y tú le vais a cortar el pelo a papá —le explica—. Hace un poco de ruido, ¿quieres oírlo?

—¡Síííí!

Adrián enciende la máquina y la pequeña da un bote al oírla. Al apagarla, ve el brillo en sus ojos: Roma acaba de descubrir algo nuevo. Gabriela se acerca.

—Adrián, no sé si es buena idea.

—Es una gran idea, confía en mí. —La mira con una sonrisa—. Toma, pon mi móvil a grabar y colócalo ahí encima.

Ella hace lo que le pide y al volver a su lado, él cambia el cabezal para que le corten el pelo al tres y se la da. Gabriela no está muy segura de lo que tiene que hacer. Roma, a su lado, está deseando que le deje la máquina.

—Esto puede ser muy mala idea —insiste Gabriela.

—De eso se trata.

—¡Yo ayudo! —grita Roma moviendo los brazos.

Adrián y Gabriela se miran y sonríen.

Ella enciende la máquina y se sorprende al notar la vibración en todo el brazo. Tendrá que sujetarla con más firmeza de la que creía. La acerca despacio a la cabeza de él.

—Corta sin miedo —la anima.

Ella pega la máquina a su cabeza y la pasa de delante atrás sin compasión. Todos ven los mechones que caen al suelo. Al instante, Gabriela apaga la máquina y se tapa la boca.

—¡Ay, madre!

—¡Ha caído! —grita Roma, agachándose para cogerlo. Divertido, Adrián junta las manos para que la niña se lo dé.

—¿Le decimos adiós al pelo de papá?

—¡Adióóós! —exclaman padre e hija devolviéndolo al suelo.

Roma lo mira con los ojos muy abiertos, mientras que Gabriela sigue sin poder creerse lo que acaba de hacer. Adrián, girándose para mirarla, murmura:

—Ya no hay marcha atrás.

—¡Otra vez, mami!

Adrián le guiña un ojo a su mujer, quien, agachándose, ayuda a Roma para que sea la siguiente.

—¡Mira, papi! —Señala el pelo, que no deja de caer al suelo—. ¡Otro!

A partir de ahí, la familia pasa un rato muy divertido al ver los ridículos mechones que le van dejando a Adrián por toda la cabeza. Su salón pasa de estar lleno de silencio y tristeza a ser un lugar de risas, recuerdos y pelo volando por todas partes.

Si algo tengo claro es que 2029 no deja de sorprenderme.

Aunque realmente nunca imaginé recibir un mensaje como el que me ha llegado hoy.

Mañana voy al funeral de mi hermana.

97

Aún dentro del coche, Adrián y Gabriela se miran.

—Sé que estarás pensando que soy idiota —dice ella—. Pero si vengo es porque Ariadna era mi hermana y, aun con todo lo que me hizo, la quería.

—Amor, no eres idiota —le recalca—. De hecho, me pareces muy valiente, sobre todo porque haces lo que sientes. Estamos muy orgullosos de ti, ¿a que sí, Roma?

—¡Sí, papi! —grita la niña desde su sillita.

Dicho eso, Adrián se acerca y le da un tierno beso en los labios. Se bajan del coche. Él saca a la niña mientras Gabriela se queda paralizada mirando la iglesia.

—¿Llegamos a tiempo? —oye a su lado.

Nada más girarse, ve a los padres de Keira; con ella, Azahara, Miguel y los padres de Adrián. Luisa, Youssef y los niños no han podido ir porque ya tenían otro compromiso, pero se han asegurado de enviarle un mensaje para que sepa que están con ella.

—¿Qué hacéis aquí? —murmura Gabriela, sorprendida.

—Apoyarte, corazón. —César se acerca para abrazarla.

Todos la saludan mostrándole su cariño. No son como sus padres. La quieren de corazón.

—Os lo agradezco mucho, pero no teníais por qué —comenta mirándolos—. Ariadna no se comportó bien con ninguno de nosotros.

—Eso ahora da igual. Tú eres de la familia. ¡Eres nuestra Gabriela! —dice Zulema abrazándola.

Con paso firme, entran en la iglesia y deciden sentarse en los bancos del fondo, los más alejados. De un rápido vistazo, Gabriela ve a sus padres en primera fila. Ahí es donde estaría ella si hubiese buena relación, pero no es el caso.

Adrián sienta a la niña en sus piernas, pero, a los pocos minutos, empieza a moverse inquieta. Decide salir a la calle con ella para que corra y juegue un rato. Antes de hacerlo, se asegura de hacerle un gesto a su madre para que no pierda de vista a Gabriela.

Gabi no despega la vista del frente hasta el final de la misa. Con Salma cogida de su brazo, salen de la iglesia para ir al cementerio. Una vez allí, ella y la familia de Adrián se colocan a una distancia prudencial. Todos son conocedores de la mala relación de la chica con sus padres.

Adrián y Roma también van. Pero la niña tiene un día complicado, y la tía Zulema la coge en brazos y se la lleva. No quieren dar el espectáculo. Él se lo agradece con la mirada, así puede quedarse junto a Gabriela y no soltarle la mano.

Con gesto serio, ella ve cómo bajan el ataúd de su hermana en la fosa, y no tardan en brotar las lágrimas. No había llorado hasta entonces, pero ha acabado rompiéndose. Adrián la mira, imaginaba que tarde o temprano iba a pasar. Le pasa el brazo por los hombros, intentando consolarla.

Cuando la ceremonia termina, varias personas a las que Gabriela llevaba años sin ver se acercan a decirle cuánto sienten lo que le ha pasado a su hermana. Ella se limita a asentir en silencio.

Tras un último vistazo a la que a partir de ese día será la tumba de su hermana, Adrián y ella caminan hacia la salida acompañados de la familia de Adrián. Una vez fuera, Roma corre hacia ellos.

—¿Mamá está triste?

Ella sonríe al ver que su hija la señala.

—Un poco, pero con un abrazo tuyo seguro que se me quita.

Roma se lanza a los brazos de su madre. Gabriela la coge y le da un tierno beso sintiendo cómo la abraza. El momento se interrumpe cuando sus padres aparecen junto a ellas.

—Finalmente, has decidido aparecer —le dice su padre con gesto seco.

La familia de Adrián decide alejarse unos metros para darles intimidad. No mucho, ya que quieren estar atentos. Adrián coge a la niña de sus brazos y va a hacer lo mismo cuando nota que Gabriela lo agarra del brazo.

—Teniendo en cuenta que me avisasteis ayer, sí —afirma ella con seriedad—, aquí estoy.

—¿Y qué esperabas? —dice la madre—. Te recuerdo que nos enteramos de que teníamos una nieta por un mensaje.

—Bastante que os lo dije —afirma Gabriela con rotundidad al ver que ni siquiera han sido capaces de hacerle una mísera caricia a la niña.

Adrián mira a Roma, quien observa a esos dos extraños con curiosidad.

—Siendo realista, de vosotros no esperaba nada.

—Tantos años sin vernos y vienes con esa actitud.

Ella se mueve molesta al oír a su padre.

—Gabriela, hija, no hay quien te entienda —le dice la madre guardando las distancias—. Primero dejas los estudios y te vas de casa, luego dejas de querer saber de tu familia y ahora apareces aquí. A ver si te aclaras.

—Yo no quise dejar de saber de mi familia. —Ellos no dicen nada —. Si fueseis unos padres de verdad, no habría pasado —les echa en

cara—. Si fueseis unos padres de verdad, os habríais preocupado por vuestras hijas.

Los padres se miran con una sonrisa cómplice que incomoda a Gabriela. Adrián los mira con gesto serio, no le gusta nada ese aire de superioridad.

—¿Disculpa? —se burla su madre—. Te recuerdo que te fuiste de casa porque querías vivir... a tu manera.

—Y a la vista está —añade el padre. Ambos se ríen.

—Me fui porque vivir con vosotros era insufrible —farfulla Gabriela, molesta—. En vuestra casa, o se hacía lo que vosotros queríais, o no había manera. Y, fijaos, viviendo «a mi manera», como vosotros decís, me ha ido genial. Tengo una familia maravillosa, un marido increíble y la mejor hija del mundo.

Los padres echan un vistazo a las personas a las que Gabriela ha señalado cuando ha pronunciado la palabra *familia*. Son una familia obrera, no como ellos, que tienen cierta clase social.

—Sí, cuando hablo de mi familia me refiero a ellos —continúa al ver que los miran—. Porque en mi definición de familia vosotros hace tiempo que no entráis.

—Tú nunca aprenderás —niega con la cabeza el hombre—, siempre enfocándote en lo que menos te conviene...

Adrián aprieta la mandíbula. Se contiene, no quiere discutir con dos personas que no conoce de nada ni quiere conocer. Si antes tenía mal concepto de ellos, ahora, conociéndolos, ha empeorado. Además, hace tiempo que aprendió que su mujer sabe defenderse ella solita.

—¿No te das cuenta de que, si te hubieras centrado un poquito más en tu hermana, las cosas podrían ser diferentes?

—¡¿Perdona?!

—Quién sabe, quizá esto no habría pasado —sigue su madre.

Que diga eso consigue acabar con su paciencia. Gabriela mira a Adrián para darle a entender que se lleve a la niña. Él lo hace, pero sin dejar de estar pendiente de su mujer por si tiene que entrometerse. Por mucho que sean sus padres, no piensa dejar que le hagan daño.

—¡¿No os da vergüenza decir eso?! —exclama alzando la voz.

Algunas de las personas que hay a su alrededor los miran, algo que horroriza a los padres.

—Ssh... Baja la voz —le dice su padre.

—¿Lo que os importa es que baje la voz y no lo que digo? —No responden, algo que molesta aún más a Gabriela, que insiste—: ¡¿Vais a tener la poca vergüenza de echarme a mí la culpa también de esto?! ¡¿De la muerte de mi hermana?! —En su mirada, Gabriela ve la respuesta. Está rabiosa, le hierve la sangre—. No os atreváis a sugerir algo así porque si aquí hay alguien que no supo qué hacer con Ariadna, esos fuisteis vosotros.

—Bueno... —resopla el padre con gesto contrariado.

Gabriela no puede creer que tengan la poca vergüenza de decirle aquello. No solo le echan la culpa de que su hermana se enganchara a las drogas por no ser un buen ejemplo para ella, sino que ahora aseguran que su muerte también es culpa suya.

—Ssh... Gabriela, por favor —dice su madre.

—¡Otra vez! ¡¿Qué pasa?! ¿Os da apuro que la gente se entere de que no sois la familia perfecta que aparentáis?

—Gabriela, no nos hables así —le ordena el padre. Pero ella suelta una risa sarcástica.

—Al menos nosotros ayudamos a tu hermana siempre que lo necesitó —murmura la madre de mala manera.

—Ah, claro..., ¿y qué es ayudarla, exactamente? —pregunta Gabriela retóricamente—. Esperad, que ya os lo digo yo: darle dinero

cada vez que os lo pedía, ¿no?

—Ya era más de lo que hacías tú como su hermana mayor.

—No tenéis ni idea de lo que estáis diciendo —dice enfadada—. ¿Sabéis que no solo la ayudé cuando lo necesitó, sino que le abrí las puertas de mi casa y estuvo unos meses viviendo conmigo? —No recibe respuesta—. ¡¿Qué?! ¿Os sorprende? Pues así fue. Estuvo viviendo conmigo, e incluso le busqué trabajo. Pero ella, engañándome, decidió mentirme y utilizarme, y, en cuanto pudo, se largó robándome dinero y objetos de gran valor sentimental para mí. —Sus padres se miran—. Pero está claro que aquí la única ayuda que vale es la vuestra, porque todos aquí sabemos que sois los padres del año.

—¡Basta! No...

—Exacto, basta —interrumpe a su padre—. No merece la pena seguir perdiendo el tiempo. Tengo personas a las que quiero mucho más, que me quieren y que y sí se merecen que les dedique el día entero.

En ese momento, tanto Gabriela como sus padres escuchan reír a Roma. Eso no hace más que reafirmar lo que acaba de decirles. Por ello, dedicándoles una última y dura mirada, murmura:

—Que no se os olvide que hoy hemos enterrado a vuestra hija, pero también a mi hermana. —Los mira directamente a los ojos—. Y que tampoco se os olvide que hoy soy yo la que me niego a ser vuestra hija, y espero no volver a veros en mi vida.

Gabriela se da media vuelta y, dejándolos con la palabra en la boca, camina hacia Adrián, le da un beso en los labios y, junto a su familia, se van de allí.

Echo de menos trabajar.

Desde que tuve que dejarlo me falta tener esa rutina tan marcada, pero prometí tomarme la vida con más calma. Se lo prometí a Ginés, pero, sobre todo, se lo prometí a Adrián.

Dedico mis días a hacer recados, pasear con o sin Trasto, recoger a Roma y pasar las tardes juntas... Cuando paseo con Trasto, hay días en los que vamos a la clínica para verlos un rato. Si Azahara no está ocupada, incluso le hacemos compañía. Además, cuando tiene cita en la peluquería, también soy yo quien se encarga.

Menos mal que no puede hablar porque quizá me mandaba a la mierda.

Desde que no trabajo también me paso horas escuchando música. Espero que lo que tengo en mente merezca la pena y a Adrián le guste.

Ahora que ya han pasado unas semanas de lo de mi hermana creo que lo tengo todo más asentado. Ese día fue todo un mix de emociones.

No he vuelto a verla desde que apareció en mi vida en 2026 para engañarme y robarme. ¿Qué podía esperar de ella? Aunque la

verdad es que cuando me llegó el mensaje de mis padres, no me lo podía creer.

Ariadna me mintió. Me engañó. Me utilizó. Me hizo daño. Y aun con todo eso... me duele. Era mi hermana pequeña y, a pesar de que los últimos años estuviéramos más distanciadas, crecimos juntas. En mis recuerdos siguen estando esas tardes yendo juntas a por chuches, bañándonos en la piscina de la urbanización, viendo dibujos, contándonos secretos en la habitación...

El final ha sido malo, el peor, pero me alegro de haber crecido con una hermana pequeña. Adrián, en cambio, es hijo único, así que en casa tenemos las dos versiones.

Todo esto me hace preguntarme: ¿a Roma le gustará ser hija única o querrá tener hermanitxs?

98

Es verano. Hace buen tiempo. Están de vacaciones.

La diferencia con el verano pasado es que este año solo se han ido unos días a mediados de julio a la playa. El resto lo pasarán aquí, en Madrid.

Hoy es el cumple de Adrián, por lo que Gabriela ha decidido organizarle el día entero. Lo primero que hace es ir a despertar a Roma. Cuando la niña está lo bastante espabilada, van a la habitación del matrimonio y, con cuidado, Gabriela la sube a la cama.

—¡Ya! —exclama cuando Roma la mira.

A su señal, la niña empieza a saltar entre risas, despertando a Adrián de golpe. Nada más verla, la coge y la tira sobre el colchón para abrazarla.

—¡Feliz cumpleaños, papiii! —alza la voz Gabriela, uniéndose a ellos.

La pareja se da un beso y continúan jugando y remoloneando en la cama un rato más. Cuando consiguen bajar, desayunan algo y las chicas deciden darle sus regalos. Él los abre: lo sorprenden con un bañador y camisetas nuevas, y una colonia nueva. Él se lo agradece de manera cariñosa.

Dedican un rato a limpiar y a recoger la ropa tendida de la lavadora que pusieron el día anterior. Mientras, Roma juega sobre su alfombra. Gabriela termina de doblar una camiseta de Adrián y la coloca en el montoncito de su ropa.

—¡Venga, vamos a cambiarnos y salimos a dar un paseo! —exclama.

Adrián la mira con una sonrisa. Todo esta mañana es una sorpresa. Gabi coge a la niña en brazos. Últimamente, está mejor, y cuando pasa a su lado, él le dice:

—Me podría acostumbrar a levantarme todos los días así.

—Sigue soñando, principito —bromea, dándole un rápido beso.

La familia disfruta del buen día que hace antes de que el calor apriete demasiado. En un momento dado, los padres de Adrián lo llaman por teléfono para, además de felicitarlo, preguntarle si quiere pasarse por casa para que le den el regalo. Él se lo comenta a Gabriela y, como están cerca, deciden ir.

Lo que él no sabe es que ella lo ha preparado todo de antemano. Al llegar a la casa, Adrián es el primero en entrar y da un salto al ver que parte de su familia lo recibe al grito de «¡FELIZ CUMPLEAÑOOOOOS!».

Empieza a saludar y a dar las gracias a todos uno por uno.

—¿Vosotros no os ibais de vacaciones?

—Sí, pero salimos mañana por la mañana —responde su primo Miguel, abrazándolo.

Al ser en agosto, es raro el año que Adrián puede celebrar su cumple con la familia. Siempre suele esperar unos días a que ya estén todos de vuelta para al menos comer juntos. Mirando a su alrededor, alucina con la cantidad de gente que hay. No solo están sus padres, sino Miguel y Diego, y sus tíos Youssef y Luisa con los niños.

Se acerca a Gabriela, a quien el abuelo ya le ha quitado a Roma de encima, y la abraza. Ella le pasa el brazo por la cintura.

—¿Ha sido idea tuya? —le susurra.

—Sí, aunque tus padres han tenido mucho que ver —responde animada—. Propusieron hacerlo aquí para que no te enteraras de nada y se han encargado de toda la comida.

Adrián se muerde el labio, aún alucinando.

—Muchas gracias, amor —murmura besándola—. Eres la mejor.

—Lo sé.

La corta e inesperada respuesta de ella consigue sacarle una carcajada.

Todos ayudan a poner la mesa. Minutos más tarde, se sientan y disfrutan de una inesperada y distendida reunión familiar. Al terminar, recogen los platos e instan a Adrián a quedarse sentado. Al momento, aparece Gabriela con una tarta de chocolate blanco y unas velas del número 28 encendidas. Al verla, él busca a Roma y la sienta sobre sus piernas. Así las soplarán juntos.

Tras entonar entre todos el *Cumpleaños feliz*, Adrián sopla las velas con ayuda de su hija. Como es tradición, ha pedido un deseo que no puede decirle a nadie, y espera con todas sus fuerzas que se cumpla.

Gabriela y él intercambian una mirada cómplice y sonríen. Ella no necesita que le diga nada, intuye lo que ha pedido. No cree que su deseo y el que pide ella en sus cumpleaños sean distintos.

Un rato después, tras reposar un poco la comida, deciden ir todos juntos a la piscina municipal. Gabriela, conocedora del plan, saca de su mochila el bañador nuevo de Adrián.

—Vienes preparada para todo —Se ríe mientras lo coge.

Disfrutan de la tarde en la piscina. Se bañan con los niños en la piscina infantil, nadan unos cuantos largos en la grande, toman el sol en el césped, corren y juegan con los más pequeños...

Al llegar a casa, Roma está destrozada. Con cuidado, Adrián la sube a su habitación, la cambia de ropa y la deja allí durmiendo. Al

bajar, Gabriela lo espera en el salón con un último regalo.

—¿Otro más? —pregunta, viéndola sonreír—. Con todo lo que has hecho hoy por mí, me vas a malacostumbrar.

—Tienes razón, quizá me he puesto el listón muy alto para el año que viene —comenta, tratando de poner cara de preocupación—. Mejor no te doy este regalo, me lo guardo para Navidad.

Dándose media vuelta, comienza a caminar hacia el armario de la entrada para guardarlo, pero inmediatamente nota las manos de su marido cogiéndola por la cintura.

—¡Ni se te ocurra!

Adrián la hace girar sobre sí misma y ella se echa a reír. Al momento, él la manda callar, no pueden obviar que Roma está arriba durmiendo.

—¿Estás seguro? —susurra entonces ella.

—Segurísimo.

Con una gran y satisfactoria sonrisa, por fin le da lo que tiene en las manos. Adrián rompe el papel de regalo y lo observa sin saber qué decir.

—«Canciones que me hacen bailar pensando en ti» —lee en alto.

Ella asiente feliz.

Es un disco de vinilo cuya carátula tiene una imagen de ellos dos. Una fotografía de las que se hicieron en los primeros meses de relación.

—Te he hecho un disco personalizado —le explica al ver que lo mira estupefacto—. Lo he titulado así porque solo he incluido canciones que me han hecho bailar y pensar en ti al mismo tiempo.

No puede evitar sonreír al ver lo sorprendido que está. El día que se le ocurrió la idea tuvo claro que no iba a meter ni una sola canción lenta ni con letra triste. Se lo prohibió. Si algo tiene claro es que, en un futuro, que espera sea muy lejano, bastante duro será ya

para Adrián pensar en ella como para que encima asocie su recuerdo a canciones tristes. Aunque ella ya no esté, quiere ayudarlo a su manera. Y esta es la forma que se le ha ocurrido.

—Estoy sin palabras...

Adrián se toma un instante para fijarse en la parte de atrás y leer cada uno de los temas:

1. *So Emotional*, Whitney Houston
2. *No dejaré de abrazarte*, Dani Fernández y Yarea
3. *Blow Me*, P!nk
4. *No Control*, One Direction
5. *Daydreaming*, Harry Styles
6. *IMAN (Two Of Us)*, María Becerra
7. *Don't Stop 'Til You Get Enough*, Michael Jackson
8. *El despertar*, Nil Moliner
9. *Never Too Much*, Luther Vandross
10. *On My Soul*, Bruno Mars

Ella pega su cuerpo al de Adrián mientras continúa hablando:

—Como diez me sabía a poco, ahí abajo tienes un código QR que al escanearlo te llevará a una *playlist* en Spotify.

Adrián saca el móvil del bolsillo y escanea el QR. En la pantalla del teléfono aparece una lista titulada igual que el disco.

—Ahí tienes estas y muchas más canciones que he añadido y voy añadiendo a medida que las descubro, bailo y me acuerdo de ti.

—Amor..., esto es increíble. ¿Cómo lo has hecho? —susurra volviendo a mirarla—. Te habrá llevado mucho tiempo...

—Tampoco tanto.

Gabriela hace una mueca divertida y le quita el disco de las manos para acercarse al tocadiscos.

—Además, si ya de por sí escucho música, ahora que resulta que tengo todo el tiempo del mundo, todavía más.

Él se acerca.

—¿Lo vas a poner?

—Claro.

—Roma está durmiendo —le advierte.

Pero ella, haciendo oídos sordos, coloca el disco y, bajando el volumen, mueve la aguja para que empiece a sonar. El ritmo de Whitney Houston llena el ambiente y ella comienza a bailar. Adrián ve cómo mueve su cuerpo y se reúne con ella para bailar juntos.

El matrimonio pasa un rato divertido bailando y haciendo el tonto. Sin fotos y vídeos de por medio, pero creando uno de los momentos más valiosos que compartirán solo ellos dos por siempre.

Cansados, Adrián y Gabriela se dejan caer en el sofá. Ella, moviéndose con lenta agilidad, se sienta a horcajadas sobre él y lo besa con pasión. Sorprendido, pero encantado por su determinación, posa las manos en su cadera y la atrae hacia él.

Entre el amor y la complicidad, pasan una noche repleta de recuerdos nuevos.

99

Dentro de nada dejará de hacer buen tiempo en Madrid, por eso hoy tienen que aprovechar.

Es domingo por la tarde y, tras comer en casa con Keira y Azahara como invitadas, los cuatro han decidido salir a dar un paseo con la niña, e ir a un parque que simula un castillo. A Roma le encanta. Nada más llegar, ha salido corriendo. En poco tiempo la niña ha adquirido una agilidad que no son capaces de frenar.

Tanto Gabriela y Adrián como Azahara y Keira juegan un buen rato con ella. Van de los columpios a los toboganes, pasando por los balancines y una pequeña zona de escalada.

—Esta niña no tiene fin —bromea Keira corriendo tras ella.

En un momento dado, Adrián recibe una llamada de su tío Carlos y se aparta para atenderla. Como al llegar han extendido unas toallas en la zona de césped, se sienta allí para poder hablar de trabajo con tranquilidad.

Mientras Azahara y Keira siguen a la pequeña en su escalada por el castillo, Gabriela las espera para grabar un vídeo cuando se tiren por el tobogán... hasta que Roma decide que subir por cuarta vez es buena idea. Su madre ya ha tenido suficiente. Con un rápido vistazo al chico de pantalón vaquero y camiseta negra al que tiene la suerte de llamar marido, ya sabe adónde quiere ir.

—¿Os quedáis con ella? —le pregunta a Azahara.

—¡Por supuesto, reina! —exclama divertida—. Ve a hacer compañía a tu maridito.

Ambas miran a Adrián, quien ya ha dejado de hablar por teléfono y está simplemente sentado mirándolas ir de un lado a otro del parque. Gabriela le guiña un ojo a su amiga.

De camino, hay una zona llena de flores y se agacha a coger una. Adrián tiene sus ojos marrones tan clavados en ella que parece que todo a su alrededor se detiene, algo que también sentía al principio de su relación, hace ya más de tres años.

—¿Sabes? —murmura llegando junto a él—. El día que decidiste que la niña y yo te cortáramos el pelo reconozco mi falta de confianza, pero con el pelo corto y esa barbita de tres días... estás de lo más sexi.

Adrián sonríe mientras ella se agacha y le coloca la flor en la oreja. Se incorpora y le saca una foto con el móvil.

—Cariño, estás guapísimo —dice al enseñársela.

—No me extraña, si es que a mí todo me queda bien —responde con gracia.

—No lo estropees. —Ríe ella, sentándose a su lado.

Se quedan un rato en silencio. No sienten la necesidad de rellenar huecos.

—A veces, cuando Roma y tú hacéis cualquier cosa juntas, me quedo mirándoos y pienso en lo afortunado que soy. No solo me tocó la lotería el día que aceptaste cenar conmigo por primera vez, sino que tuve la inmensa suerte de que me volviese a tocar el día que nació Roma.

—Pues sí que eres afortunado, sí.

—El más afortunado del mundo —recalca él.

Gabriela lo abraza. Le emociona que diga eso.

—¿No te parece increíble verla así de mayor?

—Sí. Hasta hace cuatro días no sabía ni caminar y ahora va corriendo como si el mundo bajo nuestros pies fuese todo suyo.

—Antes nos necesitaba para todo —comenta ella, al verla subir prácticamente sola por la estructura del castillo—. Y ahora... mírala.

—Amor, es nuestra hija, siempre nos necesitará —la corrige—. Aunque solo sea para saber cómo se paga una multa de tráfico, pero nos necesitará.

La niña llega a lo más alto del castillo para tirarse por el tobogán. Keira y Azahara la siguen de cerca. Al mirar hacia abajo, a la zona en la que sabe que están sus padres sentados, se da cuenta de que la miran y la saludan con la mano. La pequeña, tal y como ha aprendido de ellos, levanta el brazo y lanza un beso al aire. Ellos sonríen y le lanzan sendos besos a su vez.

—Ojalá, cuando sea mayor, recuerde tardes como esta... —murmura Gabriela, viéndola bajar por el tobogán.

—Seguro que sí —asiente Adrián—. Aunque no lo recuerde todo al cien por cien, algo siempre queda. Y si no, ya estaremos nosotros para recordárselo.

Nada más poner los pies en la tierra, Roma echa a correr de nuevo. Esta vez va directa a la zona de escalada. Azahara no la pierde de vista.

—¿Te has dado cuenta de que cada vez se parece más a ti en muchas cosas? —comenta ella.

—¿Tú crees?

—Sí. Es igual de cabezota que tú, porque cuando quiere algo, lo quiere sí o sí.

Adrián no puede evitar reír al escuchar el ejemplo.

—Como me pasó contigo, que no paré hasta conseguirte.

Como ya está sentada junto a él y no puede pegarse más, coge su mano y entrelaza los dedos con los suyos.

—Y te salió bien. —Sonríe.

—Me salió muy bien —dice él en tono divertido—, mucho mejor de lo que me esperaba. —La pareja se da un beso—. Aunque si alguien me hubiera dicho entonces que acabaría aquí... —murmura señalando el parque—, no me lo habría creído.

—Yo tampoco —admite ella—. Supongo que es la parte positiva de atreverte y arriesgarte: que no sabes hasta dónde vas a llegar. —Adrián asiente y le pasa el brazo por los hombros para abrazarla—. Pero prométeme una cosa. —Él la mira con curiosidad—. Prométeme que seguirás haciendo planes así con Roma. Que seguirás llevándola al parque, yendo al cine juntos, a comer helado...

—Ni tú ni yo vamos a dejar de hacerlo nunca.

Gabriela sonríe y continúa un rato más abrazada a él. Aunque no se lo ha prometido, por su mirada sabe que lo hará.

100

En casa de Gabriela y Adrián lo que menos hay hoy es silencio. Todo lo contrario. Como el lunes fue 8 de octubre, han decidido esperar al sábado para celebrar el cumpleaños de Roma. Han decorado la casa entera con cintas de «Feliz Cumpleaños», globos de colores, guirnaldas de animales...

Gabriela pega el último trozo de celo al mueble de la cocina para que una de las guirnaldas se quede enganchada. Hecho esto, se une a Adrián. Echan un vistazo a su alrededor, no han dejado un sitio de la casa sin decorar.

—No todos los días se cumplen tres años —murmura él, abrazándola.

Adrián sabe que Gabriela está cansada. Se le nota en la mirada y en las ojeras que se preocupa en tapar con maquillaje. Estos días no están siendo de los mejores, pero ella quiere celebrar el cumpleaños de su hija por todo lo alto. Y Adrián no lo duda: todo lo que ella quiera se lo dará.

Poco después suena el timbre y, nada más abrir, la niña entra corriendo como alma que lleva el diablo, aunque poco después para en seco para abrir la boca exageradamente y dar un agudo chillido. A ellos prácticamente se les cae la baba al ver su cara de emoción.

—¿Te gusta? —le pregunta Adrián acercándose a ella.

La coge en brazos para que vea las guirnaldas de cerca. Los padres de Adrián llegan junto a ellos, acompañados de Trasto. Rápidamente, miran a Gabriela. Son muy conscientes de que cada

día que pasa su salud se resiente más. Pero, tras cruzar una mirada con su hijo, que les hace entender que no pregunten, César comenta:

—Hoy ha comido albóndigas con trocitos de zanahoria.

—¿Y se ha comido la zanahoria?

Para su sorpresa, el hombre asiente con la cabeza. Ayer acordaron que hoy Roma comería en casa de los abuelos, así ellos tendrían tiempo para decorarlo todo y darle una sorpresa. A juzgar por su cara de alucine, lo han conseguido.

—No sé cómo lo hacéis, pero cada vez que come en vuestra casa conseguís lo impensable —los halaga Gabriela. A ellos, en cambio, les cuesta un mundo que Roma se coma las verduras.

—De postre se ha tomado un kiwi —señala ahora Salma agachándose para quitarle la correa a Trasto—. Y luego nos hemos echado la siesta juntas.

—Muchas gracias, no sé qué sería de nosotros sin vosotros —responde su nuera.

—Ya sabéis que nos la podéis dejar todas las veces que queráis —dice César—. ¡Nosotros, encantados!

Gabriela se acerca a Adrián para saludar con cariño a Roma, que sigue en brazos de su padre. La niña, al verla, se lanza hacia ella sin cuidado. Adrián aprovecha para saludar a sus padres.

—¿Has visto los animalitos? —le pregunta Gabi.

—¡Síííí!

—¿Te gusta?

—¡Síííí, mami!

—Lo hemos hecho todo entre papá y mamá para celebrar tu cumpleaños.

Roma, con la mirada iluminada por la ilusión, le rodea el cuello para abrazarla con fuerza.

A medida que pasan los minutos, toda la familia va llegando a la casa. Sin que Gabriela se percate, le preguntan a Adrián cómo está ella, y él, con una sonrisa, los tranquiliza. Dentro de lo que cabe, está bien.

—Os he traído *tuppers* para varios días —murmura Zulema nada más entrar.

Adrián y Gabriela se miran divertidos. Detrás de la mujer llega el tío Carlos, que viene charlando con Youssef y Luisa, detrás de él junto a los tres niños.

—Hola a ti también, tía Zulema —responde Adrián con gracia.

—Déjame que los meta en la nevera y ahora os saludo como es debido, corazón —responde, abriendo la nevera.

La pareja saluda a todos los recién llegados. Pocos minutos después, aparecen los que faltaban. Una vez que están todos, Adrián saca la tarta de la nevera y Gabriela coloca la vela del número 3 para que la niña la sople.

Con cuidado, Adrián la lleva a la mesa del comedor, donde Roma está preparada para su momento. La familia entera le canta el *Cumpleaños feliz* mientras ella sonríe y da palmas a su propio ritmo. Nada más terminar, y en todo momento supervisada por los abuelos para que no se queme, se acerca y sopla con todas sus fuerzas.

—¡BIEEEN! —grita al terminar.

Todos la siguen y aplauden con energía, consiguiendo que la pequeña los mire y no deje de sonreír en ningún momento. A continuación, le dan los regalos, para deleite de la cumpleañera y envidia de Olaya, Laila y Naim, los primos pequeños.

Lo primero que abre es una mesa multiactividades de madera.

—¡Qué bien nos lo vamos a pasar montándola! —exclama irónicamente Adrián al verla.

Todos ríen. Entre otras cosas, Roma también recibe un maletín con una cantidad inmensa de rotuladores de colores, ropa, imanes con forma de letra para formar palabras en la nevera, una lámpara con forma de koala para su habitación, una cámara de fotos infantil que imprime las imágenes al instante y una corona de princesa que se pone en la cabeza en cuanto la ve.

Como último regalo, Adrián lleva uno ligeramente más grande que todos los que ha abierto. En cuanto lo ve, la niña parece entusiasmada, y, al abrirlo, empieza a gritar y a saltar de alegría.

Gabriela y Adrián le han regalado su primera bicicleta con ruedines y casco a juego. No es muy grande, cuando quieran darse cuenta, se le quedará pequeña. Pero les da igual, la va a disfrutar.

Roma no duda en subirse y moverse por el salón con los pies en el suelo lo más rápido que puede, ya que aún no sabe utilizar los pedales. Todos, incluida Gabriela, le hacen fotos y vídeos con su nueva bicicleta de color crema y una cestita marrón en la parte delantera.

Tras un par de vueltas, Gabriela y Adrián tienen que dejarle claro que la bici solo podrá utilizarla en la calle, en casa no.

Terminado el tema de los regalos, Gabi saca los platos de cartón con formas de animales que han comprado para la ocasión y sirven tarta a toda la familia. Ella se percata de sus gestos preocupados, pero no dice nada. Los adultos se sientan alrededor de la mesa tranquilamente, mientras los pequeños corren y juegan entre ellos. Aunque esa diversión se les acaba cuando a Laila y a Naim se les ocurre empezar a explotar los globos haciendo llorar a su hermana Olaya y asustando a Roma, que corre a los brazos de su padre.

—¡Naim y Laila, basta ya! —grita Luisa yendo hacia ellos—. Sentaos ahí ahora mismo a comeros la tarta.

Los gemelos la miran en silencio y, agachando la cabeza, hacen lo que les ordena. Gabriela coloca un último trozo de tarta en un plato para ella y se une a los demás.

—Menos mal que solo tenéis una. —Ríe Youssef poniéndose de pie —. Así os ahorráis todo esto.

El hombre se aleja unos pasos con Olaya en brazos para que se tranquilice. Adrián y Gabriela se miran divertidos. Nunca han hablado de darle hermanos a Roma, tampoco es que se lo hayan siquiera planteado. Tienen claro que no es una posibilidad, al menos no biológicamente.

—Cariño, ¿te ha dicho Zulema que os hemos traído *tuppers?* —le pregunta el tío Carlos al ver que Gabriela se sienta a su lado.

—Sí, ya he visto que prácticamente nos habéis llenado la nevera. —Ríe ella abrazándolo con cariño—. ¡Muchas gracias!

—El *tupper* más grande es de cocido, que justo lo comimos ayer.

Zulema y él saben cuánto les gusta su cocido, especialmente a Gabriela, y no dudan en llevarles un poco siempre que lo cocinan.

Tras un rato de charla distendida, los mayores juegan con los más pequeños antes de que vuelvan a liar alguna. Los que se quedan en la mesa continúan charlando.

—¿Qué tal está Diego? —se interesa Azahara.

—Muy bien —dice Miguel—. Me ha pedido que lo disculpéis por no venir hoy, le coincidía con el cumpleaños de su abuela.

—¡Anda ya! —exclama Adrián sentado junto a él.

—¿Cuánto lleváis juntos? —pregunta Gabriela, rebañando lo poco que le queda de tarta en el plato.

Miguel se lo piensa un momento.

—Un año y medio, más o menos.

—¡¿Un año ya?! —exclama Gabriela tapándose la boca—. Cada vez pasa más rápido el tiempo...

—Y que lo digas. —Ríe su chico mirándola—. Parece que fue ayer cuando llorabas por lo del londinense.

—¡Ni lo nombres, eh, primo! —lo advierte Keira—. Ese innombrable ha quedado enterrado en el pasado.

Adrián, quien no esperaba la reacción tan exagerada de su prima, asiente, nunca más volverá a hablar de aquel.

—El otro día, Diego y yo estuvimos hablando de algo —comenta Miguel y los otros cuatro le prestan atención— y no dejo de darle vueltas.

—Quizá hablarlo te ayude.

El chico mira a Azahara y sonríe. Él también cree que es buena idea.

—A ver... Diego vive en un piso compartido con tres amigues suyos y resulta que uno se va después de Navidad porque lo han contratado en una empresa de Barcelona. Y, bueno..., me ha dicho que, antes de ponerse a buscar nuevo compañero por ahí, prefería comentármelo a mí por si quiero mudarme y así vivir juntos.

—Y a ti ¿qué te parece? —vuelve a hablar Azahara.

—No lo sé. Hay momentos en los que me apetece, pero otros en los que me da miedo.

—Miedo ¿por qué? —repite Gabriela—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Keira ve cómo su hermano la mira en busca de ayuda, pero se queda callada. Quiere que exprese libremente que lo siente.

—Supongo que... que Diego y yo en algún momento dejemos de estar juntos —murmura—. Algo que espero que no pase nunca.

—En ese caso, sería tan fácil como recoger tus cosas y volver a casa de tus padres —afirma Gabriela con tono pausado—. No habría mayor drama.

—Mucho más sencillo que tener que volver desde Londres —bromea Adrián.

—Pero esta vez, nada de salir de España, mejor os quedáis por aquí cerquita —sugiere Keira.

Miguel sonríe. Todos, y su hermana mejor que ninguno, saben lo mal que lo pasó en su última ruptura, y más aun estando tan lejos.

—¿Conoces a sus compañeros de piso? —le pregunta Adrián.

—Sí, una es Estela, su mejor amiga desde la infancia. Es estudiante de interpretación —explica—. Luego está Kai, una persona no binaria. A elle le encanta dibujar, aunque ahora está trabajando en una tienda de cortinas, estores y esas cosas.

Todos asienten. Parecen que los conoce bien.

—Yo lo veo como toda una experiencia para ti —comenta Azahara.

—Ya...

—Miguel, no pienses antes de tiempo en todo lo que podría salir mal —dice Gabriela, llamando su atención—. Lo mejor es que confíes en tu instinto, muchas veces es la clave para poder avanzar.

Adrián y ella se miran. Él asiente ligeramente, le gusta el consejo que le ha dado a su primo pequeño. Ella le guiña un ojo.

—¿Se lo has comentado a mamá y papá?

—Qué va —responde, mirándolos de reojo—. Quiero tener la decisión tomada.

Azahara intuye que Miguel no quiere seguir hablando del tema y decide intervenir:

—Hablando de padres... En mi familia ya están con el debate interminable de todos los años.

—Sorpréndenos —bromea Adrián—: ¿adónde estas Navidades?

—A ver, mi madre está deseando ir a Laponia, a todo eso del pueblo de Papá Noel, que la lleven en trineo, le den chocolate

caliente... Os lo podéis imaginar. Y luego está mi padre, que se ha empeñado en que quiere ir a Malta.

—¿Por qué a Malta? —pregunta Miguel.

—Porque una compañera del trabajo le dijo que diciembre es de los mejores meses para visitar la isla, además de que el clima es suave.

Keira la escucha mientras juguetea con la cuchara en el plato de cartón.

—Y luego está mi hermana —termina de contarles—. Que dice que como papá y mamá se fueron de crucero el año pasado y les gustó tanto, por qué no nos vamos todos juntos en uno a algún sitio.

—Y tú ¿dónde quieres ir?

—¡A mí me da igual! —Ríe Azahara.

Entre todos hablan de qué opciones les gustan más y cuáles menos. En un momento dado, Gabriela nota que alguien le toca la pierna. Al mirar ve que es Keira y con un solo pestañeo se entienden.

—Keira, ayúdame a recoger los platos —dice.

Adrián mueve la silla, dispuesto a levantarse y ayudar, pero Gabi, con una mirada, le deja claro que debe quedarse sentado. Entre las dos recogen los platos de cartón y los vasos ya vacíos y los llevan a la cocina.

—¿Qué te pasa? —susurra Gabriela con prisa—. ¿Estás bien?

—No, tía, llevo varios días rayada.

—¿Por qué?

—Porque Aza me ha invitado a que vaya al viaje familiar —le explica en voz baja—. Dice que como ella se vino el año pasado con nosotros, es lo más justo.

Mientras la escucha, Gabriela coge la bolsa que han sacado hace un rato para ir tirando toda la basura de esa tarde.

—¿Y cuál es el problema?

—Que... no quiero ir.

—¿No te cae bien su familia? —le pregunta Gabriela con un hilo de voz.

—No, no es eso. Sus padres y su hermana son fantásticos, en serio —susurra Keira aún más bajo—. Es solo que... no me imagino pasando esa época del año sin mi familia.

Ambas empiezan a tirar los platos dentro de la bolsa.

—¿Y qué pasa?

—Que no sé cómo decírselo a Aza —se lamenta Keira—. Me da miedo que no me entienda y que piense que soy una desagradecida.

—Keira —murmura tirando el último plato—, no va a pensar eso de ti. De hecho, estoy segura de que te entenderá. ¿Qué hay de malo en que prefieras pasar la Navidad con tu familia?

La rubia se toma un momento para pensar. Si algo ha aprendido a lo largo de estos años es lo unida que está esa familia, por lo que comprende perfectamente que su amiga no quiera separarse de ellos. Y menos aún en las fiestas navideñas.

—¿Nada?

—Exacto, absolutamente nada —afirma Gabriela con una sonrisa —. Keira, cada cual decide pasar las Navidades con quien mejor le parece. Y si en tu caso es con tu familia, pues ya está. ¡Es lo más normal del mundo!

Se mueve para dejar la bolsa a un lado y que no moleste. Al volverse, Keira continúa mirándola con cara de circunstancias.

—¿Y cómo se lo digo?

La morena no puede evitar que se le escape una pequeña risa.

—Lo que yo haría sería hablar con ella con la misma claridad y sinceridad con las que lo has hecho conmigo.

Keira asiente ligeramente ante su sugerencia, pero su gesto no es del todo claro.

—Mira, se me ha ocurrido algo —le propone Gabriela al ver que Adrián la mira—. ¿Crees que si yo estuviese contigo te costaría menos decírselo?

—Mucho menos —afirma.

—Vale, pues si quieres, dentro de un rato, cuando casualmente estemos las tres solas, saco el tema como sin querer y aprovechas para explicárselo.

—¿Harías eso por mí?

—¡Por supuesto! —exclama divertida al ver la cara de Keira.

La rubia la abraza con fuerza para agradecérselo. Mientras, los que se habían quedado en la mesa se levantan. Azahara y Miguel van hacia el salón mientras que Adrián se acerca a ellas.

—¿Va todo bien por aquí?

—¡De maravilla! —dice Keira con una gran sonrisa—. De verdad, primo, qué bien hiciste pasando de mí.

—¿Cómo? —murmura él confundido.

—Me refiero al día en el que te dije que no te acercaras a mi amiga Gabriela —le explica—. Puedo decir que por una vez en la vida me alegro de que no me hicieras ni caso.

Adrián y Gabriela se echan a reír. Dicho eso, Keira se va con los demás dejando a la pareja sola en la zona de la cocina.

—¿Está bien? —murmura él señalando a Keira.

—Sí, no te preocupes.

Entonces, acercándose a ella para abrazarla por la cintura, la mira a los ojos como solo él sabe hacerlo.

—Y tú ¿cómo estás, amor?

—Yo estoy superbién.

Sabe por qué se lo pregunta. Hace alrededor de tres semanas tuvo una recaída y pasó unos días hospitalizada. Pero ya está totalmente recuperada, aunque su ligera palidez siga recordando a los días de hospital. Alzando los brazos para apoyarlos sobre sus hombros, se acerca a él y le da un beso en los labios.

Tras dedicarse un momento, vuelven con los demás. Adrián va directo hacia su hija y se tira junto a ella en la alfombra para hacerle cosquillas, consiguiendo que suelte una gran carcajada.

Gabriela se dirige hacia el grupo escuchando la risa de su hija. Desde que nació se ha convertido en su sonido favorito.

Mira a su alrededor y no puede evitar sonreír al darse cuenta de que la casa que su tío Juanjo y ella compartieron solos durante años, ahora está llena de gente. Está llena de ruido. Está llena de... amor.

Hay unos primos con los que Roma puede pelearse como si fueran sus hermanos y pasarlo genial al mismo tiempo. Unos abuelos que la malcriarán hasta más no poder. Unas tías y unos tíos que lo darán todo por ella y la harán partícipe de todos los planes. Y un padre que está segura de que no se perderá ni una sola función escolar y que le dará la mano a cada paso que dé en su vida.

Lo que tiene ante ella es toda una familia y eso le hace sentir una profunda tranquilidad. Todo aquello de lo que ella no pudo disfrutar plenamente, Roma sí lo tendrá. Y lo tendrá para siempre. Eso es lo más importante.

Si Gabriela tuviese que poner banda sonora al momento que está viviendo justo ahora, sería *Carla's Song*, de Harry Styles. Un tema que cuenta con una melodía que empieza como algo pequeño y que poco a poco va *in crescendo*, algo que ella asemeja a cómo han transcurrido esos años.

Ni siquiera hace cuatro años y ella era otra persona. No se permitía pensar en el futuro ni dejar que nadie se colase en su vida. Se dedicaba a dejar pasar el tiempo y la vida, sin más.

Nada que ver con cómo ve las cosas hoy. Ahora, haya o no futuro para ella, se permite soñar y pensar en él, algo que ni siquiera podía imaginar que haría. Pero, como bien dice la canción que resuena en su mente, «todo la estaba esperando».

Mira de nuevo a su marido y a su hija, y sonríe.

Este es su mayor regalo, haber estado aquí para poder verlo, disfrutarlo y, sobre todo, vivirlo junto a ellos. Y, como bien dice el papelito que la acompaña desde el 1 de enero en la cartera:

Disfrutar de cada día.

Epílogo

Sábado 22 de octubre de 2033

Cierro el diario de golpe apretando los ojos con fuerza, y noto cómo las lágrimas corren por mis mejillas.

Me siento totalmente incapaz de seguir leyendo. La sigo echando mucho de menos.

Tras respirar hondo, me levanto y lo coloco en su sitio. A continuación, me voy directo a la habitación y, una vez en mi baño, me quito la camiseta, del calor y el agobio que tengo. Al mirarme en el espejo, inevitablemente mis ojos van directos a la zona de las costillas, el lugar donde el año pasado me tatué de su puño y letra: «Prefiero amar demasiado a vivir a medias».

Abro el grifo y me echo agua fría en la cara. Lo necesito, mi hija no puede verme así.

Hace ya más de dos años que Gabriela falleció y su ausencia sigue doliendo tanto como el primer día. A las pocas semanas leí todos sus diarios, algo que ella no me había dejado hacer. Fue doloroso, pero también tuvo una parte gratificante. Me gustó saber cómo se sentía y las cosas que pensaba. Algunas cosas me las había contado en su día, pero de otras me enteré gracias a ellos.

Meses más tarde decidí guardarlos y no volver a leerlos, al menos no durante un tiempo. Desde entonces solo he vuelto a ellos en días

contados como he hecho hoy.

Cojo la toalla para secarme la cara y pienso en mi hija.

—¡Roma, ¿cómo vas?! —exclamo.

—¡Bien, papi! —responde desde su habitación—. ¿Me haces dos coletas como ayer?

—Lo que tú quieras, cariño.

Me cambio de ropa. Hemos quedado con Keira y Azahara para ir a comprar los disfraces de Halloween. Hace tiempo acordamos que el 31 saldríamos los cuatro juntos a pedir caramelos. Sé que dejarlo para última hora es lo peor que se puede hacer y que vamos un poco pillados de tiempo, pero asumo toda la culpa. Entre el trabajo, la niña y la vida en general me ha sido totalmente imposible sacar un hueco antes.

Días atrás, mientras comíamos, Roma me comentó que le gustaría que ellas tres fueran disfrazadas de princesas y yo de príncipe azul. No me extrañó, lleva tiempo viendo las películas de las princesas Disney en bucle. También comentó que podíamos ir de Toy Story. No sé qué dirán las otras dos sobre esto, a mí realmente me da igual. Con tal de ver a mi hija feliz, me disfrazaría de cualquier cosa.

Hemos quedado en un centro comercial que no conozco, aunque, según mi prima, allí hay una tienda de disfraces enorme. Imagino que después iremos a comer a casa de mis padres.

Me siento sobre la cama para ponerme los zapatos y Trasto se coloca frente a mí.

—No me mires así, que tú también te vienes —murmuro al verlo. Roma me ha dejado claro que Trasto vendrá a pedir caramelos y necesita un disfraz.

Tras un rato peinándola, por fin parece contenta al mirarse al espejo.

—¿Eso es lo que querías, princesita?

—¡Sí, papi, gracias! —exclama mirándome con una gran sonrisa.

Al hacerlo, me muestra el hueco que tiene en la boca. Hace poco que se le han empezado a caer los dientes, y uno de los primeros ha sido de los delanteros. Esa misma noche me aseguré de que el Ratoncito Pérez le trajese un estuche que ella quería desde hace tiempo.

Cada vez que la miro y me sonríe, se me encoge el corazón. Roma tiene la misma bonita sonrisa que su madre.

Nos montamos los tres en el coche y aparcamos en el parking del centro comercial. Al salir, recibo un mensaje de Azahara.

Azahara
Llegamos con 20 minutos de retraso.
Culpa de tu prima, para sorpresa de nadie.

Se me escapa la risa, Keira no cambiará nunca. Le respondo que no se preocupen y, viendo que hay un parque al otro lado de la calle, vamos hacia él.

Un par de meses después de tener que despedirme de Gabriela, Roma y yo nos mudamos. Me encantaba su piso, pero, al mismo tiempo, cada rincón me recordaba a ella y, con el paso de los días, me di cuenta de que no era sano. Al menos no para mí. Tenía claro que, si algún día quería levantar cabeza, debía salir de allí.

Ahora vivimos en un piso algo más pequeño, pero igual de acogedor. Suficiente para nosotros. Además, tenemos a los abuelos a seis minutos caminando.

Las que viven ahora en el piso de Gabriela son Keira y Azahara. Es una manera de asegurarnos de que sigue en la familia.

Según nos acercarnos al parque, una pelota rueda hacia nosotros. Al alzar la vista veo que un niño de pelo oscuro nos mira. Roma, que camina junto a mí, me observa en silencio.

—Parece que es de ese niño —lo señalo—, ¿por qué no se la devuelves?

—¡Vale!

Sin dudarlo un segundo, coge la pelota y sale corriendo hacia el chaval. Parecen igual de altos, quizá son de la misma edad. Me fijo en ellos e incluso parecen hablar. Al momento, Roma viene corriendo hacia mí.

—¿Qué tal ha ido? —pregunto.

—¡Muy bien, papi! —Sonríe—. Se llama Javier y me ha dicho que si quiero jugar con él al fútbol.

Termina la frase y se me queda mirando en silencio. Yo espero a que siga hablando, pero parece que ella prefiere que sea yo quien le diga algo.

—¿A ti te apetece jugar con él? —Mi hija asiente—. Pues ya está, corre —la animo.

Roma da unos divertidos saltitos a modo de celebración y murmura:

—Papá, ¿me puedo quitar el abrigo?

—Vale, pero en cuanto lleguen las tías, nos vamos.

—¡Síííí!

Dejo la correa de Trasto en el suelo un momento y lo miro. Está sentado junto a mí.

—Quieto —le aviso, señalándolo.

Él se limita a mirarme con sus redondos ojos. Dentro de lo que cabe, es un perro bueno.

Me vuelvo para ayudar a Roma a quitarse el abrigo y, en cuanto saca ambos brazos, echa a correr. Divertido, me lo coloco bajo el brazo para guardárselo.

Cuál no será mi sorpresa al girarme para coger la correa y ver que Trasto no está. Rápidamente, alzo la cabeza y lo veo saltando y

chupándole la mano a una chica morena. Corro hacia ellos.

—¡Disculpa! —exclamo apurado.

Ella sonríe al verme llegar.

—No te preocupes, me encantan los perros.

—Menos mal —murmuro—. Porque la última vez que me pasó esto con un señor mayor prácticamente amenazó con denunciarme a la policía.

—Hay demasiada gente amargada en el mundo.

Ambos nos reímos y, agachándome, cojo la correa de mi perro. Me incorporo y miro a mi hija para comprobar que sigue jugando con ese niño. Que se me escape Trasto es más que suficiente, no quiero más sorpresas.

—Perdona, es que entre el perro y la niña no tengo ojos para todo —le digo a la chica.

—Te entiendo —responde ella—, tu hija es la que juega al balón, ¿verdad?

—Sí.

—Destino o casualidad, pero el niño de la pelota es mi hijo —comenta ella divertida.

Lo que ha dicho llama mi atención y me tomo un momento para mirarla directamente a los ojos. Ella también lo hace cuando dice:

—Encantada, soy Macarena.

Ella me tiende la mano y dudo un segundo, pero con una sonrisa le estrecho la mano.

—Lo mismo digo, yo me llamo Adrián.

Hola, cariño:

Si estás leyendo esta carta es porque papá ha pensado que era el momento adecuado para dártela.

Intento imaginarte mientras la lees. Quizá ya eres toda una adolescente y estás encerrada en tu habitación. O puede que seas más mayor y la leas sentada en el sofá con papá, o incluso en algún lugar tranquilo con música de fondo.

Ser tu madre ha sido el regalo más grande de mi vida.

Recuerdo el primer día que te tuve en brazos... Eras tan pequeña que a tu padre y a mí nos daba miedo hasta respirar cuando te sujetábamos. También recuerdo tu risa cuando empezaste a gatear y descubrir el mundo. Te quedabas fascinada viendo los árboles del parque y señalando los patos, entre otras miles de cosas. Y la manía que tenías de llevarte todo a la boca, madre mía: que si el mando de la televisión, la arena de la playa, los juguetes de Trasto, las esquinas de los libros...

Quizá solo sean recuerdos pequeños, pero, cariño, para mí lo son todo. Verte crecer ha sido disfrutar del mayor espectáculo del

mundo.

Sueño cada día con poder acompañarte en todo lo que tienes por delante. Ver en qué persona te conviertes cuando crezcas. Escuchar con atención las historias que quieras compartir con nosotros. Estar ahí para abrazarte cuando te rompan el corazón por primera vez. Ver qué sueños decides perseguir.

Aunque si hay algo que sé con certeza es que nunca estarás sola. No sé si ya te habrás dado cuenta o estarás a punto, pero tu padre es una de las mejores personas que he conocido en la vida.

Sabe conservar la paciencia cuando tú misma crees que has llegado al límite. No duda en poner todo de su parte cuando hay que ayudar a los demás. Y tiene una forma muy suya de cuidar a las personas que quiere.

Nadie te va a querer como tu padre, así que hazme caso y confía en él. Escúchalo. Eso sí, de vez en cuando, por favor, recuérdale que él también necesita dejarse cuidar.

Hay otra cosa que me gustaría que tengas en mente: la vida no siempre será fácil. Habrá momentos en los que no sabrás qué hacer, en los que tendrás miedo y sentirás que todo pesa demasiado, en los que las cosas no saldrán como esperabas...

Cuando eso pase, tómate un momento para respirar hondo y recordarte a ti misma que las cosas más importantes de la vida suelen ser también las más sencillas, como los pequeños momentos que compartes con las personas que quieres.

Hay una frase que me enseñó la tía Azahara y que se volvió muy importante para mí. Podría decir que la llevo tatuada en el alma:

Prefiero amar demasiado a vivir a medias.

Roma, ama mucho y sin miedo. Llena tu vida de historias, de personas y de recuerdos. Eso es algo que nadie podrá quitarte nunca.

Con el tiempo he aprendido que querer implica tener algo que perder. Aun así, siempre merece la pena. Te lo aseguro.

Me gustaría creer que si alguna vez piensas en mí, no lo harás con tristeza, sino sonriendo mientras recuerdas alguna de nuestras tonterías, esas que ahora nos hacen reír a carcajadas.

Hija, vive una vida tan increíble como la que me has dado a mí.

Te quiero muchísimo y siempre será así.

Mamá

No sé cuándo leerás esta carta, pero quiero creer que estarás bien. Que estarás tranquilo cuando llegue el momento. Que mirarás a tu alrededor y verás que estás rodeado de gente que te quiere y de una vida que debe seguir adelante.

Hay tantas cosas que me gustaría decirte... Pero creo que la más importante es:

Adrián, gracias.

Gracias por irrumpir en mi vida aquel fin de año y tirarme una copa de vino encima.

Gracias por quedarte a mi lado cuando lo más sencillo hubiera sido marcharte.

Gracias por haberme dado el regalo más grande, a nuestra hija Roma.

Gracias por todos y cada uno de los momentos que hemos vivido, incluidas nuestras discusiones y noches sin dormir.

Gracias por ser mi principito.

Antes de ti no sé qué esperaba de la vida. Creo que, simplemente, dejaba que el tiempo pasase sin permitirme pensar más allá. Pero en cuanto llegaste tú, todo cambió. Pusiste mi vida tan patas arriba que ni yo misma me reconocía.

Y entre los miles de cosas que he podido aprender a tu lado, me has enseñado algo muy importante: lo que significa sentirme en casa. Esa sensación de saber que estoy justo donde quiero y debo estar.

Contigo también he aprendido que, en muchas ocasiones, el amor está en los gestos más pequeños: en una tarde cualquiera paseando por el parque, en compartir un helado de pistacho en el sofá, en buscar la canción perfecta para nuestro primer baile como recién casados...

Gracias también por mostrarme que la vida es demasiado corta como para no pasarla con la persona que amas. Enséñale todo esto a nuestra hija, por favor.

Para mí ha sido todo un privilegio ser la madre de Roma y poder compartir esta aventura tan increíble contigo. Eres el mejor padre del mundo. Contigo lo repetiría millones de veces.

Entiendo que pasar por todo esto no es fácil. Puede que ahora tengas mil preguntas sin respuesta, que los días se te hagan eternos, que odies todo a tu alrededor, que llores mucho y que ni siquiera recuerdes lo que es sonreír. Pero, cariño, es normal. Eso es perder a alguien.

Echar de menos es muy triste, pero piensa que experimentar ese dolor también es todo un privilegio. Sentirlo demuestra que quisiste de verdad y que lo hiciste para siempre.

Pero hay algo que necesito recordarte. Y estoy segura de que ahora estarás negando con la cabeza mientras lees; aun así, tengo que decírtelo.

Amor, quiero que vivas.

Quiero que sigas adelante.

Que continúes llenando tu vida de personas, de risas, de planes improvisados y, sobre todo, de recuerdos.

Que sigas siendo tú, el chico que me demostró que no se deja vencer por el miedo ni se rinde ante nada en la vida.

Adrián, te mereces seguir viviendo todo lo bueno que la vida tiene aún para darte.

Y si algún día te vuelves a enamorar, no tengas miedo. Permítete sentir plenamente. No prives a otra persona de un amor tan bonito y mágico como el que me has hecho sentir a mí.

Y, en el caso de que en algún momento te entren dudas, recuerda esa frase que me tatué en el alma cuando me enamoré de ti:

Prefiero amar demasiado a vivir a medias.

Demuéstrame que mi recuerdo no se ha convertido en una carga.

Muéstrame que piensas en mí cuando una canción te hace bailar y te recuerda a mí, como hago yo contigo. Pero hazlo con una sonrisa en tu preciosa cara.

Y, por favor, cuida de Roma. Quiérela como sabes que yo lo haría. Procura hacerla reír en los malos momentos. Abrázala cuando tenga miedo o le rompan el corazón. Y enséñale a querer de verdad, a querer como tú y yo nos hemos querido. Ah, y si por casualidad le gusta beber leche directamente del brik, no la regañes: ¡es cosa de princesitas!

Cada día junto a ti ha sido perfecto. Solo lamento no haber tenido más tiempo. Y si algún día se te ocurre dudar sobre cuánto te he querido, mírala a ella: Roma siempre será la prueba de nuestro amor.

Adrián, si pudiera volver a vivir, te elegiría de nuevo. Nos elegiría siempre. Una y mil veces.

Te quiero y siempre te querré.

Gabriela

Lista de canciones

Anything Goes — Tony Bennett y Lady Gaga
Kiss — Prince
SUPERESTRELLA — Aitana
Hot Sutff — Donna Summer
Golden — HUNTR/X, EJAE, Audrey Nuna y Rei Ami
Me has invitado a bailar — Dani Fernández
Physical — Olivia Newton-John
Swing — Danny Ocean
Toda la Noche — Álvaro de Luna
Todo cambia — Dani Fernández
Mi nena — Walls
La Boca — Álvaro de Luna
BAILE INoLVIDABLE — Bad Bunny
CONTIGO — Karol G y Tiësto
Vulnerable — Walls y Dani Fernández
Dance With Me — Bruno Mars
Si tus piernas — Dani Fernández
Solo tienes que avisar — Dani Fernández
La trama principal — Dani Fernández
So Emotional — Whitney Houston
No dejaré de abrazarte — Dani Fernández y Yarea
Blow Me — P!nk

No Control — One Direction
Daydreaming — Harry Styles
IMAN (Two Of Us) — María Becerra
Don't Stop 'Til You Get Enough — Michael Jackson
El Despertar — Nil Moliner
Never too Much — Luther Vandross
On My Soul — Bruno Mars
Carla's Song — Harry Styles



Listado de personajes

Adrián: primo de Keira.
Ariadna: hermana pequeña de Gabriela.
Azahara: mejor amiga de Gabriela.
Carlos: padre de Keira.
Carmen y Sandra: madre e hija clientas del veterinario y dueñas de Drako.
César: padre de Adrián.
Diego: pareja madrileña de Miguel.
Gabriela: protagonista de la historia.
Ginés Expósito: doctor de Gabriela.
Jacobo: jefe de Gabriela.
Javián: amigo de Azahara.
Keira: amiga de Gabriela.
Laila: hija de Luisa y Youssef, y hermana gemela de Naim.
Luisa: Hermana de Salma y Zulema.
Marcus: pareja londinense de Miguel.
Massimo: compañero de trabajo de Gabriela.
Miguel: hermano pequeño de Keira.
Naim: hijo de Luisa y Youssef, y hermano gemelo de Laila.
Olaya: hija de Luisa y Youssef.
Salma: madre de Adrián y hermana de Zulema y Luisa.
Tania Medina: médica de Gabriela.

Tío Juanjo: tío de Gabriela.
Trasto: perro de Adrián.
Triana: exnovia de Adrián.
Youssef: marido de Luisa.
Zulema: madre de Keira y hermana de Salma y Luisa.

Un beso al aire
Sandra Miró

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © José Luis Paniagua
Fotografía de la autora: © @ninesminguez

© Sandra Miró, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-270-5535-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta